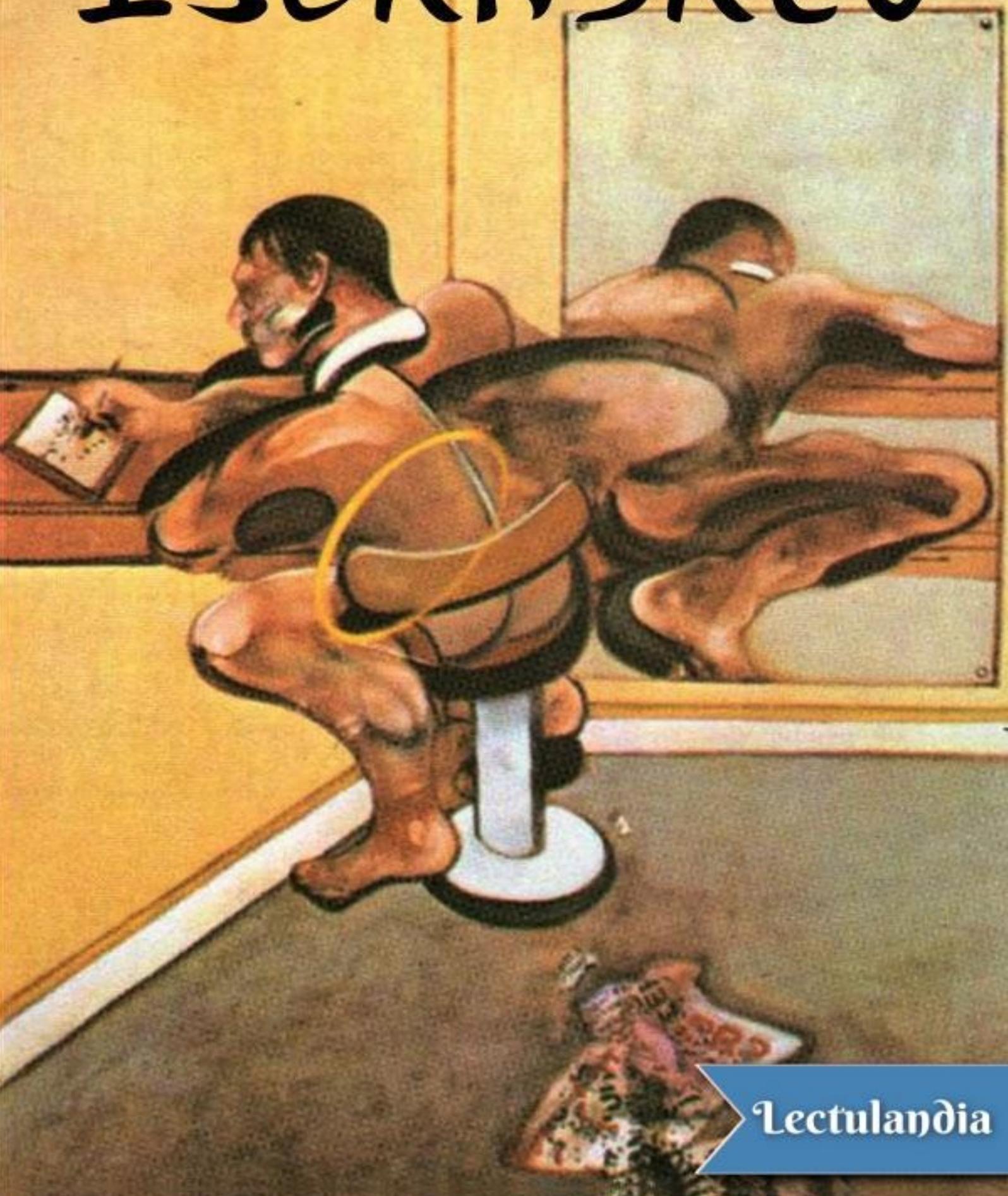


Shusaku Endo
ESCÁNDALO



Lectulandia

Suguro, un novelista católico de mediana edad, respetablemente casado, es abordado en una recepción por una mujer ebria que pretende haberlo visto en el barrio de mala fama de Tokio. Le habla también de un retrato cuya existencia Suguro desconoce. Cuando Suguro, movido por la curiosidad, acude a ver el retrato, se encuentra con la señora Naruse, una viuda de mediana edad, quien le acusa —no sin tacto— de intentar ignorar la verdad acerca de sí mismo y de ocultar en sus libros la auténtica naturaleza de la sexualidad. La señora Naruse, abnegada trabajadora voluntaria en un hospital, es además una sado-masoquista declarada.

Suguro empieza a cuestionarse su propio carácter. El doble, la inquietante figura del «impostor» se le aparece con cierta frecuencia, amenazando la reputación y el matrimonio de Suguro.

Lectulandia

Shusaku Endo

Escándalo

ePub r1.0

orhi & GONZALEZ 12.10.13

Título original: *Scandal*

Shusaku Endo, 1986

Traducción del japonés al inglés de Van C. Gessel

Traducción al castellano de Hernán Sabaté

Retoque de portada: orhi

Digitalizador: orhi

Maquetado ePub: GONZALEZ (r1.0)

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Uno

La vieja silla parecía necesitar un engrase; cuando el doctor terminó de revisar las gráficas y se inclinó hacia su paciente, la madera crujió. El oído de Suguro se había acostumbrado a aquel sonido durante sus visitas al hospital. Tras el crujido de la silla, el doctor iniciaba siempre su charla para animarle en tono ponderado, y esta vez no fue una excepción.

—El nivel de GOT está en cuarenta y tres, y el de GPT en cincuenta y ocho. En fin, son cifras ligeramente superiores a lo normal, así que debe tomarse las cosas con calma. ¿Recuerda la temporada en que trabajó en exceso? Las cifras subieron entonces por encima de cuatrocientos, ¿verdad?

—Sí.

—Tenga en cuenta que, si aparece una cirrosis, existe el riesgo de que se transforme en cáncer. Una vez más, le aconsejo que no cometa excesos.

Una oleada de alivio recorrió a Suguro como una ráfaga de cálida brisa. Durante el mes transcurrido desde la anterior revisión, el trabajo había sometido su cuerpo a una considerable tensión y le preocupaban los resultados de la visita al médico. Sin embargo, mientras daba las gracias al doctor, Suguro pensó: «Ahora puedo asistir sin preocupaciones a la entrega de premios».

*

Sin saber por qué, una sensación de calma, de serenidad, invadía a Suguro cada vez que veía el Palacio Imperial alzándose en silencio bajo la lluvia. De los muchos rincones de Tokio, éste le gustaba especialmente. El coche de alquiler circundó el foso del palacio mientras se dirigía al salón del banquete.

Esa noche, Suguro se disponía a recibir un premio literario por una novela en la que había trabajado durante tres años. A lo largo de su carrera como novelista, había obtenido muchos galardones. Ahora que ya había cumplido los sesenta y cinco, no podía reprimir del todo la sensación de que el honor que le brindarían esta noche era un poco excesivo. Sin embargo, las críticas elogiosas que habían llovido sobre la novela le producían también cierto orgullo, aunque no era éste el único sentimiento que le embargaba. La armonía que había logrado finalmente, tanto en su vida como en sus escritos, le llenaba de profunda satisfacción. Suguro se acomodó en el apoyabrazos del vehículo y contempló las gotas de lluvia que se deslizaban por el cristal de la ventanilla.

El coche se detuvo y un conserje abrió la portezuela. Su uniforme olía a húmedo. Al otro lado de la puerta automática de entrada, el joven representante de la editorial

que patrocinaba la reunión aguardaba a Suguro para darle la bienvenida.

—¡Felicidades! Ésta es una ocasión muy feliz, también para mí.

Kurimoto había supervisado la edición de la novela y además había colaborado en la recopilación de material de consulta y en la meticulosa organización de los viajes de investigación que había realizado Suguro.

—Todo se lo debo a usted.

—No exagere. Pero es cierto que este premio significa mucho, pues se concede a la novela que realmente cierra el círculo de todo lo que ha escrito hasta la fecha. ¿Pasamos al salón? Ya han llegado los miembros del jurado.

La ceremonia se inició a la hora exacta que indicaban las invitaciones. Los asientos para el premiado y para el jurado estaban sobre una tarima, a ambos lados de un micrófono elevado. Ante ellos, un centenar de invitados ocupaban la sala. A las palabras de apertura, a cargo del presidente de la editorial, siguió una intervención de Kano, uno de los miembros del jurado.

Suguro y Kano eran amigos desde hacía más de treinta años. Ambos habían hecho su presentación literaria casi simultáneamente. En su época de escritores noveles, la relación entre ellos se había caracterizado por un mutuo temor a los esfuerzos creativos del otro. En ocasiones, se repelían; en otras, vibraban en armonía. Al llegar a los cuarenta, ambos habían asumido por fin sus grandes diferencias como escritores y habían seguido sus caminos, cada uno por su lado.

Kano expuso sus impresiones sobre la novela de Suguro y recorrió con la mirada al público invitado; estaba de pie sobre la tarima y con el hombro derecho encogido. Tanto él como Suguro habían padecido tuberculosis en su juventud y ambos se habían sometido a intervenciones quirúrgicas. Cuando alguna preocupación se adueñaba de ellos, el hombro que había soportado el peso de las operaciones se disparaba hacia arriba invariablemente. La avanzada edad de Kano quedaba condensada en la inclinación de su hombro. Al igual que su amigo Suguro, quien ahora tenía problemas hepáticos, Kano había padecido de un corazón débil durante muchos años y siempre llevaba una cápsula de nitroglicerina en el bolsillo.

—Suguro fue educado en el cristianismo aquí, en Japón. En cierto modo esto fue una bendición para él, aunque por otro lado fuera una desdicha.

Kano, conocido por su locuacidad, inició su intervención con frases dirigidas a atraer el interés y la curiosidad de sus oyentes hacia los motivos centrales de la literatura de Suguro.

—La desdicha de Suguro es que debe describir a su Dios, un ser escurridizo para nosotros los japoneses, como si pudiera ser entendido en un marco cultural japonés. Esta fue la razón de que al principio nadie le prestara atención. Desde el primer día, Suguro pugnó por encontrar el modo de transmitir lo que quería explicar, el tema de su Dios, a los muchos japoneses que carecían de oído para escucharle. Yo le conocí

hace más de treinta años, cuando aún estábamos en guerra... Por aquel entonces, su aspecto era siempre sombrío y melancólico.

Hacía treinta y tantos años... Suguro reconstruyó mentalmente la imagen del segundo piso de un pequeño bar llamado Fukusuke, cerca de la estación Meguro. El local siempre estaba impregnado del olor a moho de las raídas esteras de tatami. Una tarde de verano, una persiana de bambú blanqueada por el sol colgaba oblicuamente contra la ventana, y en la calle alguien tocaba una corneta. Cinco o seis jóvenes permanecían apoyados contra las paredes de la estancia, con las rodillas encogidas, mientras diseccionaban a Suguro sin el menor miramiento. En una de las paredes, un calendario mostraba la pose ufana de una muchacha en traje de baño y con gafas de sol. Las gafas de sol eran una moda que las chicas de la época habían copiado de las mujeres que entregaban sus cuerpos a las fuerzas de ocupación. Uno de los componentes del grupo que criticaba a Suguro era Kano, un joven delgado de pómulos prominentes.

—No sé por qué, pero no creo en lo que escribes, Suguro. —Un hombre llamado Shiba se hurgó los oídos con el dedo meñique, mientras hablaba—: Todavía no tienes una comprensión profunda de quién eres realmente. Sigues escribiendo a base de razonamientos... y no producen una sensación de autenticidad.

Suguro no pudo refutar las afirmaciones de Shiba.

—Algunos pasajes de tus relatos son..., bueno, parece que no los hayas experimentado tú mismo. No tiene nada de malo hablar de Dios, pero resulta muy sospechoso cuando da la impresión de que estás exponiendo unas ideas occidentales.

Shiba alzó los ojos y observó a Suguro mientras hablaba. Parecía medir la profundidad de las heridas que sus palabras estaban infligiendo a Suguro.

—Escucha, la novela y el ensayo son dos cosas distintas. ¿Te has preguntado alguna vez si una imagen puede transmitir realmente la carga de los temas que tú intentas presentar? Yo soy muy escéptico al respecto.

Suguro sintió en la garganta el impulso de defenderse, pero hacerlo serviría sólo para ahondar aún más el abismo insalvable entre él y sus amigos.

«Ninguno de vosotros tiene la menor idea de lo difícil que resulta para un cristiano escribir novela en el Japón». Con una mueca, Suguro se tragó esas palabras y los pocos sorbos de cerveza que quedaban en su vaso. Pero al mismo tiempo, una parte de sí mismo no podía rechazar la afirmación de Shiba de que su obra resultaba sospechosa. Suguro sentía como si siempre escondiera algo en un apartado rincón de su corazón.

—En aquella época —prosiguió Kano—, Suguro era una especie de niño perseguido en nuestro grupo. Incluso llegamos a insistirle para que abandonara su cristianismo. Para nosotros, los jóvenes de la postguerra, la religión era lo que Freud describió como una magnificación de la figura del padre derivada de un complejo

edípico, el opio de la doctrina de Marx, una superstición irracional. Y los cristianos eran unos hipócritas que habían ido contra sus orígenes japoneses. En resumen, no podíamos entender por qué Suguro no abandonaba aquel problemático Dios extranjero. Además, no había recibido el bautismo por su propia voluntad. Había sido bautizado cuando era niño, a instancias de su difunta madre, y por ello su fe nos parecía mera consecuencia de la fuerza de la costumbre. Como ya sabrán, algunos años más tarde Suguro publicó varias novelas históricas sobre los primeros cristianos en Japón, en las que describía a unos patéticos creyentes que eran obligados a apostatar por unos brutales funcionarios imperiales. Muchas veces me ha asaltado la sospecha de que Suguro pensaba en mí cuando creó esos crueles personajes.

Los oyentes se echaron a reír. Suguro sonrió con ironía, apreciando lo cuidado del discurso de su amigo. Todos los invitados presentes en la pequeña sala tenían la mirada fija en Kano.

—En tales ocasiones, Suguro siempre se disculpaba afirmando que el hombre a quien Dios ha escogido no podrá escapar nunca a sus designios. Por supuesto, a ninguno de nosotros nos convenció semejante palabrería. Pese a ello, Suguro ha sustentado firmemente esa afirmación a lo largo de más de treinta años de labor como novelista. Ha adoptado como tema central de su literatura el modo de poner su religión en armonía con el entorno japonés. Esta batalla desesperada se ha librado en todos los relatos que ha escrito a lo largo de los años. Y la novela que ahora homenajeamos representa el fruto de su victoria.

Kano dio un buen ritmo a su discurso haciendo reír a los asistentes para luego atraparles fuertemente en su red. Este ritmo provocó una respuesta inmediata en el rostro de muchas de las mujeres presentes en la sala abarrotada. Kano supo captar estas respuestas y parecía valorar constantemente la efectividad de sus palabras dirigiendo miradas disimuladas a los rostros.

—Pero la valía de Suguro como escritor se basa en el hecho de que nunca ha sacrificado su literatura en favor de su religión. Jamás ha relegado su arte al papel de instrumento de una fe que jamás podría aceptar una persona como yo. En otras palabras, como novelista, Suguro ha sumergido sus manos en aspectos de la vida que sin duda su Iglesia aborrece: los actos perversos, odiosos y obscenos. Ello se debe a que su literatura jamás se ha subordinado a su fe.

Kano sabía muy bien cómo halagar el ego de Suguro. Tenía mucha razón al afirmar que tales problemas habían causado angustia a Suguro en cierto momento de su vida. El homenajeado recordó las palabras de un anciano sacerdote extranjero que había ganado su confianza: «¿Por qué no escribes historias más hermosas, más agradables?». Suguro conocía a aquel sacerdote desde la infancia. Antes de la guerra, había sido trapero en los barrios pobres de Osaka y, al mismo tiempo, había protegido a numerosos niños huérfanos y ofrecido sus cuidados a los enfermos menesterosos.

Los japoneses que le conocían consideraban al sacerdote una réplica extranjera de Ryokan, el caritativo monje budista medieval. Siempre que Suguro hablaba cara a cara con él, los ojos de color de vino del sacerdote y su sonrisa infantil aplacaban su corazón testarudo. Cada vez que ponía los ojos en el sacerdote, Suguro recordaba un pasaje bíblico: «Bienaventurados los mansos».

Un día, el sacerdote murmuró a Suguro con una expresión que dejaba entrever un profundo pesar en su corazón:

—He leído tu novela durante las fiestas de Año Nuevo. Está llena de palabras difíciles, pero de todos modos la he leído. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

—¿Por qué no escribes historias más hermosas, más agradables?

El comentario y la expresión de profundo pesar de su rostro continuaron lacerando el corazón de Suguro cuando éste se sentó en su pequeño estudio para seguir garabateando palabras a mano.

Pero nunca fue capaz de escribir una sola novela hermosa, amable. Su pluma continuó describiendo el lado oscuro, desagradable y negativo de la vida en sus personajes.

Como novelista, no podía obligarse a evitar o dejar de lado ninguno de los componentes del ser humano.

Y sin embargo se daba cuenta de que, al describir los sombríos sentimientos de sus personajes, su propia mente perdía también la alegría. Para pintar un corazón repulsivo, su propio corazón debía volverse odioso. Para reproducir los celos, se obligaba a degradarse, a sumirse en la envidia. Cuanto más escribía, más cuenta se daba del tipo de hedor que despedía lo más profundo de cada persona. En cierta etapa de su vida, mientras escribía sobre tal hedor, Suguro tuvo presente en todo momento el rostro del sacerdote y sus palabras: «¿Por qué no escribes historias más hermosas, más agradables?».

Con el tiempo, Suguro empezó a pensar que había encontrado su respuesta personal a esta pregunta. Pensaba que una religión verdadera debía ser capaz de responder a las melodías oscuras, a los sonidos falsos y repulsivos que surgen de los corazones de los hombres. Conforme seguía escribiendo, esa idea se transformó en algo más cercano a la certeza y ello le permitió recuperarse de su inquietud.

—La singularidad de la literatura de Suguro se basa en el descubrimiento de un nuevo sentido y un nuevo valor para lo que la religión denomina pecado. Por desgracia, al carecer yo de una religión, no tengo la menor idea de qué es el pecado...

Kano hizo una pausa, dejando un irónico intervalo de silencio. Seducidos por el silencio, varios asistentes empezaron a reír.

—Tras una etapa en la que avanzó a tientas en la oscuridad, durante la cual se dedicó a describir alegremente los pecados de la humanidad, Suguro empezó a

afirmar que tras cada acto pecaminoso se oculta un anhelo de renacimiento. En cada pecado, apunta el autor, arde el deseo de los hombres de encontrar un modo de escapar de la vida sofocante que hoy llevamos. Creo que en ello reside la originalidad de la literatura de Suguro. Y estos conceptos únicos quedan expuestos con considerable madurez en ésta, su última novela.

La voz de Kano bajó entonces de tono, como si estuviera recordando algo de un pasado remoto.

—Hace más de treinta años que conocí a Suguro. E intuía que durante la última década, más o menos, mi amigo se habrá sentido casi como el poeta Basho cuando escribió:

*Nadie que me acompañe en este trance:
Anochecer en otoño.*

»Cuando un novelista cumple los cincuenta años, puede sentirse impresionado por lo que escriben sus viejos amigos, pero las obras de éstos ya no ejercen influencia sobre él. Lo único que le queda es seguir profundizando golpe a golpe, seguir ahondando el pozo en que consiste su literatura hasta el día de su muerte. Estoy convencido de que Suguro debe compartir mis sentimientos en este punto.

Con el público pendiente de sus palabras, Kano se dispuso a finalizar su intervención.

Kurimoto se encontraba detrás de la última fila de sillas. Estaba encargado de acompañar a los rezagados hasta sus asientos, pero también deseaba presenciar, aunque sólo fuera un instante, la entrega del premio a Suguro. Después de la ceremonia, Suguro quiso agradecer al joven todo el trabajo que había desarrollado entre bambalinas mientras progresaba la novela.

Kurimoto tenía a su lado a una mujer del departamento literario de otra editorial. Suguro desconocía su nombre, pero se había cruzado con ella a menudo en sus visitas a la editorial. Era una mujer menuda, pero la recordaba muy bien por el aire encantador de su rostro rollizo y de sus marcados hoyuelos. Detrás de Kurimoto y de la mujer, Suguro distinguió otra cara.

Suguro parpadeó. Indiscutiblemente estaba viendo su propio rostro. Y mostraba una expresión que tanto podía tomarse por una sonrisa como por un ademán despectivo.

Parpadeó varias veces más. Detrás de los dos empleados no había nadie.

La recepción continuó. En diversos puntos de la sala se habían formado corros en torno a escritores e ilustradores famosos; cuando Suguro cerró los ojos, las voces

agudas y cantarinas y los ruidos de fondo se fundieron con las incontables pisadas que se deslizaban por el duro suelo, produciendo un sonido como el del grano al ser molido en el mortero. Otro grupo de invitados se había congregado ante las mesas donde se ofrecía sushi y fideos; entre ellos destacaban las blancas facciones de las camareras que se ocupaban de servir.

—Gracias por tus amables palabras —dijo Suguro mientras daba una palmadita en el hombro derecho encogido de Kano, quien estaba entreteniéndose con su plática a un grupo de tres o cuatro editores.

—¡Ah!, ¿te parece que ha estado bien? —Para disimular su nerviosismo, Kano cambió rápidamente de tema—. Parece que has perdido peso. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente. Pero, a nuestra edad, ningún achaque físico constituye ya una sorpresa.

—De eso estábamos hablando, precisamente. De cómo mi memoria ha empeorado en los últimos tiempos. No consigo recordar nada de un libro que acabo de leer. A veces, en fiestas como ésta, por mucho que me empeñe no logro recordar el nombre de las personas con quienes hablo.

—A mí me sucede lo mismo.

—Dicen que los ojos son lo primero que falla, luego los dientes y después todo lo demás. En mi caso, primero fue la vista, luego la memoria y luego la dentadura. Por no hablar de mi corazón, que siempre ha estado mal.

—¿Qué me dice de las demás facultades? —preguntó un joven director literario.

—¿Las demás facultades? Algo disminuidas, últimamente. ¿Qué me dices al respecto, Suguro? —Kano dirigió a éste una mirada cargada de malicia—. Es cierto que eres cristiano y que tienes una de esas esposas modelo, pero, ¿no te corriste ninguna juerga por ahí antes de hacerte demasiado viejo para esas cosas? ¿O acaso tienes algún lío que no nos has contado nunca?

—¿Por qué tendría que revelar aquí, en público, mis presuntos secretos cuando ni siquiera mi mujer está enterada de ellos?

A diferencia de como había reaccionado en el pasado, Suguro sabía ya de qué modo responder a las pullas inofensivas de su círculo de conocidos.

Tras permanecer unos instantes con un grupo, se alejó de él para saludar a otros invitados. Dos de los viejos mandamases del estamento literario, Segi e Iwashita, estaban cambiando impresiones.

—Suguro, esta última novela es lo mejor que ha escrito. —El crítico Iwashita, con el rostro enrojecido y un vaso de vino en la mano, ofreció sus empalagosos elogios a Suguro. Dadas su mayor antigüedad en el mundo literario y su calidad de licenciado en la misma universidad, Iwashita siempre buscaba el modo de poner a Suguro bajo sus alas—. ¿No estás de acuerdo? —añadió, tratando de arrancar una afirmación similar a Segi Michio, otro crítico prestigioso.

—En realidad, tengo ciertas reservas —replicó el rollizo Segi con una sonrisa—, pero hoy es un día de felicitaciones, así que me reservaré mis opiniones.

—No le haga caso. Segi siempre es así de cruel.

—Es propio de los críticos ser crueles.

Estos intercambios de sutilezas eran característicos del mundillo literario. A lo largo de más de treinta años, Suguro había escuchado tantos comentarios de ese estilo en reuniones, bares y mesas redondas, que le hubiera sido imposible contarlos. Sin embargo, mientras efectuaba los movimientos precisos para tomar un sorbo del vaso de licor con agua que le había traído una de las camareras, se preguntó qué aspecto de su novela escogería Segi para atacar en sus críticas y creyó adivinar cuál sería.

De todos modos, no estaba en su mano hacer nada aunque las críticas le fueran adversas, pensó mientras seguía sonriendo externamente. «He llevado mi vida y mi obra en armonía con esta novela. No hay nada que pueda perturbar esa armonía, digan lo que digan». Suguro recordó con satisfacción el comentario que había hecho Kurimoto de que este último trabajo cerraba el círculo de cuanto había escrito en su vida. Cuando uno de los invitados se acercó a presentar sus respetos a los dos críticos, Suguro aprovechó la interrupción y se separó de ellos para aproximarse a otro grupo.

—¡Sensei!

Una mujer a la que Suguro no había visto nunca, de unos veintisiete o veintiocho años, le dio un tirón de la chaqueta con gesto de familiaridad. Una mancha de lápiz de labios apareció en sus dientes al dirigir una sonrisa al escritor. La mujer llevaba un cigarrillo encendido en la mano derecha y un vaso de licor en la izquierda.

—¿Te has olvidado de mí, sensei?

Suguro parpadeó. Como había dicho Kano, estaba en una edad en la que a menudo olvidaba los nombres y rostros de las personas que sólo había conocido un par de veces.

—¡Qué desmemoriado te has vuelto! —La mujer le habló de nuevo con familiaridad y soltó una carcajada—. Nos conocimos en Shinjuku. Yo hacía retratos en una esquina de la calle...

—¿Dónde?

—En la calle Sakura. Hiciste cosas muy atrevidas en esa calle, sensei.

—Me confunde usted con otro. Yo no he estado ahí.

—No te hagas el inocente. Dijiste que vendrías a ver la exposición de nuestros cuadros. ¿Recuerdas que te dejaste retratar por mi amiga? Y después...

Probablemente, la mujer estaba bebida: agarrada todavía a la chaqueta de Suguro, dirigió a éste un guiño muy explícito. La mancha de barra de labios en los dientes la identificaba como espíritu gemelo de los diseñadores inexpertos y de las aspirantes a actrices que merodeaban por las calles de Shinjuku y Roppongi.

—Creo que me ha tomado usted por otra persona.

—¡Ah, ya entiendo! No quieres que nadie sepa que estuviste de fiesta con nosotras en plena noche. Porque eres cristiano. Claro, claro, tenemos que guardar una distancia entre las apariencias y la realidad...

Suguro apartó la chaqueta de las manos de la mujer e intentó alejarse hacia otro de los grupos. Un fotógrafo de prensa acababa de dirigir la cámara hacia Suguro, quien instintivamente puso una sonrisa forzada en su tenso rostro.

—¡Oh, qué pose tan encantadora! —se burló la mujer, a su lado—. ¿Qué ha sido eso, sensei, apariencia o realidad?

Los invitados más próximos se volvieron hacia ellos. Todos observaban abiertamente a Suguro, quien se encogió de hombros como diciendo «no sé qué significa todo esto», pero tuvo que esforzarse para mantener la sonrisa.

Kurimoto se acercó, alejando físicamente del escritor a la mujer. Cuando regresó, el joven dijo a Suguro:

—Lo lamento mucho. No tengo idea de quién ha traído aquí a esa mujer. La he llevado hasta el ascensor y la he obligado a irse.

—No sabía qué hacer. Se estaba poniendo tan pesada e insistente... —Suguro temía ahora haber despertado también la suspicacia de Kurimoto—. Decía que me conoció una noche en la calle Sakura, en Shinjuku.

—Sí, su voz era muy chillona.

—¿Dónde está la calle Sakura?

—En el Kabuki-cho... —Kurimoto titubeó por unos instantes—. Está abarrotada de locales porno y de espectáculos para adultos.

—Esa mujer ha dicho que yo estaba rondando por esa calle.

—Lo mismo dijo ahí, en el vestíbulo. Yo me apresuré a replicar, con toda energía, que una persona como usted no iría nunca a un lugar como ése.

Suguro asintió, aliviado. Kurimoto era un tipo de aspecto sombrío que muy probablemente se dedicaría a rechazar con severidad las manifestaciones de la mujer ante cualquiera que hubiese escuchado sus palabras en el vestíbulo; a desmentir que tales afirmaciones tuvieran algo de ciertas...

La lluvia había cesado pero la calle estaba llena de charcos. Los taxis, vacíos, circulaban uno tras otro a buena velocidad, levantando estelas de agua a su paso. La mujer alzó la mano para llamar un taxi pero pareció cambiar de idea y echó a andar en dirección a la estación de Tokio. Una repentina ráfaga de viento hinchó la capa negra que cubría sus hombros. A Kobari, que seguía sus pasos, le recordó un murciélago extendiendo sus alas.

Cerca de la boca del metro, el hombre le dirigió la palabra.

—Se lo han hecho pasar mal ahí dentro, ¿verdad?

La mujer se detuvo y su cuerpo se puso en tensión.

—¿Quién es usted?

—Perdone. Soy corresponsal de un semanario. Naturalmente, la revista para la que trabajo no es tan refinada como los editores que patrocinaban la reunión de esta noche, pero eso es precisamente lo que nos da nuestra chispa. —El hombre procedió seguidamente a un tipo de interrogatorio que había asimilado como parte de su trabajo—. Lo que ha dicho en la recepción era falso, ¿verdad? No he creído una sola palabra de sus afirmaciones respecto a que el señor Suguro rondaba por esas callejas dudosas de Shinjuku.

—Puede tomarlo como una mentira, si lo prefiere. No tiene sentido preguntármelo si ya está seguro de que lo he inventado todo.

—Si es cierto, cuéntemelo todo. Le aseguro que le recompensaré por ello.

—No me gustan los trucos sucios. Usted pretende sacar una exclusiva para su revista, ¿no es así?

—No, no —se apresuró a responder Kobari—. No tengo intención de escribir sobre el tema. Únicamente tengo un interés personal en saber si el señor Suguro acudiría a un lugar como ése.

—¿Qué razón tendría para mentir? Para empezar, el señor Suguro fue quien me invitó a la recepción.

—¿De veras? ¿Él la invitó? Escuche, sólo quiero asegurarme de lo que está diciendo: ¿Está segura de que se trataba del señor Suguro?

—Desde luego.

—¿En qué lugar de la calle Sakura lo conoció?

—Frente a una tienda llamada Dulce Miel. Suguro salía de ella.

—¿De veras es usted pintora?

—¿Tiene algo de malo?

—¿Ha hecho alguna exposición?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Podría describirla en nuestra revista como un nuevo valor en alza de nuestras artes plásticas.

Kobari tendió una tarjeta a la mujer. Ella la aceptó, pero su voz tenía todavía un tono de leve enfado cuando replicó:

—Pronto inauguraré una exposición en Harajuku, cerca de la calle Takeshita. El veintisiete de este mes.

—Perfecto. Ahora, cuénteme todo lo que sepa de Suguro.

Kobari lanzó una mirada almibarada a la mujer al tiempo que posaba una mano en su hombro. Ella se sacudió el contacto de la mano y se escabulló escaleras abajo, con la capa ondeando al viento.

—¡Espere! ¡Maldita sea! ¡Al menos envíeme un anuncio de la exposición! —gritó Kobari en dirección a las escaleras. Sin embargo, la mujer ya había desaparecido de

la vista.

De modo que era cierto. El hombre sentía como si las difusas impresiones que notaba cada vez que veía una foto de Suguro en periódicos o revistas hubieran quedado confirmadas por fin.

Kobari no había tenido mucho que ver con la literatura en los últimos tiempos, pero, en su época de universitario, había tenido la ardiente esperanza de convertirse también él en novelista. Mas incluso entonces había sido incapaz de soportar el aroma a religiosidad que despedían los libros de Suguro. El muy canalla lo impregna todo con ese olor, solía decirse en aquella época.

En sus tiempos de estudiante, Kobari se había inspirado en el materialismo dialéctico y le ponían enfermo aquellos que, como Suguro, engañaban a las masas con su creencia en el opio de la religión.

Los recuerdos de la infancia se entremezclaban también con estos sentimientos. De muchacho había acudido en varias ocasiones a la iglesia protestante del barrio para recibir clases de inglés. La predicadora, con gafas y de pechos lisos, había mostrado una especial animosidad contra Kobari y a menudo descargaba sobre él burlas e insultos. Lo hacía porque Kobari sólo se quedaba a las lecciones de inglés y volvía corriendo a casa cuando la mujer se disponía a predicar. Sin embargo, transcurridos los años, cada vez que oía la palabra «religión» recordaba a la mujer predicadora.

Descendió la escalera de la boca del metro, mas no encontró rastro de la mujer junto a las máquinas expendedoras de billetes ni en el andén de la línea Hibiya. Pero Kobari estaba demasiado absorto en la sensación de felicidad que rebotaba de su corazón para preocuparse. La tarea de arrastrar por el fango el nombre de un escritor que producía historias tan ampulosas era una misión que merecía el esfuerzo del reportero. Había sido un periodista importante, recordó Kobari, quien había derribado del poder a Tanaka, el primer ministro; mientras esperaba el metro, repitió para sí una y otra vez, casi murmurando, el nombre del local que la mujer había mencionado: «Dulce Miel, Dulce Miel».

El vagón estaba impregnado del hastiado hedor de la vida. Kobari se agarró al pasamanos frente a una muchacha que tenía las piernas descuidadamente abiertas y junto a un hombre de edad mediana que marcaba círculos rojos en un boleto de apuestas hípicas. Kobari pensó de nuevo en la recepción. Se había colado en la fiesta buscando material para un reportaje y había tenido la suerte de estar justo al lado de Suguro cuando la mujer se había agarrado a su chaqueta. Había identificado en el rostro de Suguro una alarma que era algo más que simple desconcierto. Era una demostración de que la mujer no mentía.

¡Fraude!

Tal vez había descubierto el origen de su desagrado por las novelas de Suguro. Un

hombre que lanzaba miradas furtivas a las bailarinas desnudas en los clubs y que acosaba a las camareras de las barras americanas era el que, con esas mismas manos, se dedicaba a redactar frases altisonantes de elevado contenido moral.

El traje de cuya manga había tirado la mujer parecía confeccionado con tejido de primera calidad. Cuando lo comparó con su indumentaria, la animosidad volvió a crecer en el fuero interno de Kobari y éste hundió la mirada en la oscuridad que se extendía al otro lado de las ventanillas del metro. Al llegar a su piso, se sentó junto a la figura dormida y despeinada de la mujer con la que vivía y apuró los últimos sorbos de una botella de whisky.

*

Dos o tres días más tarde, Kobari visitó una parte del Kabuki-cho de Shinjuku que le era muy familiar: la zona de los clubs y baños turcos. Le costó poco esfuerzo localizar el Dulce Miel, que se encontraba en un edificio conocido como Emporio del Porno, cuyas tres plantas estaban destinadas, respectivamente, a pases de películas, tiendas de revistas y baños turcos. Cuando Kobari entró en el ascensor, era todavía primera hora de la tarde y el emporio no contaba aún con muchos clientes. Pese a ello, el ascensor hedía con un rancio olor a hombre. Mostró al encargado de la recepción una fotografía de Suguro que había recortado de una antología literaria y preguntó:

—¿Viene a menudo por aquí este hombre?

El encargado movió la cabeza y resopló.

—Aquí tenemos muchos clientes. No esperará que los recuerde a todos.

Incluso los traficantes de carne parecen sentir la obligación de no divulgar el secreto sobre su clientela salvo que la pregunta venga de la policía. De hecho, cuando preguntó a otros dos o tres empleados del edificio, Kobari obtuvo la misma respuesta y la misma sonrisa vacía.

No fueron estos hombres los únicos en dirigir a Kobari una mirada desdeñosa. Cuando relató el incidente de la recepción a un viejo compañero de colegio que había trabajado con él en una revista literaria en la universidad, el rostro de su amigo palideció de desagrado.

—No tomarás en serio lo que dijo esa mujer, ¿verdad?

Kobari, que confiaba en que su amigo le respaldaría, no pudo ocultar su disgusto al replicar:

—¿Qué pretendes decir con eso?

—Al final te has convertido en un vil canalla, ¿no es cierto? —le espetó su amigo—. ¿Encuentras algún placer soñando en organizar un escándalo sin fundamento e intentando arrastrar por el fango a un escritor como Suguro? Aunque comprendo que

éste es el periodismo de hoy...

A Kobari no le gustó lo que oía, pero la idea de que él solo pudiera lanzar una bomba que sobresaltara al público lector le producía un cosquilleo de placer indescriptible en el espinazo.

Siempre que tenía una cita o salía a tomar copas con sus amigos periodistas, Kobari trataba de concertar el encuentro en algún punto de la avenida Dorada de Shinjuku. De vuelta a casa, deambulaba por el Kabuki-cho. Sin embargo, por muchas vueltas que dio por sus calles, no tropezó jamás con Suguro ni con la mujer pintora.

Estaba a punto de abandonar cuando una noche, muy tarde, mientras sacaba un billete en una máquina automática de la estación Shinjuku, alzó la vista casualmente y al instante se le cortó el aliento. La silueta de un hombre muy parecido a Suguro se encaminaba a la parada de taxis con una mujer que llevaba gafas. Kobari dejó el cambio en la máquina y corrió tras ellos, pero la pareja ya se había introducido en un taxi. El detuvo otro y ordenó al conductor que siguiera al primero.

Por el cristal trasero del taxi que le precedía, Kobari observó que la mujer apoyaba la cabeza en el hombro derecho del hombre. El vehículo tomó por la autopista Koshu y se dirigió hacia Yoyogi. Por fin, el taxista que llevaba a Kobari dijo, incómodo:

—Parece que se dirigen al distrito de las casas de citas. ¿Continuamos tras ellos?

—Sí. Deténgase un poco más allá de donde lo hagan ellos.

Al llegar a Yoyogi, el primer taxi se detuvo ante una mansión con una verja de entrada imponente. El taxi de Kobari pasó junto a él sin despertar sospechas y aparcó setenta u ochenta metros más adelante. Para entonces, el hombre y la mujer habían desaparecido. Kobari se acercó a contemplar el hotel. En una placa podía leerse: «Yoyogi Swan Hotel».

Una fila de cedros del Himalaya se extendía, oscura, desde la verja hasta la entrada de vehículos. Kobari preguntó en recepción, pero recibió una seca respuesta por parte del encargado, quien negó que se hubieran registrado dichas personas.

Suguro realizaba una peregrinación diaria de su casa al apartamento que tenía alquilado cerca de Harajuku, pues era incapaz de escribir una palabra en los hoteles y hostales donde trabajaban muchos de sus amigos literatos. Él era incapaz de ordenar sus pensamientos si no estaba sentado ante su escritorio habitual, en la reducida estancia impregnada de su propio olor corporal.

Precisaba también de otros requisitos. Por sus largos años de experiencia, sabía que la habitación debía ser pequeña y oscura, y que debía mantener el grado adecuado de humedad. El apartamento tenía tres piezas, además de la cocina y el

baño; en la mayor de las salas era donde recibía las visitas. Allí se reunía con gente de las editoriales y de la prensa. La habitación mediana se convirtió en dormitorio para cuando se quedaba a trabajar hasta tarde. Al parecer, la estancia donde creaba sus escritos había sido utilizada como almacén por la desconocida familia que había ocupado el apartamento antes que él. Apenas llegaba a ella la luz solar y, debido a la gruesa cortina que colgaba sobre la ventana, tenía que encender la lámpara del escritorio incluso a mediodía. No obstante, dado que estas condiciones se adecuaban perfectamente a las exigencias de su subconsciente, había convertido aquella habitación en su estudio.

El año anterior le había visitado un fotógrafo con el propósito de retratar su estudio para un artículo titulado «El estudio de un escritor», que publicaría una revista. Cuando Suguro expuso sus razones para escoger aquella estancia como lugar de trabajo, el fotógrafo se había apresurado a comentar: «Esta habitación se parece mucho a un útero materno. Usted debe tener un deseo muy fuerte de regresar al útero». Luego había añadido que ese deseo de volver al útero era un impulso disimulado de regresar al estado en que la vida se desarrolla en el seno de la madre; de regresar a un estado de sueño en el fluido amniótico. Dicho con otras palabras, no era tanto un impulso de vida como un deseo de muerte, de descanso eterno.

Cada mañana, cuando abría la puerta de su apartamento, Suguro iba a la pequeña estancia y se sentaba en la misma silla que había utilizado tantos años. Primero dirigía una mirada a la fotografía de su difunta madre que colgaba de la pared. Después contemplaba con cariño la lámpara del escritorio, el reloj de pared que emitía su tictac con precisa regularidad, y el portaplumas chino. La expresión del rostro de su madre en la fotografía cambiaba de un día a otro. Una mañana parecía muy feliz, y a la siguiente su aspecto era sombrío. Suguro reconocía la profunda impronta que la mujer había dejado en su vida. Su bautizo había sido consecuencia de la influencia de su madre. En cualquier caso, las novelas que había producido durante la última década —*La voz del silencio*, *En tierras vírgenes* y *El emisario*— habían sido terminadas gracias al esfuerzo diario, de modo muy parecido a como una hormiga transporta su comida grano a grano.

Lo mismo sucedía sin duda a otros escritores, pero para Suguro el proceso de crear una obra de ficción era comparable a entrar en un terreno desconocido sin mapas. Suguro, con su carácter precavido, jamás consentía en iniciar tal viaje hasta que todos los preparativos para el mismo estuvieran ultimados, desde la cuidadosa selección de los temas hasta el cálculo del tiempo que necesitaría para reunir el material. Aun así, había muchos momentos en los que no tenía la menor idea de adónde iría a parar y en los que lo único que lograba discernir bajo la leve penumbra eran los borrosos perfiles de su punto de partida. El camino por el que avanzaba quedaba oculto tras densas sombras. A lo largo de quince años, había emprendido

muchos de aquellos agotadores viajes, avanzando a tientas por lo desconocido sin salir de los confines del pequeño estudio.

Una vez que quedó atrás la entrega de premios, Suguro volvió a saborear la misma amargura del viaje literario en la estancia. Para poder planificar un nuevo relato corto, corrió la cortina y se sentó, encorvado como un relojero, ante el escritorio apenas iluminado por la lámpara. Pero, aunque había tomado algunas notas, esta vez no le llegó la inspiración habitual.

En condiciones normales, pasaba la mitad del día en aquella imitación de los trabajos manuales, sin escuchar otro sonido que el de su pluma al deslizarse sobre el papel, y disfrutaba con su esfuerzo a pesar del dolor que le producía. Pero en los últimos días aquella alegría permanecía dormida en su pecho.

Dejó la pluma en el escritorio e intentó disipar la ansiedad que le impedía trabajar a gusto. El rostro y las palabras de la mujer que le había asaltado en la recepción habían quedado impresos en su recuerdo como una mancha de tinta en los dedos.

«Nos conocimos en Shinjuku. Hiciste cosas muy atrevidas, sensei... ¡Ah, ya entiendo! No quieres que nadie sepa que estuviste de fiesta con nosotras en plena noche».

Un aire de intimidad y un patente hedor a alcohol envolvían cada una de las palabras que habían salido de entre sus dientes manchados de lápiz de labios. Era absurdo que alguien como él se dejara paralizar por los comentarios de una mujer ebria.

Volvió cinco o seis veces la cabeza a un lado y a otro con gesto enérgico y releyó parte del manuscrito. Siempre garabateaba sus primeros borradores con letra menuda en el reverso de las hojas manuscritas, los corregía con lápiz o con tinta de color, y luego contratava una mecanógrafa para que pasara en limpio la versión final.

Tal vez debido a su avanzada edad, tenía últimamente el sueño muy ligero y vivía varios sueños en el espacio de una noche. Todos los sueños eran distintos y, cuando terminaba cada uno, el hombre despertaba de inmediato. Una vez despierto, se quedaba mirando la oscuridad un rato, pensando únicamente en la muerte que finalmente le alcanzaría. Había cumplido los sesenta y cinco aquel año.

Tomó un bolígrafo rojo del escritorio y cambió «Todos los sueños» por «Cada sueño». Mientras corregía el resto de la frase, percibió que el tema principal de aquel relato sería la vejez.

Sonó el teléfono. Levantó el auricular, irritado por la interrupción, y escuchó la voz sobria y familiar que identificaba automáticamente a su propietario.

—Soy Kurimoto. Quería saber qué tal va ese relato.

—Ya he conseguido perfilarlo a medias.

—¿Qué título le dará?

—Estoy pensando en llamarlo *Sus últimos años*.

Kurimoto permaneció unos segundos en silencio. Luego, comentó:

—Lamento mucho lo sucedido. Sí, me refiero a esa mujer ebria. Había tal caos entre los organizadores de la recepción, que todavía no he logrado averiguar quién la llevó allí.

—Estoy seguro de que no fue usted. Me refiero a que jamás en mi vida la había visto.

Suguro puso énfasis en sus palabras y aguardó a la reacción de Kurimoto.

—Ahora nos ha llegado una postal dirigida a usted. Parece que la envía ella. El nombre que viene en la postal es Ishiguro Hiña. Al parecer no le engañaba cuando dijo que era una artista callejera. Es una invitación para una exposición.

—¿Qué le hace pensar que es la misma mujer?

—En el reverso... —Kurimoto vaciló— ha escrito: «Mentiroso. Eres un mentiroso, sensei»... ¿Qué quiere que haga con la postal?

Suguro empezó a responder que no tenía ningún interés por ella, pero luego titubeó. No deseaba ver la postal, pero al mismo tiempo no quería dejar en manos de Kurimoto un asunto de aquella naturaleza.

—No sé qué decir. En fin, ¿por qué no me la hace llegar?

Acompañó sus palabras de una risa despreocupada, esperando que el joven director literario no se percatara de su nerviosismo.

Cuando hubo colgado, se sintió más inquieto que antes.

La mujer era implacable.

Recordó la insistencia con la que se había cogido a su manga en la recepción y percibió una difusa sensación de peligro: no debía tomarse el asunto a la ligera, por si se convertía en un problema importante. Para disipar el nerviosismo, parpadeó varias veces; era una costumbre arraigada en él.

Dos días más tarde, la postal a que se había referido Kurimoto le llegó con el correo enviado a su estudio. En la invitación, escrita a pincel, podía leerse Ishiguro Hiña, un nombre que sonaba adecuado para una artista. A Suguro le sorprendió descubrir que la exposición tendría lugar en la calle Takeshita, no lejos de su estudio. Como había dicho Kurimoto, en el reverso de la postal aparecían garabateadas a bolígrafo las palabras «Mentiroso. Eres un mentiroso, sensei». Suguro desvió la mirada, como si acabara de ver algún mal agujero; después rompió la invitación y la arrojó a la papelera.

Recientemente tuve un sueño en el que me encontré con Akutagawa Ryunosuke. Éste llevaba un arrugado kimono de verano y estaba sentado con

los brazos cruzados y la mirada baja. No dijo una sola palabra, pero de pronto se puso en pie, descorrió una cortina de bambú situada a su espalda y pasó a la habitación contigua. Yo sabía que esa habitación era el mundo de los muertos. Pero pronto volvió a abrirse la cortina y Akutagawa regresó a la estancia donde yo me encontraba.

Suguro escribió estas palabras encorvado sobre el escritorio y luego las leyó en un murmullo para comprobar el tono del pasaje. Aquella parte no era ficción, sino una experiencia real que había tenido unos dos meses antes. Recordó que, al despertar de ese sueño en plena noche, su esposa dormía apaciblemente junto a él.

Naturalmente, no le había contado el sueño a su mujer. Desde que su hijo, que trabajaba en una compañía comercial, se había trasladado a Estados Unidos con su familia, Suguro había decidido no hablar con su esposa de nada que pudiera causarle la menor preocupación. En realidad, y al contrario que tantos escritores, desde su boda se había mostrado al mundo como un buen padre y esposo..., no porque fuera cristiano, sino porque sabía que la típica pose libertina de los novelistas no cuadraba con su manera de ser. Fueran cuales fuesen sus temas en la novela, Suguro había decidido que deseaba pasar por un ciudadano normal en su vida diaria y en el rostro que presentaba al mundo. De ahí que en las relaciones con su esposa, rara vez hacía nada que pudiera perturbar el equilibrio que habían establecido en sus vidas.

Su esposa acudía a limpiar el apartamento dos veces por semana. En esas ocasiones adoptaba su postura de hombre casero, diferente de la que mostraba cuando escribía. No obstante, para Suguro poner una cara distinta no significaba hipocresía alguna, ni implicaba artificiosidad ni comedia.

Su esposa, que padecía artritis, se dolía de las rodillas y de las articulaciones de las manos durante la estación de las lluvias y en otoño. Sus afecciones eran consecuencia de los agotadores cuidados que había prodigado a su esposo y de tres operaciones torácicas. Los días de frío, Suguro se sentía profundamente en deuda con ella mientras la observaba pasar el aspirador. Cuando sugería contratar a alguien para hacer la limpieza, ella siempre se reía y negaba con la cabeza.

En las temporadas en que no le dolían las piernas, a veces almorzaban juntos y luego daban un paseo. Siempre seguían la misma ruta: caminaban colina abajo hasta el estudio; cruzaban el parque Yoyogi y seguían por Omote Sando antes de volver al estudio. Se sentaban en un banco del parque para ver a los jóvenes jugando al badminton. Aunque no se dijeran nada, después de más de treinta años de matrimonio había entre ellos una serenidad que Suguro casi podía palpar allí, con la mujer sentada junto a él. Cuando tenía ante sí una hoja de papel en blanco, era un novelista que sondeaba en las profundidades de su espíritu y volcaba en el folio lo que allí encontraba. En cambio, como esposo tenía cuidado de no arriesgarse más allá de los

límites fundamentales. Aquél era su modo de mostrarse compasivo con su esposa, nacida en un hogar cristiano y educada en una escuela religiosa.

El fin de semana siguiente a que Suguro destruyera la invitación a la exposición, su esposa no pudo acudir al estudio por un contratiempo de uno de sus parientes, de modo que Suguro pasó el sábado y el domingo en su apartamento, efectuando correcciones en la novela. Por las tardes, del otro lado de las cortinas corridas le llegaron débiles y lejanas las voces alegres de muchas personas.

Dejó el estudio y bajó por el camino estrecho y ondulado cuando el sol de la tarde ya empezaba a desvanecerse. Como siempre, el paseo le condujo hacia el parque Yoyogi. Últimamente, los accesos al parque se habían llenado de grupos de jóvenes, de moda ahora en Tokio, y conocidos por la «generación Brote de Bambú», en honor de la boutique de Harajuku donde se había iniciado la moda punk. Los grupos formaban círculos aquí y allá y bailaban extraños pasos al son de la música estridente de sus radiocasetes. Los jóvenes de uno y otro sexo vestían largas túnicas rosas y blancas como la indumentaria típica coreana, e incluso los muchachos lucían carmín en las mejillas. Los grupos variaban de un círculo a otro y cada uno bailaba al ritmo de un líder distinto. Suguro se unió al grupo de espectadores y contempló la danza junto a un extranjero que lo filmaba todo en ocho milímetros. Cuando él tenía la edad de aquellos jóvenes, Japón estaba combatiendo en China en el prólogo de otra guerra aún mayor. Para su generación, recordar tales acontecimientos era un acto reflejo: no podía detener sus recuerdos aunque se lo propusiera.

Cuando se apartó del grupo de espectadores, Suguro pisó accidentalmente el pie de una joven que se encontraba tras él.

—¡Oh, lo siento!

La muchacha entrecerró los ojos con gesto amistoso y le dedicó una dulce sonrisa. Pero su rostro mostró pronto una mueca de dolor y levantó el pie izquierdo.

Preocupado, Suguro le preguntó:

—¿Te has hecho daño? Sácate el zapato y veamos qué tienes.

—Estoy bien. —La muchacha intentó una sonrisa forzada.

—Siéntate en ese banco de ahí... Le echaré un vistazo a los dedos del pie.

La muchacha se sentó como le decía y se quitó los zapatos, enfangados en la puntera, y los calcetines. La chica parecía azorada.

—Están bien.

—Me parece que los tienes un poco rojos. ¿Por qué no vamos a una farmacia?

—No necesito nada.

—Bueno, por lo menos deja que te invite a un refresco o algo. —Suguro señaló hacia la fila de tenderetes que bordeaba el parque, en los cuales se podía encontrar desde perritos calientes hasta rollitos de verduras—. ¿Qué prefieres?

—Ya le he dicho que no quiero nada.

—Estaría más contento si pudiera invitarte a algo.

—Bueno, tal vez una coca cola.

Cuando regresó con la bebida en un vaso de papel, la muchacha estaba moviendo el pie adelante y atrás...

—¿Le interesa este lugar, señor?

—Vosotros, los jóvenes, tenéis mucha energía.

—Por aquí rondan muchos viejos como usted. Hombres interesados por las niñas.

—¿De veras? No puede haber mucha gente así.

—Pues la hay, desde luego. Nos dicen cosas mientras paseamos por Omote Sando. Hombres maduros..., incluso ancianos como usted.

—¿Qué cosas os dicen?

La muchacha le dedicó otra sonrisa, esta vez porque quizá le resultaba difícil responder.

—¿Y hay alguna chica que acepte?

—Claro, pero las chicas de instituto sólo llegan hasta B. Luego, piden dinero.

—¿B?

—¿No sabe qué son A, B y C?

Con la misma falta de pudor con que recitaría los nombres de los cantantes pop del momento, la muchacha le explicó que A eran los besos, B eran las caricias y C era el paso final.

La chica tenía unas mejillas mofletudas. Suguro sentía envidia por la larga vida que se abría ante ellas, en contraste con él.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Soy un viejo.

—Pero no lo parece.

—¿Tú también llegas hasta B?

—¿Yo? No, desde luego.

—¿De veras las chicas de tu edad necesitan dinero hasta esos extremos?

—Claro. —Sus ojos se entrecerraron en otra sonrisa amistosa—. Mi familia no tiene dinero. Ni siquiera me dan una semanada.

—Tu padre trabaja, ¿no?

—Hace cuatro años una moto lo atropelló en Miyamasuzaka. Por eso, mi madre ahora se dedica a vender seguros. Me da demasiada pena para pedirle dinero.

—¿Pero de verdad necesitas tanto?

—Incluso alguien como yo tiene camaradas con los que relacionarse. Y, además..., me gusta comprarle cosas a mi hermanito.

Suguro sonrió al oírle utilizar la palabra «camaradas», poco frecuente entre los jóvenes.

—¿Estás en secundaria?

—En segundo ciclo.

Vaya, todavía en segundo ciclo y con ese cuerpo, pensó Suguro mientras contemplaba sus pechos generosos y los muslos que apenas cabían en sus téjanos descoloridos. No sabía cómo debían ser los pechos de las chicas de su juventud, pero desde luego no tenían los muslos rebosantes de aquella muchacha.

—¿Dónde vives?

—¿Por qué quiere saberlo?

—No me interpretes mal. Sólo estaba pensando que tal vez podría encontrarte un trabajo por horas si necesitas dinero...

—¿Qué tipo de trabajo? —Volvió a dirigirle una sonrisa afable—. A las chicas de segundo ciclo no nos dejan trabajar. Yo trabajé en McDonald's con una amiga. Les dijimos que estábamos en secundaria, pero nos descubrieron enseguida y nos despidieron.

—De todos modos, no debes imitar a esas chicas malas. No hagas caso de las proposiciones de esos hombres.

Cuando Suguro inició su sermón, ella bajó la mirada y se puso a hacer dibujos en el polvo con la puntera del zapato.

—Creo que debo irme.

Cuando Suguro se levantó del banco, advirtió lo enlodadas que tenía las zapatillas la chica.

—Un momento.

Sacó el billetero del bolsillo. La muchacha le observó con atención mientras Suguro introducía los dedos en él, pero, cuando le vio sacar un billete de cinco mil yenes y ofrecérselo, retrocedió con aire desconfiado.

—Si me prometes no hacer nada indecoroso, te daré este dinero. Cómprate unos zapatos nuevos o lo que te parezca. Intentaré encontrar un trabajo que puedas hacer. Si te interesa, llámame aquí.

Escribió su número de teléfono en un pedazo de papel y seguidamente se alejó sin mirar atrás. Estaba disgustado consigo mismo por haber dado dinero impulsivamente en un momento de sentimentalismo.

Por la noche, en casa, habló de la muchacha a su esposa mientras ésta hacía punto.

—Si todavía está en segundo ciclo, podría limpiar el despacho, ¿no crees?

—Supongo que sí, pero no sé. ¿Lo dices en serio, eso de darle empleo?

—Sí. Le he prometido encontrarle trabajo. Además, así te ayudaría también a ti.

—A Suguro le disgustaba ver a su esposa frotándose las articulaciones mientras empujaba el aspirador en invierno.

—A mí no me importa hacer la limpieza.

—Lo sé, pero...

Por lo general, Suguro jamás trataba de los asuntos domésticos con su mujer, pero esta vez insistió obstinadamente. Sería matar dos pájaros de un tiro. Su esposa no tendría que luchar con el aspirador durante la temporada de lluvia y frío, y la muchacha no tendría que sucumbir a las proposiciones.

La muchacha se llamaba Morita Mitsu y, cuando hubo acudido dos o tres veces a limpiar el despacho, la esposa de Suguro olvidó su inicial escepticismo y pareció satisfecha.

—Es una buena chica. Por lo que explicaste, tenía mis dudas respecto a qué clase de muchacha sería, pero realmente es una chiquilla inocente.

—Tiene un buen corazón —asintió Suguro, aliviado—. Cuando la vi sonreír por primera vez, incluso me pregunté si no sería un poco débil mental.

—Dice que tiene dos hermanos y una hermana más pequeños. Cuando le di un pedazo de pastel, no se lo comió sino que quiso llevárselo a ellos. Lo encontré conmovedor. Al parecer, la intervención a que fue sometido su padre después del accidente resultó un fracaso y ahora tiene las entrañas en un estado terrible. —La esposa de Suguro ya le había sonsacado a Mitsu una gran cantidad de información sobre su familia.

Tal como había dicho la esposa de Suguro, Mitsu aún resultó más sencilla de lo que Suguro había imaginado. Ese primer sábado por la tarde, había acudido al despacho después de la escuela y, bajo la dirección de su esposa, pasó el aspirador y limpió el cuarto de baño. Con su físico precoz, ocupó el lugar de la esposa artrítica de Suguro y bajó cajas de cartón llenas de revistas por las escaleras hasta la portería del edificio, e incluso ayudó a la mujer a hacer la compra. Al cabo de dos semanas, la muchacha se había adaptado a la rutina y era capaz de limpiar la sala de visitas y el baño incluso sin la presencia de la esposa de Suguro, mientras tarareaba canciones pop.

Durante un descanso en el trabajo, Suguro se sentó en el sofá y contempló a Mitsu mientras hacía la limpieza.

—¿Qué cantas?

Jamás había conocido el nombre de los cantantes jóvenes de moda, pero ahora, gracias a Mitsu, sabía de la existencia de intérpretes populares como Kyon-Kyon o los Shibugaki-tai.

—Sensei, yo pensaba que lo conocías todo, pero en realidad no sabes nada, ¿no es cierto?

La muchacha dejó de empujar el aspirador y se burló de Suguro, que todavía confundía a cantantes tan distintos como Toshi-chan y Mattchi, por muchas veces que les viera en televisión.

—Tengo una ignorancia total sobre el mundo en el que vives.

—Sensei, ¿te gustaría que te enseñara un poco del argot de los estudiantes de segundo ciclo? ¿Qué crees que significa «hacer un aterrizaje»?

—No tengo la menor idea.

—Le llamamos así a colarse en una cafetería a la salida del colegio, camino de casa. ¿Sabes qué es «estar a tope»?

—Ni por casualidad.

—Es lo que dices cuando te sucede algo bueno, cuando estás contenta. Resulta un poco raro decir que estás «contenta» cuando te sientes así. A las madres las llamamos «viejas». «Levantar» es robar algo en una tienda. «Fumarse una clase» es hacer novillos y un «plato de pescado» es una chica que se hace la inocente en asuntos sexuales.

Suguro, fascinado por las frases que surgían de su boca una tras otra, tomó nota de todas ellas.

Cuando Mitsu se ponía a trabajar, se sofocaba y le caían gotas de sudor por las mejillas, el mentón y el cuello. La visión de aquellas jóvenes gotas de ligero resplandor hacía que Suguro casi se sintiera embriagado, como si estuviera cerca de una flor de penetrante fragancia. En las mejillas y el cuello húmedos de la muchacha percibía algo que él había perdido.

—No puedo creer lo eficiente que se está volviendo —dijo un día la esposa de Suguro. Él asintió.

—¿Ahora estás contenta de haberla contratado?

—Me pregunto si podríamos llevarla a la iglesia.

—Allí sólo se aburriría... Ya puedes olvidarte de eso. Pero cuando la chica esté más acostumbrada a la tarea, nosotros dos tenemos que hacer ese viaje a Nagasaki del que tanto hemos hablado.

Desde hacía algún tiempo, Suguro tenía previsto llevar a su esposa a Nagasaki cuando el tiempo fuera más favorable.

Nagasaki y sus alrededores habían aparecido en varias de sus novelas, pero su esposa no había visitado nunca la ciudad. También ella deseaba realizar aquel viaje.

La misma noche en que mantuvo esa conversación con su esposa, Suguro tuvo un sueño. Estaba contemplando su propio rostro en el espejo del cuarto de baño de su estudio. Le sorprendía lo viejo que estaba. Sus ojos estaban circundados de arrugas y bolsas de carne y, en torno a la barbilla, había manchas de minúsculos puntitos blancos que parecían haber sido colocados allí con la punta de un mondadientes. Cuando se acercó más, comprobó que eran canas. Había envejecido mucho... y la muerte se acercaba. Despertó del sueño con una sensación de zozobra.

Le llegó a los oídos la respiración suave y regular de su esposa, dormida en la cama contigua. Aquella respiración le recordaba siempre el sonido del reloj de su estudio. El tictac de aquel reloj le proporcionaba una sensación de paz indescriptible

mientras permanecía volcado sobre su trabajo. También el rumor de la respiración nocturna de su esposa conjuraba imágenes de la apacible serenidad que habían mantenido en su matrimonio. En aquel aliento, Suguro podía oler el mundo immaculado que la mujer había llevado consigo desde su juventud. Era la respiración de una mujer educada en el amor irreductible a sus padres y hermanos, de una mujer que jamás había albergado la menor duda sobre lo que le pasaba por la cabeza a su esposo o por lo que hacía en el trabajo. A veces, aquella seguridad despertaba en él la envidia y le inspiraba una aversión que jamás se habría atrevido ni siquiera a expresar. En aquellas ocasiones, el mundo de su esposa parecía oler a pompas de jabón.

Poco después de despertar, volvió a caer dormido y tuvo otro sueño. Otra vez surgía el espejo del cuarto de baño (Suguro no entendía por qué últimamente aparecían siempre los espejos en sus sueños), pero en esta ocasión era Mitsu quien se hallaba frente a él, apenas vestida con unas braguitas a flores, recién lavadas. La chiquilla sonreía al espejo, sin advertir que él la estaba observando. Entre sus labios entreabiertos se adivinaban sus dientes y un leve hilillo de saliva. La imagen resultaba de una voluptuosidad algo excesiva para una chica tan joven. Luego pareció como si supiera que Suguro estaba escondido tras la puerta y como si aquella sonrisa fuera hecha a propósito. «Tu mujer se va a enfadar», le advirtió entonces.

Suguro despertó de golpe. Todavía podía ver ante él la sonrisa de aquel rostro. Su esposa dormía pacíficamente.

Envuelto en la oscuridad, Suguro se avergonzó del sueño profano que acababa de tener. Pero al mismo tiempo, por tratarse de un sueño, no se sintió responsable de él. No era preciso sentirse incómodo o pudoroso por un sueño, pero comprendió que probablemente recordaría la imagen cada vez que Mitsu apareciera por el estudio, lo cual le llenó de un extraño sentimiento.

En su diario apuntó ambiguamente «he tenido un mal sueño», sin añadir nada más. En su fuero interno temía la posibilidad de que, después de su muerte, algún editor caprichoso decidiera publicar sus notas personales.

Dos

Suguro se hallaba conversando de su próxima obra con Kurimoto, que vestía como un banquero, con una elegante corbata. Aun cuando no hubiera proyectos de trabajo que tratar, Kurimoto, que no bebía ni fumaba, acudía invariablemente a visitar a Suguro. Parecía considerarlo un deber más de un director literario, y cada vez que Suguro veía aquel rostro serio y honesto pensaba cuánto mejor habría sido para Kurimoto dedicarse a profesor de instituto.

De pronto, un aspirador se puso en marcha en la habitación contigua.

—¿Está aquí su esposa? —Evidentemente, a Kurimoto le había sobresaltado el ruido, pues creía que él y Suguro estaban solos en el estudio.

—No es mi esposa. Es una estudiante de instituto que hemos contratado. Está en segundo grado.

—¿Segundo grado?

Suguro le explicó con pormenores las circunstancias por las que Mitsu había entrado a trabajar allí, hablando en voz baja pese a que era imposible que Mitsu pudiera escucharles desde la estancia de al lado con el estruendo del aspirador.

—Es más inocente de lo que parece. Dice que en Harajuku hay hombres que seducen a sus compañeras de curso.

Kurimoto permaneció en silencio unos instantes. Después, de pronto, preguntó:

—¿Qué hizo usted con la postal?

—¿La postal?

—La que le envié... Ya sabe, esa postal.

—¡Ah! Me deshice de ella, naturalmente. —Suguro había dado por supuesto que Kurimoto habría olvidado el incidente y, cuando el director literario le interrogó al respecto con aire solemne, la pregunta le pilló desprevenido—. No vi ninguna razón para acudir a la exposición.

—Casualmente, yo estuve allí. —Kurimoto volvió la mirada hacia los ojos de Suguro—. Creí mi deber descubrir qué clase de mujer era. Por si intentaba crearle más problemas.

—¿Y?

—Era cierto que inauguraban una exposición. Muy cerca de la calle Takeshita.

Kurimoto parecía haber visitado la galería de arte en un esfuerzo por proteger la reputación del escritor con el que trabajaba, pero Suguro no lo consideró un favor. Deseaba librarse del recuerdo del incidente en la recepción lo antes posible, y no tenía el menor deseo de que el tema surgiera de nuevo.

—¿Estaba allí la mujer?

—No. Había otra mujer con gafas al cuidado de la galería. Según dijo, ella también era pintora.

—¿Qué tipo de cuadros eran?

—Todos estaban cargados de sonido y de furia, y todos estimulaban al público. Había uno de un feto en el útero... En realidad, los cuadros tenían un aire grotesco, espectral. Algo inestables, indigestos...

—Así los imaginaba —asintió Suguro, a quien las descripciones de Kurimoto resultaban fáciles de concebir—. No era muy difícil de imaginar, a la vista del tipo de mujer que los ha pintado.

—Había un retrato de usted.

—¿Mío...?

—Ella lo mencionó en la recepción, ¿recuerda? Dijo que usted se había dejado retratar por ella y una amiga en Shinjuku.

—¡Esto es absurdo! Nunca he hecho algo así.

—Sólo estoy repitiendo lo que ella dijo. Creo que debieron transformar un apunte en un cuadro al óleo.

Suguro no dijo nada y parpadeó varias veces. Mitsu debía haber terminado de limpiar la habitación contigua, pues acababa de desconectar el aspirador.

—¿Ese cuadro... se parecía realmente a mí? —preguntó en voz baja.

—A primer golpe de vista, sí. Y permíteme que lo diga, pero era un rostro vulgar.

—¿Vulgar?

—Las facciones se le parecían, pero no era usted en absoluto. Era de esperar, naturalmente...

—Entonces, ¿cree usted que otra persona está haciéndose pasar por mí?

—Eso pienso. El cuadro se titulaba *El rostro del señor S*.

—¿Así que también han utilizado la inicial de mi apellido?*

—Yo no me preocuparía por ello —dijo Kurimoto, tratando de consolarle—. Nadie creerá que es usted. Yo quise presentar una enérgica protesta, pero la mujer no estaba allí, así que me marché sin decir nada.

Incluso después de que Kurimoto se marchara, Suguro permaneció hundido en el sofá, mirando por la ventana. Se abrió el cielo gris plomizo de la tarde y asomó un pálido sol.

Mitsu salió del baño y contempló a Suguro con preocupación.

—¿Te sientes bien, sensei?

Como bien había dicho la esposa de Suguro, la muchacha era sensible a las desdichas de los demás. Aquella cualidad coexistía con su afabilidad y sus escasas luces.

—Sí, me encuentro bien. —Suguro se colocó la máscara destinada al consumo doméstico y devolvió la sonrisa a Mitsu. Era la expresión que despertaba la confianza de su esposa y, al mismo tiempo, la que sus lectores conocían y admiraban—. Voy a salir. —Se incorporó del sofá y pidió un favor a Mitsu—: Mi esposa llegará pronto.

¿Te importaría quedarte hasta que venga?

—Desde luego que no.

Siguió las instrucciones de Kurimoto. Era la primera vez que iba a la calle Takeshita. Había oído contar que era la calle de Harajuku más concurrida por gente joven, y la información parecía cierta: entre los viandantes había niñas de instituto con faldas largas que les rozaban los dedos de los pies, hombres ancianos como Suguro, mujeres jóvenes cargadas de bolsas idénticas a las de los mendigos, y muchachos con el cabello teñido de colores pastel.

Tal como le había indicado Kurimoto, recorrió una calleja estrecha dedicada a Brahms y llegó frente a un cartel que rezaba Galería Art Nouveau. En la planta baja había una tienda de bisutería; la galería quedaba en el primer piso.

Subió la escalera, que olía a cemento. Tras el mostrador de recepción, una mujer leía una revista, sentada con las piernas cruzadas. Al ver a Suguro, soltó una pequeña exclamación de sorpresa, reconociéndole sin duda. Sin soltar la revista, le siguió inquisitivamente con la vista mientras él deambulaba por la desierta galería.

Más de veinte cuadros llenaban las cuatro paredes en una sola hilera, como una banda continua de celofán. Un vistazo a tres o cuatro de ellos bastó a Suguro para llegar a la conclusión de que tras una serie de motivos excéntricos, se camuflaba un talento de mero aficionado. Tanto los cuadros realistas como los abstractos eran flagrantes imitaciones de las obras de vanguardia europeas o americanas: dos mujeres abrazadas; serpientes venenosas y mariposas con las alas muy abiertas, el dibujo de un chico con una cabeza enorme; un bebé asomando con miedo del interior del útero, con los ojos abiertos como platos, aterrados. Mientras contemplaba las obras, que sólo eran notables por su triste ostentación, Suguro buscó con interés un cuadro en concreto.

El retrato que Kurimoto había identificado como *El rostro del señor S.* se encontraba junto al rincón de la sala. Consciente de que la mujer tenía los ojos clavados en él, Suguro intentó fingir desinterés al aproximarse al cuadro. Aparecía mirando de frente con una sonrisa burlona en el rostro y producía el efecto de haber salido de un reino de colores lúgubres. Aunque sin duda el rostro era el suyo, en la expresión del cuadro había algo... no exactamente la vulgaridad que Kurimoto había descrito, sino algo lascivo e inmoderado.

Mientras desviaba la mirada en una mezcla de cólera y vergüenza, Suguro recordó haber visto aquel rostro con anterioridad. Exacto: era el rostro que le había estado mirando desde detrás de Kurimoto y la directora literaria en la entrega de premios. Desalentado, permaneció inmóvil ante el retrato. Recordaba otro rostro que se parecía a aquél. Lo había visto en su visita a la catedral medieval de la ciudad francesa de Bourges. Había ascendido la escalera de caracol detrás del sacerdote que

le había hecho de guía y había salido a un balcón batido por el viento en lo alto del campanario. Desde el balcón, una profusión de rostros humanos y de animales se asomaba a los extensos campos que quedaban a sus pies. Uno de aquellos rostros de piedra, el de una loca, poseía la misma sonrisa burlona que el cuadro. «¿Qué es ese rostro?», había preguntado Suguro, pero el sacerdote francés se había limitado a encogerse de hombros.

Al advertir que la recepcionista seguía observándole, Suguro se acercó a ella.

—¿Está la señorita Ishiguro? —preguntó, haciendo lo posible por reprimir cualquier emoción mientras formulaba la pregunta.

La mujer se apresuró a aplastar la colilla de su cigarrillo.

—La espero dentro de poco.

—¿Es la autora de ese retrato?

—No, ese cuadro es de la señorita Itoi.

—Puede haber problemas si un artista hace un retrato sin pedir permiso —murmuró. Al pronunciar la frase, la recepcionista hizo una mueca como si acabara de recibir un bofetón—. Si el pintor no tiene el permiso del retratado...

—Ella dijo que tenía permiso.

—¿Quién lo dijo?

—La señorita Itoi, la pintora. Según tengo entendido, usted le pidió a ella y a la señorita Ishiguro que le hicieran un apunte en Shinjuku.

La recepcionista desvió la mirada. Suguro se disponía a contradecirla cuando percibió una sombra que se movía a su espalda y advirtió que los ojos de la recepcionista se iluminaban de pronto.

—Señora Naruse. La estaba esperando.

Cuando Suguro se volvió, una mujer con aire de matrona que lucía una elegante chaqueta de cuello ancho y un pañuelo hizo un leve gesto de asentimiento y entró.

Suguro abandonó la galería. La risa afectada y jocosa de la recepcionista resonó tras él. Fuera, el sol estaba un poco más velado que antes. A su edad, estos cambios en el firmamento llenaban de abatimiento a Suguro. Empujó la puerta de una cafetería frente a la galería de arte. Encontró un asiento junto a la ventana, pero la imagen que tenía en los ojos seguía siendo la del retrato. La imagen era más vivida ahora que cuando la había visto en realidad. Reflejaba el rostro de un hombre cuya fealdad no provenía de sus facciones, sino de su alma.

No sabía qué pensar. Por un instante, se sintió paralizado de miedo y se llevó una mano a la frente sudorosa.

Se tranquilizó e intentó extraer algunas consecuencias de la experiencia. Tal vez el retrato no era una representación de aquella sonrisa burlona y áspera que él había visto, sino un cuadro que en realidad había captado una sonrisa inesperada o un gesto afable del modelo. Posiblemente, él había tomado por lasciva e inmoderada aquella

sonrisa franca porque su subconsciente todavía guardaba recuerdos gráficos de la aparición que había visto en la entrega de premios. Si era así, lo único que él había hecho era añadir su propia interpretación al despreocupado comentario de Kurimoto, que había tildado de «sonrisa vulgar» la expresión del retrato.

Aquel pensamiento le produjo un ligero alivio. La sonrisa del cuadro perdió la capacidad de provocarle más confusión mental una vez que Suguro consiguió considerar trivial aquel retrato trivial, de modo parecido a como había logrado devolver un sentido de orden a su vida y a su mente escribiendo en su diario las palabras «he tenido un mal sueño», la mañana siguiente a su visión subconsciente de Mitsu.

Cuando levantó la cabeza y miró distraídamente por la ventana, la mujer que había visto entrar en la galería de arte salía del edificio y se dirigía hacia la cafetería para gozar también, evidentemente, de unos momentos de descanso. Tras localizar un asiento libre, la mujer dejó el bolso y un libro sobre la silla contigua a Suguro y se quitó la chaqueta. Tenía una frente despejada y unos ojos grandes, de expresión resuelta, poco frecuentes entre las mujeres japonesas.

Dio un sorbo al café que le pusieron delante y bajó la mirada. Parecía sumida en sus pensamientos, pues cuando alzó la cabeza y reconoció a Suguro hizo un gesto de sorpresa. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que el hombre que estaba sentado justo a su lado era el escritor.

—Hola otra vez —se aventuró a decir la mujer.

No teniendo otra cosa que decir, o, mejor, para romper el hielo, Suguro le preguntó:

—¿Ha visto usted el cuadro titulado *El rostro del señor S.*?

Era imposible que no lo hubiese visto.

—Sí.

—¿Se parece a mí?

La mujer ladeó levemente la cabeza y sonrió, incómoda. Tenía el cabello ligeramente vetado de canas pero parecía algo más joven que la esposa del escritor.

—¿Qué clase de pintores han seleccionado para esa exposición?

—Se trata de un grupo de mujeres jóvenes. Buscan la belleza en la fealdad. Una estética de la deformidad, sobre todo.

—¿Y por eso escogieron mi rostro? Supongo que mis facciones son feas, pero resulta mortificante que lo retraten a uno por esa razón. Y es desagradable que lo muestren con un aspecto tan horrible —añadió en tono humorístico.

—Yo no creo que sea tan horrible. A mí me parece un rostro de una gran humanidad.

Su esposa le hablaba con aquel tono de voz y con aquellas frases cuando intentaba apaciguarle. Debía ser una característica de las mujeres de su edad.

—¿Cómo es que conoce a esas pintoras?

—Una de ellas estuvo ingresada unos días en el hospital donde yo trabajo. Así trabé contacto con el grupo.

—Ninguno de los cuadros me ha impresionado. ¿Le resulta interesante a una persona como usted mezclarse con unas mujeres que pintan temas tan extraños?

—¿A qué viene esa pregunta? —le sonrió ella—. Yo podría muy bien ser como ellas.

Aquella mujer que le recordaba a su esposa despertó la curiosidad de Suguro.

—Ha dicho que trabaja en un hospital. ¿Es usted médico?

—No, no. Sólo soy asistente voluntaria. Perdón, me llamo Naruse.

—Yo soy Suguro.

—Conozco muy bien su apellido y sus obras.

La conversación se cortó en aquel punto y ambos volvieron a concentrarse en sus respectivas tazas de café. Suguro leyó el título del libro que la mujer había colocado debajo del bolso. Era la obra de un crítico que tenía una amplia acogida entre los jóvenes.

—¿De modo que incluso lee libros como ése?

—Me encanta leer —replicó ella, en tono defensivo—. No entiendo gran cosa, pero no puedo apartar las manos de un libro cuando lo cojo.

—El autor de esa obra es muy crítico conmigo, en mi opinión. Dice que me asusta el sexo... —Suguro sonrió con deliberada ironía. La mujer no dijo nada y, al contemplar su expresión de desconcierto, Suguro llegó a la conclusión de que conocía la obra—. Ha leído usted ese artículo, ¿verdad? —Ahora su tono era serio.

—Sí.

—Cada escritor tiene su universo particular. Los temas que yo he tocado no han tenido que ver con el sexo..., pero eso no significa que haya evitado el asunto. Creo que lo he tratado, en cierta medida.

Pensó que estaba insistiendo demasiado en el tema y calló.

—Sí, recuerdo que usted escribió una vez que la psicología del sexo se parece al estado mental en que una anhela a Dios —asintió con gesto suave la mujer—. No recuerdo en qué obra lo escribió...

—En una recopilación de ensayos, hace unos cinco años.

Estaba asombrado de que aquella mujer conociera su obra hasta el punto de estar familiarizada con sus ensayos. Por su manera de hablar, parecía saber mucho de muchas cosas. Tal vez se dedicaba a algún trabajo intelectual.

—Después de haber leído mis obras, ¿está usted... de acuerdo con ese crítico?

—No sé mucho de cuestiones difíciles como ésta, pero me he dado cuenta de que siempre asocia sexo con pecado, tal vez por ser cristiano.

—No soy ninguna cría recién entrada en la pubertad —protestó él. Pero se daba

cuenta de que en lo más profundo de su ser la influencia cristiana que le acompañaba desde su juventud le había llevado a crear una distinción entre sexo sano y nocivo. El sexo sano era...; pensó en el rostro de su esposa y supo que una atmósfera de obligación había envuelto constantemente sus relaciones conyugales. Con todo, él había encontrado una considerable satisfacción en tales relaciones, y su esposa jamás había expresado una palabra de protesta. Suguro no podía ni imaginarse a su esposa expresando el menor disgusto en tales temas.

—Bien, si me perdona la pregunta, ¿cuál es su opinión sobre el sexo?

Era una pregunta absolutamente impertinente que no debería haber dirigido a una mujer casi tan vieja como su esposa, y mucho menos cuando era la primera vez que hablaban. Sin embargo, Suguro tenía necesidad de oír alguna réplica perversa.

—Para serle totalmente franca, el sexo me da miedo —sonrió ella.

—¡Yaya! Si yo hablo como un cristiano, usted parece una virgen.

—No, no es eso lo que quiero decir... Creo que nuestra conducta erótica expresa nuestros secretos más profundos, aquellos que ni siquiera la propia persona conoce conscientemente.

—¿Los secretos que uno mismo desconoce?

—Sí.

Cuando Suguro escuchó estas palabras, su memoria revivió de pronto el sueño que había tenido aquella noche. Cuando había robado una mirada furtiva a Mitsu, semidesnuda en el baño...

Apartó rápidamente la mirada. Aquél era un encuentro insólito. Hasta unos minutos antes, habría considerado inconcebible que él mantuviera una conversación franca y sincera con una mujer a quien nunca había visto hasta entonces. Una conversación que nunca, ni remotamente, había tenido con su propia esposa.

—¿Ha escrito usted algo en alguna ocasión?

—¡Oh, no! Claro que no. Hace mucho tiempo probé a componer unos versos imitativos, pero eso es todo...

Al volver la vista hacia la ventana, Suguro observó a un hombre joven en la acera. Llevaba una cazadora azul con mangas blancas y escrutaba el interior de la cafetería. Muy probablemente, al pasar por allí, había reconocido al hombre sentado a la mesa como el famoso escritor Suguro y se había detenido a contemplarle, llevado de la curiosidad.

Cuando había preguntado a un viandante dónde podía encontrar una galería de arte cerca de la calle Takeshita —el nombre que la mujer ebria había citado en la recepción—, el hombre le había dicho que encontraría el edificio doblando a la derecha, a la salida del estrecho callejón. El cielo quedaba materialmente oculto por una hilera de edificios de color amarillo y la calle estaba orlada de luces diseñadas al

estilo de las antiguas farolas de gas. Incluso Kobari sabía que se había intentado reproducir allí las callejas de Montmartre.

Un hombre salió de un edificio y se detuvo en la calle. Kobari reprimió una exclamación. Era Suguro; precisamente, el hombre que Kobari andaba buscando. El escritor miró tras de sí como si estuviera esperando a alguien, y luego entró en una cafetería al otro lado de la calle.

Kobari contempló la cafetería oculto tras un poste de telégrafos. Por fortuna, Suguro no parecía haber advertido su presencia pues tomó asiento en una mesa junto a la ventana y pidió su consumición al camarero. Después se hundió en el asiento con aire cansado y se sumergió en sus pensamientos. Kobari reconoció la postura: era la que Suguro había empleado recientemente en televisión. Su modo de sentarse siempre le daba un aire abatido. Al aparecer Suguro en la pantalla, la amante de Kobari había estirado el brazo y había cambiado de canal.

Poco después, una mujer anciana con una elegante chaqueta beige y un pañuelo al cuello salió del mismo edificio por cuya puerta había aparecido Suguro; como si se hubieran puesto de acuerdo previamente, también ella entró en la cafetería. Al parecer se conocían, pues se sentaron en lugares contiguos y pronto entablaron una animada conversación. La mujer no parecía ser la esposa del escritor. Aquél no era el rostro de la esposa de Suguro que había aparecido en una fotografía de portada de una antología literaria. En el curso de la charla, Suguro sólo dirigió la mirada a la ventana en una ocasión, pero no pareció advertir que le estaban espiando. Se limitó a descruzar las piernas.

Por fin, los dos se incorporaron a un tiempo. Kobari se ocultó tras el poste de telégrafos y les siguió mientras caminaban juntos calle Takeshita abajo. Entonces, inesperadamente, se despidieron con un leve saludo, Suguro se desvió hacia la estación mientras la mujer tomaba en dirección opuesta, hacia el Palais France de la calle principal.

Kobari titubeó un instante, tratando de decidir a quién de los dos seguiría, y optó finalmente por la mujer. Ésta avanzó confiada y erguida por la calle, abriéndose paso entre los hombros de los muchachos y muchachas y dirigiendo despreocupadas miradas a los escaparates. A Kobari le produjo la impresión de una mujer de carácter fuerte. La vio cruzar por el paso de peatones en el amplio cruce y entrar en un callejón de Omote Sando.

Kobari corría el riesgo de levantar las sospechas de la mujer si se adentraba en el callejón casi desierto, pero decidió seguir adelante manteniéndose a unos treinta metros de distancia. Mientras avanzaba tras la mujer, se dio cuenta de lo absurdo de su actuación. Seguir los pasos de Suguro tenía cierta lógica, pero parecía totalmente inútil desviarse de su camino para lanzarse en persecución de una mujer por el mero hecho de que hubiera mantenido una conversación con Suguro en una cafetería.

¿Por qué llegar hasta aquellos extremos para arrancar la máscara del escritor? La sensación de que su actuación era despreciable coexistía cómodamente con el placer que estaba seguro que sentiría al desenmascarar a Suguro. El rostro sonriente de Suguro en la tribuna en la entrega de premios. La oleada de aplausos al recibir el galardón y al pronunciar su discurso de aceptación. Kobari aún lo recordaba todo vívidamente. Un escritor que pasaba toda su vida construyendo un único macrocosmos y luego se encerraba en él, a salvo de peligros. Aquel aire de relamida autocomplacencia. Tras los muros sólidos y seguros de su mundo, esparcía las palabras —tan cargadas de nobleza— que salían de su pluma. Kobari deseaba agitar aquel rostro. En su época de estudiante, había asistido a manifestaciones para derribar el sistema; en sus deseos de participar en el movimiento estudiantil, además de un cierto sentido de la justicia, había tenido mucho que ver aquel impulso que le incitaba a perturbar a aquellos que se sentían seguros con sus principios.

Pasaron por una zona residencial y salieron a una calle de poco tráfico, repleta de elegantes tiendas de ropa y de antigüedades. Uno de los comercios sólo tenía accesorios náuticos. Kobari advirtió que la mujer recorría la calle sin la menor vacilación y llegó a la conclusión de que estaba familiarizada con el barrio. Al llegar a un hospital, un edificio de seis plantas, la mujer se introdujo en él.

Cansado, Kobari decidió dar media vuelta. La mujer se había detenido a la entrada del hospital y estaba charlando con una enfermera de edad madura que lucía una cofia adornada con dos líneas negras. La enfermera enseñó sus dientes de conejo y sonrió con un gesto que mostraba plenamente su buen corazón. La mujer abandonó enseguida el hospital y se dirigió hacia la calle principal de Omote Sando.

Kobari pensó que se encaminaba hacia el metro, pero no fue así. Se detuvo ante una tienda de animales y contempló tras el escaparate las diversas camadas de perros que agitaban la cola o dormitaban en sus pequeñas perreras. Kobari se detuvo también ante una tienda de ropa, a unos metros de distancia, y simuló mirar el escaparate; sin embargo, la curiosidad y el deseo de seguir a la mujer habían desaparecido por completo de su mente. Parecía improbable que aquella mujer amante de los animales resultara una figura clave para poner al descubierto el verdadero rostro de Suguro.

No obstante, transcurrieron unos cinco o diez minutos y la mujer siguió sin moverse. Kobari comprendió por fin que no contemplaba los cachorros porque fuera una amante de los perros, sino porque estaba citada con alguien en aquel lugar. Por suerte, la mujer no parecía albergar la menor sospecha de que la espieran. De vez en cuando volvía la cabeza hacia la entrada del metro, esperando obviamente a que apareciera alguien.

Una mujer de mejillas rollizas, con gafas redondas, la típica solterona que suele verse en las oficinas de cualquier empresa, asomó por los peldaños de la boca del

metro. Kobari observó, abatido, que las dos mujeres se ponían a hablar mientras jugueteaban con un puñado de collares y cadenas para perros a la entrada de la tienda.

La mujer que Kobari venía siguiendo compró un collar de color verde, luego detuvo un taxi y subió en él con la mujer de las gafas redondas.

Kobari perdió todo interés en continuar la persecución. Sabía que no le llevaría a ninguna parte. Regresó rápidamente a la galería de arte.

—Nos tomaremos un descanso de diez minutos y luego hablaremos de los dos relatos que todavía tienen posibilidades.

El redactor jefe que presidía el comité de selección estaba sentado en el centro de la mesa. Cuando anunció el breve intermedio, las camareras que permanecían inmóviles en un rincón de la sala se pusieron en pie ruidosamente.

El premio Garakutagawa, que se disponían a conceder, no era más que un galardón para autores noveles pero gozaba de la suficiente popularidad como para que su ganador apareciera en televisión. El premio se concedía dos veces al año y el comité de selección se reunía en cada ocasión en el mismo restaurante de Tsukiji, junto con el comité que concedía el premio Naomoto de novela popular. Suguro, que había entrado a formar parte del jurado junto con Kano apenas tres años antes, todavía era considerado un neófito en el seno del comité.

—Imagino que Nozawa propondrá que no se otorguen premios este año —susurró Kano a Suguro, que estaba sentado a su izquierda.

—Yo también votaría por dejarlos desiertos. Los dos relatos me parecen artificiosos.

—No creo que haya nada malo en que lo sean.

Suguro no podía estar de acuerdo. Además, consideraba que los mordaces ataques de Kano contra una de las restantes obras finalistas habían sido bastante malintencionados. Mientras escuchaba los despiadados latigazos verbales que surgían de la boca de Kano como chasquidos, Suguro recordó los rostros de sus compañeros de tantos años atrás, sentados en el pequeño bar de Meguro, tachando sin piedad de «sospechosos» sus escritos. Al año siguiente, Kano hizo su entrada en el mundo literario recibiendo el Garakutagawa y, un año después, Suguro también recibió el premio. Habían transcurrido casi treinta y cinco años desde entonces y muchos de sus colegas de aquellos tiempos habían dejado de escribir novela.

Kano resopló al escuchar la muestra de desacuerdo de Suguro y tomó un sorbo de cerveza. Luego, todavía con una mueca de disgusto en el rostro, comentó:

—El nivel de calidad del premio Garakutagawa ha descendido en los últimos tres o cuatro años, ¿no?

—Es cierto —asintió Suguro en esta ocasión—. En eso estoy de acuerdo contigo.

—Me temo que el prestigio del galardón se vendrá abajo si no introducimos unas

normas rígidas muy pronto. En mi opinión, el modo en que se describe el sexo en los relatos finalistas es, sencillamente, pornográfico. No hay en ellos verdadero erotismo, ¿no le parece, Yoshikawa?

Kano dirigió la palabra al hombre sentado al otro extremo de la mesa, que se estaba poniendo unas gotas en los ojos. Yoshikawa era el miembro más antiguo del comité y todo el mundo le consideraba un maestro del relato corto.

—Vamos, vamos..., no hay razón para sulfurarse tanto —sonrió Yoshikawa con la esperanza de aplacar parte de la cólera que Kano estaba expresando casi a voz en grito—. Sin embargo, tienes razón: ninguno de ellos ha captado la esencia real del erotismo.

Como un eco lejano, aquel comentario evocó en un rincón de la memoria de Suguro el recuerdo de una frase sorprendentemente similar: «Usted evita escribir sobre las profundidades más remotas de la relación sexual». Acompañando a ese recuerdo, apareció en su mente la imagen del rostro de la señora Naruse devolviéndole la mirada con aquellos ojos grandes, audaces.

—Entonces, Suguro, ¿vas a votar por éste? —le preguntaba Kano—. Antes le has dado puntuaciones altas.

—No. Voto por «Un lugar para ver el arco iris».

—¡Pero si es una chapuza! —exclamó Kano. Luego miró a Suguro como si acabara de recordar algo—. Tengo que hablar contigo cuando terminemos con esto.

—¿No podemos hacerlo ahora?

—No; luego, a solas —insistió, apartando la mirada.

La reunión continuó. Como en la primera ronda de opiniones, cada miembro del jurado catalogó las obras de «buenas», «justas» y «malas», exponiendo sus razones. Se escrutaron los votos. En esta ronda, al contrario que en la primera, «Un lugar para ver el arco iris» obtuvo mayoría de votos. Yoshikawa hizo cuanto pudo para apaciguar al malhumorado Kano.

—Bueno, cederé por esta vez —masculló Kano por fin—. Pero me quedo con mal sabor de boca.

Los periodistas aguardaban los resultados, de modo que Yoshikawa y el redactor jefe abandonaron juntos la sala de banquetes.

—Después de cenar, podemos alquilar un coche juntos —murmuró Kano a Suguro.

Éste sonrió y dijo:

—No sé por qué te muestras tan reservado.

—No quisiera que nadie más se enterara.

Kano guardó un desagradable silencio que Suguro no supo interpretar.

Cuando el coche de alquiler que transportaba a ambos escritores se puso en marcha, Kano dio una dirección al chófer, tras meditar un instante:

—Al hotel Imperial, por favor.

Kano no hizo la menor mención de lo que deseaba tratar hasta que estuvieron sentados en el vestíbulo del hotel. Cuando al fin se acomodaron, Suguro preguntó con voz tensa y cierta irritación:

—Bueno, ¿de qué se trata?

Kano echó un vistazo al vestíbulo para cerciorarse de que nadie les escuchaba. Cuando habló, todavía seguía enfadado.

—Verás, corre..., corre un extraño rumor sobre ti.

—¿Qué clase de extraño rumor?

—Al parecer, eres un asiduo visitante de los locales porno de Kabuki-cho.

Suguro contempló fijamente a aquel hombre que era su amigo.

—¿Y? ¿Crees que es cierto el rumor?

—¿Yo? No es mi problema —respondió Kano con desdén—. Sólo quería que supieras que existe. Y como siempre eres tan reservado...

—¿Reservado? Continúa y llámame cobarde, si quieres.

—En todo caso, ¿no se sentirían traicionados tus lectores si escucharan un rumor así? No tendría importancia si se tratara de mí, pero tú eres cristiano y todo eso. Te verías en un buen lío si la Iglesia o los curas se enteraran, ¿no crees? Y algo aún peor...

—¿Te refieres a mi esposa?

—Sí.

—Mi esposa cree lo que le digo y no hace caso de nada más —replicó Suguro con confianza—. ¿Quién te ha contado ese rumor?

La sala estaba casi desierta. Un botones uniformado salió a recibir a los pasajeros de un gran autocar que acababa de llegar del aeropuerto.

—Un periodista llamado Kobari. No le conocía, pero me llamó por teléfono hace dos semanas. Dijo que quería hacerme algunas preguntas sobre ti en confianza. Afirmó haber conocido a una pintora que le reveló tus actividades secretas.

—¡Ah! —Suguro sonrió con aire abatido, comprendiendo por fin de qué iba el asunto—. De modo que se trata de eso. Verás, hace poco, en la entrega de ese premio que me dieron, una mujer borracha se abrió paso hasta mí y empezó a soltar una serie de incoherencias a voz en grito. Si me querías hablar de eso, lo sé todo al respecto. Kurimoto, de Dokansha Press, también está al corriente. —Soltó un bostezo deliberado y añadió—: Lamento que te hayas preocupado por nada. El rumor es totalmente infundado, de modo que puedes olvidarlo todo.

Suguro consideró que este comentario tranquilizaría a Kano, pero su amigo mantuvo un hosco silencio.

—¿Por qué no damos por terminada la jornada? —propuso Suguro.

—Estas reuniones del comité me dejan agotado. A veces, por la noche, me duele

el corazón.

—Ten cuidado. No lo tienes nada fuerte.

—Suguro... ¿Dónde estuviste anteanoche?

—¿Anteanoche? —Suguro torció la cabeza—. Estuve en casa, leyendo los relatos del concurso. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿No estuviste en Shinjuku?

—No.

Kano apartó la mirada y murmuró:

—Yo mismo te vi esa noche. En el andén de la estación de Shinjuku.

—¿En el andén? No seas ridículo. Estuve en casa toda la noche. Mi esposa puede atestiguarlo.

Kano miró a Suguro en silencio. Luego, como si estuviera murmurando para sí, comentó:

—Hacia las once y media, yo estaba en el tren con Mitomo, de Dokansha Press. Le había entregado un original en un bar de Golden Avenue y tomamos una copa. Llevábamos la misma dirección, de modo que subimos juntos al tren, que iba lleno. Yo iba mirando por la ventanilla mientras hablaba con Mitomo y, en el andén del lado opuesto..., te vi sentado en un banco con una mujer que llevaba gafas.

—¿Me viste?

—Sí. Eras tú.

—¿Estás seguro de que no era alguien que se me parecía?

Kano respondió con rotundidad:

—No, eras tú. Sé que lo eras. Mitomo también se sorprendió...

—Estaba en mi casa, ¿cuántas veces tendré que repetirlo para que me creas?

—Te creo, pero también sé que te vi en ese andén. Entonces llegó el tren de tu lado y desapareciste.

—Es absurdo. No soy dos personas a la vez, ¿sabes? —Suguro tuvo que esforzarse para sonreír—. Debe tratarse de un sosia. Ese impostor se hace pasar por mí, utiliza mi nombre y anda rondando por Shinjuku. Llama a mi esposa y pregúntale. Pregúntale dónde estaba anteanoche.

—No tengo que llamarla. Estoy seguro de que estabas en tu casa. Pero también sé lo que vi.

—¿Qué clase de mujer era?

—Llevaba uno de esos pañuelos largos, de color marrón, enroscado al cuello con vueltas y vueltas como los lucen hoy todas las jóvenes. También llevaba botas. Y gafas.

—No conozco a ninguna mujer así.

—En cualquier caso, si el rumor se extiende, serás tú quien sufra las consecuencias. Si piensas hacer algo, será mejor que te des prisa.

Suguro comprendió que era inútil seguir intentando convencer a Kano. Sabía, por su larga experiencia, que no había modo de hacerle cambiar de idea una vez que había expresado su opinión. De palabra afirmaba confiar en Suguro, pero su voz casi inaudible proclamaba sus dudas.

Si así iban las cosas con Kano, su viejo amigo, todavía resultarían peores con los extraños. Y, según Kano, un periodista había olfateado desde lejos el hedor de un cuerpo descompuesto, como una hiena, y no había tardado en empezar a investigarle.

—Entiendo —asintió Suguro, luchando por controlar su maraña de emociones: miedo, confusión y cólera.

Suguro aguardó en la acera a que Kurimoto regresara. Detrás de una hilera de motos había una tienda porno por cuya puerta abierta salió un joven. Por la abertura, Suguro pudo ver la silueta de un muñeco de color carne, sin cuello, colocado junto a otros en un estante. Era un Fukurokuju, el dios de la longevidad, con una sonrisa lasciva. La tienda no tenía clientes: seguramente debían haberse aburrido de la selección de artilugios sexuales y revistas envueltas en celofán que exhibían fotografías de mujeres desnudas con una rodilla recogida para ocultar la zona púbica.

Al otro lado de la calle había una plaza con varios cines. El dibujo de una chica desnuda envuelta en un abrigo de piel de leopardo adornaba la entrada de uno de ellos.

Si no le fallaba la memoria, muchos años atrás había reinado en aquella parte de la ciudad una atmósfera reservada, de susurros, incluso a la luz del día. Varios hoteles «del amor» tenían las entradas ocultas tras setos de bambú agostado. Los cubos de basura formaban una hilera en la calle, y a veces, inesperadamente, salía corriendo un gato vagabundo de entre ellos. Había sido un barrio misterioso, desagradablemente húmedo. Sin embargo, debido al largo tiempo transcurrido, sus recuerdos podían no ser muy fieles.

Ahora, la atmósfera había cambiado por completo. Las calles que habían atravesado para llegar hasta allí estaban repletas de oficinistas que regresaban a casa, y los chicos y chicas en edad escolar inundaban el barrio aunque no era domingo. Le llegó de todas direcciones el estruendo de las máquinas automáticas de pachinko y los gritos de los voceros que resonaban junto con el sonido, amortiguado por el polvo, de los timbres de los cines que anunciaban el comienzo de la sesión. El intento forzado de crear una atmósfera artificial de placer se repetía en el sonido discordante y carente de alegría de las bolas de pachinko. Los rostros de los peatones también parecían insensibles a cualquier estímulo, carentes de respuesta a cualquier sonido o color.

Suguro recordó de pronto lo que había dicho la señora Naruse: «Nuestra conducta erótica expresa nuestros secretos más profundos, aquellos que ni siquiera la propia

persona conoce conscientemente».

Experiencias eróticas que expresan lo que está profundamente enterrado dentro de cada individuo... Pero en aquel lugar el erotismo era tratado con demasiada ligereza, con demasiada pobreza. Una podredumbre estremecedora parecía adherirse a todo cuanto le rodeaba igual que los vómitos de los borrachos se pegan a las calles, a las paredes y a los postes de telégrafo. Allí, el erotismo no tenía nada que transmitir; la sensualidad que se satisfacía allí no era el erotismo que la señora Naruse había descrito.

Vio regresar a Kurimoto con aire malhumorado.

—No hay más que tiendas de ésas por todas partes. Me he enterado de dónde está la calle Sakura.

Kurimoto era joven, pero se había graduado en estudios religiosos y su único pasatiempo era tocar el tambor de mano clásico; al parecer, era la primera vez que recorría aquellas calles y tenía la frente bañada en sudor.

—Vamos allá —respondió Suguro—. Tal vez demos con el impostor.

Puso un énfasis especial en la palabra «impostor», pero Kurimoto no comentó nada.

Cuando llegaron a la travesía que unía las calles Yasukuni y Hanazogo, el ruido aumentó de volumen aunque todavía no se había puesto el sol. Hombres anuncio y promotores de ventas callejeros se apostaban ante cada tienda, distribuyendo folletos o llamando a gritos la atención de los transeúntes. No había necesidad de leer los folletos; en el lado derecho de la calle, una serie de rótulos anunciaba: «Espectáculo Erótico» y «Masaje Privado». Otros locales lucían en las marquesinas otras leyendas como «Masaje Moderno», «Estudio Privado» o «Boxeo Especial» y «Lucha Libre Profesional Especial».

—¿Qué hacen en esos antros? —preguntó Suguro en un murmullo.

—Uno mira mientras unas mujeres desnudas se pelean —respondió Kurimoto frunciendo el entrecejo. Resultaba difícil precisar si el malhumor se debía al espectáculo o a Suguro.

Éste había notado que Kurimoto se mostraba algo distante desde que Kano le había llamado aparte para charlar. Debido a su seriedad, Kurimoto solía creer a pies juntillas en lo que decían los demás. Y dado que trabajaba en la misma editorial que Mitomo, quien acompañaba a Kano en el tren de Shinjuku, era indudable que Kurimoto había escuchado los rumores. La primera vez era fácil no hacer caso de ellos, pero cuando Kurimoto se enteró del incidente que incluso había sorprendido a Kano, también empezó a tener sus dudas. Ello se evidenciaba en el hecho de que intentara evitar el tema en sus visitas al estudio de Suguro.

Cuando llegaron al centro de la calle Sakura, un hombre anuncio vestido de Pequeño Vagabundo se les acercó con gesto de familiaridad y sonrió, exhibiendo una

dentadura en la que faltaba una pieza.

—¡Hacía tiempo que no te veía, sensei!

En los anuncios que lucía podía leerse: *Porno Palace-Palacio de los Placeres*. Era un hombrecillo de corta estatura y mejillas hundidas, tan flacucho como las faldillas del frac que arrastraba tras él.

—¿Has estado en el salón, sensei?

Suguro guardó un tímido silencio por unos instantes; luego dio un leve tirón de la manga de Kurimoto como señal y respondió con voz áspera.

—¿Salón? ¿Qué salón?

—¿Cuál va a ser? El de Namiko, por supuesto.

—Todavía no.

El hombre anuncio continuó sonriendo con candidez.

—Si buscas a Namiko, está en el restaurante Ramen.

—¿Qué restaurante Ramen?

—¿Cuál va a ser? El de ahí delante, por supuesto.

Con un gesto de la barbilla, el hombre señaló un local al otro lado de la calle. Suguro sacó de la cartera un billete de mil yenes y lo entregó al hombre anuncio.

—Siempre es estupendo hacer negocios contigo. Harás llorar a Nami si no vienes por aquí más a menudo.

Suguro se alejó del tipo y se defendió ante Kurimoto.

—Ese impostor debe parecerseme muchísimo. Ese hombre no ha sido capaz de ver la diferencia.

El joven director literario no replicó.

Aún era temprano y bajo los fluorescentes del restaurante Ramen sólo había cuatro o cinco clientes sorbiendo fideos. No les costó ningún esfuerzo localizar entre ellos a una mujer de veintisiete o veintiocho años, de facciones pálidas y piel áspera. Cuando la muchacha alzó los ojos de la revista que leía, miró a Suguro y dijo, en tono de sorpresa:

—¿Qué haces aquí tan temprano?

Su voz era un arrullo y arrastraba los finales de las palabras.

—¿Eres Namiko? —preguntó Suguro en voz baja, tratando de que nadie más le oyera.

—¡Tú siempre con tus bromas! Namiko ya ha vuelto a la tienda, y sabes muy bien que soy Hanae. —La sombra de una duda cruzó por sus ojos—. Espera un momento. Tú eres Suguro sensei, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Entonces, ¿por qué has creído que yo era Namiko?

—Salgamos y vayamos a tomar un poco de sushi.

—¿Sushi? Ya he pedido la comida aquí...

—Yo pagaré la cuenta.

La muchacha cogió el bolso —parecía un Gucci de imitación— que había dejado en el asiento junto a ella.

Fueron a un restaurante sushi cercano y se acomodaron ante una mesa. Hanae estudió en silencio los rostros de Suguro y Kurimoto, y luego dijo:

—¿Sucedo algo malo?

—No. En realidad, no.

—Tú eres realmente Suguro sensei, ¿verdad?

Suguro no respondió.

—¿Eres otra persona? No, no puede ser. Eres idéntico a él. ¿Eres él o no?

—Yo soy el auténtico Suguro. Ese individuo que has conocido es otra persona.

—¿Tu hermano gemelo?

—No tengo ningún parentesco con él. Y tampoco lo conozco. No lo he visto nunca.

—Esto no me gusta. —Hanae observó a Suguro con una mirada realmente atemorizada—. No quiero sushi. Me voy.

—Espera. No vamos a causarte ningún problema. —Kurimoto impidió que se levantara de la mesa.

—Me gustaría saber algo más de ese hombre —intervino Suguro.

—Vosotros dos, ¿trabajáis para alguna revista?

—No, pero es verdad que soy el escritor Suguro. Ese otro hombre es un impostor.

—¿Qué queréis saber?

—Me veo en una situación comprometida. Entiendes, ¿verdad? Un hombre con mi aspecto empieza a rondar por aquí haciéndose pasar por mí y soltando toda clase de tonterías.

Hanae parecía haber bajado un poco la guardia. Kurimoto tuvo la serenidad de pedir rápidamente unas copas de sake.

—Entonces, ¿todo lo que nos dijo era mentira? Pero es idéntico a ti, sensei. Tu vivo retrato. —La muchacha continuó mirando a Suguro con ojos inquietos.

—¿Le ves a menudo?

—Venía por el salón.

—¿Qué salón?

—Donde trabajamos. Donde jugamos a los bebés.

—¿Jugar a los bebés?

—¿No has oído hablar de ello? Ha salido en las revistas y en televisión. —Hanae parecía orgullosa de que su trabajo hubiera salido en la pantalla—. Nuestros clientes se visten de bebés... ¿Estás seguro de que no has visto nunca fotos, donde salen con pañales y chupetes?

—¿Los bebés?

—¡No, no! Gente adulta y ancianos. Juegan con sonajeros y juguetes infantiles.

—¿Por qué?

—No lo sé. Muchos hombres querrían ser bebés otra vez. Al menos, eso dijo uno de nuestros clientes. Son esos hombres los que acuden a nuestro salón.

—¿Qué clase de gente frecuenta ese lugar?

—Muchos hombres famosos. Doctores y diputados..., caballeros de esa clase.

Cuando mencionó a los diputados, Hanae frunció la nariz y soltó una risita. Tal vez había pensado de pronto en alguno de sus clientes que era miembro del Parlamento y le recordaba ataviado con chupete y pañales. Soltó una nueva risilla y encendió un cigarrillo.

Kurimoto hizo una mueca de desagrado y apartó la cabeza. Tal vez había evocado la imagen de un anciano idéntico a Suguro engalanado de aquel modo absurdo, y el mero pensamiento había sido más de lo que podía soportar. Suguro percibió la muda repulsión y se sintió desdichado y avergonzado. Finalmente, rompió el silencio:

—¿Estás diciendo entonces que ese impostor... ha hecho todas esas cosas en ese local?

—¿Te refieres a Suguro sensei?

—¡No! ¡Suguro soy yo! —En su voz había una cólera inconsciente.

—¿Él, entonces? Venía mucho. Le atendía Nami y ella decía que era un poco molesto. —Con dedos ágiles, encendió otro cigarrillo con un encendedor barato.

—Molesto, ¿en qué sentido?

—Siempre estaba quejándose..., diciendo que cuando él era pequeño no existían pañales de papel, o que no tenían determinado juguete en aquellos tiempos.

—Entonces, ¿realmente se convertía en un niño?

—Como la mayoría de nuestros clientes... Eso realmente les pone en marcha.

La muchacha bajó los ojos y puso una expresión de éxtasis. Tenía el aire de una niña apaciblemente dormida en brazos de su madre.

Suguro pensó en su estudio. Una habitación húmeda que permanecía a oscuras incluso durante el día. Una estancia donde podía envolver su deseo de volver al útero en un manto de seguridad. ¿Qué diferencia podía existir entre aquella sensación de seguridad y los deseos de aquellos hombres de hacer de bebés? En lo más hondo del corazón del hombre existe una oscuridad de la que el propio hombre nada sabe.

—Son unos perversos —murmuró Kurimoto desde la periferia de la conversación—. Esos clientes, me refiero.

—Todos los hombres son iguales. Incluso los hombres famosos se vuelven niños en nuestro salón.

—¿Cuánto pagan esos hombres?

—Treinta mil yenes por dos horas.

—¿Treinta mil?

—Estamos en el barrio barato. En Roppongi cobran cincuenta.

—¿Qué más sabes de ese hombre?

—No mucho. Una vez fui a un hotel con él... Pero Nami era quien le atendía casi siempre.

—¿Qué más? —la presionó Suguro, dispuesto a conseguir las pruebas suficientes para demostrar a Kurimoto que aquel hombre y él eran dos individuos distintos.

Inesperadamente, Hanae repitió:

—¿Seguro que no eres nuestro cliente?

—Ya te he dicho que no.

—Si de verdad eres otra persona, te diré que... Ese hombre, el que se parece a ti, hace algunas cosas extrañas.

—¿Extrañas? ¿Qué cosas?

La muchacha lanzó una sonrisa de inteligencia.

—Primero fuimos a una discoteca... Dijo que le gustaba oler la transpiración en nuestros cuellos mientras Nami y yo bailábamos... Luego fuimos a un hotel y, después de tomar un baño, me frotó los hombros y los pechos... y luego me lamió, sólo en el cuello y en los hombros, como si se hubiera vuelto loco. Me dieron náuseas. Entiéndelo, yo acababa de tomar un baño y entonces un viejo se pone a babearme... La saliva de un viejo es realmente vomitiva. —Hanae advirtió que Suguro no había dicho una sola palabra—. No debería haberte contado esto.

—No importa. —Suguro deseó que Kurimoto estuviera de acuerdo—. Al fin y al cabo, no era yo.

—Pero resulta realmente misterioso lo mucho que te pareces a él. Cuando has dicho que eras otra persona, me ha recorrido un escalofrío por todo el cuerpo. Una cosa más: ese hombre intentó estrangularme junto al espejo del baño.

—¿Estrangularte...? —Suguro estaba alarmado—. ¿Te refieres a que trató de matarte?

—Más tarde dijo que no era ésa su intención. Pero sus ojos me aterrorizaron. Estaban totalmente inyectados en sangre. Nami me contó que a ella le había hecho lo mismo.

—¿Qué diablos debe proponerse? —Kurimoto sacudió la cabeza varias veces con gesto de incredulidad—. Debe de estar medio loco.

—¿No te molesta tener que trabajar con clientes así?

—Claro que me molesta. Por eso me largué de ahí... Pero Nami se burló y dijo que sólo estaba fingiendo. «Si le dejas, te dará mucho dinero», me dijo. Pero los escritores hacen cosas raras, ¿verdad? —Hanae mostró una sonrisa laberíntica—. Me pregunto qué escribirá. Nunca he leído nada suyo.

Suguro no aguantó más y rompió el silencio.

—Te doy las gracias por tu tiempo. —Sacó dos billetes de la cartera—. Esto no es

gran cosa.

—Gracias. —De pronto, el tono de voz de la muchacha se había vuelto comercial—. ¿Te vas?

—Sí.

—¿Por qué no te pasas por el salón? Nami está allí y estoy segura de que te atenderá. ¿Por qué no le preguntas a Nami en persona por ese tipo? Sí, deberías hacerlo.

—No. Ya he oído suficiente por hoy.

Con expresión inflexible, Suguro anduvo con la mirada fija al frente y sin reaccionar al parpadeo de las luces de neón ni a los gritos de los voceros. Cuando alcanzó la amplia avenida, como si ello fuera una especie de señal, se volvió hacia Kurimoto y le dijo:

—Ahora se habrá convencido de que alguien se está haciendo pasar por mí, ¿verdad?

—Sí —respondió Kurimoto, sorprendido por la fuerza con que había formulado la pregunta.

—Con que usted me crea, tengo suficiente —dijo Suguro.

—Sí.

—Si ese Mitomo de su editorial o cualquier otra persona empieza a propagar rumores infundados sobre mí, ¿querrá usted hablarle de ese individuo?

—Desde luego, pero ¿por qué está haciendo una montaña tan grande de todo esto?

—Porque pensaba que incluso usted había empezado a sospechar de mí.

Kurimoto respiró profundamente y replicó:

—Sensei, tiene que echarle el guante a ese individuo.

Una mujer joven que se aproximaba en dirección contraria clavó sus ojos en el rostro de Suguro y luego dio un tirón de la manga del muchacho que la acompañaba, al tiempo que le susurraba:

—Ése es Suguro, el novelista.

Suguro oyó el cuchicheo. Kurimoto, que también lo oyó, repitió en voz baja:

—Tiene que echar el guante a ese tipo, sensei. Por el bien de sus lectores, también.

Tres

Kobari deambuló por la calle Sakura como había hecho Suguro. Su olfato de reportero le dijo que no andaba lejos de encontrar alguna pista. Tenía confianza en su capacidad para desentrañar alguna clave que le permitiera poner a Suguro contra las cuerdas.

Cuando salía a cubrir alguna noticia, si se hallaba cerca de Shinjuku, siempre echaba un vistazo a la calle Sakura antes de volver a casa. No tardaba más de diez minutos en recorrer la calle, corta y estrecha. Cada vez que iba de punta a punta, cruzaba su mente una esperanza: «Quizás esta vez». Sin embargo, aquel «quizás esta vez» parecía que nunca iba a convertirse en realidad. Cuando volvía a casa sin la menor pista, se sentía agotado y deprimido, y revivía el recuerdo del rostro autocomplaciente de Suguro durante la entrega de premios.

Pero el «quizás esta vez» se cumplió.

Hacia el atardecer, había empezado a caer una lluvia invernal que incitaba a Kobari a dar por finalizada su búsqueda por aquel día, pero el periodista cambió finalmente de idea y avanzó por la breve cuesta a la salida de la estación de Shinjuku. Entre la multitud que caminaba hacia él bajo los paraguas, captó un rostro que le pareció que había visto anteriormente. No logró recordar al instante de quién se trataba, pero, cuando llegó a su altura, la reconoció. Era la mujer que había salido del metro en Harajuku para citarse con la otra mujer que Kobari había seguido porque parecía conocer a Suguro. La que ahora caminaba entre la muchedumbre era de baja estatura y llevaba gafas de montura redonda; era una mujer ordinaria desde cualquier punto de vista, pero indudablemente era la que había visto en Harajuku.

Kobari volvió la cabeza. Con el paraguas ligeramente inclinado, la rechoncha mujer avanzaba cuesta arriba arrastrando los pies. Las piernas que asomaban bajo la falda también eran gruesas.

Kobari pasó rápidamente junto a ella y continuó adelante con aparente indiferencia. Después dio media vuelta. Mientras la mujer pasaba lentamente junto a él, Kobari le dijo con una sonrisa:

—¡Oiga! ¿Por casualidad es usted amiga de Suguro sensei?

No tenía idea de por qué habían brotado de su boca aquellas palabras. Si la mujer negaba conocer a Suguro, tendría que afrontar la situación desde aquel punto.

—Es amiga de Suguro sensei, ¿verdad?

—Bueno, yo no diría que seamos amigos —respondió ella con sorprendente familiaridad—. Algunas veces he tomado unas copas con él.

Kobari comprendió que «quizás esta vez» era ahora. Al contrario que la pintora a quien había interrogado tras la recepción, esta mujer no parecía ponerse en guardia; incluso mostraba una sonrisa en sus ojos tras las gafas de montura redonda.

—¿Ah, sí? Entonces es la persona de que me habló el sensei.

A partir de allí, el engranaje empezó a funcionar con suavidad, como el de una máquina recién engrasada.

—¿Es usted amigo del sensei? ¿Cómo sabe que yo lo conozco?

—Me dijo que usted llevaba gafas y tenía la cara rechoncha —mintió Kobari, pero ella no mostró la menor muestra de suspicacia—. Es pintora, ¿verdad? ¿Por qué no vamos a algún sitio a tomar un té?

—¿Té? —dijo la mujer con una risilla—. ¿Así que es usted bebedor de té?

—El sake también me va. Si lo prefiere...

—Tomaré algo con usted, pero me conformaré con un té.

En aquella calle, la manera en que los hombres abordaban a las mujeres y en que éstas aceptaban sus proposiciones tenía siempre aquel cariz. Cuando tomaron asiento en la barra de la cafetería, antes incluso de pedir el té, Kobari preguntó:

—Así pues..., ¿es a usted a quien el sensei permitió pintar su retrato?

—Sí, señor —dijo con una confiada sonrisa tras los cristales—. Yo soy.

—Y había otra mujer con usted cuando lo hizo, ¿no es cierto?

—¿Se refiere a Hiña? Sí, estaba allí.

—Es lo que me dijo el sensei. Dijo que estaba borracho.

—¿De verdad? ¿Eso dijo? Yo no pensaba que lo estuviera en absoluto.

—Bien, en todo caso, él permitió que usted le hiciera un apunte, ¿no es eso?

—En realidad no vino directamente a pedírmelo. Le saqué una especie de apunte mientras hablábamos en el hotel. Llevaba mi bloc de apuntes porque Hiña y yo habíamos acudido esa noche a la calle Sakura para tratar de sacar algún dinero haciendo retratos.

La palabra «hotel» no pasó desapercibida a Kobari. Así pues, Suguro había ido a un hotel con las dos mujeres.

—¿Qué hizo el sensei en el hotel?

—Al principio habló mucho. Después de todo, es un escritor. Y tiene tanta percepción...

—¿Por qué dice eso?

—Sólo con mirarme supo que soy masoquista. ¿Le importa si pido sake?

Hizo el comentario despreocupadamente, como si estuviera hablando de su gusto por los volantes de encaje. Kobari le dirigió una mirada atrevida, pero ella mantuvo la misma expresión amistosa tras las gafas, sin el menor asomo de la tendencia morbosa, masoquista, que había reconocido poseer.

—No he entendido su nombre. Yo me llamo Kobari.

—Soy Itoi Motoko. Estoy encantada de conocerle —respondió ella alegremente, como si fuera un famoso de televisión—. Soy una pintora nueva y prometedora. Y para ganarme el pan pinto retratos por las esquinas.

—Entonces... ¿el sensei supo detectar que era masoquista?

—En efecto. Dijo que nos había invitado al hotel por esa razón. Quería vernos a Hiña y a mí haciendo el amor.

—¿Y...? —Kobari tragó saliva con dificultad—. ¿Lo hicieron?

—Claro. No hay para tanto. Es sólo una cuestión de preferencias. Y fue muy espléndido al pagarnos.

—Entonces, ¿lo único que hizo fue mirar?

—Bueno, la segunda vez se unió a nosotras.

—¿Se desnudó...?

—¿Conoce a alguien que haga el amor vestido? —replicó ella con una nueva risilla—. ¿Conserva usted la ropa cuando duerme con una mujer? Si lo hace, seguro que tiene algún tipo de complejo.

—De modo que Suguro se desnudó... Pero el cuerpo de un viejo debe ser repulsivo.

—Es cierto. No es como los jóvenes. Tiene manchas en algunas partes, su piel está reseca y el vientre le sobresale... Y huele.

—¿Huele mal?

—Bueno, no huele mal, exactamente, pero tiene el olor de un viejo. Como el olor de un crematorio. O como cuando se enciende incienso. Pero su feo cuerpo me excitó de verdad.

Mientras hablaba, sus ojos se cerraron hasta convertirse en dos finas líneas tras las gafas. Era capaz de decir con total serenidad las cosas más desconcertantes por aquellos labios sonrientes.

—¿Por qué? —preguntó Kobari, incrédulo.

—No sé por qué. Cuando estaba en la escuela, soñé que me acostaba con un hombre muy feo. Pero cuando desperté del sueño no sentí el menor desagrado. De hecho, la idea me excitó. Fue maravilloso cuando el sensei me sujetó y me cubrió con su saliva y cuando finalmente me estranguló... Fue tan maravilloso que creí morir de felicidad allí mismo. Y todo porque su cuerpo es tan feo.

—No puedo entender esa manera de pensar.

—Lo siento por usted. ¿Es que sólo utiliza la postura del misionero cuando se acuesta con una mujer? El sexo es extraordinariamente profundo, señor. Entran en ebullición sensaciones de todo tipo procedentes de lo más profundo del cuerpo. Es como una rara música nueva.

Mientras escuchaba, Kobari se sintió abrumado por la depravación de la mujer. En sus esquemas, un perverso era asimilable a un loco o a un criminal, alguien con una cara oscura y detestable que debía ocultar a los demás. Inexplicablemente, un escritor cristiano había entrado a formar parte de ese mundo y se había entregado a actos degenerados con aquellas mujeres.

—El sensei dijo eso mismo —continuó la mujer—. Estábamos hablando los tres después de terminar y le pregunté por qué razón creía que me gusta lo feo. Dijo que en el corazón de los hombres había enterrado un misterio irracional. La razón dice que la gente debe encontrar placer en las cosas hermosas, pero de hecho podemos encontrar belleza en la fealdad y embriagarnos con ella. Eso fue lo que dijo el sensei. ¿No cree que tiene razón?

Kobari se resistió.

—Debe de ser una sensación que sólo comparte un puñado de gente.

—Pero incluso usted posee ese instinto básico. Según Suguro sensei. Todas las personas sienten placer en la depravación, según él. Así de insondable es el corazón humano. Hiña y yo estuvimos totalmente de acuerdo con él. Le dijimos que era la última moda en sensaciones y que entendíamos perfectamente a qué se refería. Eso se debe a que somos pintoras. Los artistas conocidos sólo creen en los viejos clichés sobre la belleza, pero ya hace mucho tiempo que Hiña y yo hemos intentado retratar la belleza que existe en objetos que cualquiera considera feos y repulsivos. Usted lo entendería si hubiese visitado la exposición. La inauguramos recientemente, pero ya se ha clausurado.

—Estuve. El retrato del sensei...

—¡Ah! Intenté reflejar al sensei como lo vi esa noche.

Motoko volvió su cuerpo sudoroso hacia Kobari como si hiciera tiempo que lo conociese. A él le costaba creer que aquella mujer tan sociable, tan robusta al lado de su esbelta amiga Hiña, fuera realmente una masoquista. Con aquel rostro redondo e imperturbable y aquellas gafas —se dijo, recordando pasadas experiencias— parecía una de esas mujeres que cuando le tienen a uno en la cama, le sofocan con su piel pegajosa y sus respuestas lentas.

La vieja silla parecía necesitar un engrase; cuando el doctor terminó de revisar las gráficas y se inclinó hacia su paciente, la madera crujió. El oído de Suguro se había acostumbrado a aquel sonido durante sus visitas al hospital. Tras el crujido de la silla, el doctor iniciaba siempre su charla para animarle en tono ponderado, y esta vez no fue una excepción.

—La cifra de GOT está en ochenta y dos, y la de GPT en ciento seis. Son considerablemente más altas que la última vez que nos visitó. ¿Ha estado usted trabajando hasta el agotamiento? Como tantas veces le he dicho, en su estado existe un riesgo mucho mayor de que esta dolencia se transforme en cirrosis.

—Comprendo.

Naturalmente, cuando regresó a casa, Suguro confesó a su esposa unas cifras significativamente menores. Aunque ambos habían alcanzado una edad en que estaban ya al borde de la muerte, la idea de hacerle probar la soledad y la ansiedad le

resultaba insoportable.

Los pinos celebran un milenio de verde longevidad; aunque ataviados de musgo sus colores nunca se

[marchitan.

Los castos brotes jóvenes de bambú todavía han de conocer el peso de la nieve.

El ciruelo que viaja a la región ignota de Tsukushi fue plantado en días pasados en el puerto de Naniwa...

En el escenario, Takehara Han había empezado a bailar la *Felicidad de los pinos*. Suguro quedó mudo de asombro ante la serena voz de Tomiyama Seikin, el fornido cantante, y por el baile de O-han, que nunca fallaba un paso pese a ser una anciana de ochenta años. No había un solo momento superfluo en toda la danza. El escenario del Teatro Nacional era demasiado grande para una danza folclórica y las luces resultaban excesivamente intensas, pero cuando O-han se puso en pie, el escenario pareció llenarse. El espacio vacío se encogió en torno a ella.

Se alegraba de haber salido con su esposa aquella noche. La mujer se había mostrado profundamente conmovida por la representación de *Nieve* que había interpretado O-han en televisión, y había comentado lo mucho que le gustaría tener entradas para la actuación de la bailarina. Sin decirle nada a ella, Suguro había recurrido a un amigo que trabajaba en un periódico y había obtenido las entradas. Allí sentados, contemplando la *Felicidad de los pinos* uno al lado del otro, Suguro pensó en qué magnífico matrimonio de ancianos habían terminado siendo. Los dos seguirían viviendo juntos serenamente, y morirían con igual serenidad. Por lo que se refería a la literatura, lo único que precisaba hacer era sondear más profundamente en los surcos que ya había trazado. Nada de excesos. Evitando aventuras.

Viven para siempre, rezan y bailan.

Las propias grullas vuelan en bandada y hacen cabriolas.

Los movimientos de O-han se detuvieron. La bailarina mantuvo la postura a la perfección, quieta como una roca, durante unos instantes. Cayó el telón y un rótulo luminoso anunció un intermedio de quince minutos. El público se puso en pie; delante de ellos, una mujer que tenía aspecto de dueña de un restaurante saludó a varios individuos de la sala.

—Inmediatamente después del intermedio viene ese número de la *Nieve* que deseabas ver —susurró a su esposa.

—Sí, ya lo sé. Hasta ahora ha sido maravilloso.

—¿Salimos al vestíbulo?

Salieron al abarrotado vestíbulo y se sentaron.

La mujer se colocó su bolso plateado en el regazo y se volvió hacia él con expresión seria.

—Quiero hablarte de una cosa.

—¿De qué se trata?

—Resulta difícil hablarte de eso aquí, pero he pensado en despedir a Mitsu.

—¿Despedirla?

—Sabía que no te gustaría la idea, y por eso no te he dicho nada hasta ahora... Pero ha robado dinero en dos ocasiones. La primera vez desaparecieron unos sobres con dinero para los recibos del gas y del agua que tenías en tu despacho. Luego, ayer, encontré un sobre certificado de la emisora de televisión en el suelo del recibidor. El dinero que contenía no estaba.

Suguro evocó en su mente el rostro de Mitsu y permaneció en silencio unos instantes.

—¿Pero qué te hace pensar que ha sido ella?

—Ella misma me ha dicho que se lo llevó, cuando le he preguntado.

—¿Lo ha reconocido? ¿Sin más?

—Sí. Me ha contado que la madre de una de sus mejores amigas se había ido de casa. Para acabar de arreglarlo, el padre, que gasta todo su dinero en las carreras de bicicletas, está en el hospital y la chica tiene que ocuparse de sus hermanos y hermanas.

—¿De modo que Mitsu ha sentido lástima de su amiga y se ha llevado el dinero para dárselo?

—Sí.

—Así es esa chiquilla. Tiene tan buen corazón como tú decías.

—Pero no podemos dejar que nos roben —suspiró su esposa—. Después de la primera vez tuve una buena charla con ella, pero ahora ha vuelto a hacerlo. No me volveré a sentir tranquila teniéndola cerca y me gustaría terminar de una vez con todo este asunto.

—Comprendo. —Suguro hizo una pausa—. Haz lo que gustes. Al fin y al cabo, no la contratamos por necesidad nuestra.

Suguro recordó el sueño. Su esposa no sabía que Mitsu había aparecido desnuda en sus sueños. Naturalmente, no había ninguna razón para decírselo. Sin embargo, ¿era posible que ella hubiera percibido algún peligro vago, instintivo, en el hecho de tener a Mitsu en el estudio de su esposo? Suguro no había creído nunca a su esposa capaz de albergar tales sentimientos, y por ello le dirigió una dura mirada. Sin embargo, ella añadió con tranquilidad:

—Ayer fui al hospital donde está internado el padre de la amiga de Mitsu.

—¿Por qué?

—Me preocupaba qué sería de él cuando despidiéramos a Mitsu. El hospital está cerca de la salida del metro en Omote Sando. Parece que el hombre tiene cáncer. Le dejé unas cosas a la enfermera y le encargué que las entregara a los hijos del hombre... La enfermera conocía a Mitsu. Me dijo que los días que la hija del enfermo no podía acudir, Mitsu acudía en su lugar a cuidarle. Ésa fue la razón que le impulsó a llevarse el dinero.

Sonó el primer timbre y varios de los espectadores que habían formado grupitos para conversar empezaron a ocupar de nuevo sus lugares en el auditorio. Gran parte del público parecía estar compuesta por mujeres vestidas con las galas profesionales de gheisa y hombres de negocios con debilidad por la música japonesa clásica. Alguien reconoció a Suguro y le saludó desde lejos con una inclinación de cabeza, pero, por mucho que lo intentó, Suguro no logró recordar cómo se llamaba el hombre. Sintió una profunda inquietud al comprobar lo desmemoriado que se había vuelto. Así que Mitsu no volvería a aparecer por el despacho... Esto estaba muy bien. Cada vez que la veía empujando el aspirador y cantando, se sentía deprimido al recordar el sueño.

—En el hospital trabajaban varias voluntarias. Se dividen las responsabilidades y echan una mano donde hace falta. Cuando estuve allí, había una mujer realmente elegante trabajando como voluntaria en la planta. Las enfermeras me dijeron que era una viuda y que su esposo había sido profesor universitario.

Suguro se puso en pie, escuchando sólo a medias lo que comentaba su esposa. Avanzaron juntos hacia la puerta del auditorio.

—Esa tal señora Naruse trabaja allí dos veces por semana como voluntaria. Ya sabes que hace algún tiempo que vengo pensando en desarrollar algún trabajo voluntario. Pues bien, esas enfermeras me enseñaron una serie de cosas muy interesantes.

—¿Cómo has dicho? ¿Cómo has dicho que se llama esa mujer?

—Señora Naruse. ¿Sucede algo?

—No, no es nada. Creí que habías dicho otro nombre.

Disimuló y miró de nuevo a los ojos a su esposa.

No podía tratarse de la misma mujer.

Su interlocutora de la cafetería se había presentado como señora Naruse. Suguro también tenía la impresión de que había mencionado algo sobre un trabajo voluntario, pero no estaba seguro. A su edad, ya no tenía un recuerdo claro de las cosas, por muy recientes que fueran.

—Me pregunto si tendría que estudiar para ser voluntaria. ¿Tú qué opinas?

—Puedes hacer lo que desees mientras no afecte a tu artritis. Ya no tienes a ningún hijo que te cuide.

—¿Estarás en el estudio mañana?

—Tengo una firma de libros en la librería Kinokuniya, en Shinjuku. Mañana por la tarde.

Cuando Suguro y Kurimoto llegaron a la librería de Shinjuku la tarde siguiente, ya se había formado una cola de cazadores de autógrafos. En la cola había algunos jóvenes estudiantes, así como mujeres de edad madura y ancianos. Suguro lanzó una sonrisa cálida y afectuosa hacia ellos mientras se colocaba tras la mesa para las firmas.

Aquí están mis lectores. La gente que lee mis libros y me brinda su apoyo.

A veces, sentado ante su pequeño escritorio, intentaba imaginar qué clase de persona terminaría leyendo sus novelas. Con cierta aprensión, ante cada obra —impregnada del olor de su propia vida y formada como arcilla modelada con sus propias manos— se preguntaba cuán distorsionada quedaría antes de llegar a sus lectores. Y, en aquel preciso momento, dichos lectores formaban una cola ante sus ojos.

—Hagan el favor de avanzar ahora en orden para la firma de ejemplares —decía un empleado de la librería por un micrófono portátil—. Coloquen sus fichas numeradas sobre el libro y entréguelo a ese empleado de ahí.

Suguro sacó el capuchón de su pluma estilográfica negra con gesto lento, sonrió al primer joven que le presentaba un ejemplar y escribió su nombre.

—Ponga el mío ta-también... —Tal vez debido a los nervios, el joven tartamudeó. El empleado de la tienda empezó a rechazar la petición, pero Suguro añadió el nombre del joven como éste solicitaba, considerando que era el gesto mínimo de gratitud que podía ofrecer a alguien dispuesto a leer su obra.

Después de unas cincuenta firmas, empezó a dolerle la muñeca; la plumilla de su estilográfica se había despuntado y le costaba escribir con ella. Se secó las manos con una toalla fría y sacó el capuchón de una segunda pluma.

Sus lectores eran gente muy variada. Además de las mujeres maduras que le daban las gracias educadamente antes de alejarse, había un anciano que retiró su libro firmado con una mirada hosca. Su nieto le había pedido que consiguiera la firma pero el hombre estaba molesto por haber tenido que esperar tanto tiempo en la cola, explicó el empleado a Suguro. Otro hombre parecía un comerciante de artículos de segunda mano: sacó un montón de diez ejemplares de la obra de Suguro que llevaba en una bolsa de piel y pidió al escritor que los firmara todos.

Suguro se tomó un pequeño descanso después de firmar cien libros. Durante el intervalo, empezó a formarse una nueva cola.

—Son demasiados. Demos por terminada la sesión después de las ciento veinte firmas —negoció Kurimoto con el empleado de la librería.

—Está bien, no me importa —intervino Suguro sacudiendo la mano—. Firmaré otras treinta, más o menos.

Al contemplar el principio de la nueva cola de lectores, Suguro vio una indumentaria que le resultó familiar. Era una cazadora con el cuerpo azul y las mangas blancas. El hombre que la lucía exigió con brusquedad:

—Escriba también mi nombre ahí.

—Me temo que no tenemos tiempo para eso, de verdad —intervino el empleado.

—He visto que ha escrito el nombre de otras personas. Por favor, ponga: «Para Kobari Yoshio». Escriba «bari» con el carácter que significa aguja; «Yoshi» significa rectitud.

Suguro escribió los cuatro caracteres que componían el nombre de Kobari Yoshio, sintiendo la mirada del hombre fija en él. En el preciso instante en que terminó de escribir, se hizo la luz en su mente. Kobari era el apellido del periodista a quien Kano había mencionado en el vestíbulo del hotel, después de la reunión del comité. Sin embargo, no podía estar seguro de que aquel hombre fuera el periodista sólo por la coincidencia de nombres. Mientras abría el siguiente libro para la firma, siguió al individuo con la mirada. El hombre desapareció escaleras abajo. En aquel momento, Suguro tuvo la sensación de haber visto al joven en alguna parte, pero no pudo recordar dónde.

Tal vez se equivocaba.

Hizo un esfuerzo por relajarse, pero fue inútil. No pasó mucho rato antes de que se convenciera de que el hombre había acudido con la intención de sondearle. Sin embargo, no había nada de que preocuparse, se dijo mientras se daba un masaje en el antebrazo derecho.

Cuando terminó la sesión de firmas y se puso en pie, notó que las piernas le flaqueaban. Tenía los brazos cansados y los hombros tensos y doloridos. Recordó la expresión del rostro de su médico al moverse en la silla chirriante y calculó que los resultados de los análisis darían unas cifras mucho más altas en aquellos momentos.

—Me gustaría descansar un poco.

—Desde luego, pero... hay un individuo esperándole; dice que tiene que agradecerle personalmente no sé qué asunto —dijo Kurimoto.

Suguro volvió la mirada en la dirección que indicaba Kurimoto. La sesión de firmas de ejemplares había terminado, la tienda estaba preparándose para el cierre y la planta estaba casi desierta. Todas las estanterías parecían vueltas hacia él, opresivamente. Más allá de los rimeros de libros, puesto en pie y ceremoniosamente erguido, había un joven de gruesas gafas. Tras una torpe reverencia que recordaba a Pinocho, dijo con voz tensa:

—Desde que estudiaba en la escuela, soy un gran admirador suyo. Prácticamente no he leído otra cosa que sus obras.

—¿De veras?

—Trabajo en una escuela para niños disminuidos. Al principio no me gustaba,

pero ahora me siento muy feliz allí. Y he de agradecerse a sus libros.

Suguro prestó atención a las molestas palabras con una sonrisa en el rostro. El joven, insensible a la incomodidad que provocaba en Suguro, se ajustó las gafas y sacó un álbum de fotografías que llevaba bajo el brazo.

—¿Quiere echar un vistazo a esto? Son fotos de la academia Komyo.

—¿La academia Komyo?

—Es la escuela de niños disminuidos donde trabajo.

En cada página del barato álbum había cuatro o cinco fotos pegadas. Una de ellas mostraba al joven vestido con ropas deportivas, jugando a los bolos con sus alumnos en una competición por equipos. En otra aparecía empujando la silla de ruedas de un niño parapléjico. Una tercera le mostraba en un festival cultural, con la pierna levantada mientras agarraba con ambas manos a un chiquillo vestido de conejito.

—Las noches que estoy de guardia, después de acostar a los niños suelo leer alguna de sus novelas.

A Suguro no se le ocurrió qué responder.

—Tal vez sea una impertinencia por mi parte decirle esto, pero, en esas ocasiones, siento que detrás de mí hay unos ojos. Unos ojos protectores que velan a los niños.

Suguro apartó la mirada. Las convicciones de aquel joven, que declaraba estar inspirado por sus obras y encontrar alegría en su trabajo cotidiano, conmovían profundamente el corazón al escritor. Sin embargo, incluso después de apartar los ojos conservó la sonrisa de plástico. La misma sonrisa que reservaba para su familia y para los lectores que se cruzaban con él por la calle.

—Es un pensamiento muy hermoso, pero una novela no tiene el poder de cambiar el corazón de un lector —murmuró en un intento por mantener a flote sus propias emociones—. Al menos, mis novelas no...

—¡Oh, sí, claro que sí! —El joven parecía interpretar el comentario de Suguro como una muestra de modestia. Se ajustó de nuevo las gafas y añadió—: Si no fuera así, no habría..., no habría decidido bautizarme.

—¿Bautizarse?

—Sí. Voy a recibir el bautismo el mes que viene.

Suguro no sintió la menor alegría. De modo que sus libros habían proporcionado una dirección a la vida de una persona. La idea le resultaba insoportable. Se sintió un hipócrita y mantuvo los ojos fijos en el suelo. Jamás había escrito una línea con la intención de orientar a nadie. No se había hecho novelista para propagar el cristianismo.

—¿Me permite estrecharle la mano?

Había suciedad bajo la uña del dedo índice del joven. Suguro estrechó débilmente aquella mano sudada.

Cuando alzó la vista, alguien estaba observándoles desde la puerta de la tienda,

detrás del joven. Era el tipo arrogante que había exigido el autógrafo un rato antes. El individuo contemplaba el apretón de manos con una visible mueca de burla en el rostro.

Los engranajes que giraban en lo más profundo de su corazón se volvieron locos de pronto. La razón de su mal funcionamiento era clara. Algo se había colado en la vida de Suguro la noche de la entrega de premios, y el mecanismo interno que había funcionado con perfecta sincronización hasta entonces se había descontrolado repentinamente.

En su pequeño estudio —su único refugio—, Suguro apoyó la cabeza en el escritorio y se repitió a sí mismo una y otra vez: «No es nada, estás exagerando el asunto».

Seguramente era así. Otros escritores ya habían sufrido el perjuicio de tener un impostor y habían afrontado el problema con el mismo enfoque. Lo único que debía hacer era olvidarse del asunto como habían hecho los demás, y el problema desaparecería por sí solo.

Aquel pensamiento debería haberle dado nuevas fuerzas, pero su estado de ánimo no mejoró.

Ante sus ojos flotaron las imágenes. El rostro idéntico al suyo que había visto en la entrega de premios. Superpuesto a él, el retrato expuesto en la galería de arte. La sonrisa vil, repulsiva y despectiva era la misma en ambas.

A veces, cuando no estaba su esposa, acudía al baño del despacho y contemplaba su rostro en el espejo. Un rostro abatido por la fatiga. Unos ojos amarillentos. Unos mechones canosos en las sienes. El rostro de un hombre de sesenta y cinco años. Tenía sesenta y cinco años y todavía estaba lleno de dudas. Se sentía inquieto y nervioso como un ratón.

Sacó la lengua ante el espejo y recordó una escena de una película alemana que había visto cuando era estudiante de instituto. Trataba de un actor de teatro ya mayor —sesenta y cinco años, de hecho— que se enamoraba de una mujer joven y terminaba abandonado y profundamente herido por la experiencia. En esa película, el viejo protagonista se burlaba de sí mismo sacándose la lengua frente al espejo del vestidor.

Ése eres tú. Ése es tu rostro. ¿En qué se diferencia de la cara del retrato? Una voz dentro de sí formuló la pregunta. Iba dirigida a un hombre preocupado solamente por su imagen pública, consciente en todo instante de las miradas de sus lectores. Y, al parecer, tenía el propósito de empujarle en una dirección o en otra.

El sonido del teléfono le despertó a media noche. ¿Quién podía ser, a aquellas horas?

Su esposa también se había despertado.

—¿Quieres que conteste?

—No, yo lo haré.

Salió de la alcoba y encendió la luz del pasillo. Se llevó el auricular al oído y, con voz que él mismo reconoció irritada, rugió:

—¡Hola! ¿Hola?

Nadie respondió.

Fuera quien fuese, parecía estar pendiente de su reacción. Finalmente, la línea se cortó. Suguro tuvo la sensación de que no se trataba de una mera broma, y durante unos instantes permaneció inmóvil en la oscuridad sin apenas atreverse a respirar.

El sábado por la tarde, su esposa acudió a limpiar el estudio.

—Voy a hacer unas compras en Omote Sando —le dijo él—. Me estoy quedando sin lápices 3B y es probable que termine por dormir aquí. Apenas estoy avanzando con el trabajo.

—¿De veras?

La mujer estaba sacando el polvo de un jarrón y no mostró la menor señal de dudar de su esposo. Sabía que Suguro utilizaba sólo lápices 3B para escribir los borradores de sus novelas.

—No me importa que pases la noche aquí... Pero mañana es domingo.

—Sí, es verdad.

—Deberías ir a la iglesia de vez en cuando —dijo la mujer con una sonrisa, como si estuviera convenciendo a un niño.

Cuando Suguro vio aquella mirada, su mente recordó de pronto un relato corto de un escritor extranjero. Era una obra maestra en la que describía la relación entre un hombre de edad madura y su esposa. La mujer era el compendio de la esposa modelo, compasiva, que lo hacía todo por su marido sin la menor queja. Era minuciosa en la limpieza de la casa, cambiaba siempre las sábanas y era una excelente cocinera. Aunque el hombre estaba agradecido por tener una esposa así, por razones que no lograba explicarse se cansó de ella e inició una relación con otra mujer que había conocido en un bar. Cuando visitaba el caótico apartamento de la amante, con los lloros de los niños filtrándose por las paredes, le envolvía una sensación de tranquilidad como nunca había experimentado con su esposa.

—Ya lo sé. También comeré fuera.

—Llámame esta noche, ¿de acuerdo?

Suguro se avergonzó de haber pensado en aquel relato mientras hablaba con su esposa. Dejó el despacho y tomó un atajo a Omote Sando. Sólo había recorrido la mitad de la empinada cuesta cuando se quedó sin aliento. La vejez no se había limitado a afectarle el hígado, sino que consumía insidiosamente todas las partes de su cuerpo. Si dormía menos horas de lo habitual, a la mañana siguiente no tenía

fuerzas y, cuando hacía algún paseo prolongado, notaba agudos dolores en las rodillas. En tales ocasiones, notaba la muerte acercándosele con idéntica insidia.

Durante el breve tiempo que llevaba sin tomar ese camino, en la calle Aoyama habían abierto un nuevo local, que ofrecía calzado extranjero, y una tienda de discos. Tras comprar los lápices, continuó paseando por la calle; las farolas ya empezaban a iluminar la tarde y las hojas caían de los árboles plantados a lo largo de la avenida. Poco después pasó frente al hospital que su esposa había mencionado. Las ventanas daban directamente a la calle Aoyama, y en una de ellas alcanzó a ver a una muchacha con bata blanca que contemplaba lánguidamente el tráfico.

La sala de espera estaba desierta. Frente a la farmacia, un paciente de edad avanzada se encogió como si tuviera frío y dio unas chupadas a un cigarrillo. Suguro vio pasar a una enfermera y le preguntó dónde estaba la sala de pediatría.

—¿Ha venido a ver a algún paciente? Me temo que las visitas en la sala de pediatría están limitadas a los miembros de la familia.

—No. Busco a una de las voluntarias que trabajan aquí.

—¿Cómo se llama?

—Señora Naruse...

Tras una pausa, la enfermera alzó el brazo como si le entregara la notificación de suspensión de su ejecución y señaló los ascensores, indicándole que estaba en la cuarta planta. Mientras esperaba el ascensor, Suguro se preguntó por qué había acudido a ver a la señora Naruse, y de nuevo recordó el cuento del extranjero. Sólo había visto una vez a la mujer; ¿cuál era, entonces, la causa de su interés por ella? Había cobrado conciencia de sus deseos de verla mientras estaba comprando los lápices. ¿Tal vez era porque creía poder hablar con ella de temas que jamás trataría con su esposa?

Un médico joven ocupaba ya el ascensor que subía desde la planta baja. Cuando se detuvo en el cuarto piso, tanto Suguro como el médico salieron al vestíbulo.

Tras los cristales traslúcidos del cuarto de enfermeras, unas siluetas blancas se mecían como algas marinas. Por su larga experiencia hospitalaria, Suguro sabía que aquella era una hora de relativa tranquilidad para el personal de servicio.

—¿Dónde puedo encontrar a una voluntaria llamada señora Naruse?

—¿La señora Naruse? ¿Ha venido hoy?

Oyó conversar a las enfermeras.

—Creo que está en la sala de fisioterapia —dijo una voz.

Avanzó por el pasillo en busca de la sala indicada. Al pasar junto a los aseos, vio al médico que había salido con él del ascensor arreglándose el peinado.

—¿Por dónde se va a la sala de fisioterapia?

—Justo al fondo.

El doctor no mostró la menor suspicacia ante la presencia de Suguro. Incluso le

dirigió una reverencia, reconociéndole tal vez como un escritor que había visto alguna vez por televisión.

Al acercarse a la sala, escuchó el llanto de un niño. Cuando se asomó por la puerta, vio a la señora Naruse, vestida con un chándal azul de deporte, y a una joven enfermera que parecía recién salida del instituto. Entre ambas, ayudaban a un chiquillo de unos diez años a recuperar el uso de las piernas. Suguro decidió contemplar la escena desde lejos y luego volver a casa. El niño, agarrado a los pasamanos paralelos, se esforzaba por avanzar paso a paso según las instrucciones de la señora Naruse. Una niña de seis o siete años se acercó corriendo y se le agarró del chándal.

—Cuéntame el cuento de Boopie —dijo la niña, tirando de la manga a la voluntaria.

El niño de las andaderas se detuvo y repitió:

—Sí, cuéntenos el cuento de Boopie.

—Está bien, Shige, lo contaré si das dos pasos más.

Tomó las dos manitas de la niña entre las suyas y la atrajo hacia sí con una sonrisa.

—¿Quién es Boopie? —preguntó la enfermera.

—Es un personaje de un cuento que he inventado. Trata de un lobo muy bravucón que es excluido de la comunidad por todos los demás animales del bosque. Pero hay un animal, un conejito llamado Boopie, que es el único en tratarle con bondad, y el lobo termina por corregirse.

—Es un cuento precioso. ¿Ha inventado muchos más relatos de ese estilo, señora Naruse?

—Los niños me piden tantas veces que les explique cuentos, que finalmente he agotado todos los que leí y aprendí en mi infancia. Por eso he empezado a inventar otros de mi propia cosecha.

—¿También los contaba a sus hijos?

—¡Ah! Yo no tengo ningún hijo.

Los pequeños daban insistentes tirones de la manga de la señora Naruse; la enfermera les reprendió y Shige se echó a llorar. La voluntaria le tomó en brazos para calmarle y empezó a narrar el cuento de Boopie. Sí, pensó Suguro, ahora está en el ámbito de mi esposa; cuando está así es idéntica a ella. Pero aquella misma mujer, cuando habían intercambiado opiniones respecto a la novelística del escritor, había tocado por propia voluntad temas como el sexo que su esposa no mencionaría ni en sueños.

—El conejito trajo un poco de hielo para curar el ojo que el lobo se había lastimado.

—¿Y qué pasó con el gatito malo? —preguntó Shige desde el regazo de la señora

Naruse.

—El gatito malo estaba agazapado junto al camino, esperando al conejito para saltarle encima.

La mujer alzó los ojos y miró hacia la puerta. Entonces advirtió la presencia de Suguro. Interrumpió la narración, sorprendida, y bajó los ojos hacia su indumentaria deportiva.

—¡Oh, mire cómo me ha pillado!

Mientras sonreía, sus grandes ojos lanzaban una mirada de azoramiento.

Suguro esperó junto a la farmacia de la planta baja mientras ella se cambiaba de ropa.

—Lo siento mucho. —Reapareció luciendo el mismo abrigo beige que llevaba la primera vez que la había visto—. Lamento haberle hecho esperar tanto. Me ha pillado desprevenida.

Suguro le explicó que su esposa había acudido al hospital días antes y que había oído mencionar el nombre de la señora Naruse.

—Me ha dicho que es usted muy famosa entre las voluntarias de este hospital.

—¡Oh, vaya...! Sólo se debe a que llevo mucho tiempo viniendo.

—¿Adónde irá cuando salga?

—A casa. Aunque yo no tengo que cuidar de ningún marido, por supuesto.

Su tono daba a entender que esperaba una invitación de Suguro. El escritor recordó un restaurante chino bastante próximo, especializado en alas de pollo. Las palabras de invitación fluyeron espontáneamente de su boca.

—¿Está seguro? ¿No tiene que volver a casa? Su esposa le estará esperando, ¿verdad?

—Esta noche iba a cenar sola, de todos modos. Tengo un montón de trabajo acumulado. Ya está acostumbrada.

—Lo siento por ella. —Pero la demostración de simpatía se detuvo abruptamente. Recordando de pronto la escena, añadió—: Tiene que perdonarme por las cosas que dije el otro día.

El restaurante chino estaba más lleno de lo habitual a aquella hora temprana. El encargado, que conocía a Suguro de anteriores visitas, les condujo a una mesa apartada donde el escritor había cenado en dos ocasiones anteriores con su esposa. Suguro tomó asiento frente a la señora Naruse, que se sentó en el mismo lugar que había ocupado su esposa en tales ocasiones. Notó otra punzada del dolor que antes había cruzado su pecho.

—¿Tiene algún inconveniente en ingerir platos picantes? —preguntó Suguro en un intento por hacer desaparecer el dolor.

—No, me gustan —asintió ella—. Es cocina de Sechuan, ¿verdad?

—Sí, de modo que puede ser bastante fuerte.

Suguro pidió *yún bái roü*, un plato de cerdo y ajo, y *yú tóu shaguo*, un pescado sazonado con mucho picante.

—Bueno, bueno —dijo en tono humorístico—. Parece que realmente le encantan los niños.

—Así es. ¿Y a usted?

—Supongo que me pavoneé de mi hijo tanto como cualquier padre, pero ahora ya está casado y trabaja en el extranjero, de modo que hace tiempo que no lo veo. ¿Por qué se dedica a ese trabajo voluntario en el hospital?

—Tal vez porque no he tenido hijos propios —sonrió ella—, pero me encanta el contacto de un niño contra mi cuerpo cuando lo sostengo. Son tan suaves y huelen tan bien...

—¿Qué hace cuando no está en el hospital?

—Un primo mío dirige un comercio de antigüedades en Kyobashi. —Luego frunció los labios—: ¡Qué terrible! Esto empieza a parecer una investigación de antecedentes. Los escritores no se dejan nada por preguntar, ¿verdad?

—Perdóneme... De pronto hay muchas cosas que me gustaría hablar con usted.

Cuando les sirvieron la cena, la señora Naruse utilizó con meticulosidad los dedos y los palillos y comió con manifiesto deleite. Suguro estudió con atención sus grandes ojos, su frente despejada y los movimientos de su boca mientras comía. La mujer tenía algo que la diferenciaba totalmente de su esposa. Mientras daban cuenta de los platos, hablaron de comida. Cuando Suguro empezó a hablarle de un espléndido restaurante de pescado que había descubierto en Hong Kong, ella le sorprendió diciendo que lo conocía muy bien.

—Entonces, ¿viaja a menudo al extranjero?

Por alguna razón, ella vaciló.

—Sí. Cada dos años. Pero mis viajes son especiales.

—¿A qué se refiere?

—Me trazo un plan determinado y lo cumplo. Por cierto —añadió, cambiando rápidamente de tema—, el otro día leí su relato en la revista *Shinryu* de este mes.

—Como dijo usted en cierta ocasión, es otra historia que evita el tema del sexo.

—Lo lamento. Cuando se fue, deseé de verdad no haber dicho nada. Era la primera vez que hablábamos y me mostré tan brusca...

—En absoluto. Le agradezco mucho lo que me dijo. Eso fue lo primero que me intrigó de usted. Pero, ¿cómo puede una persona como usted, una persona que desarrolla una labor voluntaria en un hospital, estar interesada por el sexo?

—¿Tiene eso algo de malo? —replicó ella, limpiándose los labios con la servilleta—. ¿No debe interesarle el sexo a una voluntaria de hospital? Lo realmente extraño es que piense usted así. Perdóneme que se lo diga, pero tengo la sensación de que jamás habla de esas cosas en su casa, ¿me equivoco?

—No, mi esposa y yo apenas hemos mencionado nunca el tema... ¿Eso quiere decir que usted lo hacía con su difunto esposo?

—No. —La mujer movió la cabeza con gesto sobrio—. Claro que no. Pero era nuestra relación sexual lo que creaba el vínculo profundo entre nosotros... O, más bien, algo enterrado en el corazón de los dos se manifestaba en el sexo. Existía una unidad entre nosotros en esta relación.

Por fin había tocado el tema que Suguro tenía más interés en tratar con ella. Como escritor, sentía la misma sensibilidad táctil y la misma emoción que el pescador cuando el pez muerde el anzuelo.

—No entiendo a qué se refiere, la verdad.

Suguro fingió ignorancia mientras llegaba a la mesa la especialidad de la casa, un plato de arroz frito, y procedió a servir el arroz crujiente en un bol pequeño.

—Supongo que no.

—¿Sería desconsiderado por mi parte pedirle más detalles?

—Sí, sería desconsiderado —sonrió ella—. Se trata de algo privado que sólo incumbe a mi esposo y a mí.

Suguro quedó cautivado por su franca negativa. Le pareció todavía más misteriosa y en su interior se despertó la curiosidad.

—Es el tipo de asunto que despierta el interés de un escritor —murmuró, más para sí que por responder a la mujer.

Ella aparentó no haberle oído, mantuvo la mirada baja y siguió hurgando en la comida con los palillos.

—El otro día dijo que el sexo expresa nuestros secretos más profundos.

—No seguiré hablando del tema —la mujer sonrió y abrió los ojos con gesto atrevido—, aunque intente sonsacarme.

—No lo entiende. No pretendo descubrir detalles de su vida privada. Responda sólo a las preguntas inocuas. ¿De veras cree que el sexo expresa los secretos que encierra nuestro corazón?

—Sí.

—Así sucedió entre usted y su marido, ¿no es eso? Verá, no le pregunto por los secretos íntimos entre ustedes dos... Lo que quiero saber..., bañe el arroz en la sopa y luego cómaselo..., lo que quiero preguntarle es cuándo se dieron ustedes cuenta de que tales secretos existían.

—Mi marido, lo ignoro; en mi caso, hasta que estuve casada... no, hasta un tiempo después de la boda no tuve idea de que había esa clase de secretos oculta dentro de mí.

—Lo advirtió usted cuando ya llevaban un tiempo casados, ¿no?

—Exacto. Después de que sucediera cierto asunto.

—¿Y ese asunto fue...? No se preocupe, no le pido detalles... En un determinado

momento, cobró usted conciencia de que en su interior había algo que hasta entonces ignoraba... ¿Lo he expresado bien?

No había modo de hacerle callar una vez que su curiosidad de novelista empezaba a funcionar como los pistones de un motor. Siempre había sido así.

—Sí, descubrí secretos que no había conocido hasta entonces —repitió la señora Naruse mientras bajaba con cuidado los palillos hasta el plato.

—Secretos que no había conocido hasta entonces...

Suguro repitió también las palabras. Trató de imaginar diversas posibilidades, pero el rostro de la mujer no le reveló nada.

Con hábiles movimientos de los palillos, ella se llevó a la boca una porción de arroz, llamado *shíjin guo ba*. Un sonido seco surgió de su boca cuando masticó el arroz crujiente. Mientras contemplaba los movimientos de su boca, Suguro notó en el gesto una manifiesta sensualidad. Era una sensación erótica que recordaba el acto sexual como jamás se le había pasado por la cabeza mientras cenaba con su esposa o con cualquier otra mujer. Y en los movimientos de sus dedos al sujetar los palillos y levantar el tazón hasta la boca, había una fluidez que hizo pensar a Suguro en una araña envolviendo a su presa en su red.

—Parece que le gusta la comida —suspiró él instintivamente.

—¿Eh? Sí, me gusta mucho comer.

—Una pregunta sobre la exposición de cuadros. Dijo usted que conocía a la mujer que pintó el retrato.

—Es cierto.

—¿Dijo ella algo sobre... sobre mí? Es decir, sobre el que se hace pasar por mí.

—Algo comentó.

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo, dijo que habían tomado copas juntos y que había dibujado el apunte preliminar de su retrato.

—Un momento. Ése no soy yo. Es el retrato del impostor. —Suguro dejó caer los palillos en el plato y observó a la señora Naruse casi con desesperación—. ¿A usted le parece que mi rostro es tan repulsivo como el del cuadro?

—¿Por qué se altera tanto por ese asunto? —la señora Naruse alzó los ojos y estudió su rostro—. Si usted es un hombre repulsivo, yo también lo soy...

Ignorando qué entendería por «una mujer repulsiva», Suguro guardó silencio. La señora Naruse extendió la mano y cogió algunas quisquillas del plato para llevárselas a la boca. El escritor observó cómo se movían los dientes tras los labios suavemente cerrados. La expresión de la mujer mientras saboreaba la comida le recordó algo. Ya lo tenía: el aspecto de un carnívoro devorando a su presa. La matrona que había visto en el hospital, rodeada de niños, parecía haberse transformado ahora en otra mujer totalmente distinta.

—Parece usted otra persona —comentó con un jadeo.

—¿En qué sentido?

—Su aspecto mientras come... No logró encajarlo con la imagen que da en el hospital.

—Bien, es perfectamente comprensible. Nadie tiene un solo rostro o una sola expresión.

Por un instante, Suguro se preguntó si aquella sería la expresión de la mujer cuando hacía el amor con su marido.

—Entonces, ¿tiene otros disfraces, otras personalidades?

—¿Y usted?

—Supongo que debo tenerlas. Sin ellas no podría escribir.

—Exactamente así soy yo.

Un camarero vestido de blanco acompañó a una joven pareja hasta la mesa contigua. El hombre parecía recién salido de jugar al tenis en las pistas cubiertas del gimnasio cercano. Dejó la raqueta sobre una silla vacía.

—¿Qué otros tipos de personalidades tiene usted?

Ella hizo caso omiso de la pregunta.

—¡Oh, mire la nieve!

El cabello del joven tenía puntitos brillantes, como si estuviera cubierto de rocío. La nieve empezaba a fundirse.

—¿No puedo convencerla para que me lo cuente? —insistió él—. ¿En cualquier circunstancia?

—Tal vez en alguna otra ocasión... Algún día se lo diré —murmuró con una sonrisa.

—¡Oh, mira la nieve de ahí fuera!

La mujer murmuró para sí mientras abría la ventana para recoger las medias que había colgado a secar. Al escuchar su voz, Kobari escondió rápidamente la foto bajo un libro. Sin embargo, la mujer pasó directamente a la cocina y él volvió a contemplar la fotografía.

La mujer de las gafas tenía un cinturón atado con fuerza en torno al cuello y los labios entreabiertos. Entre ellos asomaba la lengua y las secreciones de su boca le caían por la barbilla como posos de café. Parecía estar sonriendo. Parecía mostrar una sonrisa de alegría.

La fotografía había llegado a sus manos de forma totalmente accidental aquella misma tarde. Mientras visitaba a un amigo que vendía determinado tipo de fotografías a revistas como *Focus* y *Friday*.

En el piso-taller que compartía con otros fotógrafos independientes, colgaban numerosos rollos de película de las ventanas como medias de mujer, y un escritorio

de gran tamaño estaba atestado de copias recién reveladas. Mientras su amigo trabajaba en el cuarto oscuro, Kobari echó un vistazo a las fotografías y leyó los pies, escritos a bolígrafo en el reverso de cada una: «Estudiante de enseñanza media objeto de abusos deshonestos y su agresor, que fue detenido en la estación de Shinjuku». «Famosa actriz se reúne con su padre, a quien no veía desde la infancia». Mientras seguía revolviendo fotos como si fueran naipes, su mano se detuvo de pronto, tensa y helada.

—¡Eh! —gritó a su amigo.

—¿Qué? —Se abrió la puerta del cuarto oscuro y el fotógrafo, cubierto con una bata de laboratorio, asomó la cabeza con aire irritado.

—¿Qué es esta fotografía?

—¿Cuál? —El amigo de Kobari echó un vistazo a la foto que el periodista agitaba frente a él—. Eso fue una fiesta en un hotel especial de Roppongi, patrocinada por una revista de intercambios de parejas. Veamos... En ésta había sobre todo gente con gustos rebuscados... Actualmente en Tokio son bastante habituales fiestas de este tipo. No sé si las querrá algún editor, pero de todos modos he pensado llevarlas a *Friday*.

—¿Conocías a esta mujer?

—¿A quién? Déjame ver.

Al hablar, el aliento formaba una nubecilla blanca ante su boca. Al extender la mano hacia Kobari para coger la fotografía, su bata de laboratorio despidió un acre olor a productos químicos.

—Hum, la verdad es que no la recuerdo en absoluto. Había allí doce o trece personas, y al principio todos estaban contenidos y titubeantes, pero no pasó mucho rato antes de que el lugar bullera de actividad... ¡Ah, ahora recuerdo! Esa mujer... Los hombres que compartían sus gustos lo pasaron realmente bien con ella. La llamaban Mot-chan.

—¿Llevaba gafas?

—No lo recuerdo. ¿La conoces?

—Más o menos. ¿Cómo se llama el hotel donde tomaste las fotos?

—El Château Rouche, en Roppongi.

Kobari se llevó a los labios un cigarrillo sin encender y observó otra fotografía. En ésta, la mujer no llevaba las gafas, pero era sin lugar a dudas la misma que en la anterior. Kobari reconoció su cara de luna y su cuerpo rechoncho de cuando había hablado con ella en la cafetería de la calle Sakura. Tres o cuatro hombres desnudos brindaban junto a ella con botellas y vasos de cerveza. Al fondo de la fotografía aparecía el perfil borroso de varios hombres y mujeres vueltos hacia otro lado. Kobari trató de identificar a Suguro en el grupo. Había dos hombres delgados que podían ser él, pero uno de los dos no parecía corresponderse en la edad. El segundo hombre tal

vez fuese el escritor, pero Kobari no podía tener seguridad de ello. Mayor interés despertó en él la espalda borrosa de una mujer que apartaba el rostro de la cámara: al contemplar aquella espalda, algo le hizo recordar a la mujer mayor a quien había seguido no hacía mucho.

—Debes habértelo pasado en grande participando en una fiesta así.

—Estoy relacionado. Para un fotógrafo es difícil. Tienes que lanzar el cebo en todo tipo de lugares.

—¿Puedes prestarme esa foto sólo por un día? —preguntó Kobari—. Te deberé un favor.

El Château Rouche, en Roppongi. Kobari comprendió casi inmediatamente que su amigo, con su escasa facilidad para los idiomas, se refería al Château Rouge. Era un afamado hotel sadomasoquista entre los hombres y mujeres con esos gustos.

Kobari se guardó la foto y acudió en metro a Roppongi. Su amigo le había asegurado que la mujer de las gafas era muy conocida y que los adeptos a su tendencia la denominaban Mot-chan. Una investigación en el Château Rouge tal vez le proporcionaría una información más detallada. Y con esa información cabía la posibilidad de alcanzar por fin la verdad sobre Suguro.

—Lamentable.

Media hora más tarde, Kobari había atraído a la mujer que se encargaba del Château Rouge hasta un bar al otro lado de la calle. La mujer tenía el entrecejo fruncido y sostenía el cigarrillo mentolado entre unas uñas largas pintadas de color rojo vino.

—Es lamentable que la gente como tú siempre consiga tomar fotos en esas reuniones. Periodista, ¿verdad? Esa mujer no trabaja para mí. Primero acudió como cliente con un hombre, luego se hizo habitual, y ahora de vez en cuando la contratamos como colaboradora a tiempo parcial. Y nada más.

—¿Qué clase de colaboradora?

—No hay muchas mujeres que consientan ejercer el papel de masoquistas. Se gana mucho más dinero por sesión que en el de sádica, pero entre nuestra clientela tenemos algunos hombres bastante violentos, y nadie se atreve... En cambio, ella es una auténtica profesional.

—¿Qué hace, exactamente?

—No puedo explicarlo con palabras.

La encargada era una mujer de rostro alargado, en torno a los cuarenta, y llevaba unas grandes gafas de sol con una cadenita en las varillas de la montura que se agitaba y producía reflejos cada vez que la mujer exhalaba el humo del cigarrillo.

—¿Qué es una «auténtica profesional» del masoquismo?

—Bueno... —la mujer expulsó una nueva bocanada de humo y meditó la

respuesta—. La raíz del asunto está en que Motoko desea morir de verdad.

—¿Ha tenido alguna tragedia en su vida?

—¿Tragedia?

—Algo muy doloroso, que la haya llevado a desear la muerte.

La mujer contempló a Kobari con perplejidad; después, una sonrisa de condescendencia cruzó sus labios como una onda en la superficie de un lago.

—Eres un ingenuo, desde luego. Esa mujer es masoquista. Los masoquistas son gente a la que le gusta sufrir.

—Me gustaría saber con qué tipo de hombres acude al local.

—Somos muy respetuosos con el anonimato de nuestra clientela. Después de todo, algunos de nuestros clientes son actores famosos, jugadores de béisbol y comerciantes.

La mujer pronunció estas frases llena de orgullo, como si esta lista fuera la honra del establecimiento. Luego dio un largo sorbo de la copa de vino rosado que había pedido.

—¿Y escritores? Seguro que también frecuentan el local algunos escritores famosos.

Su rostro permaneció imperturbable, pero la mano que sostenía el cigarrillo se agitó en el aire.

—Hum... Supongo que sí.

—Vamos, dímelo. No te causaré ningún problema —la presionó él.

—Tengo que volver. No puedo dejar el negocio desatendido.

En la pantalla de televisión, Suguro parecía algo más grueso y cuatro o cinco años más joven. Sin embargo, cuando se movía, las sombras y las arrugas demacradas de la edad surgían, claramente visibles en la mandíbula y el cuello.

—Señor Suguro, es usted un escritor que ha pasado muchos años estudiando el pecado humano —estaba diciendo el entrevistador. Al principio, Kgbari no tenía idea de si el hombre del rostro alargado, que hablaba con comedia vivacidad, era un crítico o un locutor de la emisora—. Sin embargo, ¿cómo definiría el «pecado» tal como aparece en su obra?

La cámara avanzó en *zoom* hasta encuadrar un primer plano de Suguro mientras éste parpadeaba.

—Creo que en el pecado hay dos aspectos. —Debido tal vez a los nervios, su voz parecía algo gangosa—. Para vivir en sociedad, cada día hemos de reprimir un puñado de deseos y de impulsos instintivos. Y existe una parte de nuestro corazón que almacena esos impulsos. —Se llevó la mano al pecho—. Es el reino de lo que llamamos inconsciente... Estos impulsos e instintos reprimidos no se extinguen, sino que se acumulan en el inconsciente a la espera de una oportunidad para manifestarse

de nuevo. Cuando surgen de manera distorsionada, acabamos por cometer actos que yo he dado en denominar pecados.

—Señor Suguro, ya que estamos en televisión, ¿podría explicar esto en términos más sencillos? —El entrevistador ladeó la cabeza y le lanzó una sonrisa de simpatía.

Suguro estaba algo incómodo, pero continuó:

—Permítame poner un ejemplo. En nuestra vida en sociedad, muchas veces nuestro orgullo se ve herido o somos incapaces de encontrar mecanismos adecuados para satisfacer nuestros deseos o nuestro sentido de la superioridad. ¿Está de acuerdo con eso?

—Desde luego. Cosas así le suceden a todo el mundo cada día.

—En tales ocasiones, no podemos arrojar sin más nuestro descontento a la cara de quien nos ha humillado o irritado. Así aparece una grieta en lo que antes era una relación perfectamente armoniosa. Día a día, vamos guardando nuestro descontento y nuestro resentimiento en el fondo de nuestros corazones, pero, una vez allí, no desaparecen. Las pasiones reprimidas nunca se disuelven. En realidad, esas emociones se acumulan en nuestros corazones y allí mantienen latente su fuego como las brasas de un hibachi.

—Parece un punto de vista muy freudiano.

—Ciertamente, podría considerarse así... Y esas ascuas pueden encenderse en llamas inesperadamente. Pueden prender fuego.

—Muy cierto. De hecho, los héroes de todas sus novelas parecen ser personas que se sienten ahogadas por la vida que llevan. Y se arrastran dolorosamente en ese estado de asfixia hasta que terminan por pecar.

—Exacto. Mis protagonistas gimen atormentados y acaban cayendo en el pecado.

Pestañeaba y pronunciaba las palabras con voz ronca, detalles nimios que eran manifestaciones de su nerviosismo. Sin embargo, al contemplar a Suguro en primer plano, Kobari advirtió por primera vez que había cierto desequilibrio en el rostro del escritor. Un ojo era mayor que el otro. El derecho era más grande que el izquierdo. A Kobari, los dos ojos empezaron a parecerle uno de esos cuadros de Picasso en que los ojos observan dos objetos distintos. Era como si de pronto se hubiera superpuesto un rótulo de «personalidades múltiples» a la imagen de Suguro en la pantalla. Kobari cayó en la cuenta de haber leído en algún libro reciente que las personas con ojos de diferente tamaño poseen doble personalidad.

—Entonces, señor Suguro, ¿está usted diciendo que en su obra el pecado es generado no tanto por la mente consciente como por el subconsciente? —preguntó el entrevistador de cara de caballo.

Tras un instante de perplejidad, Suguro le corrigió:

—No. Más exactamente, creo que los pecados de todo tipo están vinculados de un modo u otro con el inconsciente.

—Así pues, ¿podemos considerar la mente inconsciente como el útero, el semillero del pecado, diría usted? ¿Es éste el concepto de pecado en el que cree, señor Suguro?

—Yo... —Suguro parpadeó—. No soy teólogo. Tendrá que preguntarle a un experto sobre estos temas. Yo sólo he ido avanzando a trompicones en esa idea mientras escribía mis novelas.

—Comprendo. —La mirada del interlocutor mostró por primera vez auténtica curiosidad—. Por cierto, hace unos días planteé esta misma pregunta al prestigioso estudioso del budismo, reverendo Takemoto. Parece que la doctrina de la «conciencia única» del budismo Mahayana comparte las mismas opiniones que usted acaba de expresar, señor Suguro.

El escritor asintió, pero no dijo nada.

—Tenemos una grabación de los comentarios del reverendo Takemoto que me gustaría contemplar con usted, señor Suguro. Por desgracia, el reverendo Takemoto no ha podido estar hoy con nosotros. Ahora mismo vuela a París para participar en una conferencia internacional de filósofos budistas.

Una red de líneas oblicuas en rojo llenó la pantalla y apareció un hombre de aspecto enérgico con la cabeza rapada y las manos unidas relajadamente en el regazo.

—Así pues, el budismo ha enseñado durante muchos siglos que es la mente inconsciente la que rige el corazón humano. ¿Podemos resumirlo así?

El mismo entrevistador, sentado a uno de los lados, parecía tratar de provocar más comentarios sobre el tema.

—Supongo que es acertado.

—¿Qué nombre recibe este reino del inconsciente en las enseñanzas del Mahayana?

—Sí. —El reverendo respondió pausadamente, como si recitara un párrafo previamente estudiado—. Lo denominamos Conciencia-Manas y Conciencia-Alaya. La Conciencia Manas puede describirse como algo parecido a la conciencia egoísta. Es el ámbito donde nos colocamos en el centro de cada hecho, donde contemplamos cada incidente a la luz de nuestros intereses personales y donde sólo tenemos en cuenta nuestro propio beneficio... La Conciencia-Alaya, por otra parte, es el ámbito donde las semillas del deseo y del apetito carnal que producen todos nuestros sufrimientos se agitan como un torbellino en número incontable.

—Al decir semilla, creo que se refiere usted al término sánscrito *bija*. Esos deseos y apetitos... en el budismo son considerados pecado, ¿verdad?

—Sí, puede decirse así.

—¿Y las semillas que son fuente del pecado se arremolinan en nuestra mente inconsciente?

—Exacto. Nosotros las llamamos «semillas de corrupción».

En la pantalla volvieron a parpadear las líneas rojas oblicuas y la cámara tomó un plano de Suguro en el estudio.

—Señor Suguro, me da la impresión de que el punto de vista del budismo es muy similar al suyo.

El escritor, un tanto perdido, hubo de aceptarlo.

—¿Ha estudiado usted budismo Mahayana? Usted es cristiano, desde luego...

—No, no he estudiado budismo. Como ya he dicho antes, he perfilado esa idea en el curso de mi trabajo de escritor.

Kobari se dio cuenta de que Suguro estaba cansado por la sombra de tristeza que apareció en la frente del escritor. Extendió la mano hacia el receptor de televisión, bajó el volumen hasta eliminar las voces tediosas e irritantes de los dos hombres y luego contempló atentamente el rostro de Suguro mientras éste movía la boca en silencio.

Ojos de diferente tamaño. Kobari no podía estar seguro de que aquél fuera un signo de doble personalidad, pero detectaba una nube algo turbia sobre las facciones de Suguro. No encontraba palabras para describir qué significaba, pero para Kobari aquella sombra nebulosa era la parte secreta del escritor que nadie había desvelado todavía.

—Eres..., eres un fraude, Suguro —dijo Kobari al anciano escritor, cuya boca seguía moviéndose en silencio. Subió de nuevo el volumen.

—¡Ah! Entonces, señor Suguro, ¿sugiere usted que, mientras la mente inconsciente es el semillero del pecado, lo es también de la salvación?

El tema había cambiado desde que quitara el sonido al televisor.

—Sí, ésa es mi impresión. Tal vez «salvación» sea una palabra demasiado fuerte: los pecados que cometen los hombres son una manifestación de su deseo de renacimiento.

—¿Renacimiento? —Los ojos del entrevistador brillaron de nuevo con abierto interés.

—Es cierto —asintió Suguro— que mis personajes se mueven dificultosamente bajo unas circunstancias sofocantes y que cometen sus pecados, pero si se medita sobre tales pecados..., en la vida de los personajes, resultan ser... —Al tiempo que buscaba las palabras adecuadas, Suguro también parecía estar sondeando la respuesta del entrevistador—. Sus pecados, en último término, resultan ser... una expresión de su anhelo de un nuevo modo de vida.

—¿Podría denominarse a eso salvación? —preguntó el confuso entrevistador.

—Tal vez no pueda catalogarse de salvación, pero la posibilidad de la salvación está contenida en el pecado.

—La posibilidad de la salvación está contenida en el pecado. Me parece que ésta es una opinión muy original. ¿Es una creencia cristiana?

—Bueno... —En los ojos de Suguro brilló de nuevo una mirada de impaciencia—. Supongo que no. Pero es la impresión que he tenido mientras escribía...

—Parece que estamos ante otra posición muy similar a la del budismo. Está por ejemplo el dicho «el bien y el mal son una misma cosa», lo cual apunta a que no existe diferencia entre ambos...

—¡Oh! Pero mi planteamiento de que la posibilidad de la salvación existe en el seno del pecado no se deriva del budismo...

—Comprendo. Ahora me gustaría que escucháramos de nuevo al reverendo Takemoto...

Las imágenes de la pantalla dieron paso otra vez a la red de líneas rojas y apareció el piadoso rostro de Takemoto.

—Y las semillas de los deseos y apetitos forman un torbellino en el seno del pecado, la Conciencia-Alaya. Sin embargo, ¿no es cierto que el budismo Mahayana enseña que las semillas de la salvación están presentes y activas también en esa misma Conciencia-Alaya?

—Sí. —Takemoto consultó a hurtadillas el guión que tenía abierto sobre la mesa, dando una imagen de su personalidad tímida, irremisiblemente seria—. Se les llama «semillas de pureza». Igual que los glóbulos blancos de la sangre devoran bacterias en el cuerpo, estas semillas envuelven lentamente las semillas de corrupción que contienen la energía de los nocivos deseos y proceden a purificarlas.

—¡Ah! Entonces, desde el punto de vista budista, ¿el inconsciente es a la vez el útero del pecado y la matriz de la salvación en Buda?

—Ésa sería la idea general.

La puerta delantera se abrió de pronto y sonó la voz de la amante de Kobari, cargada con las bolsas de la compra, preguntando:

—¿Estás en casa? ¡Qué frío hace ahí fuera! —Mientras pasaba junto al sofá donde Kobari estaba tendido ante el televisor, añadió—: Me parece que se pondrá a nevar otra vez...

—Esta doctrina del budismo Mahayana también parece ser lo que expresa usted en su obra, señor Suguro.

—¿Qué doctrina es ésa?

—¿Está usted seguro de no haber sido influido por el budismo?

—Creo que no me ha influido. Aunque quizás he heredado algo de esa influencia a través de la sangre de mis antepasados... Al fin y al cabo soy un escritor japonés, no europeo ni americano.

—¿Por qué diablos estás viendo ese rollazo? —preguntó la chica con perplejidad mientras dejaba caer sobre el sofá una bolsa cargada de cebollas y bolsas de plástico.

—Silencio. Estoy trabajando.

Kobari no prestaba atención a aquel «rollazo». Estaba concentrado en el rostro del

escritor, tomado en primerísimo plano. Aquel rostro de ojos desequilibrados y sombras borrosas. Aún parecía el de un cincuentón si uno se fijaba en ciertas partes de la carta, pero cuando volvía el cuello las arrugas que se formaban en él ponían de relieve que tenía más edad. Kobari podía apreciar que el escritor, no habituado a las apariciones en televisión, estaba agotado tras aquel diálogo. Quizá fuese capaz de contemporizar con la boca, pero a Kobari le parecía que la cámara había captado las sombras nebulosas en cuyo seno yacían los secretos que aquel hombre nunca había mostrado al mundo.

Estaba sonando el teléfono. Escuchó su agudo sonido mientras abría la puerta del estudio al regreso de un paseo. El teléfono había sonado a altas horas de la noche sin que nadie respondiera al otro lado. Ya había sucedido más de dos veces. El comunicante guardaba silencio y parecía esperar alguna respuesta. Finalmente dejó que el aparato sonara y el pertinaz sonido terminó por enmudecer, resignado.

Miró el buzón pero estaba vacío. Tal vez el reparto se había retrasado. Pasó al estudio y encendió la lámpara del escritorio. La luz suave que tanto le complacía iluminaba el portaplumas y el reloj de la mesa; las manecillas que marcaban el paso de los segundos aumentaban el silencio de la estancia. Apoyó la barbilla en las manos, y en aquel vacío recordó la expresión del rostro de la señora Naruse al paladear el plato de arroz frito. Aquella expresión se hacía presente en su mente varias veces al día, despertando su curiosidad por la mujer. ¿Qué clase de mujer era exactamente? Había un aspecto de su manera de pensar, totalmente aparte de su aspecto externo, que por alguna razón estimulaba los instintos de literato de Suguro. Casi al final de su velada en el restaurante, él le había pedido en broma que le escribiera una carta, pero no podía imaginar que accediera a su solicitud.

El teléfono volvió a sonar. No hizo caso, pero la llamada se prolongó tercamente durante más de un minuto. Al fin se dio por vencido y levantó el auricular.

—¿Es usted Suguro sensei? —preguntó una voz insistente—. Me llamo Kobari, soy periodista y...

—¿Kobari? —Suguro permaneció en silencio un instante—. Usted es la persona que se puso en contacto con el señor Kano, ¿no es así?

—En efecto. Me gustaría tener una charla con usted.

—¿Qué desea? ¿Es sobre ese rumor de que frecuento barrios de mala reputación?

—No puedo hablar de ello por teléfono. Si pudiéramos conversar cara a cara, habría menos riesgo de malentendidos por ambas partes.

—¿A qué se refiere con eso de «malentendidos»?

—Resultaría muy embarazoso para usted si me pusiera a escribir sobre su vida basándome solamente en mis propias conclusiones ante las pruebas, ¿no le parece?

A Suguro le irritó el tono intimidatorio de la voz.

—Está bien —accedió—, le veré. Pero no quiero que venga a mi estudio.

—Entonces, ¿le importaría reunirse conmigo en Roppongi? Ahora mismo, si no tiene inconveniente.

Resuelve este asunto enseguida, dijo una voz en la cabeza de Suguro. Contuvo con dificultad su nerviosismo y tomó nota del lugar de la cita. Al salir, recogió dos o tres cartas que habían caído por la rendija del buzón y las guardó en el bolsillo del abrigo.

El taxi avanzó por las bulliciosas calles nocturnas y Suguro se apeó cerca del bar donde habían quedado. Al cruzar la puerta, reconoció al hombre sentado con un vaso de agua frente a sí como uno de los que le habían acosado en la sesión de firmas de ejemplares.

—Ya nos hemos visto antes, ¿verdad? En la firma de libros.

El hombre no respondió a su saludo y señaló con un gesto de la barbilla una fotografía que había sobre la mesa.

—¿Conoce a esta mujer?

Suguro contempló la foto y respondió, colérico:

—No. No la conozco.

—¡Oh! Mírela con más atención. ¿Está seguro de que no la conoce?

—No, nunca la he visto.

—¿Está seguro?

Kobari tenía una mirada implacable, como la de un detective interrogando a un sospechoso.

—Totalmente seguro.

—Pero... esa mujer me dijo que se había corrido una buena juerga con usted, sensei. Y luego pintó su retrato. Es una artista que promete. Trabaja por horas en la calle Sakura dibujando retratos.

—No diga tonterías. A mí no me ha ocurrido nada de todo eso.

—Bueno, pero esta mujer es buena amiga de cierta dama que usted conoce.

—¿Cierta dama? ¿A quién se refiere?

—Usted se reunió con cierta mujer en una cafetería de la calle Takeshita, ¿no es cierto?

Así que era eso. Suguro comprendió por fin que el hombre al que había visto asomarse a la ventana de la cafetería el día que conoció a la señora Naruse era un periodista.

—Bueno... —Suguro estaba confundido—. ¿Qué hay de malo en ello?

—Si esa dama y la mujer de la foto son íntimas amigas... no me parece lógico que insista en no haberla visto nunca.

—Lo siento —Suguro estaba rojo de indignación—, no tengo intención de quedarme aquí escuchando falsas acusaciones. Puede hacer lo que le plazca con ese

rumor que ha escuchado, pero si publica una sola línea al respecto yo tendré preparada la oportuna respuesta.

—Discúlpeme. —Kobari, que conocía la táctica correcta a emplear, se retractó sumisamente—. Sin embargo, lo cierto es que corren ciertos rumores desagradables sobre usted. Una mujer excéntrica propagó algunos en su recepción, ¿sabe?

—Lo recuerdo. Pero esos rumores no tienen nada que ver conmigo.

—En tal caso debería usted presentar algún tipo de prueba que demuestre su inocencia. —Kobari apuró su vaso de agua. Cuando el camarero acudió a preguntar qué quería, pidió con brusquedad un whisky con agua—. Soy un periodista poco importante, pero he venido reuniendo información de personas que afirman haberle visto en diversos lugares.

—Se trata de alguien que se hace pasar por mí. ¡Menudo fastidio!

—¿Puede afirmar eso con absoluta confianza? Y si puede, ¿sería tan amable de acompañarme a ver a una mujer cerca de aquí? No tardaremos mucho. Entenderá la razón cuando llegemos. Sólo serán diez minutos. Confía en usted mismo, ¿verdad?

—Naturalmente que confío —replicó Suguro. Sin embargo, al pronunciar las palabras comprendió que había caído en la trampa de aquel hombre. Cuando salieron del bar, una ráfaga de viento surgió de un callejón. Kobari había bajado la voz hasta adoptar un tono halagador.

—Tengo varios amigos que son admiradores de su obra, sensei.

Suguro tensó sus facciones y no respondió.

A primera vista, el Château Rouge parecía un edificio de tres pisos como tantos. Para evitar que les vieran, los clientes llegaban en su coche, como si se tratase de un motel.

—No quiero causarle ningún problema, así que hágame el favor de esperar aquí.

Kobari dejó a Suguro en medio de la calle y desapareció por la entrada. Suguro apretó la barbilla contra el cuello del abrigo. Al acercarse algunos peatones, bajó los ojos e intentó parecer tan despreocupado y ajeno como un asceta.

Kobari reapareció seguido de una mujer de mediana edad. Con las gafas de sol, parecía la propietaria de una tienda de ropa o de una boutique, la clase de mujer que solía pasear por las calles de Roppongi, pero le fue presentada a Suguro como la encargada del local.

—Pase adentro, por favor. Debe tener frío aquí fuera —dijo, dirigiéndose al escritor en tono hospitalario—. Este caballero no hace más que preguntarme si conoce usted a Motoko. Y si ha sido invitado en alguna ocasión a nuestro *château* —explicó con una sonrisa.

—¿Y es así? —Suguro se esforzó por convertir a la mujer en su aliada—. Le agradecería que manifestara ante él una rotunda negativa, igual que he hecho yo. Al parecer, es reportero de prensa, pero su trabajo parece consistir en escribir

revelaciones sucias y escandalosas... Y quiere hacer de mí una de sus víctimas. Tengo intención de querellarme si maquina algo contra mí. Si llegamos a eso, le llamaré a usted a testificar, aunque la perjudique.

—Sería un verdadero problema. Tenemos algunos clientes muy distinguidos y eso dañaría gravemente la confianza que nos hemos ganado.

—Entonces tendrá que contestar clara y rotundamente —declaró Kobari, exultante.

—Bien... Les mostraré una película, si me promete no escribir nada.

—¿Una película?

—Sí. Una filmación de esa fiesta. Se la mostraré, y si el caballero no aparece en ella deberá usted prometer que no escribirá nada sobre mi salón.

Kobari asintió con la mirada. Seguro no puso objeciones. La encargada les condujo al interior del edificio vacío, que todavía no había iniciado la actividad. Todo el edificio olía a cuero. Junto al pequeño despacho había una salita de recepción provista de un televisor y un sofá raído. Sobre el aparato había una muñeca Hakata de porcelana.

—Eso lo pintó Motoko —dijo la encargada volviendo los ojos hacia un cuadro colgado de la pared. Sobre una tela salpicada de pintura marrón amarillenta, la artista había dibujado remolinos como la concha de un caracol. Las líneas de la espiral estaban pintadas en rojo.

—No soporto la pintura abstracta —dijo Kobari echando apenas un vistazo al cuadro.

La encargada se puso en cuclillas, introdujo una cinta de vídeo en el aparato y lo puso en marcha. La pantalla del televisor se iluminó y aparecieron unas líneas blancas. Después apareció, de pronto, una gran pista de baile en la que bailaban juntos hombres y mujeres desnudos. Sus movimientos no eran un baile, sino algo parecido al suave mecer de los árboles bajo el viento. El perfil de sus pechos y estómagos evidenciaba que algunas de las mujeres ya no eran jóvenes. Algunos de los hombres eran también notablemente gruesos y feos.

—¿Esto se filmó aquí?

—No, claro está. Alquilamos otro local. Para la fiesta de nuestro tercer aniversario.

—Es un hotel de Yoyogi, ¿verdad?

Kobari recordó inesperadamente el nombre del hotel. La encargada simuló no haberle oído.

—Aquí todo el mundo está todavía en la fase de tanteo —explicó con añoranza.

—¿Tanteo?

—Todavía no se conocen, y por eso se tientan unos a otros.

La escena cambió. Una mujer madura estaba tendida con los brazos y las piernas

abiertos mientras tres hombres enmascarados la acariciaban por distintas partes. La cámara no se movió en ningún instante mientras las cabezas de los hombres recorrían afanosamente su cuerpo como perros lamiendo el agua febrilmente. Vinieron a la cabeza de Suguro los nombres de vinos que había aprendido muchos años atrás: Médoc, Saint Émilion, Entre-Deux-Mers. Tal vez se debía a la edad: al contrario que en otros tiempos, cuando contemplaba las efusiones sexuales de otros, sólo lograba sentirse frío y abatido.

—Esto es un aburrimento. —Kobari también se había cansado de ver las mismas acciones repetidas una y otra vez. Sacó un cigarrillo pero le dio vueltas entre los dedos sin encenderlo—. No tiene la menor originalidad. Todos hacen exactamente lo mismo. No puedo creer que no estén mortalmente aburridos.

—Motoko fue la única de todos ellos capaz de alcanzar el clímax —murmuró la encargada—. Después de esto...

—¿Después de esto?

—Sí. Todavía queda un poco de esa parte repetitiva.

En realidad, quedaban en la cinta varios minutos más de los mismos torpes movimientos sexuales. Aunque las posiciones de los cuerpos y las técnicas cambiaran, cada movimiento quedaba finalmente hueco y sórdido.

La pantalla quedó súbitamente a oscuras. Durante unos instantes brilló en ella el reflejo blanco lechoso, y luego, de pronto, apareció el rostro de una mujer con la boca abierta. Aunque también tenía los ojos abiertos, su rostro parecía el de una persona ciega. Una manchas grisáceas como hebras de algodón salpicaban el cabello. Kobari no tardó en reconocerla como la mujer de las fotografías, desprovista de las gafas.

La cámara realizó un picado. Alguien tenía las manos en torno al cuello de Motoko y procedía a apretar. En uno de los dedos había un anillo; las manos eran las de un hombre.

—¿Qué es eso blanco que tiene en el cabello? —preguntó Kobari con aspereza. La voz dejaba traslucir su nerviosismo.

—Aquí había cuatro hombres torturando a Motoko. El primero dejó caer sobre ella la cera líquida de una vela... Observen, se puede apreciar la cera en sus hombros. Y tiene algunas gotas en el pelo. Luego ella empezó a rogar que alguien la estrangulara, y entonces otro de los hombres comenzó a hacerlo...

Motoko miraba hacia el techo con los ojos entrecerrados y los labios ligeramente abiertos. Su lengua se agitaba hacia adentro y hacia afuera como si tuviera bloqueada la garganta. Mientras las manos del hombre se cerraban gradualmente en torno a su cuello, se hizo evidente que la mujer estaba experimentando sensaciones de éxtasis y placer..., la sensación de deslizarse por un túnel hacia la muerte. Parte de la cabeza del hombre apareció en la pantalla del televisor, volcándose sobre la mujer.

La encargada manifestó con orgullo:

—¿Se dan cuenta del cuidado que tenemos en evitar fotografiar el rostro de nuestros clientes? A estas alturas, algunos de los hombres se habían quitado las máscaras.

—Esa guarra agita la lengua como si fuera un pez. Debe de estar sufriendo mucho. —Kobari se estremeció al hablar, mientras una mueca de asco cubría su rostro. Para él, el mundo que presentaba la cinta de vídeo sólo podía ser considerado como una aberración.

La encargada replicó con voz seca, como si le hubieran insultado personalmente:

—Debería usted haber oído lo que gritaba.

—¿Gritaba? ¿Qué decía?

—«¡Mátame!».

—¡Oh! Lo mismo que «¡Me muero, me muero!», ¿no?

—No, así no. Una verdadera masoquista desea que la maten, ¿entiende? Lo desea sinceramente. A veces, le he oído decir a Motoko, «siempre tengo miedo a la muerte, pero cuando llego a ese punto deseo ser maltratada y golpeada, y luego eliminada. Deseo ser herida y torturada y después, simplemente, morir allí mismo. Así es como siento en lo más hondo. Qué hermoso sería poder morir así».

—Está loca. Desquiciada.

—Locas o cuerdas, todas las personas son iguales, ¿no es verdad, sensei?

Inesperadamente, la encargada solicitaba la opinión de Suguro. Parecía pensar que, siendo un novelista, simpatizaría con sus puntos de vista y con los de la gente que aparecía en la cinta.

Suguro se mantuvo en silencio y continuó atento al televisor. La cinta había terminado y la pantalla sólo emitía el carraspeo hueco de la electricidad estática.

La tensión del rostro del escritor no desapareció cuando hubo abandonado el Château Rouge en compañía de Kobari, ni cuando se incorporaron al ensordecedor bullicio nocturno de la avenida Roppongi. Después de lo que había visto en el vídeo, las luces de neón, la procesión de automóviles y vehículos, la iluminación invernal en el rosario de tiendas, las oleadas de peatones, todo, parecía un tanto superficial y carente de sentido.

—¿Quiere que nos sentemos en alguna parte? —sugirió Kobari, algo resentido. Lo que más lamentaba era no haber conseguido localizar a Suguro o a la mujer con aire de matrona entre los participantes de la sesión recogida en el vídeo.

—No, gracias —Suguro rechazó el ofrecimiento con indignación—. Después de esto, espero que dejará de husmear a mi alrededor como un perro de caza.

Alzó la mano y llamó a un taxi, al que subió sin volver la mirada. Tomó asiento y cerró los ojos, pero aquel rostro seguía aún impreso en sus párpados. Los ojos entrecerrados, los labios ligeramente abiertos, la lengua asomando entre ellos y desapareciendo de nuevo como una oruga. Gotas de cera fundida salpicándole el

cabello. Aquella cara... Sí, le recordaba otra que había visto tiempo atrás. Años antes, en su subida al campanario de la catedral de Bourges, había visto los rostros de los locos a ambos lados del balcón. Su mente saltó de pronto al cuadro de Motoko que estaba colgado en la salita de recepción. El dibujo de un remolino formando una espiral como la concha de un caracol. Contemplando el remolino, había sentido como si le estuviera absorbiendo progresivamente hacia su centro escarlata. Aquella era la sensación que había querido reflejar Motoko, tal vez la que había experimentado ella misma al ser torturada y casi estrangulada por varios hombres. «Deseo ser maltratada y golpeada, y luego eliminada. Deseo ser herida y torturada y después, simplemente, morir allí mismo». Éstas eran las palabras que la encargada había utilizado para describir la sensación. Aquellas emociones despreciables y aquellos deseos horribles latían dentro de Motoko y en lo más hondo de todos los corazones humanos. Pero, ¿por qué? ¿De dónde procedían?

—¿Quiere que tome la calle que pasa frente a la estación de Harajuku? —La pregunta del taxista interrumpió sus pensamientos.

—Sí, por favor.

Se sentía agotado. Abrió los ojos y contempló las oscuras hileras de árboles desnudos de los jardines exteriores del Templo Meiji. Cuando se llevó la mano al bolsillo para pagar la carrera del taxi, sus dedos palparon algo sólido. Eran las tres cartas que había recogido al salir de su estudio. Con sus pensamientos ocupados en su cita con Kobari, había guardado los sobres en el bolsillo y se había olvidado de ellos. Uno era una carta de un editor, el segundo de un hombre cuyo nombre no le dijo nada. El tercer sobre, bastante grueso, no llevaba remitente.

—¿Le importaría encender la luz un momento? —pidió al taxista.

Al abrir la segunda carta, comprobó que la remitía el joven que le había querido estrechar la mano en la librería, después de la sesión de firmas. El matasello era de la ciudad donde estaba situada la escuela para niños disminuidos que había mencionado.

El domingo pasado recibí el bautismo, tal como le dije. Después de la ceremonia, cuando tuve en mi lengua por primera vez el pan consagrado de la hostia, sentí que me había conducido hasta este punto una serie de experiencias diferentes. La más importante de dichas experiencias ha sido mi encuentro con sus libros. Con la lectura de sus novelas, he ido avanzando paso a paso hasta este punto... Creo que Dios me ha hablado a través de sus obras de ficción, sensei. Que el Señor siga bendiciendo su labor.

Un nudo de amargura atenazó el pecho de Suguro. Sentía remordimientos de conciencia, como si le hubiera mentado a aquel joven que tenía aquella fe ciega en sus

escritos... Como si hubiese mentido, de hecho, a todos sus numerosos lectores. No me sobrestiméis, quiso decirles. Ya tengo bastante con mis propios problemas; no puedo responsabilizarme también de vuestras vidas. En aquel apartado del bar de Meguro, el de la persiana chirriante en la ventana, Kano y los demás colegas habían leído sus primeros escritos y los habían declarado «sospechosos». Y tenían razón. El sentimiento de culpa había atenazado su corazón durante las tres décadas siguientes y no aflojaría su presión por mucho tiempo que transcurriera.

—No me sobrestiméis. —Sin querer, pronunció las palabras en voz alta.

—¿Eh? —El sorprendido conductor volvió la cabeza hacia él—. ¿Decía algo?

—No, no era nada.

Se ruborizó y bajó la vista al suelo. Después, pausadamente, rompió la carta. La rompió en dos. Luego, otra vez por la mitad. Como si estuviera rompiendo el rostro del joven con sus manos húmedas y frías...

Abrió el sobre de la tercera carta. El papel blanco, con marcas al agua, estaba lleno de líneas apretadas con los caracteres fluidos de una caligrafía de mujer. Tal vez ella, como el joven de la misiva anterior, también había tomado a Suguro por algo más que un novelista, por una especie de figura religiosa que...

Después de algunas dudas, me he decidido a escribirle esta carta... La noche en que me invitó a cenar, me dijo que quería conocer mi otro yo... Como no deseo causarle ningún problema, no he escrito mi nombre en el sobre. Pero estoy segura de que sabrá quién lo remite.

Las palabras volaron del papel a sus ojos. Era una carta de la señora Naruse.

Cuatro

«Cuando levanté los ojos y le vi en la puerta, observando cómo jugaba yo con los niños del hospital, me sentí incómoda, como si alguien me hubiese estado contemplando mientras dormía. Luego, cuando me invitó a cenar, me pareció estar soñando. Debe haberme tomado por una mujer muy atrevida.

«Después de ciertas dudas, me he decidido a escribirle esta carta. Carecería de sentido por mi parte tratar de embellecer o falsear las cosas al hablarle de mí, y más aún, creo que sería desconsiderado —en el verdadero sentido de la palabra— intentar algo así al comunicarme con usted. La noche en que me invitó a cenar, me dijo que quería conocer mi otro yo. Como jamás he hablado de ello con otra persona, no pude reunir el valor suficiente para hacerlo con usted. Sin embargo, he terminado por pensar que usted es el único que podrá entenderme. Que no malinterpretará lo que le cuente.

Y algo aún más importante: que a la vista del profundo interés que ha demostrado por esta cuestión de las personalidades divididas, usted mismo podría tener, igual que yo, algo que esconder.

»Por estas razones le envió esta carta confidencial. Como no deseo causarle ningún problema, no he escrito mi nombre en el sobre, pero estoy segura de que sabrá quién lo remite.

»Sin embargo, al enviarle esta carta pongo mi confianza en usted y, dado que me dispongo a contarle secretos de mi propia vida y de mi difunto esposo, le pido que después de leerla se deshaga de ella de forma que no pueda ser leída por nadie más.

»Mi esposo y yo éramos parientes lejanos. Él tenía la misma edad que usted, sensei. Tal vez haya oído su nombre: Era Naruse Toshio y fue profesor en la universidad P. Yo sé muy poco de esos asuntos, pero parece que hizo algunas contribuciones interesantes en el campo de la economía moderna.

»Durante su segundo curso en la universidad —y tal vez usted pasara por la misma experiencia—, Naruse fue alistado en el ejército, formando parte de una unidad movilizada de estudiantes. Sirvió en China hasta el final de la guerra.

«Mientras estaba en la universidad vivió en una residencia de estudiantes cristianos cerca de la estación de Shinanomachi. En dos o tres ocasiones fui a visitarle allí con mi madre (yo todavía estaba en la escuela elemental). Aunque nuestro parentesco era lejano, mi madre le conocía muy bien desde la infancia y le había ayudado de diversos modos a su llegada de Okayama para que pudiera asistir a clases en Tokio.

»El director de la residencia era un tal profesor Yoshimatsu, que enseñaba en el departamento de Filosofía de la Universidad de Tokio. Mi esposo sentía un considerable respeto por él y se había adscrito a su grupo de trabajo. Durante un

tiempo, incluso pensó en bautizarse por influencia del profesor. Tiempo después me dijo que había conseguido una plaza en aquella residencia que estaba reservada a estudiantes cristianos, por permiso especial del profesor Yoshimatsu.

»Una de las veces que visitamos la residencia, mi madre le hizo una petición.

»“Toschi-chan, ¿dispondrías de unos minutos diarios para ayudar a Mariko en sus estudios?”.

»“Desde luego. Si usted cree que seré capaz”. Aquel día iba vestido con un kimono azul con retazos de blanco; me miró y me sonrió mostrando sus blancos dientes. Estoy segura de que usted recordará que muchos estudiantes utilizaban kimono en aquellos días.

»Yo estaba todavía en la escuela primaria, pero al contemplar su sonrisa y la blancura de sus dientes, la imagen misma de la salud, pensé que era muy agradable. Ahora comprendo que fue el principio del vínculo que se estableció entre mi marido y yo.

»Me gustaba la escuela, de modo que siempre esperaba con interés sus visitas de los miércoles. Y a él le encantaba venir, porque cuando terminábamos de repasar las lecciones y de hacer los deberes, podía compartir una buena comida con nosotras.

«Durante la comida nos contaba todo tipo de cosas. Aunque estaba en el departamento de Económicas, sabía mucho de literatura. Ahora que se ha ido, recuerdo con profunda ternura su versión de *Los viajes de Gulliver* y el cuento de Iván que aparece en uno de los relatos populares de Tolstoi.

»Un día, Toshio me preguntó de improviso: “¿Sabes cómo es el interior del corazón humano?”.

»Era una pregunta difícil para una chica de mi edad.

»“En el corazón humano hay varias estancias —añadió—. La sala más honda es como la bodega que tenéis aquí en la casa, Mari: se amontonan en ella cosas de todo tipo. Sin embargo, por la noche, las cosas que tienes encerradas y olvidadas allí empiezan a moverse”.

»Yo pensé en nuestra bodega. Junto a las cajas de madera y el gramófono cubierto de polvo, había varias muñecas que mi hermana mayor había abandonado al casarse. Una de ellas era una muñeca rubia que mi padre había traído de Alemania. Sus grandes ojos no me parecían bonitos; tenían algo que me daba miedo. Nunca llegó a gustarme, de modo que la había encerrado en la bodega. Intenté imaginarla moviéndose en mitad de la noche, cuando todos estábamos durmiendo.

»“¿De verdad que las muñecas de nuestros corazones empiezan a moverse por la noche?”.

«“¿Las muñecas de nuestros corazones? Sí, así es. Las muñecas de nuestros corazones empiezan a moverse y a bailar. Y aparecen en los sueños que tenemos por la noche”.

»Era una historia maravillosa, arrebatadora. Traté de imaginar a aquella muñeca con sus atemorizadores ojos muy abiertos, inmóvil en mi corazón durante el día pero bailando sola al caer la noche. Evidentemente, Toshio también estaba estudiando religión por esa época. Después de casarnos, me contaba entre risas que habían sido esos estudios de religión lo que le había lanzado a aquel ardoroso discurso sobre las profundidades del corazón humano, aunque el tema estaba lejos de mi comprensión. Y yo le había escuchado con enorme intensidad y gran concentración, añadía con una risita irónica.

«Estoy abusando de su paciencia al extenderme en estos recuerdos triviales, sensei, pero existe una razón para ello. Naturalmente, en un exceso de sentimentalismo, he reflexionado numerosas veces sobre mis recuerdos del pasado, pero siempre llego al convencimiento de que la conversación que Toshio y yo sostuvimos ese día sobre el corazón humano se convirtió en el punto de partida del resto de mi vida. No creo que nada de lo que sucede en nuestra vida sea inútil o carezca de sentido. Enseguida comprenderá por qué digo que esa conversación fue el punto de partida de mi vida.

«Aproximadamente un año después de que Toshio empezara a darme clases, se organizaron los regimientos de estudiantes. Incluso siendo una niña, ya tenía la vaga sensación de que la guerra estaba volviéndose contra nosotros y día a día me sentía deprimida. Cuando empezaron a alistar incluso a estudiantes universitarios como Toshio, comencé a preguntarme si el Japón iba a perder, e interrogaba a mi madre al respecto. Ella se limitaba a suspirar y murmurar: “Ahora, hasta los estudiantes”.

»Sensei, ¿recuerda las ceremonias de despedida que se celebraban los días de lluvia en los jardines exteriores del Templo? Esas procesiones bajo la lluvia que todavía hoy suelen pasar por televisión. He conseguido localizar a Toshio en esas películas, entre los estudiantes cubiertos con sus gorros cuadrados que marchan entre los charcos de agua con el fusil al hombro.

»Toshio fue destinado a un regimiento de China. Tres meses después, mi madre, mi hermana y yo le visitamos en el cuartel con el padre de Toshio, que había venido a vivir a Tokio. Toshio iba vestido con un uniforme de soldado que no era de su talla y tenía las manos hinchadas y agrietadas por el frío. Con aquellas manos hinchadas devoró vorazmente el almuerzo que mi madre había preparado y guardado para él en una caja lacada. Cuando mi hermana le entregó el libro de poesía que había pedido, su rostro se iluminó de alegría como el sol que sale tras la tormenta. Estaba ávido de letra impresa.

«Podimos celebrar tres de estos encuentros antes de que su regimiento fuera enviado a China. Para ser sincera, un escalofrío de alegría recorrió mi cuerpo cuando recibí la primera postal de China, con el sello de la censura gubernamental estampado en ella. Lo que más nos alegraba era que no le hubiesen enviado a las peligrosas islas

del Pacífico Sur. Por aquel entonces era sabido de todos que el Japón sufría escasez de hombres y que se habían iniciado feroces choques con las tropas norteamericanas en las islas del Pacífico Sur. En cambio mi padre explicaba que probablemente no se produciría ninguna terrible batalla en China. Que Toshio volvería sano y salvo casi con seguridad.

»Tal como deseábamos, Toshio permaneció en China.

Ascendió de cadete a alférez y más tarde supimos que había llegado a participar en algunas pequeñas operaciones de limpieza contra las guerrillas, pero por fortuna no había tomado parte en grandes combates. Nos dábamos cuenta de que parecía llevar una vida plácida por las postales que nos llegaban cada varios meses, como si de repente se acordara de escribirlas. Por esa época, Tokio sufría una serie de bombardeos aéreos y había escasez de víveres, y la vida de Toshio parecía más segura e incluso un sueño envidiable para nosotros.

»“Ayer le retorcimos el cuello a un pollo, y con algunos compañeros preparamos un estofado junto al río”. Cuando nos llegaban estas postales tan desenfadas, teníamos que preguntarnos quién se hallaba en el auténtico campo de batalla. Afortunadamente, la casa de su familia en Okoyama no había sufrido daños, pero la nuestra fue destruida por las bombas incendiarias y tuvimos que refugiarnos en una choza que nos dejaron unos parientes en un pueblo llamado Tsurukawa.

«Probablemente se estará preguntando qué tiene que ver todo esto con la pregunta inicial que me formuló usted, sensei. Pero si no le explico un poco del pasado, aunque sea en una rápida pincelada, no creo que pueda entender lo que le contaré más adelante. Por favor, tenga un poquito más de paciencia.

»Medio año después de terminar la guerra, Toshio fue por fin repatriado. Aunque pasó algún tiempo recuperándose en su casa, cuando llegó a Tokio estaba todavía demacrado. Los pómulos le sobresalían y llevaba el mismo uniforme demasiado grande de recluta. No podíamos creer que un hombre en su estado hubiera sido alférez. El corazón se me encogía de miedo al pensar en cómo le habrían cambiado dos años de vida militar. Nos dijo que había tenido muchas dificultades para localizarnos, transportando a la espalda una mochila que casi parecía del tamaño de nuestro refugio provisional.

»“No sé deciros cuántas veces he leído los libros que me mandasteis a China. Pero algunos se perdieron cuando fui embarcado de vuelta, y otros fueron confiscados”, explicó, en tono de disculpa. Yo guardaba un nítido recuerdo de la mirada de alegría de su rostro cuando mi hermana le había entregado el primer volumen.

»Volvió a clases y estudió como si estuviera hambriento de saber. Tal vez debido a su personalidad, gozó del favor de sus maestros y, después de graduarse, fue contratado por el departamento como ayudante de investigación. Poco después

obtuvo una beca Fulbright y pudo estudiar en Estados Unidos. Para entonces, yo asistía a la universidad femenina.

»Un tiempo después de volver al Japón, Toshio obtuvo por fin un empleo de profesor no numerario en el departamento de Económicas y no tardamos en casarnos. Al principio, con su sueldo no nos daba para cubrir los gastos, de modo que hablé con una amiga que trabajaba en la editorial Hayamizu y entré allí para hacer traducciones de escritores policíacos franceses como Simenon. El francés fue el único idioma por el que me interesé realmente en la escuela.

«Alquilamos un piso de dos habitaciones en una casa de Meidai-mae que había sobrevivido al bombardeo. Por esa época empezaban a levantarse nuevas casas sobre la tierra chamuscada en torno a la estación, pero el lugar donde vivíamos nosotros era una de las pocas casas viejas y oscuras de estilo japonés que todavía se sostenía en pie. Frente a la estación se había abierto un pequeño mercado, pero para una mujer no era seguro volver sola a casa después de anochecer en invierno, de modo que cuando tenía que enviar una traducción al editor, mi esposo me acompañaba a la estación. A veces discutíamos lo que nos gustaría comprar para la cena, y luego volvíamos a casa paseando cogidos de la mano. Recuerdo un gran árbol, un zelkova plantado junto al camino; en otoño se reunían bandadas de estorninos en sus ramas.

»Es hora de pasar al tema central. Sin duda es una imprudencia por mi parte escribir las cosas que me dispongo a revelar, pero tras mi primera conversación con usted he llegado a la conclusión de que es inevitable. No me siento en absoluto incómoda en lo que respecta a temas sexuales. Sin embargo, debo pedirle una vez más, por favor, que cuando termine de leer esta carta se asegure de quemarla. Se lo ruego.

»De joven era un patito feo sin remedio y, aunque estaba segura de saber más sobre el sexo que la mayoría de las chicas por las novelas y libros que leía, lo cierto era que me sentía como si estuviera mirando con un solo ojo fotografías de las calles de ciudades extranjeras que nunca había visitado. Lo cierto es que supe muy poco de mi propio cuerpo hasta que me casé con Toshio.

»Era un hombre considerado y, como antes he señalado, había crecido consentido y protegido del mundo. Se conjugaban en él la cortesía y la obstinación, el nerviosismo y la sinceridad. Había algo muy egoísta en su concepción del sexo. Parecía desearlo vehementemente. Por mi parte, el día de mi boda mi madre me había dicho: “Debes hacer todo lo que él te pida”. Seguí su consejo y esa noche simulé gozar aunque, con toda sinceridad, cuando él me abrazó me pregunté cómo podía tal actividad alegrar la vida de nadie.

»No me disgustaba que Toshio me hiciera el amor, pero a menudo me sorprendía su insistencia. Me buscaba a diferentes horas y no sólo por la noche. Algunos domingos me agarraba por detrás mientras yo trabajaba en la cocina. En invierno,

sentados bajo el cubrecama, me ponía de pronto las manos en el cabello, me empujaba contra el suelo y montaba sobre mí. Al principio lo consideré una manifestación de su ferviente amor por mí. Sin embargo, al contemplar su rostro encima del mío, vi algo que no había apreciado nunca en él. Otro rostro que no había visto jamás, totalmente distinto de sus facciones habituales, unas facciones tiernas que aún tenían huellas de pasadas penalidades en su perfil, unas facciones que se volvían infantiles cuando sonreía. Aquel extraño rostro me producía cierta desazón con sus ojos inyectados en sangre que despedían una mirada de crueldad. Incluso grité: “¿Quién eres? ¿Quién... quién eres tú?”. Estaba abrumada de preocupación..., no: de temor. Pero su lujuria, aunque feroz, también era de corta vida. Cuando quedaba satisfecho volvía a sus labios la sonrisa infantil.

»Sin duda, cabe considerar feliz la vida que pasamos juntos. La única pena que tenían mis padres era que no les dábamos nietos. Nos hicieron reconocimientos médicos, pero no encontraron una causa clara. Fue una lástima, pero entonces no sentí pena ni lo lamenté. A Toshio no le desagradaban los niños, pero una parte de él temía el cambio drástico que un hijo traería a nuestras vidas, convirtiéndome en una madre que dedicaría cada hora de su vida al niño. Su excusa era que un hijo le perjudicaría para los estudios, y en ocasiones llegaba a afirmar con toda sinceridad que ésa era la auténtica razón.

«Conservo muchos recuerdos agradables de esa época. Tal vez el más placentero sea el de la ocasión en que un libro escrito por mi esposo fue galardonado por los máximos eruditos de su campo con el premio Sakitani, y el viaje que realizamos a Tohoku.

»El premio Sakitani se concede en dos campos, ciencia y literatura, y la ceremonia de entrega y la recepción se celebran simultáneamente en el hotel de la Estación de Tokio. Toshio, con una brillante flor artificial roja en la solapa, se mostró bastante aturdido durante la velada debido a la emoción y al alcohol que había tomado.

»“No vayas a mancharte el traje —le dije, e insistí en tono burlón—: Quiero que puedas llevar la misma ropa cuando recibas el próximo premio”.

»Esa velada, mientras deambulaba ruborizada entre el gentío de la recepción, recuerdo que vi a alguien. Era usted, sensei. Supongo que estaba allí como amigo del señor Kano, que había recibido el premio literario. Ésa fue la primera vez que le vi, y jamás hubiera imaginado que un día le escribiría una carta como la presente.

»En plena recepción, se me acercó un hombre de una revista que hacía las funciones de recepcionista.

»“¿Conoce usted a un hombre llamado Kawasaki? Dice que quiere entrar en la recepción. Supongo que es una impertinencia por mi parte comentarlo, pero realmente no tiene un aspecto acorde con este acto”.

»Toshio no me había mencionado jamás el nombre de Kawasaki, de modo que acudí al mostrador de recepción para saber de qué se trataba. Tal como había dicho el recepcionista, un hombre de mediana edad, de aspecto e indumentaria dudosos, aguardaba con aire hosco junto a la entrada.

»“Usted debe ser la esposa, ¿verdad? —Su tono de voz era informal; probablemente el hombre estaba ebrio—. Haga el favor de decirle a su marido que está aquí Kawasaki, de sus tiempos en el ejército. Vi el anuncio en el periódico y he venido corriendo. Realmente es un día muy feliz...”.

»“Así pues, ¿es usted uno de los camaradas de armas de mi esposo?”.

»“¿Un camarada...? No, yo más bien diría que soy uno de sus viejos compinches”, respondió él, dirigiéndome una sonrisa mordaz.

»Volví al salón y localicé a mi esposo. Estaba rodeado de gente de la prensa, pero llegué a su lado y le tiré de la manga.

»Cuando oyó el nombre de Kawasaki, su rostro sonriente se endureció por un instante. Tal vez nadie notara el cambio, pero yo era su esposa, al fin y al cabo. Con voz preocupada, se excusó de la conversación y me dijo: “Hazme el favor de presentar nuestros respetos a estas personas”. Después, abandonó el salón.

»Yo sabía que sucedía algo raro, y mientras recorría la estancia haciendo reverencias y repitiendo palabras de agradecimiento, de vez en cuando me volvía para ver qué sucedía. Mi marido no tardó en volver, con el mismo aspecto de siempre. Cualquiera que se fijase en él habría pensado que volvía del cuarto de baño.

»Esa noche volvimos bastante tarde a casa, tras una segunda ronda de celebraciones en un bar. Mientras cepillaba su único traje bueno, le pregunté: “¿Quién es ese señor Kawasaki?”.

»De nuevo su rostro se puso casi imperceptiblemente tenso. Su rigidez me hizo pensar si existiría algún secreto desconocido que mi esposo y Kawasaki compartían. Me sentía celosa.

«Debido a mi amor por Toshio, a partir de esa noche me inquieté por su conducta, y cada vez que Kawasaki llamaba, le pasaba el auricular y luego trataba de analizar sus expresiones y las respuestas que daba por teléfono.

»Un día, mientras limpiaba, descubrí algo extraño. En la estantería donde guardábamos los tomos del diccionario Larousse sólo había las fundas correspondientes a cada volumen, pero faltaban los libros. ¿Cuándo los había sacado de casa mi esposo? Y lo había hecho de modo que yo no lo notara... Caí entonces en la cuenta de que un par de semanas antes, al marcharse de casa por la mañana, le había visto llevar, además de su cartera, un objeto cuadrado envuelto en un furoshiki.

»“¡Ah, los libros! —Toshio fingió indiferencia ante mi pregunta—. Los he llevado a nuestro despacho en la facultad”.

»Pero en ningún departamento de investigación digno de tal nombre era posible

que faltara un diccionario Webster o Larousse. Aunque no los tuvieran a mano en el momento en que los necesitaran, era seguro que podían acceder a ellos en la biblioteca de la universidad.

»Era la primera mentira que detectaba en mi esposo desde la boda. Me sentía dolida y triste.

»Tuve la corazonada de que había vendido los diccionarios para entregar el dinero a Kawasaki. Incluso llegué a imaginar que se trataba de uno de esos sucesos que suelen aparecer como noticia escandalosa en los periódicos, un incidente como tantos en el cual Kawasaki sabía algo que perjudicaba a mi esposo y estaba chantajeándole. Casi podía ver a mi marido, un hombre amante del saber pero ignorante de todo lo demás, acorralado por las amenazas de Kawasaki, y quise protegerle. Sin embargo, ¿qué tipo de flaqueza habría manifestado un hombre como mi marido durante su época de soldado?

»Era un sábado por la tarde. Estaba sola en casa cuando telefoneó Kawasaki.

»“Lo lamento, pero ha salido. —Fue en ese mismo momento cuando me decidí a sonsacarle el secreto—. ¿Le dio el dinero mi esposo?” En mis ojos brilló débilmente una imagen del rostro ebrio de Kawasaki, con sus ojos muy enrojecidos.

»Él no dijo nada durante unos segundos.

»“¿Dinero? ¿De qué está hablando?” Se hacía el inocente.

»Reuní el valor necesario y afirmé con fingida seguridad: “¿Eso significa que no se lo ha dado?”.

«Preparé mentalmente una explicación razonable por si él insistía en no saber nada. Por ejemplo, que mi esposo me había dicho que le había prestado cierta cantidad. Sin embargo, la seguridad en mí misma que acababa de demostrar hizo titubear a Kawasaki y abandonó todo disimulo.

»“Sí, me lo dio. —Una nueva pausa—. Entonces, ¿lo sabe usted?”.

»“Sí”.

»“¿De verdad? Jamás habría pensado que Toshio se lo contara, por muy bien que les fuera juntos. De todos modos, eso me hace más fácil hablar con usted. Cuando vuelva a casa, ¿podría decirle que quizá necesitemos un poco más de dinero para la Asociación Conmemorativa?”.

»“La Asociación Conmemorativa, sí”.

»Toshio jamás me había dicho una palabra acerca de una Asociación Conmemorativa. Y yo estaba intrigada por lo que Kawasaki acababa de decir: “Jamás habría pensado que Toshio se lo contara, por muy bien que les fuera juntos”.

«“¿Qué cantidad aproximada he de decirle que necesitará?”.

»“Veamos. Dígale que se lo comunicaré cuando lo tengamos todo calculado. Me alegro sinceramente de que sea usted tan comprensiva en todo este asunto. Al fin y al cabo, era la guerra y no teníamos otra opción. Pero cuando volvimos al Japón y

fueron pasando los años, empecé a sentirme verdaderamente culpable, ¿sabe? Porque allí murieron decenas de mujeres y niños. Para ser franco, me gustaría poder erigir algún tipo de lápida conmemorativa, pero al ser japoneses todavía no nos permiten entrar en China”.

«Nuestra conversación terminó aquí. Traté de continuar trabajando en la traducción, pero las palabras que acababa de escuchar volvían caprichosamente a mi mente, como piezas sueltas de un rompecabezas.

«Cuando Toshio volvió a casa, no hice ningún comentario. Por algún motivo, mientras estudiaba su rostro, recordé su kimono azul y blanco y la sonrisa de blancos dientes que lucía la primera vez que mi madre y yo le visitamos en su residencia...

«Esa noche me hizo el amor. Yo hundí mi rostro en su brazo y murmuré de pronto: “Debe costar mucho dinero mantener una Asociación Conmemorativa”.

«Mi voz sonó tan dulce e inocente que incluso yo me sorprendí. Por un momento, toda la fuerza de mi esposo pareció concentrarse en sus brazos.

«“¿Por qué no me lo contaste? Lo he sabido por el señor Kawasaki”.

«Toshio no respondió.

«Con mi astucia intuitiva, seguí hablando con más ternura aún: “¿Pensabas que me preocuparía? Soy tu esposa. Si me lo hubieses contado... Para mí, las cosas no cambian. Sucedió por culpa de la guerra”.

«“¿Qué te contó Kawasaki?”.

»Toshio se apartó de mí y fijó los ojos en el techo.

»“Todo. Incluso lo de las mujeres y los niños”.

«Conseguí tomar las palabras sueltas del rompecabezas e introducirlas hábilmente en el lugar adecuado del diálogo.

»Para ser del todo sincera, en aquel momento no tenía idea de qué aparecería una vez estuvieran juntas todas aquellas piezas. Tenía un vago presentimiento que parecía advertirme de no preguntar lo que más temía.

«“Entonces, ¿no me odias por lo que hice?”.

«Bajo la luz de la mesilla de noche, vi una sonrisa en el rostro de Toshio. Era aquel rostro, aquella otra expresión que había visto de recién casada, cuando le contemplé encima de mí después de cogerme por el pelo y tenderme en el suelo.

«“¿Por qué iba a hacerlo? Ya te lo he dicho: estabas en guerra y no tenías otra opción. —Sonreí como una madre o una hermana mayor, luchando desesperadamente por no dejarle ver las frenéticas contorsiones de mi mente—. Entonces, ¿te sientes culpable como el señor Kawasaki?”.

«“No. Por alguna razón, no me sentí especialmente culpable la primera vez, ni tampoco la segunda. De hecho, estaba hipnotizado con la belleza de las llamas mientras consumían las casas”. Hablaba lentamente, con los ojos siempre fijos en el

techo.

»“La primera vez y la segunda... Así pues, sucedió dos veces...”.

«“Sí”.

»“Las casas ardieron... ¿Y las mujeres y los niños estaban dentro?”.

«“Sí, dentro. Los metimos a todos dentro de sus propias casas”.

»“Y luego prendisteis fuego a las casas y matasteis a todo el mundo... ¿Os dieron esa orden?”.

«“La primera vez nos lo ordenaron. Nos dijeron que en el pueblo se ocultaban espías. Los soldados estaban excitados: un par de los nuestros habían sido asesinados. Pero la segunda vez, nuestro pelotón decidió hacerlo por su cuenta”.

»Con la cabeza apoyada entre las manos, cerró los ojos. Parecía estar escuchando, en lo más profundo de sus oídos, el sonido de las cabañas ardiendo, con las mujeres y los niños encerrados en el interior. Yo conocía ese sonido. Era el que había escuchado cada noche durante las incursiones aéreas, como un tren que pasara silbando. Y ahora, una vez más, escuché aquel ruido junto a mi esposo, en nuestro dormitorio, a medianoche.

»Ni le odié ni le temí. Una sensación de entumecimiento se adueñó súbitamente de mí. Por primera vez me había dado cuenta de que en el interior de mi esposo, que a veces se comportaba conmigo como un hermano menor, existía el perfil de un hombre absolutamente distinto. Y cuando comprendí que aquellos dos aspectos contradictorios habían conformado al hombre con el cual me había casado, reaccioné sobresaltada y conmovida.

»De pronto rodé encima de él, y por primera vez besé con ardor sus labios, enterré el rostro en su pecho y busqué apasionadamente su cuerpo. Como si hubiera estado esperando aquello, él me penetró con brusquedad.

«“Háblame —grité—. Cuéntame, dime cómo prendisteis el fuego”.

«“Rodeamos las casas para que no pudieran escapar... Utilizamos aceite para encender las casas”.

«“¿Podías oír sus voces? ¡Dímelo! ¿Cómo sonaban?” «“Las oíamos. Algunos niños salieron corriendo de las chozas. Les disparamos”.

«Toshio y yo jadeábamos y nos revolcábamos por la cama.

«“Cuéntame. ¿Qué pasó con las mujeres cuando disparasteis?”.

«De pronto, todo terminó. Toshio se estremeció, y sin decir una palabra más se levantó de la cama y salió del dormitorio. Yo me quedé allí, boca abajo, bañada en sudor. Cuando volvió a la cama, cerró los ojos como si no acabara de suceder nada entre nosotros.

»Jamás volvimos a hacer mención de esa experiencia entre nosotros. Él continuó siendo el mismo de siempre, el marido en quien se mezclaban la amabilidad y la impertinencia, la pureza y el nerviosismo. A veces me preocupaba que los viejos

crímenes de guerra pudieran ser resucitados, pero jamás sucedió nada de ello. ¿Habían muerto todos los testigos en los incendios? ¿Nadie había presentado una acusación? Ese aspecto del asunto me parece extraño, incluso hoy.

»Pero el ardiente recuerdo de aquella noche tampoco desapareció nunca de nuestra relación. De hecho, se convirtió en un medio infalible de encender mis sentimientos hacia él. Nunca tocamos el tema tabú, pero para mí éste se convirtió en el secreto sagrado de nuestro matrimonio.

»Seré absolutamente sincera.

»Desde esa noche, siempre que dormía con él imaginaba lo mismo al contemplar su rostro iluminado por la luz de la mesilla de noche. Es un pueblecito que nunca he visto. Aposta sus hombres a la entrada y la salida del pueblo. Las mujeres son conducidas a una choza destartalada de techo de paja y paredes de adobe. Kawasaki rodea la casa rociándola de aceite. Mientras, mi esposo aguarda, con la mirada en el reloj. Cuando Kawasaki termina su trabajo, prenden fuego. Las llamas y el humo surgen con un estallido y envuelven la casa. La paja ardiente del techo se eleva en espiral hacia el cielo con un humo negruzco. Después, del interior de la casa llegan gritos y sollozos que se alzan al firmamento con las llamas. Unos niños envueltos en llamas y unas mujeres con los pequeños apretados contra el pecho salen corriendo de la casa. Mi esposo, junto con sus hombres, los abaten a tiros, uno por uno.

»Lo había hecho. Los había matado. Mi esposo. El hombre que en aquel instante estaba tendido en mi cama, saboreando su whisky y leyendo un libro: él había abatido a tiros a aquellas madres y a sus hijos... De pronto, una indescriptible oleada de excitación me recorría de pies a cabeza y muchas veces estuve a punto de decirle algo. Pero Toshio no parecía advertirlo y preguntaba: “¿Te pasa algo? ¿No puedes dormir? Yo no puedo desengancharme de esta novela policíaca ahora que la he empezado”.

»Su sonrisa era la que conocía de todos aquellos años. El rostro de un profesor popular entre sus alumnos que acudían a visitarnos.

»Cuando mi esposo me hacía el amor, yo imaginaba aquella escena mentalmente. Así, aumentaba mi indescriptible placer y el amor que sentía por él. La dualidad, la complejidad que guardaba en su interior reforzaba mi vinculación a él. No, ni una sola vez tuve el más pequeño impulso de criticarle o recriminarle. Jamás le consideré repulsivo. Si yo hubiera sido un hombre y me hubiesen mandado a la guerra como a él, estoy segura de que habría hecho lo mismo. Y habría seguido viviendo como él lo había hecho, intercambiando miradas de inocencia con sus compañeros. No tengo la menor idea de si se sentía torturado por el incidente en lo más profundo de su corazón, pero sé que nunca se le escapó el menor signo de angustia ante mí, su esposa.

»Y yo tampoco sentí nunca asco de mí misma por utilizar su experiencia como

afrodisíaco, como estímulo de mis propias pasiones.

«Estuvimos casados veintitrés años. El llevó una vida feliz hasta los cincuenta y cinco, edad en que murió en un accidente de tráfico cuando iba de la universidad a casa. Nunca volvimos a hablar de sus experiencias en la guerra, pero éstas ardían en el interior de mi corazón, y cada vez que decidía avivar las llamas éstas surgían impetuosas proporcionando una intensa estimulación a nuestros cuerpos. Kawasaki no volvió a ponerse en contacto con nosotros. Mi esposo obtuvo una gran fama como erudito, y cuando murió, toda la universidad guardó luto por él.

«Fallecido mi esposo, luché contra una insondable sensación de vacío. No puedo expresarle cuánto sentí no haberle dado un hijo. Nunca como entonces sentí los instintos maternos de los que creía carecer.

»En un intento por llenar el vacío, seguí el consejo de una amiga y me inscribí en un curso para voluntarios en hospitales. El curso tenía por objetivo promover la extensión del trabajo social voluntario en un país donde la idea era relativamente nueva, y tras un año de preparación empecé a trabajar en un hospital de la ciudad.

»El hospital al que fui destinada tras ese año de instrucción es el mismo donde usted me visitó, sensei. Cuando me preguntaron en qué sección me gustaría trabajar, pedí la sala de pediatría. Todavía hoy recuerdo la primera vez que la enfermera jefe me llevó allí y le di un biberón a un bebé prematuro que ocupaba una pequeña incubadora de cristal. Los pezones de mis pechos inexpertos me latían intensamente. Niños con leucemia, que se habían agarrado a mí y me habían pedido que les contara cuentos, al cabo de unos meses empezaban a perder sus fuerzas. Cuando les veía recibir transfusiones y medicamentos anticancerosos al entrar en coma, yo le rogaba a Dios desde lo más profundo de mi corazón que me permitiera morir en su lugar. Le digo la pura verdad. Con toda sinceridad y convencimiento, suplicaba que mi petición fuera aceptada.

»Pese a todo, no he olvidado lo que hizo mi esposo. Al terminar el trabajo en el hospital y volver a casa, ceno y luego revivo estos recuerdos ante la foto de Toshio que cuelga de la pared de mi alcoba. Un mar de llamas envuelve la cabaña, las chispas de fuego y las nubes de humo negro forman volutas en el aire y los gritos de agonía surgen del interior, madres y niños salen corriendo..., mi esposo mata a los niños... No, junto a mi esposo, riéndome, yo les disparo también... Este recuerdo conjugado con el retrato de mi esposo, despierta en mí un impulso que no puedo refrenar. Quiero saber de qué parte de mi corazón surge este impulso. ¿Adónde me conduce? Esta parte negra de mi corazón que no puede ser reprimida por el sentido común o por la lógica.

«Casualmente, he conocido a una joven que poseía dentro de sí ese mismo elemento irreprimible, abominable. No me andaré con rodeos: me estoy refiriendo a Itoi Motoko, la muchacha que pintó su retrato, sensei.

»Las obsesiones de Motoko toman una forma distinta, pero me han permitido experimentar por otros medios el mismo tipo de placer que me enseñó mi marido. Cuando alcanza el clímax de su violento éxtasis, siempre grita “¡quiero morir!”; “¡Adelante, muérete!”, replicó yo. Sensei, la gente puede morir por amor o por la belleza, pero también puede hacerlo mediante el descenso a la fealdad y al vacío. Ésa es la sensación que tengo cuando miro a Motoko. Y eso es lo que quiero que usted comprenda.

«Cuando he pasado la noche con Motoko, por la mañana acudo al hospital con cara alegre, abrazo a los niños y ayudo a las enfermeras. En cambio, por la noche... Cuando era joven, mi esposo me habló de la bodega del corazón humano. En esa bodega alguien ha colocado una muñeca de ojos grandes que te mira, y por la noche empieza a moverse y se pone a bailar. En mi corazón también baila esa muñeca. Tal vez se pregunte cuál de las dos es la auténtica Mariko. Lo único que puedo decir es que ambas son yo. Tal vez se pregunte si las contradicciones entre las dos me causan algún tormento, alguna angustia. Sí; a veces, cuando pienso en esas contradicciones, me horrorizo de mí misma. Me causo repulsión. Pero también hay ocasiones en las que no es así, y no puedo hacer nada al respecto. Después de escribir tanto, yo...».

*

Cuando Suguro volvió del estudio, la mesa del comedor estaba brillantemente iluminada, adornada con flores y dispuesta con los boles de sopa que habían comprado en Milán. Aquellos boles sólo se utilizaban las noches en que tenían algo especial que celebrar.

—¿Qué día es hoy? —preguntó.

—¡Santo cielo, es nuestro aniversario! —respondió la mujer con incredulidad.

—¡Oh! ¿De veras?

Tenía la cabeza ocupada en la carta. Habían transcurrido tres días desde que la recibiera, pero en su interior se agitaban un asombro y una curiosidad que crecían a cada día que pasaba. En cierto sentido, la mujer parecía atemorizadora, pero el escritor que había en él no podía soportar la idea de despreciarla. Mientras se llevaba la cuchara a la boca, preguntó mecánicamente a su mujer qué había sucedido durante el día y la escuchó mientras ella contaba que había ido al médico a ponerse una inyección de esteroides para sus hinchadas articulaciones de las rodillas, y que de regreso a casa había visitado una exposición de estufas eléctricas de un modelo nuevo.

Estas conversaciones eran una especie de ritual, o tal vez de etiqueta entre ellos, y Suguro siempre respondía a los comentarios de su esposa con una sonrisa o un gesto de asentimiento.

—Parece que cada año salen aparatos nuevos y más cómodos.

—Con esa actitud, terminarás por no comprar nunca nada.

—El invierno terminará pronto.

Suguro no le había contado nada de la visita de Kobari ni de sus experiencias en el Château Rouge, y por supuesto no le había dicho una sola palabra de la carta de la señora Naruse. Aquellas cosas no tenían relación con el mundo que habían creado juntos, eran temas que no debía tratar con su esposa.

—Le escribí una carta a Mitsu para saber cómo estaba, pero no me ha contestado.

—Supongo que hoy en día a los jóvenes no les gusta escribir.

—Si por casualidad la vieras... en alguno de tus paseos...

—No creo que suceda. Escucha, ¿querrás comprarme un trasplantador pequeño, por favor? Tengo que plantar esos bulbos muy pronto.

Desviando toda nueva alusión a Mitsu, Suguro llevó de nuevo la conversación a su sendero habitual; al hacerlo se quedó contemplando el rostro lleno de arrugas de su esposa y los mechones de canas de su cabello. Miró a hurtadillas su boca al masticar la comida. Su manera de comer era totalmente distinta a la de la señora Naruse y carecía por completo de su erotismo... Suguro recordó el extraño relato y pensó en lo que la señora Naruse decía en la carta. ¿Poseía también su esposa aquellos mismos impulsos en conflicto? ¿Acechaban en su interior secretos que nadie habría imaginado nunca al verla? ¿Era posible que también su propia esposa hubiera elaborado aquella imagen superficial para estar en sintonía con él? El mero hecho de pensarlo le parecía a Suguro una profanación de su esposa. Sin embargo, un pasaje de la carta de la señora Naruse se repetía en su mente causándole una permanente inquietud: «Tal vez se pregunte cuál de los dos es mi auténtico yo... A veces me horrorizo de mí misma. Me causo repulsión».

Cinco

Le despertó el timbre del teléfono en plena noche. El ruido resonaba desde el pasillo al pie de las escaleras, con su penetrante tintineo. En el reloj iluminado de la mesilla de noche eran las dos.

—Es el teléfono —dijo su esposa revolviéndose en la otra cama.

—Déjalo que suene.

—¿Estás seguro...? Supongo que será una equivocación.

Suguro prestó atención a los timbrazos del aparato. Su esposa también parecía escuchar con nerviosismo en la oscuridad. El sonido le produjo al escritor la impresión de un gemido procedente de lo más hondo de un corazón humano. El pozo insondable que bostezaba en el fondo de aquel corazón. El eco de un viento que corría por ese pozo. Algo que todavía no había descrito en ninguna de sus novelas.

Igual que el camerino de la emisora de televisión, la sala de espera estaba tapizada de espejos. A Suguro le deprimió ver tantas imágenes de sí mismo proyectadas allí. Mientras tomaba el té que le había traído una mujer, llamaron a la puerta y entró Kurimoto.

—El auditorio ya está lleno en un ochenta por ciento. Parece que muchas amas de casa muestran interés cuando se anuncia que usted y el profesor Tono van a dar una conferencia.

El formal director literario de Suguro no había hecho la menor referencia a su paseo por aquella calle de mala fama del Kabuki-cho. Quedaba claro que consideraba la mención de aquel tema como una afrenta a Suguro.

—¿De qué hablará hoy el señor Tono?

—El título de su conferencia es «Sobre las alucinaciones».

Una vez al mes, la editorial para la que trabajaba Kurimoto patrocinaba una conferencia e invitaba a dos oradores para potenciar la formación de los lectores. Tono, que había aceptado compartir la sesión con Suguro, era un psicólogo freudiano a quien el escritor había encontrado dos o tres veces en recepciones y fiestas. Suguro daba por hecho que el coloquio de la velada permitiría enfocar desde la perspectiva freudiana las alucinaciones que son engendradas por la libido, pero, más allá de esta generalización, no tenía la menor idea de qué diría el psicólogo.

Kurimoto salió otra vez y, en el preciso momento en que Suguro terminaba de beber su té, efectuó su entrada el corpulento Tono. Parecía llegar directamente de la universidad; dejó un portafolios nuevo y reluciente sobre la improvisada mesa de trabajo y, con una voz chillona que estaba en franca contradicción con su enorme corpachón, el psicólogo anunció:

—Nada de té para mí. He traído mis propios estimulantes. —Entonces, como un prestidigitador, hizo aparecer en sus manos un botellín—. Tengo que darle un buen trago a esto antes de iniciar una conferencia.

—¿Una copa le proporciona energías?

—Sí, una falsa sensación de vitalidad. Hace que todo el público parezca una masa de piedras.

—Eso suena a alucinación. Muy acorde con su tema de hoy —apuntó Suguro—. Tengo la sensación de que las alucinaciones pueden ser tan útiles como la realidad.

Kurimoto volvió a entrar para comunicar que las seiscientos localidades del auditorio estaban ya completamente ocupadas. Tal vez la señora Naruse, por casualidad, ocupaba uno de los asientos. Suguro le había enviado al hospital una tarjeta sin firmar anunciando la conferencia. En su fuero interno, el escritor esperaba verla aparecer.

Tono echó una mirada al reloj de la pared.

—Todavía nos quedan veinte minutos. Supongo que hoy he llegado un poco pronto.

—No —respondió Suguro con un gesto de cabeza—. Para un orador de segunda fila como yo, es un gran alivio que la estrella del acto ya se encuentre aquí. Mientras esperamos, ¿le importa que le haga un par de preguntas?

—Adelante. ¿De qué se trata?

Mientras daba un sorbo a su whisky, Tono se movió en el asiento, como si se sintiera entumecido. Prácticamente cualquier silla habría resultado pequeña para su corpulento físico.

—Los expertos que se dedican al psicoanálisis... ¿cómo explican las tendencias sádicas y masoquistas?

—¿Sádicas? ¿Masoquistas?

—Exacto.

—No sabía que le interesaran estos temas, señor Suguro —respondió Tono con una alegre sonrisa—. Usted es cristiano, ¿verdad?

—Sí, pero también soy un escritor interesado en todos los aspectos de la experiencia humana.

—Por supuesto. Perdóneme, no me refería a eso en absoluto. Lo que pretendía decir era que yo le consideraba un escritor con tendencias biófilas bastante profundas.

—¿Podría explicar eso en términos más sencillos? No domino la jerga médica y psicológica.

—Fromm, el psicoanalista, ha dividido la humanidad en dos tipos. Por ejemplo, existen escritores que prefieren básicamente la armonía en sus vidas, una unidad sólidamente edificada. Es el caso de Mushanokoji, por ejemplo. Yamamoto Yuzo también podría ser incluido en este grupo. Entre los extranjeros, tiene usted a alguien

como Goethe. Fromm clasificaba a este tipo de escritor como «biófilo», amante de la vida. ¿No diría usted que pertenece también a la categoría de los biófilos, señor Suguro?

—Me temo que sería incapaz de juzgar una cosa así.

—En cambio, existe otro tipo de escritor: el que posee tendencias suicidas y se siente más atraído por lo oscuro y por el pasado que por un futuro claro y ordenado. Creo que Dazai Osamu encajaría en ese tipo. Tales individuos son catalogados de necrófilos.

—En nuestro léxico literario les denominaríamos escritores autodestructivos. Pero, ¿qué tiene que ver todo eso con el masoquismo?

—Discúlpeme. En efecto, la tipología necrófila es lo que usted denomina «tendencia autodestructiva». Estas personas tienden al autosacrificio, a la degeneración y a la decadencia. A veces, cuando estas tendencias son especialmente intensas, ponen de manifiesto un profundo deseo de volver a un estado inorgánico o inanimado.

—¿Qué significa eso de «estado inanimado»?

—Freud tiene una interesante explicación de este fenómeno. Afirma que toda la historia del género humano, desde su origen hace millones de años y durante su desarrollo a lo largo de los siglos, se encuentra conservada en nuestras mentes inconscientes. En otras palabras, antes de recibir la vida existimos en un estado inanimado. La humanidad todavía se siente arrastrada hacia esa existencia primordial e incluso puede sentir nostalgia de ella. Como prueba de ello, cuando las tensiones de nuestra vida diaria empiezan a aumentar, deseamos poder volver a un estado inanimado. Algunas personas incluso llegan al intento de suicidio para conseguirlo. Otras tratan de reprimir toda emoción. Como seres humanos, tenemos tendencia a desear el regreso al estado previo al despertar de la vida prehistórica.

—¿Y todos poseemos esas tendencias? —preguntó Suguro mientras observaba el reloj de pared. Todavía disponía de diez minutos para seguir interrogando a Tono.

—Sí, todos. Pero creo que resultan especialmente intensas en los masoquistas.

Tono expuso el asunto con tan maravillosa claridad que aún sembró más desconcierto en la mente de Suguro. Aquella expresión de éxtasis en el rostro de la mujer de la cinta de vídeo, su cabello salpicado de cera... ¿Provenía todo ello únicamente de un deseo de regresar a sus orígenes inorgánicos? ¿No había algún otro motivo más concreto, más terrible, oculto tras aquella expresión? El análisis racional que Tono había hecho del fenómeno no podía aplicarse en absoluto a las personas contradictorias que la señora Naruse había descrito, en una paradoja que ella misma consideraba misteriosa.

Al observar el gesto de insatisfacción del rostro de Suguro, Tono soltó un bufido de descontento, y de nuevo su voz sonó chillona.

—¿Hay algo que no le guste de mi explicación?

—No, no es eso...

—Entonces, reflexione sobre lo siguiente: antes de nacer, dormimos en el útero materno, ¿no es así?

—En efecto.

—El feto vive inerte en el líquido amniótico, escuchando únicamente el sonido de los latidos del corazón de la madre. El líquido amniótico tiene un color blanco lechoso y proporciona la temperatura ambiental adecuada para el embrión. El feto vive en ese líquido de forma espontánea, respirando por branquias como los peces; pero entonces, de pronto, un día es expulsado de su jardín del Edén.

—¿Expulsado?

—Sí, es extraído del útero para salir al mundo exterior. Nosotros, los adultos, nos referimos a ese momento llamándole nacimiento o parto, pero para el feto se trata de una salida forzada a un mundo desconocido, aterrador, donde debe aprender a respirar en el aire en lugar de bajo el agua. Esta es la primera experiencia que los humanos tenemos con la muerte y el renacimiento. Así pues, el primer llanto que surge de la boca de un recién nacido no es un grito de alegría por haber llegado al mundo, como siempre hemos imaginado; se trata más bien de un chillido de miedo.

—Es la primera vez que oigo una teoría así.

—Estoy seguro de eso. En cualquier caso, el miedo que experimenta un bebé cuando deja el útero resulta extremo y queda grabado de forma indeleble en lo más profundo del corazón. Ese miedo nunca llega a extinguirse. Incluso cuando la persona es ya adulta, sigue formando parte de su mente consciente. Ese miedo guarda relación con el temor a la muerte, y al propio tiempo también se transfiere a un profundo anhelo por regresar al estado fetal, por volver a vivir en el seno del líquido amniótico. El masoquismo sería sólo una deformación de esa ansia por regresar al útero.

—¿Es una idea sacada de Freud?

—¡Oh, no! —Tono le dirigió una tímida mirada, pero seguidamente añadió con cierto matiz de orgullo—. Es mi teoría personal.

—Entonces, ¿qué me dice del sadismo?

Tono se disponía a iniciar una nueva disertación cuando se abrió la puerta y Kurimoto asomó la cabeza para anunciar que era hora de empezar. Suguro dio las gracias a Tono, salió al pasillo y subió los peldaños que conducían al escenario.

Cuando se acercó al estrado, la batería de focos se concentró sin piedad en su cuerpo. Desde el atril, saludó con la cabeza al público que se agolpaba en la sala. Dos tercios de la audiencia que ocupaba los asientos en ligera pendiente del auditorio eran, como Kurimoto había dicho, amas de casa, mujeres jóvenes y estudiantes, pero no reconoció ningún rostro; lo único que sabía era que los reunidos estaban inspeccionándole minuciosamente.

Fingió colocar bien el micrófono mientras intentaba tranquilizarse. Se consideraba bastante habituado a las conferencias públicas, pero si estropeaba la entrada no habría esperanza de enderezar la charla. Inspiró profundamente, atrayendo hacia sí la atención de los oyentes, y, poco a poco, se lanzó a una explicación de sus propias obras.

Todo estaba saliendo bien.

No era nada patente a simple vista, pero percibía a través de su cuerpo una respuesta positiva por parte del público. Había empezado a notar una sensación táctil del tipo de charla que aquellas amas de casa y mujeres jóvenes y estudiantes esperaban de él. De hecho, era probable que la mayoría de sus admiradores ya tuviera una idea aproximada de lo que diría antes incluso de llegar al auditorio.

Mientras establecía el ritmo adecuado para sus observaciones, los asistentes empezaron a reaccionar con interés y a asentir con la cabeza. Por fin logró relajarse, y al hacerlo empezó a distinguir rostros individuales en lo que antes era una mancha borrosa. Buscó a la señora Naruse.

—Una vez vino a verme un joven quejándose con amargura de ser un pésimo conversador; debido a ello, no era capaz de hacer amigos. Tiempo atrás, le habría recomendado un libro sobre el arte de la conversación o le habría sugerido algún otro método para mejorar su facilidad de palabra. Pero a estas alturas de mi vida, ahora que he llegado a la conclusión de que todo tiene su lado positivo, le diría a ese joven que aprovechara al máximo su dificultad para hablar. Y bien, ¿a qué me refiero con eso de aprovechar al máximo su tartamudez?

Suguro hizo una pausa y echó una ojeada general al auditorio abarrotado. Era fundamental detenerse a tomar aliento en aquel punto para provocar cierto efecto entre el público.

—Me refiero a que el joven debía convertirse en un buen oyente. Si no servía para conversar, lo único que debía hacer era mantener los ojos fijos en el rostro de su interlocutor y asentir con la cabeza. Así el interlocutor se sentiría a gusto. Tan a gusto como me están haciendo sentir ustedes ahora al prestarme atención mientras les hablo.

Una oleada de risas agitó la sala. Suguro, exaltado, dirigió la mirada hacia la puerta situada al fondo del pasillo central del auditorio. Entonces, de pronto, se puso a parpadear aceleradamente.

El hombre estaba allí. El rostro idéntico al de Suguro estaba apostado cerca de la puerta, contemplándolo con una sonrisa burlona. Era la misma experiencia que había tenido la noche de la entrega de premios.

—La virtud de ser un buen oyente... está contenida en el defecto de ser un mal orador. Y esto no se limita sólo al terreno de la conversación. Ninguno de los defectos que tenemos como seres humanos es absoluto. Cada debilidad contiene en sí misma

una fuerza. Incluso el pecado lleva en su interior ciertas virtudes. En el fondo de cada pecado que cometemos existe un ansia humana por renacer. Esto es lo que me he repetido a lo largo de los años mientras escribía mis novelas.

Notó un escalofrío y volvió a parpadear. Sin embargo, esta vez, el hombre no se desvaneció como en la ocasión anterior. La sonrisa despectiva. Una sonrisa que se burlaba de él. Aquella sonrisa obscena... Sí, era la expresión que reflejaba el retrato de la exposición.

La atmósfera del auditorio, hasta entonces amistosa, se derrumbó de improviso. Las cuerdas armoniosas que había pulsado se vieron interrumpidas por unos sonidos convulsivos y discordantes. Suguro perdió el hilo de lo que estaba diciendo, además de la compostura. Acababa de decir que el pecado no era un sinsentido en la vida de la persona, que tenía un significado en el proceso de la salvación. Sin embargo, de pronto, no tenía la menor idea de cómo desarrollar tal idea y, abrumado por la confusión, enmudeció. Cuanto más se esforzaba en recuperar la serenidad, más colapsado se sentía; en sus oídos resonaban las palabras que Tono había pronunciado en la salita de espera: «Todo el mundo desea volver al útero materno, o a la oscuridad o al silencio o a la ausencia de sentimientos. Es el deseo de repudiar el autoperfeccionamiento y sumergirse por completo en el olvido...».

Ante sus ojos se formó un torbellino como un velo rojo; el torbellino giraba cada vez más deprisa y Suguro se sentía absorbido hacia su centro.

—Lo más importante es escribir sobre la humanidad. —Su voz recitó las palabras como si se tratara de un diálogo aprendido de memoria—. Éste es el primer propósito de un escritor. Sondar en los límites más extremos de la humanidad: éste es, en mi opinión, su deber último. Ese objetivo y ese deber no cambian, se trate de un escritor izquierdista o de un cristiano ineficaz como yo. Al menos, jamás he tratado de idealizar la humanidad de mis personajes por acomodarlos a mi religión. Me he asomado a cosas horribles en toda su fealdad...

El hombre se incorporó lentamente de su asiento. Se puso en pie con la mirada vuelta hacia Suguro, salió al pasillo, y de nuevo se volvió hacia el orador. Sus movimientos y ademanes dejaban brutalmente en evidencia que sólo sentía desprecio y desagrado por los comentarios de Suguro.

Al llegar a la puerta, el hombre se detuvo, y de nuevo apareció en su rostro la sonrisa burlona.

Eres un mentiroso, un desgraciado... Suguro casi pudo escuchar la voz del hombre insultándole. ¿De veras crees haberte asomado al lado feo y desagradable de la humanidad? Lo único que has hecho es poner por escrito tus frases cobardes para mantener la imagen que los lectores tienen de ti. Es el mismo trato que has venido dando a tu esposa.

Eso no es verdad. A mi manera, he tratado de sumergir las manos en los rincones

más oscuros e inmundos de la experiencia humana.

Muy bien, te concederé que has escrito sobre pecados que conducen a la salvación. Como han hecho todos vuestros idolatrados escritores cristianos. En cambio, has evitado escribir sobre el otro reino.

¿Qué otro reino?

El reino del mal. Pecado y maldad son cosas distintas. Y lo que has dejado de lado en tus obras es la maldad.

Durante el largo silencio de Suguro, algunos asistentes habían empezado a cuchichear entre ellos. Suguro notaba el sudor que le caía por la frente. Escuchó las pisadas de Kurimoto, quien corrió a su lado inmediatamente.

—¿Sucede algo?

El hombre había desaparecido como si le hubieran eliminado con una goma de borrar. El sudor le goteaba a Suguro sobre los párpados.

—Mis más sentidas excusas. Suguro sensei se ha indispuerto repentinamente y por el momento tenemos que cancelar su conferencia. —Kurimoto se disculpó ante los asistentes por el micrófono del atril—. Sin embargo, la sesión proseguirá inmediatamente con la charla del profesor Tono. Les rogamos por tanto que permanezcan en sus asientos.

Un tibio aplauso resonó a la espalda de Suguro mientras éste desaparecía por uno de los laterales del estrado.

—¿Quiere que llame a un médico?

—No. Lo siento mucho. Sólo deseo que me deje descansar un rato en la salita de espera.

Todavía le dolía la cabeza y notaba el sudor que le recorría la espalda y le bañaba la frente.

Tono, que esperaba junto a la entrada del escenario, cogió a Suguro por la muñeca y le tomó el pulso.

—El pulso es normal —murmuró—. Probablemente se trata de un exceso de nervios.

Tendido en el sofá de la sala de espera, Suguro se aflojó la corbata, se desabrochó varios botones de la camisa y se acomodó. Cuando cerró los ojos, reapareció el rostro que había observado en el repleto auditorio. Muy bien, te concedo que has escrito sobre pecados que conducen a la salvación... ¿Por qué habían resonado en su mente aquellas palabras inesperadas? ¿Cómo había sido capaz de distinguir su cínica sonrisa desde el atril del estrado, tan lejos del pasillo donde estaba el hombre? Así pues, se había tratado de una fantasía. O tal vez no: ¿Sería el impostor? ¿Acaso habría acudido a la conferencia? Muy probablemente, la conmoción de ver un rostro que se parecía tanto al suyo le habría provocado una alucinación auditiva.

Intentó convencerse de que había sido una alucinación. No había otro modo de

explicar que ocurriera un fenómeno tan extraordinario e ilógico en la vida de un hombre de sesenta y cinco años.

*A medio camino del viaje de la vida
me encontré sumido en las sombras del bosque,
pues había perdido el buen camino.*

El pasaje inicial de *La divina comedia*, que había leído muchos años atrás. La única diferencia entre su protagonista y él eran sus respectivas edades; él ya había entrado definitivamente en el final del otoño de su vida. Y allí había perdido el camino y ahora vagaba por un bosque oscuro, con el crujido de las hojas caídas bajo sus pies...

Despertó al escuchar unos golpes en la puerta. Inspiró profundamente, como si acabara de salir del fondo del mar.

—¿Qué tal se siente?

¿Cuánto tiempo había transcurrido? Tono, terminada la conferencia, asomaba la cabeza por la puerta.

—Me encuentro bien, gracias. Tengo que levantarme ahora mismo.

Se apresuró a incorporarse. Cuando extendió el brazo para tomar la chaqueta que se había quitado, se notó ligeramente mareado, aunque no parecía nada importante.

—Es probable que haya sido un episodio de anemia cerebral. —Tono estudió las facciones de Suguro y comentó con su voz chillona—: ¿Está seguro de que no se siente agotado?

—Creo que debe ser eso.

—¿Le apetece probar un estimulante? —Sacó el frasco de whisky del maletín y lo sostuvo en alto, pero Suguro lo rechazó con un gesto.

—Será mejor que vuelva a casa.

—Kurimoto bajará dentro de un minuto, espérele aquí. Está buscando un coche.

Suguro permaneció sentado e inmóvil durante unos momentos.

—No querría abusar de su amabilidad, pero ¿podría hacerle una pregunta? Tal vez sea ésta mi única oportunidad de hablar con un psicólogo.

—Sí, desde luego... Pregúnteme lo que usted quiera. ¿De qué se trata?

—¿Sabe de alguien que haya afirmado ver a otra persona que tiene su mismo aspecto?

—¿Que tiene su mismo aspecto...? A eso se le llama *doppelgänger* o doble fantasma. No es nada frecuente, pero se han presentado dos o tres informes sobre tal fenómeno en diversos congresos médicos. Un paciente que sufría de timpanitis cayó en un estado neurótico y empezó a experimentar alucinaciones auditivas. Se veía a sí mismo tendido en el suelo ante sus ojos. Era su propio cadáver caído ante él, según

creo. Afirmaba recordar con claridad que el cadáver iba vestido exactamente como él, incluso la ropa interior.

—¿Presentan siempre neurosis los pacientes que ven esos *doppelgänger*?

—Por lo general, así es. Parecen ir acompañados de períodos bastante prolongados de insomnio, temperatura corporal anormal, agnosia de la imagen del cuerpo y pérdida de facultades mentales... Pero, ¿por qué le interesa este tipo de cosas?

—Bueno, yo sólo..., sólo pensaba utilizar estas experiencias en una novela.

—¡Ya entiendo! —Tono no mostró la menor suspicacia—. Si es para una novela, me parece recordar que Dostoyevski escribió algo parecido.

—Ese estado de *doppelgänger*, ¿se produce alguna vez en mentes que no sufren neurosis?

—Así parece. Según la información de que se dispone, una maestra de escuela primaria de la prefectura de Iwate pasó por una experiencia de *doppelgänger* sin que presentara ninguno de los demás síntomas subjetivos. Como consecuencia de ello, fue despedida del trabajo en tres ocasiones distintas.

—¿Cuándo sucedió todo esto?

—En el período Taisho. Lo extraño es que no era ella quien veía al doble fantasma, sino las niñas de la clase. Mientras estaban reunidas con la maestra en la sala de costura aprendiendo labores, miraban por la ventana al exterior y allí veían a alguien con el mismo aspecto que la mujer, paseando por el jardín de flores. Toda la clase observó la aparición.

—¿Es cierto? —Suguro notó que las rodillas le temblaban ligeramente. Un desasosiego inexplicable, mezclado con el miedo, le atenazaba las entrañas—. ¿No era una hermana gemela de la mujer o algún tipo de trama delictiva para...?

—Según parece, no se trataba de nada semejante. —Tono ladeó la cabeza—. Ahí está lo extraño del asunto. Los psicólogos tienen varias teorías para explicarlo, pero ninguna de ellas cuenta con pruebas determinadas a su favor.

Tono, desconocedor de las razones que se ocultaban tras las preguntas, se llevó el frasco de whisky a la boca con una de sus manazas.

—¿No cree que podría usar esa historia en una novela?

—Parece bastante adecuada.

—Una característica de este fenómeno *doppelgänger* es que parece producirse sobre todo de noche.

—En conclusión, ¿usted diría que tal experiencia es producto de las alucinaciones del paciente?

Suguro quería que Tono la definiera como una alucinación. En su fuero interno, había algo que le hacía recelar de aquel psicólogo que ni por un momento dudaba de que el caótico nadir del corazón humano pudiera explicarse con los términos más

precisos. Sin embargo, en aquel instante Suguro deseó escuchar las palabras «sí, es una alucinación» de la boca de Tono, y poder así agarrarse a ellas.

Pero Tono ladeó la cabeza con gesto cándido:

—Me gustaría poder decir que lo es, pero a juzgar por el caso de la maestra de Iwate, no puede catalogarse como una alucinación que sólo ve el paciente.

Volvió a su estudio, hundió la cabeza entre los brazos sobre el escritorio y reflexionó sobre cada uno de los comentarios de Tono. De las especulaciones de éste cabía extraer una conclusión. La figura que había visto desde el atril podía haber sido una alucinación. Si no lo era, se trataba de una burda intriga perpetrada por el impostor. Tenía que ser una u otra de esas opciones. Si era una alucinación, ¿sería producto de una depresión leve provocada por su edad avanzada? Suguro trató de convencerse de ello, recordando las ocasiones en que en el pasado su estado físico se había deteriorado cada vez que terminaba una obra importante. Sin embargo, tal pensamiento le llenó de insoportable tristeza.

Sonó el teléfono. Su cuerpo dio un brinco de sorpresa. Escuchó el timbre unos instantes, e inmediatamente decidió acudir al salón.

—Lo siento. ¿Dormía?

La voz de la mujer, con su cortés tono de disculpa, le llegaba sobre un fondo de animadas voces.

—¿Quién es?

—Soy la señora Naruse. He estado en la conferencia que ha dado usted hoy. Cuando se indispuso a la mitad... —parecía buscar las palabras apropiadas—. Lamento molestarle.

—No, no, en absoluto... Soy yo quien lamenta la escena que he organizado. —Suguro no quería que ella colgara—. ¿Dónde está usted?

—En la estación de Harajuku. Uno de los niños del hospital va a ser intervenido pronto... Tiene que hacerse las pruebas hoy. Tendrá miedo si no estoy con él... Se tranquilizará con sólo verme a su lado.

Suguro recordó la carta y se sintió desconcertado. Aquella mujer, tan preocupada por un niño que iba a pasar por un quirófano, en otro momento podía convertirse en una personificación de la crueldad... Su mente de escritor se puso en funcionamiento y anheló asomarse a sus secretos, a sus rincones más oscuros.

—¿Podría llegarme a Harajuku para verla? Me gustaría hablar con usted de la carta...

—Las pruebas empiezan dentro de media hora. Le prometí a Shige-chan, el niño, que estaría allí sin falta.

La notó impaciente. Sólo parecía tener espacio en su mente para Shige-chan.

—He visto la película.

Kobari sacó inesperadamente a colación el tema mientras escuchaba el chapoteo del agua caliente que la doncella hacía correr en la bañera. Antes, mientras tomaba unas copas con Motoko en una calleja de Shinjuku, había querido preguntarle por la cinta de vídeo pero se había contenido. Cuando ya estuvieron bastante a tono, Kobari dejó que las cosas siguieran su cauce hasta que se encontraron a la entrada del hotel. Como si lo hubieran acordado de antemano, Motoko no puso ninguna objeción.

Sobre la mesa lacada, bastante estropeada, encontraron un termo blanco y una bandeja con galletitas de mermelada de soja envueltas en celofán. Los envoltorios llevaban un sugestivo verso que empezaba: «El sabor de las galletitas en la boca de las parejitas...». Al otro lado de la puerta corredera se veía el borde de un cubrecama de futon rojo.

—He visto la película... La del Château Rouge.

Pensó que palidecería, pero Motoko se limitó a decir, «¿Ah, sí?», al tiempo que aplastaba el cigarrillo en el cenicero con gesto lánguido. Kobari se preguntó si sería retrasada mental; quizá era un poco corta de luces.

—¿Estuvo Suguro sensei en la fiesta de ese vídeo?

—¿Que si estuvo...? No me acuerdo muy bien.

—Entonces, ¿qué me dices de la otra mujer?

—¿Qué otra mujer?

—Suguro sensei me habló de ella —fingió Kobari—. Vamos a ver, ¿cómo se llama...? Esa señora tan elegante de ojos grandes...

—¡Ah!, la señora N.

—Exacto. Señora N. ¿Por qué sólo «N»?

—Porque la llamamos así —respondió Motoko sencillamente—. Sí, ella estuvo. Al fin y al cabo, es mi pareja.

—¿Tu pareja? Así que las dos sois lesbianas, ¿no es eso?

Motoko acunó la taza de té entre sus manos y tomó un sorbo lentamente.

—Lo sois, ¿verdad?

—No entiendes nada —dijo ella con pesar—. Tienes que colocar a todo el mundo en tus infantiles categorías de homosexuales y lesbianas.

—En la película gozabas recibiendo cera líquida en el pelo y dejándote estrangular. ¿A tu pareja también le van esas cosas?

—No le disgustan. Al principio no era así, pero le enseñé poco a poco. Al final empezó a interesarse por sí misma y me enseñó y contó cosas.

—¿Qué cosas?

Motoko apuró su taza de té y entrecerró los ojos como si fuera extremadamente miope, al tiempo que miraba a Kobari. Bajo la luz mortecina del fluorescente, su rostro vulgar se hizo de pronto extrañamente seductor, hermoso en su expresión

bobalicona, y Kobari notó sorprendido que despertaba su deseo.

—¿Has oído hablar alguna vez de una aristócrata húngara llamada Bátholy?

—¿Quién diablos es?

—La señora N lo sabe todo de ella. También lee el francés y el inglés. Esa tal marquesa de Bátholy vivió en el siglo XVI, y cuando murió su esposo se dedicó a llevarse muchachas de sus tierras al castillo o a su casa de Viena, donde las torturaba hasta la muerte. Se dice que mató a seiscientas.

—¿Qué tiene que ver esa historia?

—A veces, la señora N y yo hemos fingido que éramos la marquesa. O mejor dicho, que ella era la marquesa y yo una de sus víctimas. —Motoko cerró los ojos aún más, como si recordara el placer de aquellos encuentros—. También me ha contado que en un viaje por Europa había ido a buscar los restos de la mansión de la marquesa en Viena. Cuando la encontró, estaba convertida en una tienda de discos. Ponían música del estilo de Andy Williams, y los jóvenes clientes acudían allí sin tener la menor idea de dónde estaban. Dijo que le había parecido intolerable y que se había sentido furiosa...

—¿Por qué iba a sentirse así? —Kobari parecía desconcertado—. Resulta extraño que se pusiera furiosa.

—¿Extraño? Toda esa gente escuchando música empalagosa sin tener idea de que tres siglos atrás llenaban el lugar los gritos de esas mujeres mientras las torturaban y mataban... La señora N dijo que eran unos hipócritas. Unos tipos falsos que cerraban los ojos a las profundidades más oscuras del corazón humano e intentaban ignorarlas.

—Eso es ridículo. —Kobari se llevó a la boca una de las galletas—. Es realmente retorcido.

—No comprendes nada.

—Gracias por el cumplido.

—La señora N suele decir que dentro del corazón de la gente hay magma. ¿Sabes qué es magma?

—No soy idiota del todo. Es el fuego del centro de la tierra.

—Exacto. El magma no se ve en la superficie, pero puede surgir de pronto. Todas las personas llevan un magma en su interior cuando nacen. Está en cada niño.

—¿Qué tratas de decirme?

—Incluso los niños se divierten arrancándoles las alas o las patas a los insectos. En la actualidad, hasta los chicos de enseñanza primaria son capaces de atacar en grupo a un compañero indefenso. Y darle una paliza. Y lo hacen... porque es divertido. Porque llevan magma en sus corazones. —Tomó un poco más de té y continuó—: Cuando el magma surge en forma de sexo, aparece como sadismo o como masoquismo..., aunque la diferencia entre ambos no es importante. La señora N y yo somos como dos torbellinos que colisionan, emitiendo una gran columna de

espuma, resonando como el batir de un tambor, y luego son arrastrados más y más hacia abajo, hacia el fondo del mar. Es como un pozo insondable. No puedo decirte cuántas veces he querido morir en ese momento. De verdad, he deseado morir en mitad de ese éxtasis.

Con una vaga sensación de repulsión, Kobari contempló los labios entreabiertos de Motoko. Aquélla era la expresión, el rostro que había visto en la cinta de vídeo, el cabello salpicado de cera y la lengua agitándose como una oruga. Aquella mujer estaba loca.

—Cuando eso sucede, desaparece por completo el sentido común. No puedo controlarme aunque lo intente.

—¡Ya basta!

Kobari sacudió a Motoko por los hombros, convencido de que había empezado a desvariar. Su boca vibraba como un pececillo.

—¡No entiendes nada! ¡No comprendes! Las dos olas chocan, la espuma salta...

Kobari abofeteó instintivamente a la mujer con la palma de la mano. El seco bofetón resonó en la estancia. Al moverse, Kobari se golpeó la rodilla contra la mesa, volcando las tazas y derramando el té encima de la mesa.

—¡Pégame! ¡Pegante otra vez! —gritó Motoko delirante, febril—. ¡Pégame otra vez!

—¡Basta! ¡Basta!

Kobari descargó otro golpe. Una sensación de entumecimiento le recorrió el brazo llenándole de un intenso placer que hasta entonces nunca había experimentado. Cogió a Motoko por los hombros y la sacudió de nuevo. Ella se movió adelante y atrás como una muñeca indefensa y cayó al suelo de espaldas. La falda se le levantó dejando al descubierto los muslos cubiertos por las medias. Tenía unas piernas cortas y rechonchas.

—¡Muy bien! Si tanto te gusta que te peguen, voy a sacudirte hasta que revientes.

—¡Sí!

—¡Te voy a moler a palos! —gritó él—. ¡Te voy a convertir en un ser humano de verdad!

Seis

Al aproximarse el aterrizaje, el avión efectuó un suave descenso hacia la superficie del mar, que relucía como una alfombra de agujas. La esposa de Suguro se volvió hacia su marido.

—¿Cuántos años han pasado desde que fuimos juntos de vacaciones por última vez?

—Eso mismo me pregunto yo. Supongo que la última vez fue cuando te llevé a Jerusalén mientras estaba escribiendo mi *Vida de Cristo*.

Mientras la azafata empezaba a recorrer el pasillo para comprobar que los cinturones de seguridad estuvieran abrochados, pudieron echar un vistazo a las islas y las barcas de pesca en el puerto. Pronto notaron un suave contacto, y la pista del aeropuerto apareció en las ventanillas a ambos costados del aparato.

Mientras se desabrochaba el cinturón, Suguro explicó orgulloso a su esposa:

—Primero iremos de Isahaya a Obama. Desde allí seguiremos a Kuchinotsu y Kazusa.

El taxi que cogieron en el aeropuerto avanzó un buen trecho bordeando la luminosa bahía de Omura. Suguro recordó una a una las montañas que se alzaban difusas a lo lejos y reconoció cada bloque de casas que dejaron atrás. La nostalgia le atenazaba y hubiera querido preguntarle a cada piedra cómo le había ido durante los muchos años transcurridos. Veinte años antes, había recorrido aquella ruta en un sentido y en otro más veces de las que podía contar, imaginando las escenas y esbozando los planes para la novela que finalmente había logrado terminar. En esa época aún no había cumplido los cincuenta, le inspiraba el fervor del novelista y le invadía el entusiasmo de lanzarse a toda velocidad por aquella calle sin mirar una sola vez a los lados. Ahora, mientras contemplaba la carretera que se abría ante ellos, encajonada entre las viejas casas de techos bajos y muros de piedra junto a las tupidas arboledas de alcanforeros, casi pudo verse como era entonces, un hombre poseído por una pasión informe.

—Hace veinte años —murmuró a su esposa—. Pero la calle y las casas no han cambiado lo más mínimo.

—La naturaleza es asombrosa. Nada cambia —corroboró su esposa.

—Tienes razón. Somos nosotros quienes hemos envejecido. Nos hemos desviado.

Mientras pronunciaba esta última palabra, se dio cuenta de que tenía otro sentido que no había previsto.

No le había contado a su mujer que había visto en la conferencia a un hombre que se parecía a él como dos gotas de agua. Tampoco había mencionado su repentina indisposición, ni su cena con la señora Naruse. Todos ellos eran incidentes que no era preciso relatarle, experiencias que no debía contarle. Desde su boda, Suguro siempre

había mantenido en silencio cualquier episodio que pudiera perturbar el orden que habían establecido entre ellos. Tal vez esta reticencia era semejante a la de un padre que nunca consigue reunir el valor suficiente para explicar a su hija los hechos de la vida.

Había decidido llevarla con él a Nagasaki de vacaciones, no tanto porque hubiera prometido hacerlo como por el miedo que había invadido su corazón. Las experiencias que le habían acosado durante el invierno estaban incrementando progresivamente su estado de nerviosismo y ansiedad. Para escapar de ellas, había decidido que quería estar a solas con su esposa y pasar unos días con ella en algún tranquilo paraje rural.

Hacía un calor considerable para ser invierno y, al cruzar Isahaya, las laderas del Unzen aparecieron recortadas contra el cielo despejado como si fuera una masa de nubes.

—Ahí está el Unzen —indicó en tono jovial a su esposa, señalando el mapa que tenía abierto sobre las rodillas—. Hace trescientos años, los cristianos eran arrojados a las aguas hirvientes de la boca de ese volcán.

—¿Todavía se puede ver el lugar donde lo hacían?

—Lo llaman el valle del Infierno, pero actualmente está invadido por los turistas y los grupos escolares.

Notó una cálida satisfacción que irradiaba de su interior y se extendía por todo su cuerpo. Unos esposos que se acercaban al final de sus vidas gozaban ahora de tres días y dos noches de compañía ininterrumpida. Pero en este viaje existía un elemento que no había estado presente en su luna de miel: un profundo sentido de unidad y confianza que sólo podía ser compartido por aquellos que hubieran pasado juntos por grandes pruebas y dificultades. Suguro se alegró, con renovada satisfacción, de haber escogido a aquella mujer como compañera de su vida.

Tras rodear la base del Unzen, llegaron al pueblo balneario de Obama, con sus fuentes termales. A sus pies se extendían las aguas de la bahía mientras unas nubes blancas de vapor de agua formaban tenues volutas sobre las calles de la población.

—Los cristianos eran obligados a caminar desde aquí hasta la cima de la montaña. Así los conducían al valle del Infierno.

—En esa época, esto debía ser una aldea desolada.

Desde Obama siguieron la costa por una estrecha carretera. Veinte años antes, cuando Suguro había estado allí por primera vez, la carretera estaba aún sin asfaltar. Los coches que transitaban por ella levantaban grandes polvaredas, y el taxi que le conducía había tenido que esperar pacientemente en el arcén a que terminara de pasar el tráfico que venía en dirección contraria.

—Eso de ahí es la isla Dango y, detrás, esa otra que parece dormir acostada sobre las aguas es Amakusa.

—¿Esa es Amakusa?

—Sí. Este puerto es el lugar donde los misioneros cristianos venidos de Portugal y de España desembarcaron hace tres siglos, después de un viaje de dos años. La vista debe ser idéntica a la que encontraron a su llegada.

Mientras hablaba, Suguro revivió con calor las mismas emociones que habían bullido en su interior veinte años atrás. Experimentó un nuevo resurgir de las ideas e imágenes que lentamente habían ido cobrando forma mientras recorría aquellas tierras.

Se apearon del taxi y acudieron a contemplar una tumba cristiana que había sido descubierta entre los árboles plantados al borde del mar como protección del viento. La tumba parecía una losa gris abandonada, y las únicas marcas reconocibles que había grabadas en ella eran una cruz y algunas letras en latín.

—Aquí, en Kazusa, fue donde se empleó por primera vez una imprenta en Japón. Durante el período Tensho, un famoso grupo de jóvenes emisarios viajó a Roma y tuvo una audiencia con el papa. En el viaje de regreso hicieron una escala en Goa y adquirieron una imprenta que trajeron al Japón. Aquí fue donde se imprimieron los primeros libros religiosos y algunos de los clásicos de la literatura japonesa.

La esposa de Suguro le escuchó con atención, más por complacer a su entusiasmado esposo que por el contenido de sus comentarios.

—Se levantaron seminarios en Kazusa, en la vecina población de Kuchinotsu y en Arie. Los estudiantes aprendían latín y portugués, y también recibían lecciones de órgano, clavicordio y pintura. Ningún libro de historia del Japón menciona el hecho, pero precisamente aquí, donde ahora estamos, fue donde los japoneses supieron por primera vez de la existencia de Occidente.

Suguro recordó que no lejos de allí había una hermosa playa. Veinte años atrás, cuando se cansaba de caminar, se tendía en aquella playa ambarina y caía dormido contemplando el suave ir y venir de las olas. En esa época, Suguro estaba en lo mejor de su vida y su cuerpo aún conservaba energías.

Después de comer dentro del mismo taxi en un restaurante con servicio para automovilistas, dejaron al taxista en el pueblo y dieron juntos un paseo por la playa.

—Aquí es donde descansaba algunas veces y me dormía mirando al mar.

—El agua está limpísima. Se puede ver cómo se mecen las algas.

—¿Ves eso de ahí, que sobresale como un promontorio? Es el castillo de Hara, donde tuvo lugar la rebelión de Shimbara. Fueron masacrados treinta mil hombres y mujeres.

La palabra «masacrados» le dejó un sabor amargo en la boca. Aquella excursión con su esposa era un viaje para experimentar la vida, no para hundirse en las tinieblas. Eran unas vacaciones para escapar del mundo de la señora Naruse y de Itoi Motoko.

—Mira qué bonita es esa concha.

Tendido en la arena, vio acercarse a su esposa para enseñarle el caparazón de molusco que acababa de recoger al borde del agua. Sobre la blanca palma de su mano, la concha rosa parecía un simple adorno.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Sí, desde luego... Hace mucho tiempo que no hacíamos una escapada como ésta. Ojalá hubieran podido venir con nosotros Tatsunosuke y Masako.

—Cuando contemplo este océano, me doy cuenta de lo afortunados que hemos sido viviendo tantos años. Primero fue la guerra, y luego los años de penalidades después de la derrota. Sin embargo, hemos logrado sobrevivir con esfuerzo hasta este punto de nuestras vidas...

—Yo siempre doy gracias por ello cuando voy a misa. Cuando muera, creo que podré agradecerle a Dios la vida que me ha concedido.

Pese a todos los pesares, Suguro no quería mostrar a su esposa ese otro mundo. El mundo del pelo salpicado de cera, de la lengua agitándose como una oruga en la boca entreabierta de Motoko mientras las manos de los hombres se cerraban en torno a su garganta... De las llamas abatiéndose sobre las cabañas, de los gritos de mujeres y niños, de la matanza de treinta mil hombres, mujeres y niños en el castillo de Hara, no muy lejos de donde se encontraban.

—Las cosas son tan buenas para ti... —murmuró, dejando escapar un suspiro—. Te envidio.

—¿Por qué?

—Porque tú..., al no ser escritora..., no tienes que asomarte a una serie de cosas de las que es mejor permanecer al margen.

La sensación de tener a su esposa muy cerca de él se transformó gradualmente en un sentimiento de seguridad idéntico al que sentía siendo niño cuando dormía junto a su madre. Entonces, ¿por qué le acosaban los deseos de intentar abandonar aquel remanso de paz? El deseo de ver la humanidad. El ansia por conocer todo lo posible sobre el animal humano. Por ver el fondo mismo del pozo. Llevaba más de treinta años escribiendo, y ahora tales deseos se habían convertido en algo parecido a un instinto.

Las olas batían la arena, suaves y cadenciosas, y luego se retiraban. Mientras escuchaba su constante rumor, su mente evocó una serie de imágenes, como fotografías sucesivas. Aquel día de otoño después de su compromiso, cuando habían paseado por las planicies de Yamato. La época en que habían comprado su primera casa en Komaba. La presencia de su esposa para cuidarle durante su larga convalecencia en el hospital, cada día, sin faltar uno solo. La sonrisa que había encontrado en su rostro todavía embotado, al despertar de la anestesia. Ahora, sentada allí junto a su silencioso esposo, tampoco decía nada. Tal vez por su cabeza pasaban

idénticos recuerdos mientras escuchaba el suave murmullo de las olas.

—Mañana es domingo. Vayamos juntos a la iglesia —propuso ella de improviso—. Siempre he querido asistir a misa aquí, donde transcurren tus novelas.

—¿Por qué?

—Bueno —sonrió ella—, es el único modo de que pueda ser parte de tus novelas. Nunca hay en tu obra un lugar en el que pudiera figurar yo.

Tenía razón. Desde el principio de su matrimonio, él le había pedido que estableciera una separación clara entre su vocación y la vida de familia. Ella nunca debería decir una palabra sobre su obra. Y nunca debería entrometerse en el contenido de sus novelas. Era a la vez una petición y una expresión del cuidado y previsión característicos de Suguro.

—Hace mucho tiempo que no voy a misa. —Suguro pronunció la frase apresuradamente y apartó la mirada de su esposa. Luego, pensó para sí: «No es que no haya ido, es que no he podido»—. Conozco una capilla muy tranquila en las afueras de Nagasaki. ¿Por qué no vamos hasta allí mañana? Llamaré desde el hotel para saber el horario de misas.

Se sacudió enérgicamente la arena de los pantalones para indicar el término de la conversación.

Durante la misa, Suguro y su esposa escucharon en varias ocasiones el canto de un gallo estúpido en el exterior de la capilla bañada por el sol. Al igual que los campesinos de la aldea, el gallo estaba al cuidado del sacerdote extranjero de la parroquia. Al otro lado de la ventana, un enorme alcanforero extendía sus ramas nudosas entre las que se filtraban los rayos del sol. Unos niños pequeños correteaban por los pasillos detrás de la pareja, con sus madres tostadas por el sol apresurándose tras ellos. Un bebé rompió a llorar y la madre intentó calmarlo. La mayor parte de los fieles congregados para la misa eran gente de los pueblos que se ganaban la vida entre el cultivo de la tierra y la pesca.

La noche anterior, en su hotel de Nagasaki, Suguro había recordado su visita a aquel pueblecito marinero unos años antes, y le había hablado de ello a su mujer.

—La iglesia de ladrillo es maravillosa. Hace años, el pueblo estaba habitado por cristianos *kakure*^[1] y todavía hoy más de la mitad de la población sigue siendo cristiana. El hombre que evangelizó esta zona fue el famoso padre De Rotz. Toda la comunidad trabajó y ahorró dinero; cocieron sus propios ladrillos y erigieron piedra a piedra la iglesia para rezar en ella.

La mujer estaba cautivada por el relato.

—Entonces, ¿te gustaría ir? Está a tres cuartos de hora en coche.

Cogieron un taxi desde el hotel a las ocho de la mañana siguiente. A lo largo del recorrido cruzaron dos pequeños túneles, y cuando avistaron la ensenada próxima al pueblo, se alegraron de haber acudido. El mar, con el sol reflejándose en él, les

recibió con su movimiento cálido y amistoso. Apenas hubieron llegado, un estudiante de instituto hizo sonar la campana de la capilla de ladrillo, en lo alto de la colina. Muchas familias subían en fila india por la ladera hacia la iglesia, como un desfile de hormigas.

Se apearon del taxi y se unieron a la procesión. Al entrar en el recinto de la capilla, un misionero extranjero de pelo blanco, a quien Suguro recordaba de su viaje para recoger datos, tan lejano ya en el tiempo, daba la bienvenida a los feligreses. Al recibirles, bromeaba con los niños que se arremolinaban en torno suyo y dirigía palabras cordiales a las madres. Cuando vio a Suguro, pareció recordarle y dijo, en tono burlón:

—Los asientos reservados están en el centro.

El sacerdote había oficiado en aquella iglesia durante cuarenta años y sus ojos radiantes no parecían apreciar el lado oscuro de la humanidad que Suguro percibía, sino sólo el cálido mar, el alcanforero con sus ramas abiertas y los traviesos chiquillos que se agarraban a sus piernas.

Al empezar la misa, el sacerdote extranjero no pronunció el sermón, sino que leyó un pasaje de los Evangelios con los fieles en pie. Aquella parecía ser la costumbre de cada domingo en la capilla, y los asistentes, con sus afilados pómulos tostados por el sol, repetían a coro las palabras de su párroco.

—«Venid a mí los que trabajáis y pasáis penalidades, y yo os daré descanso».

En el exterior de la capilla, el apagado canto del gallo rompió el silencio una vez más.

—«Porque yo soy manso y limpio de corazón... Tomad mi yugo y aprended de mí, y encontraréis reposo en vuestras almas».

Suguro y su esposa se unieron a los demás para repetir:

—«... encontraréis reposo en vuestras almas».

Estas palabras fueron seguidas inmediatamente, en la cabeza de Suguro, por un pasaje de la *Divina Comedia*: A medio camino en el viaje de la vida... me encontré sumido en las sombras del bosque... pues había perdido el buen camino...

—«Bienaventurados los mansos».

El ritmo de la voz del anciano sacerdote era tan torpe como el canto del gallo. He perdido mi camino... y he terminado vagando por un bosque sombrío.

—«Bienaventurados los mansos».

Las voces de los fieles se mezclaban con los llantos infantiles y el sorber de mocos.

—«Bienaventurados los que lloran, porque hallarán consuelo».

—«Bienaventurados los que lloran, porque hallarán consuelo».

Cuando terminó la misa, Suguro y su esposa, rodeados de niños, se abrieron paso hasta el exterior y subieron de nuevo al taxi. El anciano sacerdote dio unos golpes en

la ventanilla y dijo:

—Por favor, vengan a visitarnos otra vez.

El automóvil avanzó junto al mar sereno, radiante, y la esposa de Suguro suspiró:

—¡Qué vida tan maravillosa la de esa gente!

—Hum...

Me encontré sumido en las sombras del bosque... porque había perdido el buen camino... Suguro volvió la vista atrás. La capilla y el gran alcanforero del jardín parecían hacerse más y más pequeños. ¿Qué edad debe tener ya el sacerdote? Yo tengo sesenta y cinco, de modo que él debe tener cinco o seis más. ¿Cuánto tiempo de vida le queda? Cuando muera, será enterrado al pie de ese alcanforero y desde allí mirará el mar, contemplará el deambular de los erizos y escuchará el canto de los gallos. En aquel lugar no podía encontrarse el menor rastro del mundo de la señora Naruse y de Motoko.

El viaje sólo había durado tres días, pero a Suguro le parecía que había estado ausente del estudio mucho tiempo. Cuando llegaron al aeropuerto de Haneda y vieron el cielo invernal gris plomizo y el humo que se alzaba de las chimeneas de las fábricas, se sintió como si le hubieran conducido de nuevo al dominio inmundo de la humanidad.

Una abundante correspondencia le aguardaba sobre el escritorio. Se mudó de ropa y fue abriendo los sobres con unas tijeras. Su esposa le miraba en silencio con una sonrisa de gratitud por el viaje.

—Te lo agradezco mucho.

—¿Lo has pasado bien?

—Desde luego. Voy a darme prisa y escribir a Tatsunosuke para contárselo todo.

—Tenemos que hacer salidas como ésta una vez al año, por lo menos —sugirió él consideradamente.

Una sonrisa como un estallido de sol iluminó el rostro de su esposa. Suguro separó la correspondencia y dejó a un lado los ejemplares de cortesía de revistas y libros; después abrió uno de los periódicos atrasados. Japón había permanecido en calma durante los tres días anteriores; no aparecía un solo incidente importante en la primera página ni en la sección de sociedad. Echó un vistazo a la crítica mensual de artes y a la columna de crítica de libros. Luego, pensando en escribir algunas notas de agradecimiento por varios libros que le habían enviado, preguntó a su esposa:

—¿Te importaría traer las postales de las tallas en madera de boj que compramos en Kyushu? Tengo que escribir unas notas de agradecimiento.

La mujer estaba pelando un caqui delante del televisor; por encima de sus hombros, la pantalla parpadeaba, como anémica. El rostro cuadrado del maduro presentador de las noticias de mediodía ocupaba la imagen.

—«El cuerpo de una joven suicida ha sido encontrado hoy en Shinjuku... Cuando

el administrador del piso, el señor Shimizu Mitsuo, abrió la puerta del mismo...».

—¿Esas postales las compramos en el hotel?

—No. Fue en esa calle..., calle Boza, o algo así. En una tienda de recuerdos.

—«La joven víctima es una pintora llamada Itoi Motoko... Tenía una soga en torno al cuello y la policía ha determinado que utilizó la pata de una mesa para llevar a cabo el suicidio. En su carpeta de apuntes se ha encontrado lo que parece ser una nota de la suicida. Según la policía...».

—¿Te apetece un caqui?

Suguro se puso en pie y dio unos pasos hacia la puerta del apartamento. Las descripciones de la carta de la señora Naruse no eran mentiras ni exageraciones.

—¿Qué sucede?

Al escuchar la voz alarmada de su esposa detrás de él, Suguro recobró el dominio de sí mismo. Respondió a la mirada de asombro de la mujer con otra mirada calculada para producir la seguridad de que no sucedía nada extraño. El resplandor del mar entre las ramas del alcanforero: éste era todo el mundo que deseaba que su esposa conociera.

—Voy a comprar unos sobres —mintió—. He decidido que una postal es demasiado informal.

Suguro salió del edificio, entró en una cabina telefónica y empezó a marcar un número. No sabía si la encontraría en el hospital, pero era preciso que intentara contactar con ella. La llamada pasó a la unidad de pediatría, pero allí le dijeron que la señora Naruse no había acudido aquel día.

—Pero la encontrará mañana por la mañana. Uno de los niños que están a su cuidado va a ser intervenido. —La enfermera, con una voz juvenil que parecía de una estudiante de instituto, le ofreció aquellas informaciones cortés y voluntariamente.

Suguro bajó del ascensor aproximadamente a las once de la mañana siguiente, saliendo a la planta donde iba a efectuarse la intervención. En unas sillas, junto a la pared, dos mujeres permanecían sentadas y encogidas como monjas. Una era la madre del niño que estaban operando; la otra era la señora Naruse, con un aire tan abatido que el escritor casi no la reconoció. Se acercó hasta él cuando le vio.

—¿Qué diablos está haciendo aquí?

—¿Ha empezado ya la intervención?

—Hace casi tres horas. El cirujano jefe es un médico de la unidad cardiaca de Keio, y estoy segura de que lo hará bien, pero todo está tan silencioso que me pone nerviosa.

—¿Es una operación difícil?

—Sí. Tiene un tumor en un vaso cerca del corazón. Las operaciones en esa zona son muy delicadas y peligrosas. Y cuando pienso en el dolor que debe causarle...

Cerró los ojos. Cuando sus párpados bajaron, Suguro observó en el rostro de la mujer unas visibles sombras que hasta entonces no había advertido. Entonces recordó, como si fuera la primera vez, lo mayor que era la señora Naruse en realidad.

—Yo he sufrido operaciones importantes, y durante ellas no tuve la menor idea de lo que sucedía. Estuve dormido seis horas, pero apenas me parecieron cinco minutos.

—Sí, la cabeza me dice que no puede notar ningún dolor mientras está bajo la anestesia..., pero cuando pienso en el bisturí cortando su cuerpecito, y en cómo le abren el pecho y brota la sangre...

La mujer volvió a cerrar los ojos apesadumbrada. Sus labios siguieron moviéndose levemente, como los de una monja en misa.

—¿Está rezando? —preguntó Suguro, incrédulo.

—Sí, no puedo evitar rezar. Soy idiota, ¿verdad? Ni siquiera es hijo mío. — Luego, como si se le acabara de ocurrir, añadió—: Pero, ¿cómo ha sabido que hoy estaría aquí?

—Ayer llamé al departamento de enfermeras.

—¡Oh...!

Suguro empezó a hablar de la muerte de Motoko, pero se tragó a tiempo sus palabras. La mujer que tenía ante él no era la misma persona con la que había charlado en el restaurante chino. Mientras trabajaba como voluntaria, era una mujer distinta que derramaba su afecto maternal sobre un frágil chiquillo.

Se sentó junto a las dos mujeres, pero la madre del niño no dijo una palabra. Su atención no estaba fija en Suguro sino en la puerta del quirófano. Únicamente la luz roja sobre aquella puerta tenía vida para ella; el pasillo estaba envuelto en el silencio.

Las dos mujeres permanecieron con los ojos cerrados. Los labios de la señora Naruse continuaron moviéndose, pero Suguro no oyó las palabras de su oración. Aquella mujer había utilizado escenas de niños encerrados en cabañas con sus madres y quemados hasta la muerte como estímulo erótico en su matrimonio. Entonces, ¿a quién le estaba rezando? Suguro notó que la visión empezaba a hacerse borrosa mientras contemplaba su rostro.

—Tengo que irme.

Se levantó de la silla sin hacer ruido.

La señora Naruse abrió los ojos y asintió con un leve gesto de cabeza.

Había oscurecido antes del crepúsculo, tal vez debido a la contaminación y la niebla. Las tardes como aquélla eran tristes y solitarias incluso en las callejuelas del Kabukicho; el único sonido era la lastimera llamada del vendedor de boniatos asados. Las luces de neón parecían borrosas y la manta que cubría las rodillas de la muchacha estaba húmeda. Ishiguro Hiña echó un vistazo al pequeño calentador metálico que se había colocado entre las piernas y lo graduó. En aquel momento, alguien se detuvo

delante de ella.

—¿Quiere que le haga un dibujo al carboncillo o una acuarela? —preguntó con voz cansada, contemplando el borde de la gabardina del nuevo cliente y las punteras de sus gastados zapatos.

—¿Es aquí donde le hicisteis el retrato a Suguro?

La muchacha alzó la vista. El periodista que había conocido la noche en que la expulsaron de la recepción estaba mirándola con gesto desdeñoso y las manos hundidas en los bolsillos.

—¿Y eso qué importa?

—No me vengas con tus respuestas. No he venido a buscar información, así que no te preocupes.

—Si no quieres que te retrate, ¿te importaría ponerte en otro sitio? Estoy aquí para trabajar.

—Está bien. En ese caso, hazme un retrato a carboncillo.

Hiña, sin una palabra, deslizó el carboncillo sobre la lámina de dibujo. Kobari la miró fijamente.

—Escúchame un minuto. Ahora te creo, sé que conociste a Suguro en Shinjuku. De veras que te creo.

—Estáte callado. No puedo dibujarte bien se te mueves.

—He estado investigándole desde que hablé contigo. Y he averiguado muchas cosas.

—Eso no tiene nada que ver conmigo.

—Entonces, dime sólo dos cosas. ¿Qué relación había entre Motoko y Suguro? Además hay una mujer mayor que tenía una relación muy estrecha con Motoko. ¿Es amiga de Suguro esa mujer?

Los dedos que sostenían el lápiz dejaron de moverse. Kobari continuó con sus preguntas, pero Hiña mantuvo un obstinado silencio.

Frustrado, Kobari echó un vistazo al retrato a medio terminar y frunció el entrecejo.

—¡Es horroroso!

—¿Por qué?

—Ese rostro tiene una expresión de malicia. Yo no soy así de repulsivo.

Hiña contempló la expresión hosca de Kobari y soltó una risita.

—Si sólo quieres un retrato superficial, haz el favor de ir a otro pintor callejero. Para nosotras, un retrato significa dibujar a la persona como realmente es.

—¿Y realmente soy así?

—Las personas nunca conocen su verdadero aspecto. Todo el mundo cree que esa máscara social falsa y afectada que luce es su auténtico rostro.

Se quitó la manta de las piernas y se incorporó. El calentador que tenía entre ellas

cayó al suelo.

—Pero esto es demasiado horrible —replicó Kobari—. Ahora que lo mencionas, había un retrato de Suguro en vuestra exposición, ¿verdad? Creo recordar que era su viva imagen. Había algo odioso y sombrío en su rostro. El retrato lo captaba perfectamente.

—¿Estuviste en la exposición? —La expresión de Hiña se dulcificó por primera vez.

—Claro que estuve —asintió Kobari—. Tú no estabas, pero... Cuando llegué, vi a Suguro hablando con esa mujer mayor en una cafetería, justo enfrente de la galería de arte. Ésa es la mujer a quien me refería, la que es muy amiga de Motoko. Claro que Motoko ha muerto...

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Que Motoko ha muerto? Viene en todos los periódicos.

—Motoko murió tal como deseaba, estoy segura de que debe ser feliz. Pero, ¿cómo has sabido lo de la señora N?

Kobari pensó que sería mejor ser sincero con la mujer. Cuando terminó su explicación, Hiña seguía poco convencida.

—¿Por qué te desagradaba tanto el señor Suguro?

—¿Por qué? En realidad no lo sé —respondió Kobari medio en broma—. Me parece el compendio de todos los pseudoliteratos en Japón. Los hombres de cultura actuales tienen algo que infunde desconfianza. Cuando escucho sus declaraciones grandilocuentes y pomposas, no puedo evitar la sensación de que todos ellos son unos farsantes.

—Todo el mundo es igual. Tu también —se burló Hiña—. Has descubierto una imagen de ti mismo en el señor Suguro y le odias por ello.

—Eres perversa —replicó Kobari despectivamente—. Tal vez tengas razón, pero yo no soy como él. Soy el pobre que tienes delante, mientras que él vive cómodamente presumiendo de sus miles de lectores, respetado como gran escritor y diciendo cosas aparentemente sinceras con esa expresión cándida en el rostro...

—Estás celoso de él.

—Claro que lo estoy. Pero lo que le hace diferente de los demás escritores es su condición de cristiano. Incluso conozco a alguien que se ha hecho cristiano gracias a las obras de Suguro. Es así de hábil.

—¿Y entonces?

—Pues lleva una vida completamente diferente a todo lo que escribe y predica. Y creo que es el deber de todo periodista poner el asunto en conocimiento del público.

—¿Y tú eres un auténtico campeón de la virtud, no? Así que hoy día, para un periodista, la verdad y la justicia consisten en cerrar los ojos a los defectos propios y ponerse a juzgar a los demás, ¿no es eso?

Kobari no hizo caso de sus sarcásticas palabras.

—Lo cierto es que en la exposición había un gran cuadro titulado «El reino de lo repulsivo», ¿no se llamaba así? Aparecía en él un montón de hombres y mujeres desnudos, además de serpientes, sapos y mantis religiosas... Todavía tengo ese cuadro en la cabeza.

—¿De veras? Lo he pintado yo. —Hiña parecía complacida, y su rostro sonriente adoptó un inesperado aire de inocencia infantil—. ¿Comprendes qué entiendo por una estética de la fealdad? Eso es lo que nuestro grupo quiere promover: una glorificación estética de lo feo. Los pintores ortodoxos dividen el mundo en temas hermosos y temas feos. Hacen una distinción entre los objetos que son material adecuado para sus obras y los objetos feos que no lo son. En cambio, nosotras creemos que existe belleza en todo lo feo y que el propósito del arte es poner de manifiesto este tipo de belleza, ¿me entiendes?

—Pero todo eso no son más que las teorías que Suguro os expuso en Shinjuku, ¿verdad? En cualquier caso, tienes razón en algo: en ese retrato de Suguro no había un ápice de belleza. Captaba realmente la esencia de su doble personalidad.

—¿Ese cuadro? No lo pinté yo. Fue Motoko.

En las palabras de Hiña había un cierto recelo que Kobari decidió pasar por alto.

—Es la cara típica de un esquizofrénico. Tengo entendido que la forma y la disposición de los ojos en los esquizofrénicos presentan sutiles diferencias respecto a la gente normal. Ese hombre tiene una personalidad distinta dentro de sí y tal vez no lo sepa ni siquiera él mismo. Hace tiempo hicieron un programa en televisión sobre esto. ¿Lo viste?

—No. —Molesta porque Kobari no había mostrado el menor interés por sus tesis sobre la estética de la fealdad, Hiña dio los últimos toques al retrato del periodista—. Nadie podría afirmar que no hay algo de horrible en tu rostro.

—Ese programa de televisión trataba de una mujer de clase alta que acudió a la consulta de un psiquiatra quejándose de dolores de cabeza y otros problemas físicos. El médico la interrogó a lo largo de varias visitas y de pronto, un día, sin el menor aviso previo, la paciente se convirtió en una mujer absolutamente distinta ante los ojos del médico. Su cuerpo y su rostro no cambiaron, por supuesto, pero una mujer que se había mostrado serena y refinada hasta entonces, adoptó de pronto una expresión perversa, ruda y soez, al tiempo que soltaba una risotada chillona. Se había transformado en una persona totalmente distinta. El doctor se quedó asombrado, pero poco después la mujer volvió a su comportamiento normal como si despertara de un sueño, y sin el menor recuerdo de haberse transformado en aquella otra mujer.

El relato había captado el interés de Hiña, que lo escuchaba con gran atención.

—Y entonces, ¿qué?

—Dentro de ella vivía otra mujer. Otra mujer con una personalidad

completamente distinta. En eso consiste la esquizofrenia.

—Ya sé. Yo... entiendo muy bien cómo se sentía.

—¿Por qué no vamos a tomar una copa?

—¿Dónde?

—A un bar de Golden Avenue.

—Quieres sacarme más información, ¿no es eso? Pues no voy a decirte nada más. Tengo que irme.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta la mentalidad periodística. ¿Qué te parece eso?

—¡Bah! —Kobari se daba cuenta de que poca información más podría ofrecerle la mujer.

—Serán dos mil yenes.

Kobari gruñó al escuchar el precio al tiempo que le tendía dos billetes. Enrolló la lámina, la guardó y se alejó.

En la barra del bar de Golden Avenue, delante de un vaso de sake barato con una rodaja de limón flotando en su superficie, Kobari reflexionó sobre lo que Hiña acababa de decirle. Ahora ya tenía suficiente para escribir un reportaje. Pensó en el periodista cuyos artículos habían derribado al primer ministro japonés. La bomba que se disponía a hacer estallar no tenía la misma capacidad explosiva, pero sería suficiente para sobresaltar a los literatos y a sus lectores. Y sería una ocasión magnífica para hacer famoso en el mundo del periodismo el apellido Kobari. Entonces le empezaría a llover ofertas. Y conseguiría el dinero suficiente para romper con su actual amante. Una fantasía le llevó a la siguiente y, ebrio, se sintió feliz como nunca.

*

Todavía eufórico, Kobari llamó un taxi.

—A Nakano —indicó al conductor; pero pronto cambió de idea—. No, lléveme a Yoyogi.

No había ninguna razón para pensar que Suguro pudiera estar en el hotel, pero si acudía allí a preguntar tal vez podría conseguir información sobre la orgía sonsacando a alguno de los empleados.

—Esta niebla no es normal, ¿verdad? —dijo el conductor con tono sombrío, al tiempo que reducía la marcha—. Tendré que ir por las calles principales, señor. Si me meto por una calle estrecha, no veremos nada ante nuestras propias narices y eso no es prudente.

—De acuerdo.

Se apeó delante del hotel y se abrió paso entre las volutas de niebla como si

tuviera que apartarlas para avanzar. Animado por su natural decisión, cruzó rápidamente la entrada, cuyas luces quedaban difuminadas por la niebla. En el mostrador de recepción, un joven con gafas y vestido con un uniforme negro de etiqueta tecleaba nerviosamente en una máquina de escribir.

—No quiero habitación. Creo que tienen aquí un huésped llamado señor Suguro.

En respuesta a su mentira, el empleado fingió repasar el registro de huéspedes.

—Me temo que no tenemos registrado a nadie con ese nombre.

—Es extraño. He oído que esta noche iba a celebrarse una fiesta aquí.

—¿Qué fiesta, señor? —El joven respondió con expresión sombría; evidentemente, había sido preparado para eventualidades como aquélla.

—La del señor Suguro. Por eso yo...

—No tengo noticia de ninguna fiesta para ese señor Suguro —insistió el joven, mirando inquisitivamente a Kobari—. Perdóneme, señor, pero este local es sólo para socios.

—Entonces, no hay ninguna fiesta, ¿no es eso?

—No sé que haya ninguna esta noche.

—¿Pero a veces celebran fiestas sólo para socios?

—En realidad, lo ignoro, señor.

Kobari apretó los labios en una sonrisa de desdén y se alejó del mostrador. Después, con gesto lento y pausado, echó un vistazo al pequeño vestíbulo y al bar situado al fondo, antes de salir de nuevo a la calle. Cuando estuvo en la acera, vio detenerse un taxi ante el hotel. Entre la niebla, el tipo que descendía del vehículo parecía una sombra chinesca a cámara lenta. La sombra echó a andar en dirección a Kobari y pasó delante de él.

Fue como si el periodista hubiera recibido un mazazo en la cabeza.

Era Suguro. Pero no el Suguro que había visto en la entrega de premios, ni el que había vomitado sus mensajes cargados de moralina en el auditorio de conferencias y en televisión. Era el Suguro cuyo rostro había reflejado Motoko en su retrato. Al pasar junto a Kobari sin reparar en su presencia, su silueta rezumaba arrogancia, astucia y libertinaje. Continuó hacia el hotel, pero de pronto pareció cambiar de idea y siguió avanzando por la amplia calle hacia Shinjuku.

Me ha visto. Está prevenido.

Se sintió más optimista. Por fin había captado la verdadera naturaleza de aquel hombre. Notaba la emoción del cazador que observa a su presa caída en la trampa. Kobari se congratuló de la densa niebla. Suguro no podría saber que le estaba siguiendo.

Pero sus cálculos no eran acertados; aunque Suguro no le hubiera reconocido, Kobari se daba cuenta también de que corría el riesgo de perder de vista a su presa. Apresuró el paso, aun a sabiendas de que podía despertar sospechas si se acercaba

demasiado. La silueta envuelta en la niebla que le precedía recorrió un trecho de la calle principal, y de pronto se desvió por una bocacalle a la derecha. Cuando Kobari dobló la esquina, Suguro había desaparecido, como si se hubiera esfumado. Kobari olvidó sus temores a ser descubierto y corrió apresuradamente hasta lo alto de la cuesta, mirando a derecha e izquierda. ¿Dónde estaba? ¿Dónde se había ocultado? No se oía el menor ruido, el menor movimiento. En la parte alta de la cuesta, la niebla había envuelto las casas a ambos lados de la calle. La humedad que impregnaba los postes del telégrafo y sus propias ropas resultaba espectral. Le asaltó la inquietante sensación de que los ojos le engañaban sugiriendo que Suguro había desaparecido, simplemente. Continuó su avance entre el velo de niebla hasta el pie de la cuesta, inspeccionando cada portal a lo largo de la masa lechosa que se abría y cerraba a su alrededor. Prestó especial atención detrás de los postes de telégrafo mientras regresaba apresuradamente a la calle principal.

En ese preciso instante, escuchó a sus espaldas una voz en la niebla. Parecía reírse, burlarse de su confusión. Cuando Kobari se volvió, vio la sombra de un hombre en mitad de la cuesta, mirándole. El individuo se echó a reír de nuevo en tono insolente. El sonido resultaba opresivo. Entonces la risa se convirtió en un prolongado sollozo y el hombre echó a andar de nuevo cuesta arriba, cojeando de una pierna, hasta ser engullido por la niebla.

El teléfono estaba sonando. Y continuó haciéndolo incansable, incesantemente.

Suguro abrió la puerta del estudio y entró. Cuando escuchó el teléfono, su cuerpo se puso en tensión. Era una noche de niebla densa y contaminación, y cuando Suguro regresó de un recado, llevaba el abrigo cubierto de rocío aunque no hizo el menor gesto para sacudirlo.

Sólo oír el aparato supo de quién era la llamada. Aunque cogiera el auricular, sabía que su comunicante mantendría silencio sin pronunciar jamás una sola palabra.

El teléfono seguía sonando. Y continuó haciéndolo incansable, incesantemente.

Por alguna razón, le vino a la mente un parlamento de *El rey Lear* que recientemente había releído.

*No os burléis de mí, os lo ruego:
soy un viejo estúpido e ignorante,
ochenta años y más, ni una hora más o menos;
y para ser sincero,
creo que no estoy del todo en mis cabales.*

«No te burles de mí, te lo ruego», pidió al autor de la llamada. Cesó el sonido del

aparato.

Con los hombros subiendo y bajando acompasadamente al respirar, Suguro se despojó de su chaqueta mojada pero notó los brazos y las piernas muy cansados. Ya le había dicho a su esposa que se quedaría a dormir en el estudio; así pues, aliviado de haberse ahorrado el largo trayecto hasta su casa del barrio residencial, se dejó caer en el sofá y cerró los ojos tratando de sondear en las causas profundas de su fatiga. Era muy consciente de que había envejecido rápidamente desde la noche de la entrega de premios a principios de invierno. Notaba que la senectud y la muerte se aproximaban lentamente y tenía una clara percepción de lo que ambas cosas significaban.

Se sentía tan cansado que se llevó la mano a la frente. La tenía caliente. Tal vez no era conveniente que un organismo que había sido operado de pulmón saliera a pasear bajo la niebla. Llegar hasta la cama le pareció un enorme esfuerzo, por lo que se acostó en el sofá, cerró los ojos y cayó dormido.

Tuvo un sueño.

Iba caminando solo entre la niebla. No tenía una idea clara de por qué había salido bajo la niebla en una noche como aquélla. Le recordaba sus paseos entre la bruma durante el invierno cuando estudiaba en Lyon. Muchas veces, en esa época, estimulado todavía después de ver alguna película u obra de teatro, había llegado a abrir literalmente un camino entre la niebla para volver a su piso. Entonces era joven y lleno de esperanzas, convencido de que estaba abriéndose camino en la vida por sí mismo. En cambio ahora, mientras avanzaba a tientas entre una bruma inusitadamente densa para Tokio, ni siquiera sabía en qué dirección caminaba. Creció su nerviosismo, pues no sabía hacia dónde dirigirse si decidía volver a su casa. Poco a poco, el nerviosismo fue impidiéndole respirar.

En medio de su trepidación escuchó unos pasos que se acercaban por detrás. Le estaban siguiendo. Las pisadas debían ser del doctor que se mecía en la silla chirriante y que venía a informarle de los resultados de las pruebas, o de aquel periodista independiente. El primero provocaba cada mes la inquietud de Suguro sobre su salud física; el segundo trastornaba su mente. En cualquier caso, los pasos, llenos de rencor, seguían su rastro con tenacidad.

Al acelerar la marcha, las pisadas se hicieron más rápidas. Suguro recordó un desvío un poco más adelante, y confiado en la espesa niebla dobló rápidamente por la bocacalle y echó a correr cuesta arriba. Se ocultó en el portal de una casa. Escuchó unas pisadas arrastrándose al pie de la cuesta hasta detenerse finalmente ante el portal donde se había refugiado. Notó unos ojos que escrutaban la niebla. ¿Habría escuchado su respiración el perseguidor, o tal vez trataba de atraerle a una trampa?

«Tienes cáncer de hígado. Por mucho que quieras correr, en tu estado jamás podrás escapar. ¡Voy a hacer público cómo eres realmente!», gritó la voz. Pero

finalmente el hombre pareció darse por vencido y se alejó cuesta abajo.

Suguro sintió un escalofrío y se dio cuenta de que le corría el sudor por la espalda. «No os burléis de mí, os lo ruego»: dirigió las palabras, como una oración, hacia lo alto de la cuesta. «Sesenta y pico, ni una hora más ni menos». No quiero morir en una oscuridad más intensa que ésta. Quiero dar alguna respuesta a mi vida.

En ese preciso instante advirtió una débil luz que empezaba a parpadear entre la bruma. No emanaba de las difusas lámparas de las casas, sino que su origen parecía estar en algún lugar en lo alto de la cuesta, emitiendo su resplandor como en respuesta a su oración. Brillaba entre la niebla estancada y se concentraba sobre él como un foco. Tuvo la clara impresión de que alguna fuerza volitiva intentaba apoderarse de él, pero no pudo apreciar en dicha fuerza malicia o animosidad alguna; de hecho, en el momento en que su cuerpo quedó envuelto en aquella luz suave pero intensa, percibió con todos sus sentidos una paz indescriptible. La sensación superaba con mucho el reposo que había logrado sentándose a solas en la mesa de su estudio. Ya nada le refrenaba. Las pesadas cargas que abrumaban su mente habían desaparecido. Se sentía liberado en un campo abierto donde podía respirar el aire fresco. ¡Ah!, esto es la muerte. Suguro estaba sumergido en un inmenso mar de alegría y se preguntaba si aquél era el auténtico rostro de la muerte. Le asombraba descubrir que la muerte tenía un aspecto absolutamente distinto a la forma horrible que siempre había temido. No había un asomo de amenaza o de condena en la luz que le envolvía con sus brazos. Era una encarnación de la ternura. «Venid a mí..., porque yo soy manso y humilde de corazón». Parecía la voz del viejo sacerdote, aunque era algo distinta.

Despertó. Era noche cerrada. Tras los párpados, la luz que había aparecido en su sueño seguía presente como una vivida imagen. Nunca había tenido un sueño igual. Mientras se incorporaba hasta quedar sentado en el sofá, se preguntó qué significaría. Hacía frío, pues no se había ocupado de conectar la estufa. Se trasladó al dormitorio y se acostó vestido, sin preocuparse siquiera de ponerse el pijama que su esposa le había preparado.

Hacerse viejo significa ver acercarse la muerte: ésa debía ser la razón de que experimentara aquel sueño. Ser perseguido por alguien entre la niebla debía de ser una manifestación de su temor a verse perseguido por la muerte. Pero, ¿y la luz? ¿Era acaso su deseo de como querría que fueran las cosas?

Se había acurrucado por completo bajo la manta pero todavía notaba un escalofrío que le helaba los huesos desde la base del espinazo. Lo único cierto era que algo había cambiado dentro de él desde aquella entrega de premios. En alguna parte, una mano intentaba hacerle aflojar el férreo control que mantenía sobre el mundo que había construido para sí. Esa mano parecía lanzarse a un mundo de pesadilla que

hasta entonces nunca había imaginado. Intentaba conducirlo a un mundo de mujeres de lenguas agitándose y de cabellos salpicados de cera.

¿Qué era aquella mano, aquel mundo que intentaba mostrarle? En sus novelas siempre había afirmado que ni uno solo de los hechos que suceden en la vida humana carecía de significado. Si tal opinión no estaba equivocada, ¿cuál era el sentido de aquella experiencia, y adónde le conducía? Se sentía como si estuviera vagando en la bruma, sin saber qué dirección tomar ni cómo hallar el camino de regreso.

Todavía aterido, cerró los ojos con fuerza y se esforzó en dormir. Quería experimentar de nuevo la dicha de la luz que había visto, sentirse envuelto en ella. En un estado de semiinconsciencia, advirtió que durante muchos años había confiado en sus conocimientos y capacidades mentales como novelista, pero que ahora, de pronto, se enfrentaba a algo que no podía asimilar en su mente, algo que continuaba expandiéndose a su alrededor. Ni siquiera sabía qué nombre poner a ese «algo»...

Cuando despertó de nuevo, le pareció que tenía fiebre y notó la boca seca y pegajosa. No tuvo fuerzas para levantarse y, ante el intenso dolor de cabeza, permaneció acostado e inmóvil durante toda la mañana.

Hacia las tres de la tarde sonó el timbre de la puerta. Decidió dejar que sonara, pero entonces escuchó una llave que se introducía en la cerradura y la voz del portero de la finca, preguntando:

—¿Hay alguien ahí?

—Sí. —Se incorporó, con la cabeza latiéndole todavía—. Estoy aquí.

—Ha venido Mit-chan.

—¿Mit-chan?

—La chica que venía a hacer la limpieza.

—Hágala entrar.

Volvió a dejarse caer en el sofá y cerró los ojos. La cabeza parecía darle vueltas sin control.

La puerta del dormitorio se abrió con un crujido y escuchó la voz gangosa de Mitsu.

—Sensei...

—Estoy terriblemente cansado. Anoche salí a pasear bajo la niebla y... creo que he pillado un resfriado.

—¿En qué puedo ayudarte? —dijo la muchacha mientras recogía la ropa y los calcetines que Suguro había esparcido por la estancia. Después le puso una mano en la frente—. Tienes fiebre. Llamaré a tu esposa.

—No. Si puedo descansar el resto del día, mañana estaré bien.

—Yo... he vuelto para devolver el dinero.

—¿Dinero?

Mitsu estaba físicamente más madura de lo que Suguro la recordaba y se sintió

deprimido al tenerla cerca. Era como si la inagotable vitalidad de la muchacha le resultara abrumadora a medida que sentía languidecer sus fuerzas físicas y mentales.

—El dinero que cogí prestado...

Suguro recordó la conversación con su esposa.

—¡Ah, ese dinero! —La cabeza le seguía doliendo a causa de la fiebre, y apartó la manta con los pies—. El dinero que le diste a tu amiga...

—Sí, pero... Soy una idiota.

—No tiene importancia.

—¿Qué puedo hacer por ti, sensei? ¿Quieres alguna cosa?

—Bueno, puedes empapar un trapo en agua fría y ponérmelo en la frente.

—Déjame llamar a tu esposa.

—No. Los días fríos le duelen las articulaciones y no quiero inquietarla.

Cuando le hubo traído la compresa fría, la muchacha le preguntó si tenía hambre.

—No. ¿Por qué no te vas a casa?

Ella le dirigió una mirada preocupada y luego respondió:

—Volveré después a ver cómo estás.

Suguro durmió y despertó varias veces. Seguía con escalofríos y dolor de cabeza; cuando se tomó la temperatura, estaba a 39 grados.

Por la tarde, acababa de decidirse a telefonar a su esposa cuando ella le llamó.

—¿Vendrás a casa esta noche?

—No, no puedo. Aún me queda mucho trabajo.

—¿Y la cena?

—La mesa redonda a la que tengo que asistir se celebra en un restaurante.

—Bien. Hoy me está molestando la artritis. Me duele bastante.

—Es este frío cortante. Cuídate.

Una vez más, había mentido a su esposa. Igual que no le había contado sus sueños ni sus conversaciones con la señora Naruse, tampoco le había hablado de su enfermedad. Consciente de que si había conseguido preservar durante tantos años su tranquila relación era gracias a la mentira, se sentía como si toda su vida se hubiese edificado sobre unos cimientos de falsedad.

Durmió un poco. Medio inconsciente, oyó abrirse la puerta del dormitorio y, abriendo ligeramente los ojos, vio la imagen borrosa, como un melocotón maduro, del rostro de Mitsu.

—Lamento haberte despertado, sensei.

—¿Eres tú?

—¿Todavía te encuentras mal?

En su voz había sincera preocupación. Así era Mitsu. Una muchacha que se inquietaba, sin saber qué hacer, cuando alguien experimentaba el más ligero malestar. Tal vez había algo de bobaliconería en ella, pero a Suguro siempre le había atraído

aquel tipo de personas. Incluso había escrito novelas con tales personajes como protagonistas.

—Estoy un poco mejor.

—¿Estás seguro de que no debo llamar a tu esposa?

—Sí, estoy seguro. He hablado con ella por teléfono hace un rato y está fatal de la artritis debido al frío.

Mitsu se acercó a él y le puso la mano en la frente.

—Todavía tienes fiebre.

Sus pechos, envueltos en un suéter barato, rozaron la cabeza de Suguro. El suéter tenía olor a humedad. Sin embargo, esta vez el escritor no se sintió alterado por las vibraciones que emanaban del cuerpo de la muchacha.

—Aún estás ardiendo, sensei.

—Pero me siento un poco mejor después de dormir.

—Te prepararé otra compresa fría.

Recogió el paño que se había escurrido junto a la almohada y se dirigió al baño. Suguro agradeció el frío contacto de los dedos de Mitsu en su rostro. No tenía ninguna hija, pero se preguntó si una hija le habría cuidado como lo estaba haciendo Mitsu. Al contrario que su esposa, sus movimientos eran pueriles y torpes; pero había en ellos una tremenda dedicación.

Después de ayudarle a acomodarse en la cama, Mitsu estuvo revolviendo un rato en la cocina y finalmente reapareció llevando una bandeja con un caldo de arroz en un bol de aluminio, una taza de té y unas ciruelas en salmuera.

—Cómelo todo.

—¿Lo has hecho tú?

—Sí. Aprendí en el hospital donde estaba el padre de mi amiga.

—¿Quién te enseñó?

—Una anciana que cuidaba de alguien allí. Pero no soy una buena cocinera.

No tenía apetito aunque no había tomado nada desde hacía casi veinticuatro horas. Sin embargo, se incorporó en la cama para no herir los sentimientos de Mitsu. El té y el caldo que tomó eran malísimos, pero en su sabor había algo de la dedicación de la muchacha.

—Gracias —consiguió decir después de obligarse a comer—. Estoy «a tope».

Utilizó una de las frases coloquiales que ella le había enseñado.

—¿De veras? —Mitsu sonrió, aceptando su agradecimiento en lo que valía.

—Has aprendido muchas cosas en el hospital, ¿verdad? ¿Has ido a menudo?

—Sólo de vez en cuando con mi amiga.

—¿Conoces a una señora llamada Naruse, que trabaja en ese hospital como voluntaria?

—No —Mitsu movió la cabeza—. ¿Qué es una voluntaria?

—Una persona que ayuda a los pacientes. Mi esposa está estudiando para serlo también. No son enfermeras profesionales.

—¿Es eso lo que hace esa señora?

—Sí, la señora Naruse es voluntaria en el hospital. Cuida de los niños enfermos.

—Sí, creo que quizá la he visto. Es una mujer bonita, ¿verdad?

—¿Bonita? Bueno...

Volvía a dolerle la cabeza y cerró los ojos. Mitsu cogió la bandeja y se retiró a la cocina.

Transcurrió otra larga noche; su sueño fue febril, y finalmente despertó bañado en sudor. Cuando se levantó en plena noche para cambiarse el pijama empapado, no se sentía muy firme pero advirtió que la temperatura había bajado un poco. Se secó el cuerpo con una toalla, se puso un pijama limpio y encendió casualmente las luces del salón. Allí encontró a Mitsu recostada en el sofá, dormida.

—¿Qué haces aquí? ¿No te has ido a casa?

Mitsu levantó los ojos hacia él con su habitual sonrisa. Su aspecto le pareció una mezcla de muchacha haciéndose la niña consentida ante un adulto y de mujer coqueteando seductora con un hombre. Dentro de Suguro se agitó el miedo, convenciéndole de mantener la sangre fría.

—Hay mantas en el armario. Y también tenemos almohadas, ¿sabes?

Ella no respondió. Suguro volvió a la cama. Frotándose las rodillas heladas como un insecto, le rindió de nuevo el sopor. En sus sueños, frotaba su desagradable mejilla contra la de Mitsu. Lo hacía movido por la esperanza de que con ello podría prolongar su consumida vida un par de años más.

Cuando despertó, Mitsu apretaba un paño mojado, frío, contra su frente.

—¿No te has vuelto a dormir? —preguntó, sorprendido.

—No podía... Pensé que sería mejor si te ponía esto.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Bueno, no pienses más en eso.

La muchacha le atendió toda la noche, hasta que el día clareó por la ventana. Suguro tuvo la certeza de que la muchacha, como el anciano sacerdote, tendría un lugar en el reino de Dios, que tan distante parecía ahora para él.

—Me alegro de que haya venido...

—¿Por qué?

En una de las cafeterías apretadas como cajas de cerillas en Golden Avenue, la mama-san saludó a Tono y le indicó con los ojos a otro de sus clientes. Tono se volvió en dirección al hombre, que estaba apoyado en la pared, durmiendo a pierna suelta bajo unos rótulos que anunciaban «tofu hervido» y «pescado frito».

—Desde que llegó ha estado preguntándome una y otra vez si Tono sensei

vendría esta noche. He insistido en que no lo sabía, pero ha dicho que esperaría aquí hasta que usted llegara.

—No sé quien es. —Tono ladeó la cabeza.

—Ha estado diciendo todo tipo de cosas extrañas. No deja de preguntar si es posible ser dos en una misma persona, o algo parecido.

Mientras la mujer hablaba, Kobari abrió los ojos como platos y, apoyado todavía en la pared, exclamó:

—¿Qué tiene de extraño? Yo lo he visto con mis propios ojos. Un Suguro absolutamente distinto.

—Va a pillar un resfriado —dijo Tono con voz chillona.

—Estoy bien... No soy ningún enclenque, ¿sabe? —Luchando todavía con la modorra, dejó escapar un bostezo—. Usted es Tono sensei, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Calle arriba, en el Cisne, me han dicho que venía por aquí muy a menudo. Estaba esperándole.

—¿Qué es lo que quiere? —Tono cogió los palillos y el plato que la mama-san le presentó.

—Agua —le pidió Kobari—. Tengo que despejarme. Este hombre de ahí es Tono sensei. Es un famoso psiquiatra.

—Ya lo sé. Es cliente habitual desde hace años.

Kobari apuró el vaso de agua y sacudió la cabeza dos o tres veces, tratando de librar su mente del cenagal de la borrachera.

—Sensei, no he dicho nada extraño.

—Estoy seguro de que no.

—¿Está seguro? ¿Seguro de qué? Eso es una falta de responsabilidad, sensei. Es usted tan malo como Suguro.

—¿Suguro?

—¿Ha leído algo de sus obras, de sus novelas?

—¡Ah!, ¿se refiere al escritor Suguro? Hace poco dimos una conferencia juntos.

—¿Qué opina de ese hombre? ¿No le parece que tiene una personalidad dividida?

—¿Personalidad dividida? —Tono torció los labios—. Eso es toda una acusación. ¿A qué se refiere?

—Sensei, ¿pueden existir dos personalidades totalmente separadas en una misma persona?

—Claro que es posible. Todo el mundo tiene un rostro que lleva en sociedad y otro que se reserva únicamente para él. Usted tampoco es diferente.

—No, yo no hablo de todos esos viejos tópicos. Cuando una persona posee dos personalidades que son radicalmente distintas una de otra, ustedes denominan a eso personalidad dual, ¿no es así? En el caso de Suguro, muestra su rostro bueno al

mundo mientras escribe sus libros, pero a escondidas participa en actividades escabrosas con mujeres. —Kobari colocó el vaso delante de la mama-san, pidiendo más agua—. He estado recogiendo pruebas concretas. Voy a arrancarle la máscara muy pronto... Pero me gustaría su opinión como experto.

—¿Opinión sobre qué? —Tono parecía molesto—. Arrancarle la máscara me parece muy extremista.

—Está engañando a muchos lectores. Un hombre que empuña la pluma tiene que ser responsable ante la sociedad. Después de todo, vivimos en una época en que incluso un primer ministro puede ser censurado por negligencia y destituido de su cargo. ¿Cuál es su opinión sobre la personalidad dividida de Suguro?

—Ignoro que el señor Suguro tenga una personalidad dividida. No tengo ninguna razón especial para pensar una cosa así.

—Entonces hábleme de las personalidades divididas en general.

—¿En general? Lo que sucede es que las personas no son ni mucho menos tan sencillas como pensamos. Existen muchas personas distintas viviendo en un mismo individuo. Cuando uno se dedica a mi profesión, poco a poco se da cuenta de ello. He tropezado con algunos casos extraños que alguien como usted no podría imaginarse ni por asomo.

—¿Casos extraños, dice usted?

—Hay algo que sucedió hace ya tiempo, cuando yo aún era joven. Un paciente sometido a hipnosis empezó de pronto a hablar en chino. Afirmó que en la vida anterior había sido mercader chino en Shanghai.

—Eso es ridículo.

—No, es verdad. En cualquier caso, su chino parecía auténtico aunque yo no puedo certificarlo. Sin embargo, mientras estaba en trance, el paciente me habló con gran detalle de su vida anterior.

—Eso fue sólo el producto de una imaginación desbordada, estoy convencido.

—Yo no lo aseguraría tanto. Ha habido muchos casos en otros países, y cuando se han examinado los detalles, ha resultado cierto todo cuanto esos pacientes habían dicho.

La mama-san dejó el cuchillo y permaneció pendiente de las palabras de Tono.

—En Roma, un ama de casa afirmó que había una sala subterránea procedente de los restos de una ciudad medieval bajo el lugar donde hoy se levanta la iglesia de María. Mientras estaba bajo hipnosis, describió con detalle esa sala. Varios años más tarde... —fíjese bien en lo que digo: varios años más tarde—, fue descubierta esta misma sala subterránea que ella había descrito, y exactamente en el lugar donde había afirmado que estaría.

—No me lo puedo creer —protestó Kobari, incorporándose en su asiento—. Debió tratarse de algún montaje para burlarse del doctor que la hipnotizó.

—No hubo montaje ni nada parecido —replicó Tono con una amplia sonrisa mientras daba un sorbo a su sake—. El informe del doctor es muy detallado.

—¿Puede suceder algo así? —intervino la mama-san con un suspiro—. Resulta bastante misterioso.

—Sensei, ¿es posible que una persona esté en dos lugares distintos simultáneamente? —Kobari planteó su insólita pregunta sin preámbulos.

—¿A qué viene esa pregunta?

—¿Puede una persona aparecer en dos sitios diferentes al mismo tiempo, exactamente? —repitió Kobari.

—¿Qué relación tiene eso con el señor Suguro?

—No..., es..., ¿qué opina usted?

—No puedo negar rotundamente tal posibilidad. Se trata de un fenómeno extremadamente raro, pero se han registrado casos. Hace poco estuve comentando el tema con una persona... Es un fenómeno conocido como *doppelgänger*; en el período Taisho, un grupo de alumnas de una escuela primaria de la prefectura de Iwate vio a su maestra en dos lugares distintos al mismo tiempo. Primero las trece estudiantes vieron a una mujer, imagen exacta de la maestra, de pie junto a ésta mientras escribía unas palabras en la pizarra. Después, mientras la maestra estaba en la sala de costura con las niñas, éstas vieron a su doble fantasma fuera de la estancia, paseando por el jardín... Todas las alumnas vieron el fenómeno sin la menor duda.

—Ya basta de estas historias de fantasmas, sensei —dijo la mama-san con un escalofrío—, o no podré salir al pasillo para ir al baño por la noche.

—Tal vez sea un hecho inexplicable, pero es cierto.

Tono pareció saborear la conmoción que había provocado con su relato y tomó otro sorbo de sake mientras estudiaba los dos rostros preocupados que tenía ante sí.

—¿Qué clase de interpretación hay para ese suceso?

—Bueno, eso no lo sabemos. El asunto queda fuera del ámbito de la psicología, pero en el psicoespiritualismo es denominado proyección astral. La única explicación que podemos dar como psicólogos es que las alumnas estaban bajo algún tipo de hipnosis colectiva. Pero tampoco hay pruebas definitivas que apoyen tal teoría.

—Eso es absurdo...

—Sí, lo es. Por lo que a mí respecta, después de mis años de dedicación a esta profesión, he llegado a la conclusión de que los seres humanos no pueden ser explicados en términos puramente lógicos, racionales. Los seres humanos son realmente extraños, llenos de contradicciones, con niveles tan profundos que no cabe la esperanza de llegar algún día a sondearlos todos... Son un misterio insoluble... Lo que acabo de contar puede parecer una historia fantástica, pero es cierto de principio a fin. Entre los seres humanos puede suceder cualquier cosa. Nosotros, los científicos, al final siempre llegamos a esta conclusión.

Kobari pasó el resto de la jornada intranquilo por la conversación; pero cuando despertó a la mañana siguiente, el cielo estaba tan claro y resplandeciente que empezó a preguntarse si Tono sensei no le habría embaucado. Llegó a la conclusión de que los episodios sobrenaturales que Tono había relatado eran sólo una broma pesada del sensei para burlarse de la mama-san y de él, o bien constituían fraudes muy bien urdidos en los que habían participado los médicos y testigos.

Después de todo un día de trabajo, se detuvo ante el hospital de Harajuku. El día en que había seguido a la mujer que Motoko había llamado «señora N», ésta se había detenido en aquel hospital para charlar amistosamente con otra mujer que tenía todo el aspecto de enfermera, y Kobari pensaba que podría encontrar alguna pista más en el hospital. A última hora de la tarde, los pasillos estaban casi desiertos.

—Perdone —preguntó en la sección de pacientes externos—. He olvidado cómo se llama, pero estoy buscando a una enfermera de este hospital. Es una mujer ya mayor, de unos cincuenta años.

Las tres enfermeras que atendían la sección dejaron de charlar y lo examinaron con aire suspicaz.

—Tiene los dientes salidos así. —Sin cambiar de expresión, abrió los labios y representó mímicamente lo que acababa de decir.

Estalló una carcajada y una de las enfermeras dijo:

—¡Ésa es la enfermera jefe de pediatría!

Le indicaron dónde se encontraba la unidad de enfermeras de pediatría. En el aire de un hospital se mezclan muchos olores. El aroma del desinfectante y el olor rancio del fregadero. Los olores corporales de los pacientes. Kobari era indiferente al olor a sufrimiento que invadía los corredores.

En la unidad de enfermeras, un médico garabateaba algo en una hoja de papel y una joven enfermera estaba atendiendo al teléfono. Vio a la señora N con un delantal, transportando el orinal de un paciente hacia la sala de eliminación de basuras. Era ella, sin la menor duda. En el orinal flotaba un líquido del color del té común.

La mujer no tardó en reaparecer en el pasillo y entró en una habitación al otro extremo del mismo. Kobari avanzó hasta detenerse ante la puerta de la habitación.

La puerta estaba abierta. El sol de la tarde bañaba el corredor. Kobari escuchó su voz sin poder verla. En la puerta, un letrero decía *Uchiyama Shigeru*.

—La estatua dorada del príncipe le pidió un favor a la golondrina —le oyó contar Kobari al otro lado de la cortina—. «En el otro extremo de esta ciudad vive una pobre mujer con un hijo pequeño. Se gana la vida haciendo bordados. El niño tiene fiebre y le suplica que le compre naranjas, pero ella no tiene suficiente dinero. ¿Quieres coger el rubí de la empuñadura de mi espada y dárselo?». La golondrina ya estaba preparando con sus amigas el viaje de vuelta a su cálido nido en tierras lejanas, pero

no pudo negarse a la petición del príncipe, y cogiendo el rubí de la empuñadura de la espada en su pico se lo llevó a la mujer. Con el dinero que sacó por su venta, el niño recobró la salud otra vez.

—¿Y qué sucedió luego? —La voz de un chiquillo pedía que continuara el cuento.

—Al día siguiente, cuando la golondrina fue a despedirse de la estatua, el príncipe le pidió que se quedara en la ciudad una noche más. «Vive aquí un pobre joven que trata de terminar una obra para representarla en los teatros, pero no tiene dinero para comprar leña con que calentar sus manos entumecidas por el frío. Por favor, entrégale a ese desafortunado joven uno de mis ojos. Están hechos de zafiros purísimos». La golondrina respondió que no podía hacer algo tan cruel, pero el príncipe insistió: «Golondrina, golondrina, pequeña golondrina, haz lo que te digo». Así pues, la golondrina cogió uno de los ojos del príncipe y lo llevó a la habitación del joven. Este, sin saber nada de lo que había sucedido, vendió el zafiro para comprar la leña y terminar su obra.

Al hilo del relato, se oía de vez en cuando la voz de un niño consentido haciendo preguntas e incitando a la narradora a continuar. La conversación que se producía entonces entre los dos impacientaba a Kobari.

—Al día siguiente, el príncipe pidió a la golondrina que se quedara una noche más. «Hay en la ciudad una pobre muchacha que vende cerillas. Haz el favor de llevarle el ojo que me queda». «Pero, príncipe, si te lo quito, no podrás ver nada», protestó la pequeña ave. Sin embargo, el príncipe insistió: «Golondrina, golondrina, pequeña golondrina, haz lo que te digo». Así pues, la golondrina cogió el otro ojo del príncipe y lo llevó a la cerillera. Gracias al regalo, la muchacha ya no tuvo que seguir vendiendo en las frías esquinas de las calles.

—¿Y qué le pasó a la golondrina?

—Aunque sus amigas ya estaban en los países cálidos, la golondrina se quedó en la ciudad. No podía abandonar al príncipe. Una noche hubo una terrible tormenta de nieve. Mientras caían los copos, la golondrina batía sus alas para combatir el frío. Pensaba que seguramente moriría. Con las fuerzas que le quedaban, se subió a los hombros de la estatua del príncipe y susurró: «Adiós, querido príncipe, adiós...».

Al llegar a aquel punto, la voz de la señora N se quebró por un instante, hasta que empezó a guiar las oraciones del niño.

—Shige-chan, repite conmigo: Padre celestial, ayúdame a ser un niño bueno.

—Padre celestial, ayúdame a ser un niño bueno.

—Padre celestial, por favor, sé bueno con todos los niños como yo. Y yo también seré bueno con ellos.

—Padre celestial, por favor, sé bueno con todos los niños como yo. Y yo también seré bueno con ellos.

—Padre celestial, ayúdame a dormir en paz esta noche.

Siete

La esposa de Suguro estaba ensayando un *nagauta* mientras tañía el samisen. Estaba tan absorta en la canción que ni siquiera advirtió la entrada de su esposo en la estancia. Suguro pensó que finalmente habían alcanzado en su matrimonio el grado de serenidad suficiente para permitir que la mujer pudiera dedicarse a aquel entretenimiento.

—¿Cómo se titula esa canción?

—*Yokobue* —respondió la mujer con desacostumbrado laconismo, y se puso a cantar:

*Las ropas de los lugareños tienen una fragancia
[embriagadora con el aroma de los capullos;
en el puerto de las Ciruelas soplan las brisas de la primavera.*

Inquieto, el escritor se dirigió a la ventana y contempló el jardín. Los brotes nuevos de los árboles seguían firmemente cerrados pese a que ya estaban en marzo.

—Este año el invierno ha sido... tan largo —murmuró con verdadero sentimiento.

Las palabras no iban dirigidas en particular a su esposa, pero en el mismo momento en que las pronunció, la mujer dejó de tocar para afinar el instrumento y le respondió:

—Eso se debe a que nos hacemos viejos. A partir de ahora, todos los inviernos nos parecerán largos y cada uno nos cobrará un peaje.

—Supongo que sí. ¿No vas a salir hoy?

—No. Ya estuve ayer con el grillo de instrucción para voluntarias. Ah, por cierto, estuve hablando con la señora Naruse por primera vez.

La cuerda del samisen emitió una nota aguda y vibrante.

—¿De qué hablasteis? —preguntó Suguro, sobresaltado. Todavía no le había contado a su esposa que había conocido a la señora Naruse en la cafetería, ni que había cenado con ella.

—Del trabajo de voluntaria. Está muy informada.

Suguro asintió, aliviado.

—La señora Naruse me contó que estaba cuidando a un niño en pediatría. Acaban de intervenirle y la operación ha sido un éxito, según dijo. Estaba muy contenta. Creo que va todos los días a cuidar al pequeño.

Sin duda, la señora Naruse estaba al corriente de la muerte de Motoko, pero, ¿cómo la habría encajado? No había sabido nada de ella desde su último encuentro,

seguramente porque había estado ocupada cuidando de Shige. A pesar de ello, hacía demasiado que no se ponía en contacto con él. Suguro se sorprendió al darse cuenta de que estaba impaciente por volverla a ver.

Miró a hurtadillas a su esposa, que había cogido el samisen para reiniciar la canción. De pronto, como siempre, su instinto de escritor le impulsó a analizar sus sentimientos respecto a la señora Naruse. La respuesta era evidente. Hasta entonces nunca había conocido, ni siquiera descrito en sus obras, una mujer como ella. Una mujer tan cargada de contradicciones. Una mujer que parecía insensible y que de pronto se transformaba en una persona desconcertantemente amable y cariñosa. Nunca había encontrado una mujer semejante. Y al compararla con ella —aunque se dio cuenta de que tal idea suponía una profanación de su esposa y la rechazó al instante—, le asaltó por un momento una sensación opresiva cuando pensó en su inatacable esposa.

—Quiero preguntarte una cosa sobre Mitsu —dijo por encima del hombro a la mujer, cambiando el tema de conversación para que ella no pudiera adivinar sus emociones. Pero la mujer no pareció haberle oído a causa del sonido del samisen y siguió tañendo resueltamente las cuerdas con la púa.

No volveré a ver a la señora Naruse. No debo verla.

Apoyó los codos en el escritorio y repitió las palabras para sí. En el mismo momento de pronunciarlas mentalmente, las frases ya le sonaron a huecas y comprendió que en el fondo esperaba con expectación algún contacto por parte de ella.

Llegó un paquete con la correspondencia. Iba envuelto en papel marrón y no llevaba remitente. En el interior había un libro. Suguro supo al instante que era de ella. Cuando abrió la cubierta, vio que había una nota en el interior.

Perdóneme el atrevimiento, pero he querido mandarle uno de mis libros favoritos. Ya no se encuentra en las librerías, así que tendrá que disculparme si le envío mi ejemplar personal. ¿Podría encontrarse conmigo el próximo miércoles, a las seis, en un restaurante llamado Shigeyoshi, en Omote Sando? Me gustaría agradecerle en alguna medida la cena que me ofreció. Si la cita no le fuera bien, haga el favor de escribirme a la dirección que le adjunto. Si no tengo noticias de usted, daré por hecho que nos encontraremos allí. La comida es muy buena. Por favor, haga lo posible por acudir.

Suguro leyó la nota una y otra vez, como un adolescente que hubiera recibido la primera carta de una chica. Con el paso del tiempo, se habían confundido y

enfrentado en su interior el deseo de evitarla y una gran curiosidad por aquella mujer única. Pero en el momento de abrir aquel paquete, la curiosidad había emergido victoriosa.

El libro era una biografía del guerrero medieval Gilíes de Rais, de infausta fama por sus proezas infanticidas. Mientras pasaba las páginas, los ojos de Suguro se posaron en diversos párrafos que la señora Naruse había señalado con lápiz rojo. En cada círculo rojo le parecía ver el perfil de la mujer y escuchar su voz leyendo y comentando el texto. ¿Acaso había realizado aquellas anotaciones en rojo y le había enviado el libro por pura frustración de no ser capaz de expresar sus verdaderos sentimientos cara a cara, personalmente? Encima de uno de los párrafos señalados había escrito unas palabras con la misma caligrafía experta que Suguro ya había apreciado en la carta. Parecía como si, una vez Suguro hubiese leído hasta aquel punto, ella hubiera abierto sus ojos animosos para recurrir a él en busca de comprensión.

¿Cómo estalla esta Rabia? ¿Por qué proporciona una experiencia placentera de tal intensidad? Mientras leía el libro, sentía que existe una energía oculta, feroz, que supera toda explicación y desafía todo principio de moralidad.

Suguro terminó de leer el libro en dos días. Gilíes de Rais había sido compañero de armas de Juana de Arco, pero, según explicaba la biografía, había aspirado a conseguir mediante actos de brutalidad las mismas cotas de éxtasis que Juana había alcanzado a través de los arrebatos místicos. Una persona sólo podía alcanzar la cima del éxtasis convirtiéndose en santo o en vil pecador. Gilíes de Rais había llegado a tal conclusión al observar a Juana de Arco.

Poe entendió la Rabia, igual que Dostoyevski... La Rabia es un arrebato que puede apoderarse incluso de los niños... Se apoderaba de los niños en el relato de T. F. Powys «La bestia cazada», que le arrancaban los ojos a un conejo que habían capturado en las praderas inglesas; y se apoderaba también del señor Gidden, el amable y pacífico párroco que les sorprendía, y, que al ver lo que habían hecho, se volvía loco de voluptuosa desesperación. El párroco perseguía a los niños, pero...

«... los niños escaparon de sus manos y huyeron. Pero la niña no tuvo tanta suerte...

»El señor Gidden se arrojó sobre ella. Desgarró sus vestidos... La golpeó, montó encima de ella llevado por la furia, y la cogió por el cuello...

«Durante la lucha, el señor Gidden hubiera querido hacer lo peor que podía hacer un hombre. Hubiera querido violarla».

Poe nos ha proporcionado un retrato muy aproximado de la Rabia en su cuento «El

gato negro». En sus páginas, el narrador de Poe describe la Rabia como un reflejo contra la ley moral. Lo denomina

«... el espíritu de la PERVERSIDAD... Tan seguro como de que mi alma vive lo estoy de que la perversidad es uno de los impulsos primitivos del corazón humano, una de sus facultades primarias indivisibles, o sentimientos, que gobiernan las reacciones del hombre. ¿Quién no se ha descubierto cien veces a sí mismo cometiendo una acción vil o estúpida, sin más razón que la de saber que no debía hacerla? ¿No tenemos una perpetua inclinación, en contradicción con nuestro buen juicio, a violar lo que sea Ley, por el mero hecho de entenderla como tal? Este espíritu de perversidad, digo, acudió a mi derrumbamiento final. Fue este anhelo insaciable del alma por hacerse daño —por dirigir la violencia contra su propia naturaleza, por hacer el mal por el mal mismo— lo que me impulsó a continuar».

El reloj del escritorio insistía en su acompasado tictac, y la suave luz de la lámpara bañaba su cuerpo y el libro sobre el que estaba inclinado. En la pared había pequeñas fotografías y varias dedicatorias. Una de ellas recogía las palabras que la madre Teresa, quien había visitado el Japón hacía poco, había escrito especialmente para aquel novelista cristiano japonés: «El Señor te bendecirá a través de las cosas que escribes».

Al contemplar la dedicatoria, que expresaba unos sentimientos tan limpios y sinceros como los de una colegiala, Suguro consideró que ya se había descarriado demasiado como para merecer bendición alguna. Soy un novelista, se dijo. Un novelista que tiene que ensuciarse las manos en los más profundos recovecos del corazón humano. Tengo que fiarme de mis manos aunque encuentre allí algo que Dios no pueda bendecir jamás. Ante él tenía un libro que describía la vida de un hombre llamado Gilíes de Rais...

Con una mano había erigido iglesias a la gloria de Dios y había mantenido buenas relaciones con el clero, mientras que con la otra había atraído gran número de niños a su castillo para allí darles muerte uno por uno. Su primera víctima había sido un joven cantor del coro del propio castillo. Gilíes de Rais había acogido, protegido y amado al muchacho, pero en el curso de tales atenciones sus mimos se habían convertido en una Rabia sedienta de sangre.

Está el ejemplo del joven mendigo que se encontraba en una de las dos colas de muchachos pordioseros frente a las puertas del castillo de Machecoul. Cuando le llegó el turno de recibir su limosna, fue invitado a entrar en el castillo bajo la atractiva excusa de que no le había alcanzado la carne en el primer reparto de comida. Nunca se le volvió a ver. También está el ejemplo

de un muchacho de trece años que había sido conducido al castillo para servir como paje. Un día, el muchacho había vuelto a casa con magníficas noticias para su madre: le habían permitido limpiar el salón del gran señor de Rais y había recibido como recompensa uno de los panes redondos cocidos para el barón, que el muchacho se había apresurado a llevar a su casa. Después el muchacho regresó al castillo... y ésa fue la última vez que se le vio con vida.

En otro tiempo, Suguro habría leído un párrafo como éste con aversión; en cambio ahora devoró las frases con gran atención, creyendo percibir entre líneas la presencia y las palabras de la señora Naruse:

¿Cómo estalla esta Rabia? ¿Por qué proporciona una experiencia placentera de tal intensidad? Mientras leía el libro, sentía que existe una energía oculta, feroz, que supera toda explicación y desafía todo principio de moralidad.

La tarde de la cita, Suguro abrió la puerta acristalada que daba paso al restaurante Shigeyoshi. Al parecer llegaba demasiado pronto: sólo ocupaban el local dos hombres con aspecto de ejecutivos, que sorbían pausadamente su sake en la barra. Sin embargo, el propietario, que estaba cortando ingredientes con un cuchillo, se apresuró a decirle que la señora Naruse le había informado de que Suguro acudiría a aquella hora y acompañó al escritor hasta una mesa del fondo del restaurante.

La mujer llegó a las seis y cinco aproximadamente, vestida con una gabardina de color beige y lo que parecía un pañuelo de cuello, italiano. Se sentaron frente a frente, dieron unos sorbos al té que la camarera acababa de traer, estudiaron la carta e intercambiaron unas frases triviales. No mencionaron el libro ni la muerte de Motoko. Mientras conversaban, cuatro o cinco clientes habituales entraron en el local. Saludaron a la señora Naruse con un gesto de cabeza, tal vez reconociendo su rostro, y uno de ellos puso una expresión de sorpresa al identificar a Suguro.

Cuando el camarero hubo tomado nota de la cena, Suguro dijo:

—Bueno...

—Bueno... —repitió ella con su habitual sonrisa.

Estas palabras fueron la señal de que era el momento de tocar el tema que ambos sabían que habían venido a tratar.

Suguro sirvió un poco de sake en la taza de la mujer.

—Recibí el libro y la carta.

—Sí. —La señora Naruse cerró los ojos como si fuera una paciente recibiendo una inyección en el brazo.

—Usted sabía que Motoko ha muerto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Ha venido a verla la policía?

—No. ¿Por qué?

—Pensaba que tal vez querrían hablar con usted.

—Fue un suicidio. Dejó una nota.

—Sí, eso fue lo que dijeron en la televisión.

En la barra, el propietario y los clientes estallaron en una carcajada mientras una camarera se volvía hacia la cocina y pedía tres botellas de sake. Nadie prestaba atención a la conversación entre Suguro y la señora Naruse.

—¿No va a tomar una copa?

—No puedo. El médico no me lo permite. Pero no querría que eso la inhibiera. No me molesta en absoluto que otros beban en mi mesa.

La camarera trajo un platillo azul con huevas de mújol secas, picadas muy finas.

—Este plato es una especialidad de la casa —explicó la señora Naruse—. A mi marido le encantaba.

—¿Su esposo también venía aquí?

—Conocía al propietario desde antes de que abriera el restaurante.

Suguro decidió sorprender a su interlocutora:

—¿Sabía usted que Motoko iba a suicidarse? —le preguntó.

—Sí, lo sabía.

Con gesto elegante, extendió la mano con los palillos, cogió un poco de huevas y se las llevó a la boca. Estaba totalmente serena.

—¿Y no la detuvo?

—No la detuve.

—¿Por qué?

Les llegó una nueva risotada de la barra. Ninguno de los que estaban bebiendo tenía la menor idea del tipo de conversación que tenía lugar en la mesa del fondo. En cuanto a la suya, estaba salpicada de palabras como «objetivos» y «la competencia».

—Así pues, ¿es ése el poder de la Rabia? —preguntó Suguro en tono despreocupado, como si estuvieran hablando de un partido de golf—. ¿Son ésas las muñecas de que me habló, esas muñecas que se ponen a bailar en mitad de la noche?

—Sí.

—¿Podría explicarme eso con un poco más de detalle?

—Me encantará hacerlo.

Una vez más, alargó los palillos. El movimiento de éstos hacia su boca, los labios que saboreaban la comida lentamente, con delectación... Suguro notó que su visión empezaba a hacerse borrosa. Y la señora Naruse empezó a hablar.

—Motoko me hablaba muchas veces de cuánto deseaba morir. Y también expresaba ese deseo a otras amistades suyas. Al principio pensé que era una simple

broma. Supongo que mucha gente dice cosas parecidas cuando está haciendo el amor. Sin embargo, me lo advirtió varias veces. Me dijo que al año siguiente iba a morir de verdad. «Está bien, adelante», le respondí yo. El día de Año Nuevo estuve con ella en un hotel y le pregunté si realmente tenía intención de morir este año.

La señora Naruse hablaba con indiferencia, como si estuviera confiándole algún chismorreó sobre un amigo común. Suguro recordó el aspecto macilento que había apreciado en su rostro al encontrarla en el hospital.

—¿Quiere que le hable de ese día? Pasamos la Nochevieja juntas en un hotel de Yoyogi. Cuando el Festival de la Canción Blanco y Rojo terminó en televisión, cambiamos de canal y estuvimos viendo una tontería de programa. Con el televisor a un volumen estridente, ella me pidió a gritos, una y otra vez, que la matara. Yo le respondí que tenía que morir este invierno, y ella me prometió hacerlo.

—¿Le dijo usted eso en serio?

—Sí. O al menos medio en serio. Pero lo cierto es que quería saber cómo sería la experiencia. Le escribí a usted al respecto en la carta que le envié con el libro. Le hablaba de una energía de nuestro corazón que supera lo racional, de una energía que puede transformarse en Rabia o depravación. Es una fuerza brutal que los principios morales no pueden tener ninguna esperanza de someter y que nos arrastra a las profundidades del abismo... Pero, ¿es capaz también de arrojarnos a la muerte? Si nos abandonamos de verdad a esa fuerza, ¿puede estar la muerte, también, llena de placer? Yo quería..., quería observarlo en Motoko.

—Y por esa razón no la detuvo...

—Exacto.

Cuando la camarera se acercó con dos pequeños boles, dejaron de hablar hasta que se hubo retirado. La señora Naruse se llevó a la boca el pez globo, cortado en finas lonchas. Abrió ligeramente los labios y la pequeña tira de pescado desapareció entre ellos como un insecto engullido por los pétalos de una flor. El movimiento de sus mejillas transmitió a Suguro el pausado deleite que le producía el bocado.

—No me gusta beber sola —dijo, al tiempo que apuraba su copa—. ¿De verdad que no tomará algo conmigo? Es exactamente lo que pensaba cuando leía sus libros: es usted un cobarde, ¿verdad?

Tal vez estaba bebida; había renunciado a su amable tono de voz habitual y ahora hablaba con agresividad.

—Es cosa del médico.

—¿A quién le preocupa ahora el médico? ¿Qué importa eso?

Impotente, Suguro llenó su taza.

—Está bien, tomaré una copa si me cuenta el resto. ¿Motoko se puso en contacto con usted antes de morir?

—Sí. —La señora Naruse sonrió, como si estuviera esperando la pregunta—. Tres

noches antes de llamarle a usted, hablé con ella por teléfono mucho rato. Me preguntó si cuando hubiera muerto y volviera a nacer podríamos encontrarnos en la próxima vida. Hablamos hasta muy tarde sobre la transmigración y la reencarnación. Yo le hablé de la operación de Shige y le pregunté si iba a morir para que Shige pudiera vivir en su lugar. Cuando estábamos a punto de colgar, me dijo que iba a morir la tarde siguiente.

—Entonces, usted incluso sabía el día en que iba a morir...

—Sí.

—Y no intentó detenerla —repitió Suguro—. Dejó que llevara a cabo sus planes.

—Así consiguió la felicidad. Las actividades insignificantes de cada día, la espera de clientes a quienes retratar en las esquinas de las calles... Nada de todo esto proporcionaba sentido alguno a su vida. Para ella, la existencia sólo merecía la pena cuando se abandonaba a sus pasiones. Si su única fuente de felicidad y de sentido era lanzarse al torbellino y morir en él, ¿cómo iba a detenerla? Aunque esa tarde llegué a estar muy cerca de su piso...

—¿De veras? ¿Por qué?

—No pude resistir la tentación. Motoko iba a morir muy pronto; sabiéndolo, quise estar cerca de ella y compartir la experiencia. Me senté en una pequeña cafetería cerca de su casa, con una taza de té negro frente a mí, y esperé allí durante..., no sé, tal vez dos horas. Tres obreros de una fábrica estuvieron haciendo unas partidas en una mesa próxima, pasó una furgoneta vendiendo verduras y las amas de casa del vecindario se apretujaron ante ella. El cielo invernal asomaba entre los edificios. ¿Se da cuenta de lo bien que lo recuerdo todo? Miré el reloj una y otra vez: las cuatro ya, las cuatro y media ya, las cinco ya... Me decía: lo está haciendo ahora, en este mismo momento. Y por primera vez en mucho tiempo vi una choza envuelta en llamas. Escuché los gritos de las mujeres y los niños. Olí de verdad el humo y las ruinas chamuscadas. Cuando volví en mí, en el exterior ya era de noche... Me levanté y salí de la cafetería. Al hacerlo, tuve la certeza de que Motoko había mantenido su promesa y había muerto en el clímax del éxtasis.

Terminó el relato y permaneció sentada en silencio. Suguro no dijo nada; se limitó a contemplar los palillos que tenía en su plato. Se daba cuenta de que no había palabras para describir lo que pasaba por la mente de la mujer... o, más bien, por aquella cámara insondable y horrible que yacía mucho más profunda en su alma. Era algo horrendo, era lo que de perverso hay en el corazón humano. Ni siquiera en su calidad de escritor creativo tenía idea de cómo definirlo o interpretarlo; su único recurso fue guardar silencio. Lo único que podía decir era que el relato que acababa de escuchar tenía connotaciones de maldad, de perversidad. No se trataba de un relato sobre el pecado, como los que había escrito a lo largo de los años, sino de una historia de pura maldad.

—El próximo plato son lechas —anunció la camarera.

—¿Le gustan las lechas, sensei?

—Yo... —Rendido, Suguro movió la cabeza en gesto de negativa. Estaba totalmente agotado—. No quiero.

Deseaba irse a casa con su esposa. Aunque a veces se sentía asfixiado en ella, quería volver a casa.

—¡Ah!, otra cosa. Ese retrato de usted... Motoko me lo dio. Como recuerdo.

—El retrato no es mío.

—¡Ah, es cierto! El impostor... —asintió sonriendo mientras pedía un postre a la camarera—. ¿Le interesaría conocer a su doble?

—¿Qué? —Su voz sonó inesperadamente alta debido a la sorpresa—. ¿Por qué lo dice?

—Motoko me lo presentó. No se lo había dicho a usted.

—¿Qué clase de hombre es?

—Debería preguntárselo usted mismo. Usted siempre se limita a echarse hacia atrás y escuchar lo que dicen los demás. Incluso cuando escribe, nunca va hasta el fondo de las cosas. Nunca hace daño a nadie..., sólo se escapa, huye.

La mujer sonreía, pero Suguro notaba en su atrevida mirada un aire de desafío como no había visto hasta entonces.

—¿Me ayudará a encontrar a ese hombre? —preguntó él con voz ronca.

—¿Tiene tiempo el próximo viernes?

—El próximo viernes... ¿Es el día trece?

—Sí, exacto... Es un día de mala suerte para los suyos, ¿verdad? Entre los cristianos, se supone que en esa fecha murió Jesucristo, ¿no?

—Eso es lo que dicen.

—¿Puede acudir a esta dirección ese día? Tal vez entonces pueda conocer a ese hombre. —Abrió el bolso, sacó un bolígrafo plateado y trazó un plano sobre un posavasos—. Le estaremos esperando.

Ocho

Kano pidió a Suguro que le esperara en la segunda planta del Tokyo Hall después de la reunión del comité ejecutivo del PEN Club. En una sala de esa planta servían té y café. Llovía y, tras la ventana, quedaba a la vista el foso del Palacio Imperial. Mientras contemplaba el foso, borroso bajo la lluvia, Suguro recordó el día, a principios del invierno, en que había recibido el premio literario. Aquel día, los muros de piedra del Palacio también estaban mojados por la lluvia. Aquel día había aparecido por primera vez el impostor, y ahora... por fin se acercaba el momento en que podría encontrarse cara a cara con aquel hombre.

Kano dio por concluida una conversación que había estado manteniendo y se aproximó a Suguro con un rostro cansado, abotargado. Venía frotándose el hombro con la mano derecha.

—¡Ah, maldita sea! Supongo que no hay manera de detener las olas de la senilidad que llegan una tras otra. —Parecía estar murmurando para sí mismo—. Quería comentarte que el PEN Club tiene intención de organizar algo para el funeral de Yamagishi.

Discutieron los detalles del servicio fúnebre que iba a celebrarse por el viejo crítico, quien había fallecido un par de días antes. Aunque ellos le consideraban «viejo», Yamagishi sólo era cinco años mayor que Kano y Suguro.

—Nosotros somos el siguiente turno —comentó Kano de mal talante—. Recuerdo que Kobayashi Hideo me preguntó una vez si había hecho mis preparativos para la muerte... Pero todavía no he escrito nada que me permitiera morir en paz, sabiendo que había legado al mundo una obra satisfactoria.

—Así... así es como nos sentimos todos. Una sola obra maestra... Siempre pienso que será la próxima que escriba, y luego la siguiente y...

—Pero tú eres diferente de mí. Tú has construido una estructura literaria sólida que te es propia. En la editorial oí decir a alguien que existe un grupo de diez mil lectores que saldrá a comprar cualquier novela que publiques.

—No pueden ser tantos.

—Sí, lo son. Por eso tienes que tener cuidado y proteger la imagen que tus lectores tienen de ti. Si por alguna perversa razón decidieras echar por tierra esa estructura... —Kano habló en voz baja, y de pronto volvió los ojos hacia la ventana—. ¿Estás seguro de que no frecuentas lugares raros?

Suguro comprendió que ése era el tema que deseaba tratar.

—¿Otra vez con advertencias? No voy a ningún sitio de esos.

—Estás seguro.

—Sí.

—Entonces, te creo. Pero también es cierto que corre el rumor de que te vieron

salir de un hotel de Alasaka en plena noche con una mujer. Si una revista como *Focus* o *Emma* publica una foto tuya en un lugar de mala nota...

—Nunca he estado allí. Pero... —trató de tragarse las palabras antes de que salieran de su boca.

—Pero... ¿qué?

—No es nada.

—Ten cuidado con el periodista que vino a verme. Es un hombre tenaz.

Kano contempló durante unos instantes la taza de té que tenía ante él y luego cogió la nota. Suguro se la arrebató. Kano hizo un gesto de asentimiento y se marchó. Al alejarse, parecía mucho más cansado que nunca.

Era un día inusualmente cálido. Suguro y su esposa, que había acudido a limpiar el estudio, decidieron dar un paseo. Hacía bastante que no paseaban juntos porque el aire helado perjudicaba las articulaciones de la mujer. Suguro descendió la ladera lenta, lentísimamente, como si estuviera protegiendo a su esposa.

—Estoy sin aliento de tanto tiempo sin caminar —dijo ella al tiempo que se dejaba caer en un banco, con los hombros hundidos.

—Sólo es cuestión de acostumbrarse. Nadie se muere de artritis. Cuando las articulaciones entren en calor, te sentirás mucho mejor.

Suguro sabía cuál de los dos moriría antes. Era él quien tenía problemas crónicos de hígado. Era él quien vivía con un solo pulmón. Cada mes, después de extraerle sangre, el médico advertía a Suguro que no cometiera excesos.

—¡Cuánto disfruté en el viaje a Kyushu! —Antes de empezar a hablar, la mujer había estado contemplando el cielo con aire abstraído. Entonces, como si de pronto se acordara, añadió—: Me pregunto cómo estará aquel sacerdote.

El escritor sabía que su esposa había estado reviviendo sus vacaciones en Nagasaki una y otra vez desde que habían regresado. Era uno de los recuerdos felices que la anciana pareja compartía.

—A veces pienso en él antes de dormirme. Por la vida que ha llevado, creo que debe ser uno de los auténticos pobres de espíritu.

—En algunos aspectos, tú también formas parte de los pobres de espíritu —dijo Suguro.

—¿Es una ironía?

—En absoluto. En contraste contigo...

Una vez más, Suguro trató de tragarse sus palabras, como había hecho con Kano la noche anterior... A diferencia de ti, yo nunca podré convertirme en pobre de espíritu. No soy el hombre que tú piensas. Tengo secretos que no te he contado. Hay un hombre que es mi doble exacto, y tal vez pueda conocerle muy pronto. Es un tipo repulsivo y detestable...

—Querido... ¿por casualidad hay algo que quieras contarme? —La mujer se volvió hacia él inesperadamente, había una expresión de ansiedad en el rostro.

—¿Por qué lo dices? Claro que no.

Estudiando los párpados llenos de arrugas de su mujer, Suguro pensó: No quiero provocar lágrimas en esos ojos. Nos queda tan poco tiempo juntos...

—No te preocupes —añadió, hablando como lo haría un sacerdote en un confesonario. Después cambió rápidamente de tema—. Respecto a Mitsu... Ya que ha devuelto el dinero, ¿qué te parece si le propongo volver a trabajar en el estudio?

—Yo ya había pensado en ello. Incluso la llamé por teléfono, pero me dijo que ya ha encontrado otro trabajo por horas.

—¿Es un buen trabajo?

—Es... La señora Naruse la conoció en el hospital y le pidió que fuera a ayudarla un par de veces por semana. Creo que a Mitsu le irá muy bien... La señora Naruse puede enseñarle mucho.

—¿La muchacha está decidida a aceptar? —La voz de Suguro surgió más estentórea de lo que había calculado.

—Según dijo, sí. ¿Sucede algo malo?

—No, pero es una lástima... Había llegado a gustarme.

Suguro no había olvidado la presión de sus manos al colocarle la fría compresa en su frente febril, ni el olor a humedad de su suéter. Ni su sonrisa auténtica y afable.

Intentó no permitir que el asunto le inquietara, pero la cita con la señora Naruse seguía surgiendo en su mente como burbujas de gas metano. «Podrás verte cara a cara con tu doble». Sólo faltaban tres días para la ocasión.

Con el transcurso de los días, su actitud ante la inminente confrontación con el impostor se convirtió gradualmente en un sentimiento de repugnancia y un deseo de evitar el encuentro. En el caso de que acosara al tipo exigiéndole explicaciones, probablemente se limitaría a poner su sonrisa burlona y murmurar alguna excusa o dar una respuesta ambigua. Como máximo, podía arrancarle una promesa de que no utilizaría su nombre, pero no tenía ningún poder para prohibirle su modo de actuar. Entonces, ¿cómo iba él a demostrar que no era la persona que se dedicaba a rondar por aquellos barrios de mala reputación?

¿Y por qué aquel individuo había hecho acto de presencia precisamente este invierno? ¿Dónde había estado oculto hasta entonces? Desde su llegada a escena, había aparecido una grieta en los cimientos que sostenían la literatura de Suguro. Y había afectado mucho más que a sus escritos: también en su vida personal se había abierto una fisura. Era como si el hombre hubiera echado un mal de ojo sobre Suguro. Recordó que el viejo de la obra de Thomas Mann, *Muerte en Venecia*, lo había perdido todo como resultado de su encuentro con un hermoso muchacho. ¿Qué edad

debía tener el personaje de la obra? ¿Habría cumplido ya los sesenta y cinco, como Suguro?

Con los años, el escritor había llegado a entender que Dios actúa sin previo aviso, pero jamás hubiera pensado que, a su avanzada edad, Dios decidiera descargar un golpe tal sobre el mundo que se había construido.

Cayó la noche.

Permaneció sentado e inmóvil, encorvado en el asiento de su estudio. Sonó el teléfono en el salón. Sonó insistentemente, haciendo tambalearse su habitual determinación de no responder.

El sonido cesó. Ya respiraba de alivio, cuando el aparato empezó a sonar otra vez. Permaneció en la silla y continuó trabajando, pero el teléfono alzó su voz insistente por tercera vez. Incapaz de soportarlo por más tiempo, levantó el auricular.

—¿Hola?

Al otro lado de la línea escuchó la voz ronca de Kurimoto.

—Así que estaba ahí... Ha tardado tanto en contestar... Se trata del señor Kano. Ha tenido un ataque y le han llevado al hospital, pero...

Kurimoto fue incapaz de continuar.

La primera reacción de Suguro fue de cólera. Ya tenía bastante de aquellas ridículas bromas pesadas y estaba enfadado. Sin embargo, Kurimoto no era el tipo de persona que se dedicaría a tales juegos.

—Ha sido tan rápido... La señorita Noriko era la única que estaba con él cuando murió.

La señorita Noriko era la mujer que había cuidado de Kano durante los cinco años transcurridos desde la muerte de su esposa. Regentaba un bar y era una seguidora de la literatura de Kano, hasta que finalmente se había establecido una relación entre ellos. Pero a Kano no le gustaba hablar de ella con los viejos amigos como Suguro.

—Estuvo una media hora con dolores en el pecho. Murió mientras los médicos intentaban recuperarle.

—Voy para allá. ¿En qué hospital está?

—No es muy lejos, el hospital Omori. Pero van a llevar el cuerpo a su casa ahora mismo, de modo que puede usted ir hacia allí.

Enseguida estuvo preparado. Llamó un taxi por teléfono y dio la dirección de la casa de Kano al conductor.

Mentalmente, pudo ver de nuevo la cansada figura de Kano en aquella sala del hotel tras la reunión del PEN Club, hacía apenas cinco días. Esa noche, el rostro de Kano estaba cetrino, apagado y abotargado, muy diferente a su habitual expresión de aparente jovialidad. ¿Había sido tal vez un presagio de su muerte? Pero, ¿por qué había parecido tan triste y melancólico? Suguro pensó en las numerosas y sólidas relaciones que Kano había establecido en el mundo literario. Había asistido a todas

las reuniones del comité ejecutivo del Club sin faltar a una sola, y era considerado una persona sencilla por los jóvenes editores que iban de copas con él hasta altas horas de la madrugada. No obstante, en las novelas de Kano resumaba su faceta misántropa. Quizá sólo sus viejos amigos habían tenido una conciencia real de ese aspecto de su carácter.

Por la ventanilla del taxi se sucedieron las calles nocturnas. Nada había cambiado en el paisaje. El cielo invernal seguía plomizo; en los cruces, camiones y coches se detenían y arrancaban, arrancaban y se detenían. Frente a una tienda de electrodomésticos, un joven empleado cargaba unas cajas de cartón. En un puesto de fruta relucían unas mandarinas. Aunque Kano había muerto, en realidad nada había cambiado, Suguro sentía la misma cólera de antes; también le irritaba que su mente no hubiera aceptado todavía el hecho de que Kano había fallecido.

Delante de la casa de Kano, al final de una estrecha calle residencial, unos directivos de la editorial vestidos de negro habían instalado una mesa de recepción, donde charlaban con diversas figuras literarias, como Segi, que habían acudido a toda prisa al enterarse de la noticia. Tal vez las luces eléctricas parecían brillar tanto porque se reflejaban en la bruñida madera del ataúd, y porque el montón de crisantemos de la parte trasera de la casa tenía una luminiscencia propia. La señorita Noriko, con los ojos enrojecidos de llorar, susurró a Suguro que contemplara el rostro de Kano. Las facciones del difunto estaban descoloridas, como si fuesen de cera, y el entrecejo aún conservaba una sombra de dolor. Suguro contempló detenidamente aquel rostro, tratando de grabar en su mente los rasgos de un amigo que por fin había terminado sus días.

... Nos encontraremos... en el más allá, murmuró interiormente. No importa lo que tú y yo... hayamos vivido o hayamos escrito.

La realidad de la muerte de Kano le sacudió de pronto, y sus ojos empezaron a derramar lágrimas. Iba en aumento la gente que acudía a dar el pésame: en la sala contigua, donde se había dispuesto comida para el velatorio, había entrado Shiba, otro de sus amigos literarios de los viejos tiempos. Shiba había renunciado a hacerse crítico y estaba dando clases en una universidad femenina. Se había convertido en un hombre totalmente opaco, carente de su antigua vitalidad.

Mientras se servía una cerveza en un vaso, Shiba dijo sin alzar la voz:

—Yo creía que me quedaba mucho tiempo, pero ahora que Kano se ha ido, de pronto siento como si la muerte estuviera justo delante de nosotros.

—Es cierto —asintió Suguro—. A partir de ahora, nuestras filas irán reduciéndose uno a uno.

Segi, que estaba sentado delante de él, murmuró con una tétrica sonrisa:

—Supongo que el siguiente... seré yo.

Ya era medianoche cuando dirigió unas últimas palabras de condolencia a la

señorita Noriko, echó una mirada de despedida al difunto Kano, y partió para su casa. El taxi que le había traído no aparecía. Nunca hubiera imaginado que iba a dolerle tanto la muerte de Kano.

El crujido de la silla mientras el doctor revisaba los resultados de los análisis molestó a Suguro más de lo habitual.

—Tiene unas cifras de GPT de ciento cinco, y las de GOT han subido hasta ciento ochenta y ocho. Yo le recomendaría que ingresara en el hospital... Si no toma una medida de este tipo, puede sufrir un rápido empeoramiento.

Suguro observó la hoja de los resultados del análisis, larga y estrecha, que el doctor había colocado sobre su mesa. Se sentía extrañamente insensible a las palabras del doctor. Lo único que le importaba y emocionaba era saber que cada día que pasaba se aproximaba un poco más al mundo en el que ahora se encontraba Kano. Ése era el significado de la vejez.

—Ingresar en el hospital en este momento... me resultaría difícil.

—Pero...

—Haré todo lo que pueda para tomarme las cosas con calma. Estudiaré la posibilidad de ingresar en el hospital después del próximo examen.

—No sentirá usted ningún dolor ni molestia en el hígado hasta que ya no tenga remedio. Cuando empiece a tener dropsia abdominal, ya estará en estado cirrótico. Tenemos que controlar ese hígado antes de que llegue a ese punto.

—Comprendo —asintió el escritor, pero se mantuvo firme en su oposición a ingresar en el hospital.

De camino a su casa, se sentó en un rincón del vagón de metro. Juntó las manos en el regazo y contempló distraídamente los carteles de propaganda del vagón. Junto a anuncios de capillas para bodas y revistas de actualidad, había un cartel que ofrecía viviendas únicamente para personas de la tercera edad. El hombre y la mujer que aparecían en la fotografía como pareja de ancianos eran dos actores a quienes Suguro recordaba de su juventud. Sobre sus rostros sonrientes y felices aparecía impresa en caracteres destacados la frase «Los hermosos años de la madurez». Torpemente, trató de pronunciar la frase entre dientes. Sin embargo, la vejez que Suguro estaba conociendo desde la entrega de premios quedaba lejos de ser hermosa: despedía un olor pútrido, repugnante. Era como un mal sueño oscuro y deprimente. La vejez era algo que se ocultaba a la vista durante muchos años y sólo asomaba cuando era aivada por los vientos que soplaban del abismo de la muerte. Suguro cerró los ojos.

Cuando regresó al estudio, encontró a su esposa limpiando.

—¿Cómo ha ido?

—¿El examen? Me han dicho que todo está normal. Que no hay nada de qué preocuparse.

—Gracias a Dios —dijo la mujer con aire de sincero alivio—. Me has tenido preocupada desde la primera hora de la mañana.

Suguro contuvo la respiración un instante, aliviado de haber podido desviar la ansiedad de su esposa.

El oficio fúnebre por Kano se celebró en el templo Seiganji, en Shiba. En representación de los amigos de Kano, Suguro se colocó ante un gran retrato del difunto, en el altar repleto de crisantemos, y leyó su panegírico. Por la mañana se había pasado dos horas redactándolo. Tras recordar su amistad con Kano, que había quedado de manifiesto en la magistral descripción que había hecho de sus obras en el banquete de entrega de premios a comienzos de invierno, Suguro continuó:

—La vida de nuestro desaparecido amigo y sus escritos, si pudieran ser resumidos de algún modo en una sola frase, serían una literatura que jamás hizo concesiones. En sus obras nunca buscó el favor fácil de sus lectores, nunca pretendió adaptarse a nuevos tiempos: la suya fue una literatura porfiada, obstinada, que expresaba lo que él consideraba que debía ser escrito. Esta obstinación llegó a convertirse para Kano en una manera de vivir.

Cuando terminó la ceremonia, abandonó el recinto principal del templo. Hombres y mujeres vestidos de luto caminaban por los jardines del templo; Suguro apreció a lo lejos a un hombre que le observaba apoyado en una lámpara votiva. Era Kobari.

El periodista se acercó y le dijo:

—¿Podría hablar con usted un momento? —Interpretó el silencio de Suguro como una autorización y continuó—: ¿Recuerda una noche de niebla en Tokio el mes pasado?

—¿De niebla?

—Sí. La prensa dijo que había sido la niebla más densa en treinta años.

—¿Qué relación tiene todo eso conmigo?

—¿Dónde estuvo esa noche, señor Suguro?

El escritor no hizo caso de la pregunta y continuó caminando, pero Kobari se apresuró a ponerse a su altura.

—Usted se tropezó conmigo en la calle frente a cierto hotel de Yoyogi, ¿no es cierto? Y salió huyendo por una calleja cercana.

Suguro sólo le dedicó un silencio de desprecio mientras cruzaba la verja del templo. La editorial que se había hecho cargo de las ceremonias fúnebres había dispuesto vehículos para los miembros principales del cortejo funerario. Kobari abandonó su persecución.

Al entrar en el coche que Kurimoto le había conseguido, Suguro reflexionó sobre lo que Kobari acababa de decirle sobre un hotel en Yoyogi, y de pronto se llevó la mano al bolsillo y sacó un pedazo de papel. Era el posavasos que la señora Naruse le

había dado durante la cena en el Shigeyoshi. El nombre *Yoyogi* aparecía perfectamente claro con la fluida letra de la mujer.

Kobari afirmaba haberse tropezado con él delante de ese hotel en una noche de niebla. Lo cierto era que esa noche había salido a pasear. Sin ningún propósito especial. Sencillamente, le habían entrado ganas de vagar sin rumbo por el parque a una hora en que la niebla era tan espesa que parecía imposible no perderse. Mientras caminaba, había visto en aquella salida un reflejo de su vejez. Casi había alcanzado el punto de seguridad suficiente para echar una mirada abierta, sin ataduras, al fondo del pozo que era su vida, cuando de pronto una mano sucia y corrompida había agitado las aguas, convirtiendo sus últimos años de vida en una ciénaga lóbrega y cegada por la niebla.

¡Ya estaba bien! Suguro sintió crecer de nuevo la cólera dentro de sí. Kobari podía ser persistente, pero el impostor seguía reapareciendo con igual tenacidad.

¡Ya está bien! Había llegado el momento de poner fin a todo aquel asunto.

El día siguiente era viernes, la fecha de la cita con la señora Naruse. Suguro había estado vacilando sobre la conveniencia de ir o no, pero ahora había tomado una resolución. Tenía que conocer a su doble.

Viernes.

La noche anterior, en las noticias de la televisión, el hombre del tiempo había anunciado la posibilidad de nieve, y aunque las predicciones meteorológicas se equivocaban invariablemente, se había levantado un frío penetrante. Era un día típico para que a la esposa de Suguro le dolieran las articulaciones.

Por la mañana, después de dormir en el apartamento, se despertó temprano. Cerró los ojos e intentó volverse a dormir, pero fue inútil.

Impaciente, saltó de la cama y, sin lavarse la cara, se refugió en su estudio. Sobre el escritorio había una hoja de papel en la que había garabateado unas frases el día anterior. «Pues no hay nada oculto que no vaya a ser revelado; nada escondido que no vaya a conocerse... Si tu mano derecha te hace pecar, córtala y arrójala lejos de ti».

Pasó a la cocina, vertió agua caliente en la cafetera y la conectó al enchufe. Luego se aseó, tomó una taza de café caliente y telefoneó a su esposa.

—¿Te molesta mucho la artritis?

—Sí, pero me he puesto unas compresas calientes en las articulaciones. Como hoy es viernes, más tarde me acercaré por la iglesia.

—No te preocupes por mí. Voy a cenar con alguien de una revista.

Suguro deseó que hubiera un flujo constante de visitantes aquel día. Sería perfecto si los agentes de las editoriales desfilaban por el estudio uno tras otro; así no tendría que pensar en lo que podía suceder al final de la jornada. Estudió la agenda y vio que Kurimoto acudiría a verle antes del mediodía.

Kurimoto venía a pedirle a Suguro que concretara los planes para su próxima novela. Suguro le pidió un año para prepararla.

—¿Por qué un año? —En los ojos del director literario, habitualmente impasible, había una cierta vacilación.

—Ya sabe lo viejo que me estoy volviendo. Y no quiero seguir escribiendo sobre los mismos temas que siempre he tratado. Además... hay algo en mi interior que quiero sacudir.

—¿A qué se refiere con eso de «sacudir»?

—Quiero hacer temblar los cimientos de la literatura que he estado construyendo a lo largo de los años, para descubrir si todo el edificio puede venirse abajo o no.

Kurimoto ladeó la cabeza.

—Antes de morir, Kano me contó que vuelven a circular rumores sobre mí.

—Lo dudo. Además, sus verdaderos seguidores sabrán discernir que no es usted una persona de ésas.

—¿Mis verdaderos seguidores?

—Como ese joven que conoció, el que trabaja con niños minusválidos. Pero, y si empieza a sacudir y el edificio se derrumba, ¿qué?

Suguro le dirigió una sonrisa triste, pero en realidad le hubiera gustado responder: «Pues se derrumba».

—En cualquier caso, va a llevarme al menos un par de años escribirla. Voy a titularla «Escándalo: la plegaria de un viejo».

Cuando Kurimoto se hubo ido, Suguro se acercó a la ventana y contempló los edificios de Shibuya y del extremo oeste de Shinjuku. La ciudad guardaba un hosco silencio y, aunque ya estaban a mediados de marzo, en una tarde como aquélla no hubiera sido raro que empezase a nevar.

Para distraer sus pensamientos, abrió una novela de un autor extranjero. Pero ni las palabras ni las imágenes penetraron en su cerebro. No era culpa de la novela: Suguro era consciente de que sus ojos sólo pasaban por encima de las letras impresas.

Es inútil, se dijo. No puedo identificarme en absoluto con una novela así.

Sin embargo, se daba cuenta de que aquel sentimiento forzado era un modo de engañarse, de que todos sus pensamientos estaban centrados en el hotel donde iba a reunirse con la señora Naruse.

Notó frío en las piernas. Al otro lado de la ventana, tras la cortina que había corrido un rato antes, la oscuridad empezaba a caer sobre la ciudad. En realidad debería estar preparándose para volver a casa, donde le aguardaba su esposa. Pero ya le había comunicado que iba a cenar con alguien de una revista.

Cuando se apeó del taxi, un copo de nieve rozó su mejilla y fue a posarse en la manga de su gabardina. Mientras titubeaba unos instantes frente al hotel, la nieve empezó a

caer con fuerza.

Una hilera de cedros del Himalaya, dispuestos uno tras otro como una fila de soldados, extendía su oscura silueta desde la verja de entrada hasta el porche del hotel. Una luz escapaba del vestíbulo bañando de un débil resplandor la entrada, en la que brillaban los copos de nieve. Parecía más una gran mansión que un hotel, pero a su espalda, los rótulos de neón de los hostales baratos emitían sus maliciosos destellos recordándole qué clase de negocios se trataban en aquel barrio.

Tenía la extraña impresión de que ya había visto aquel hotel con anterioridad. Incluso tuvo la sensación de haber estado en su interior. Era una experiencia inexplicable de *déjà vu*, como si estuviera ante un paisaje totalmente nuevo y le asaltara la impresión de haber visto una escena idéntica en un pasado remoto. Pese a ello, Suguro no tenía idea de dónde podían proceder sus recuerdos del hotel.

Cuando cruzó la puerta de entrada, escuchó el violento teclear de una máquina de escribir. Un hombre de unos treinta años vestido con americana negra estaba sentado de espaldas a la entrada. Mientras aguardaba a que el hombre se volviera, Suguro contempló los remolinos de nieve, que estaba cayendo con más fuerza. Los copos de nieve danzaron bajo las luces del porche.

—Buenas tardes, señor.

El hombre advirtió la presencia de Suguro y dejó de escribir.

—Una señora llamada Naruse —Suguro trató de ocultar su turbación— debe estar esperándome.

—Me han dicho que le recibiera, señor. —Tal vez debido a su preparación profesional, el rostro del hombre perdió de pronto toda expresión, y como si recitara de memoria le indicó—: Por favor, coja el ascensor hasta el tercer piso. Habitación 308, al fondo del pasillo.

Cruzó una zona que al parecer sólo servía de sala de recepción y entró en el ascensor. El hombre del mostrador de recepción, que observaba sus movimientos sin perder detalle, se convirtió de pronto a los ojos de Suguro en el joven de la escuela para niños disminuidos que afirmaba ser admirador suyo.

El ascensor pasó la segunda planta y se detuvo en la tercera. Lo primero que percibió fue el olor a polvo de la moqueta. Avanzó por el pasillo.

Estaba en silencio.

Dejó atrás las habitaciones 306 y 307, y llamó con los nudillos a la puerta de la 308.

—Está abierto.

La señora Naruse le estaba esperando. Llevaba un suéter de cachemir y estaba recostada en un sofá, fumando un cigarrillo. En el suéter brillaba un broche de plata con una piedra falsa. Era la primera vez que Suguro la veía fumar.

—Sabía que vendría. —La mujer apagó el cigarrillo y se puso en pie. Suguro

pensó que era preferible responderle algo.

—Sí. He venido a conocer a mi doble —consiguió decir con voz ronca.

—¿Querrá echar un vistazo a la otra habitación? —La señora Naruse no perdió un segundo en decirle a Suguro lo que éste quería saber—: Esto es una suite con varias estancias. —Alzó ligeramente la mano y señaló la puerta que daba paso a la habitación contigua, donde se hallaba la alcoba.

Cuando asomó la cabeza por la puerta, lo primero que vio Suguro fue una gran cama. Una figura como una muñeca, vestida con un suéter y unos tejanos, estaba tendida en ella boca abajo. Unos mechones de cabello sucio colgaban sobre el rostro de la muchacha, cuyas facciones mantenían todavía su inocencia. Era Mitsu quien ocupaba la cama, profundamente dormida.

—¿Qué es esto? ¿Por qué está aquí? —En la voz de Suguro había un deje de sorpresa. Se sentía como si hubiera caído en una trampa tendida por la señora Naruse—. Usted me dijo que me presentaría al impostor...

—Sí. Ya no puede tardar.

—Envíe a Mitsu a casa antes de que llegue. Por favor, sáquela de aquí.

La mujer sonrió, con los ojos fijos en él. Su sonrisa era una mezcla de simpatía y picardía, como si tuviera delante a un niño pequeño y quisiera advertirle que estaba diciendo tonterías.

—La muchacha se ha tomado unas copas. Parecía beber con gran placer y ahora no está en condiciones de ir a casa.

—¿Qué le ha hecho usted?

—Nada, absolutamente nada. Mientras esperábamos su llegada, hemos cantado y hemos estado viendo la televisión... y le he contado anécdotas de cuando yo era joven.

—¿Por qué ha traído aquí a Mitsu? —Suguro habló en tono acusatorio, consciente de que su creciente cólera le hacía la voz más ronca—. Exteriormente parece una mujer adulta, pero en realidad es una niña y no sabe nada de la vida. Tiene un carácter realmente dulce. Cuando alguien tiene un problema, ella corre a ayudar aunque eso le cause problemas. Así es la chiquilla... Y por eso no ha recelado de usted.

—Ya lo sé. —La señora Naruse sonrió y asintió con la cabeza—. En el hospital la he visto muchas veces volcarse totalmente en ayudar a un viejo enfermo que está allí ingresado.

—Cuando yo sufrí un acceso de fiebre, ella se quedó toda la noche a cuidarme.

Suguro recordó la sonrisa de Mitsu y la mano sobre su frente.

—Sin embargo... —Esta vez, la expresión de la señora Naruse era de seriedad—. ¿Es sólo amor lo que sentimos por estas criaturas adorables? ¿Es sólo afecto la emoción que sentimos hacia aquellos que son la ingenuidad personificada?

Siendo usted escritor, estoy segura de que comprenderá a qué me refiero. —De pronto, cruzó su rostro una expresión de profundo pesar—. Yo no creo que el corazón humano sea así de simple... Sensei, ¿son la compasión y el cariño los únicos sentimientos que le ha inspirado Mitsu desde que la conoce?

La mujer había dado en la llaga, y Suguro, sin saber qué debía responder, replicó:

—¿Por eso me pidió que viniera? ¿Para tener alguna prueba de ello?

—Hay muchas mujeres que dejan a sus esposos porque éstos son demasiado correctos. Todo el mundo ha tenido alguna vez el deseo de golpear a alguien que es demasiado bueno e inocente. —Ahora estaba a la defensiva—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Ya sé... qué quiere usted saber.

Evitó deliberadamente la pregunta, pero ella continuó adelante.

—Ese Jesucristo en el que cree... Me pregunto si le dieron muerte porque era demasiado inocente, demasiado puro.

—¿Dónde pretende llegar?

—Mientras Jesucristo, bañado en sangre, llevaba su cruz hasta el lugar de la ejecución, la multitud le insultaba y le arrojaba piedras. ¿No cree usted que lo hacían por el placer que les daba, por ese placer que yo siempre trato de describirle? Un ser humano ingenuo, puro, estaba sufriendo delante de sus ojos. ¿No podemos considerar que era el placer que provoca someter a más vejaciones a una persona así lo que impulsaba a las turbas ese día? Jesús era demasiado intachable, demasiado inmaculado..., hasta el punto que quisimos destruirle... Todos nosotros compartimos ese sentimiento. Habita en lo más profundo de nuestro corazón, pero nadie desea afrontarlo cara a cara. Así es como usted se ha sentido durante años, sensei. Incluso en sus novelas... en realidad sólo ha escrito sobre hombres que han traicionado a Jesús, pero que luego derraman lágrimas de arrepentimiento cuando el gallo canta tres veces. Siempre ha evitado escribir sobre las turbas, ebrias de placer mientras arrojaban las piedras sobre él.

—Hay temas que un novelista no puede tocar.

—Eso sólo son evasivas. —La mujer abrió todavía más sus ojos impávidos. Luego, mirando a Suguro con gesto despectivo, añadió—: Casualmente, hoy es viernes y trece, el día en que Jesucristo fue crucificado. El día en que la turba le lanzó piedras. Por eso he escogido este día para invitarle a este hotel. —Le dirigió una leve sonrisa—. Disculpe la broma. Pero le estoy hablando en serio.

—Y usted me engañó para que viniera aquí diciéndome que podría encontrarme con el impostor.

—Muy pronto podrá conocerle —respondió jovialmente.

—¿Dónde?

—En la habitación contigua.

Suguro empezó a dirigirse hacia la puerta.

—No puede entrar ahora —le detuvo ella—. Se enfadaría si entrara sin avisar. Por aquí. —Alzó una mano e indicó una puerta frente al baño—. Hay un armario con ropa colgada. Dentro tiene una mirilla por donde podrá observar el dormitorio.

—¿Una mirilla?

—Es la última moda en los peores antros de Shinjuku. Algunos miembros de este club tienen las mismas inclinaciones... Puede usted observar por la mirilla.

—¿Qué le va a hacer a Mitsu ese hombre?

La mujer respondió sin alzar la voz:

—Imagino que simplemente expresará los sentimientos que usted tiene hacia ella.

—No sea ridícula. Yo no tengo ningún sentimiento especial hacia ella.

—Tal vez no externamente. Pero en su inconsciente...

—No siento ningún deseo deshonesto hacia...

—Los deseos no se limitan al sexo, sensei. Hay deseos de todas clases.

—Entonces, ¿de qué tipo de deseo está usted hablando?

—Si se acerca a la mirilla —dijo ella para provocar su curiosidad—, verá a qué me refiero.

Suguro estaba a merced de sus confusas emociones. Sin duda, una parte de él quería sacar a Mitsu de aquel lugar inmediatamente. Pero también se sentía dolorosamente tentado de echar una breve mirada furtiva a lo que la señora Naruse había descrito como los impulsos de su inconsciente que le atraían hacia la muchacha.

—Necesita una copa —murmuró de pronto la señora Naruse. Se puso en pie y abrió un armario al otro lado de la habitación. En el interior había un pequeño frigorífico blanco, y en la estantería de encima una fila de botellines de licores de importación—. Le prepararé un cóctel.

—No lo tomaré —rehusó él con ademán enérgico. Había perdido todo interés en responder a sus incitaciones.

—Vamos, no debe tener miedo.

Ya había enfriado una copa y una coctelera en el frigorífico. Sirvió un líquido de color ámbar en la copa y la colocó delante de él.

—No es ningún veneno. Lo he preparado para ayudarlo a trasladarse a otro mundo.

Suguro contempló el líquido. La mujer salió de la estancia, tal vez para ir a buscar algo más. Cuando el escritor alzó la vista, volvía a nevar suavemente en el exterior. Extendió la mano y se llevó la copa a los labios. Una fragancia penetrante le invadió la nariz. Tosió por el mucho tiempo que llevaba evitando las bebidas fuertes. Pero de pronto se sintió movido por el impulso de arrojar su vida a un absoluto desorden. El crujido de la silla del doctor, la voz que proclamaba sus niveles de GOT y de GPT...

Enfurecido, apuró el contenido de la copa.

El ardor le atenazó la garganta y se extendió a su pecho. El brebaje recorrió todo su cuerpo haciéndole sentir como si acabara de asimilar un elemento de un mundo misterioso. El impulso de llevarse de allí a Mitsu iba apagándose dentro de él.

La llevaré a casa, seguía repitiéndose. La llevaré a casa.

Para estimularse, se levantó del sofá y dio unos pasos hacia la habitación contigua. Las piernas le temblaban ligeramente. Debería haber avanzado hacia la puerta, pero algo más fuerte que su voluntad le conducía hacia el armario.

Sólo un momento, murmuró para sí. Sólo miraré un momento. Cuando esté satisfecho, llevaré a Mitsu a casa.

En el colgador del armario había muchas perchas, y la mirilla redonda del fondo era tan pequeña que apenas podía distinguirse. Apartó las perchas y aplicó el ojo a la mirilla. En esa postura, Suguro se sintió tanto el hombre que había escrito *Una vida de Cristo* y *El emisario*, como aquel otro hombre que se encorvaba con el mismo gesto despreciable en los locales de *strip-tease* del Kabuki-cho.

En la abertura se había instalado una lente especial, y cuando hizo girar la tapa negra que cubría la mirilla pudo observar toda la alcoba. La cama parecía más próxima, como si hubiera asomado la cabeza al interior de la estancia. Incluso había un auricular para un aparato de escucha clandestina. Como no había enfocado la lente, al principio tuvo la impresión de que sobre la cama había un objeto blanco, pero cuando graduó el visor reconoció el cuerpo de Mitsu, tendido boca arriba. En algún momento del lapso transcurrido, la habían despojado del sucio suéter, de los téjanos descoloridos y de la ropa interior, pero seguía profundamente dormida. ¿Se había quitado ella misma la ropa, o se había encargado de ello la señora Naruse?

La pálida luz de la lámpara sobre la mesilla de noche iluminaba su rostro infantil. A Suguro le dio un vuelco el corazón al verla. El cuerpo de la muchacha era menos atractivo de lo que había imaginado en sus sueños. Sus muslos estaban bien desarrollados, como en las demás chicas de su edad, pero tenía unas pantorrillas cortas, rechonchas y nada torneadas. La luz hacía perfectamente visible el volumen de sus pechos, todavía no desarrollados del todo, y de los pezones de color castaño que los coronaban. Sus pechos no eran todavía los de una mujer: parecía que les faltaba madurar, con el centro todavía duro. No había exceso de carne en su abdomen, y su ombligo era una línea larga y fina como una ligera mella en el perfil, como la cresta de una ola, de una duna. Mientras contemplaba sus pezones castaños y sus firmes pechos, Suguro percibió en ellos los colores y aromas de una arboleda a principios de primavera. Era el olor del matorral a punto de echar brotes, sin hojas todavía en las ramas. Era el aroma de la vida.

No detectó ninguna sensación de «mujer» o de sensualidad en el cuerpo desnudo

de Mitsu. Pero su cuerpo no era el de una niña. Era un cuerpo a punto de madurar; en seis meses más, cada parte tomaría las formas redondas y la suavidad de líneas de una mujer madura. Los sucios cabellos le cubrían la frente, y su rostro, el de una niña profundamente dormida con absoluta inocencia, mostraba todavía las marcas de su virginidad.

Suguro mantuvo mucho tiempo los ojos contra la mirilla. No se veía a la señora Naruse por ninguna parte, ni había rastro del impostor. Tal vez la señora Naruse tenía intención de dejarle devorar con los ojos el cuerpo de Mitsu hasta que tuviera bastante.

Contemplar la desnudez de la muchacha le hacía recordar todo lo que había perdido ya a su edad. Sus órganos internos estaban decrepitos y sus engranajes desgastados. El doctor había dicho que el hígado empezaba a endurecerse. Su rostro comido por los gusanos a lo largo de meses y años. No pasaría mucho tiempo antes de que él también dejara este mundo como había hecho Kano. En cambio, había esperanza para aquel rostro inocente y dormido y para aquellos pechos generosos que todavía no estaban formados del todo. Si apoyaba el rostro sobre aquellas cálidas elevaciones de carnes firmes, estaba seguro de que olerían a manzanas. Era un aroma que Suguro jamás podía evocar en una mujer cuyos pechos combinaran la madurez con las sombras del deterioro. Se sintió impulsado por el deseo apremiante de aspirar el aroma de los pechos de Mitsu. Pensó que si podía olerlo, una nueva fuerza, una vitalidad renovada, se adueñaría de su cuerpo y de su mente deteriorados.

Empezó a salir música de alguna parte. Era un concierto para piano de Mozart. Si se le concedía otra vida en este mundo, Suguro quería volver a saborear aquella música. No había sido nunca el sosiego sino el hedor de la muerte lo que había fluido por las catacumbas de su corazón. Sin ninguna razón concreta para ello, se puso a pensar de pronto en las empinadas montañas de la península de Shimabara, que había visitado con su esposa, y en el sol invernal que brillaba en el puerto, y finalmente en los ojos amables y la sonrisa del viejo sacerdote. Si el sacerdote hubiera podido ver el cuerpo de Mitsu no habría sentido aquella envidia, porque él tenía la absoluta confianza de que al morir entraría en otra vida más plena.

La señora Naruse apareció procedente del baño de la suite contigua. Suguro no supo decir si la mujer era consciente de que la estaba viendo por la mirilla; en cualquier caso, a ella no pareció preocuparle y se sentó en la cama junto a Mitsu, acariciándole los cabellos. Sus dedos se movían con perseverancia, como los de una madre peinando a su hija... Mitsu acabó por despertarse y miró con ojos soñolientos a la señora Naruse, dirigiéndole una sonrisa al reconocerla. La sonrisa rebosaba de la afabilidad y simplonería que le eran características. La señora Naruse movió los labios, pero Suguro no escuchó nada. Apresuradamente, se colocó el auricular y subió

el volumen.

—Así que bebiste demasiado, ¿no? Has dormido muchísimo rato —dijo la señora Naruse dedicándole una sonrisa cargada de afecto, como si estuviera hablándole a uno de sus niños del hospital—. Si todavía estás cansada, puedes dormir todo el tiempo que quieras.

Mitsu se dio cuenta de que estaba desnuda y encogió las piernas.

—Yo te he desnudado. Se está más cómoda así cuando se ha bebido demasiado. Tranquila, no hay nada de que preocuparse. Relájate y deja que me ocupe de todo... Piensa que soy tu madre.

Mientras hablaba, continuó sus caricias lentas y monótonas. Sus hábiles dedos daban un suave masaje en la cabeza a Mitsu, que cerró los ojos.

—Está bien, cierra los ojos... Poco a poco empiezas a relajarte. Te relajas y empiezas a notar que te deslizas por una pendiente larga y resbaladiza. Qué bien te sientes así, relajada. Estás resbalando por la pendiente y te sientes muy bien...

Suguro se puso tenso y contuvo la respiración. La manera de hablar de la mujer, la repetición de las mismas palabras una y otra vez en el mismo tono de voz, era muy parecido a lo que se hacía para poner a alguien en estado hipnótico.

De hecho, la cabecita de Mitsu había dejado de moverse. La muchacha yacía allí en silencio, como un insecto atrapado en una telaraña que se hubiera debatido en ella hasta el agotamiento.

La señora Naruse se volvió hacia la mirilla, como para indicar que todos los preparativos estaban ultimados. Parecía estar diciéndole a Suguro: «Así fue como empezó todo con Motoko».

Suguro estaba todavía aturdido por el brebaje que había tomado y la grotesca escena que estaba presenciando por el agujero.

Se puso nuevamente en tensión. Mientras su mente vagaba incierta entre la fantasía y la razón, la señora Naruse desapareció de la habitación y Suguro vio, de espaldas, a alguien que se inclinaba sobre Mitsu. Era la espalda de un hombre, y debajo del omoplato izquierdo mostraba la línea negruzca de una gran cicatriz en forma de media luna. Suguro había sufrido una operación en el pecho muchos años antes, y aquélla era sin lugar a dudas su espalda.

Era el tipo. Tal como había dicho la señora Naruse, había acudido a la alcoba y ahora estaba absorto contemplando el cuerpo de Mitsu.

—Sensei... —Mitsu entreabrió los ojos como dos diminutas rendijas y habló con voz pastosa—. ¿Sucede algo, sensei?

Todavía no despierta del todo de su trance hipnótico, la muchacha no parecía entender por qué aquel hombre la estaba contemplando.

Con la palma de las manos, el hombre acarició las protuberancias cónicas de sus pechos una y otra vez. Era evidente que estaba absorbiendo poco a poco entre sus

manos la elasticidad y la morbidez de aquellos pechos. Sus manos viajaron arriba y abajo entre sus senos y las pequeñas sombras grises veladas entre sus muslos. Después, con gesto amoroso, el hombre apretó el rostro contra la pequeña raja de su ombligo.

—¡Ah...! —murmuró Suguro involuntariamente.

Las sensaciones que el hombre estaba experimentando pasaban intactas a Suguro. Un rostro que era idéntico al suyo en todos los detalles estaba enterrado en el vientre de la muchacha. Era como si estuviera apretando el rostro contra un futon secado al sol; un olor a arena, el suave contacto de su piel... Suguro cerró los ojos y escuchó con atención el sonido que emanaba del cuerpo de Mitsu. ¿Era el ruido de la sangre al circular por las venas? ¿El latido del corazón? Cierta vez, en una aldea, a principios de la primavera, había escuchado aquel mismo sonido. No era un ruido concreto sino el eco de cada uno de los árboles del bosque aspirando la vida del universo, expandiéndose, echando brotes y esforzándose en extender sus jóvenes vástagos. Si la vida tenía un sonido propio, en aquel instante estaba resonando en el cuerpo joven y lozano de aquella muchacha.

Cuando escuchó con más detalle, advirtió que dentro de aquel sonido se combinaba una gran variedad de melodías, y éstas evocaron reminiscencias, recuerdos e imágenes en la mente de Suguro. Recordó su sensación de seguridad cuando de niño caminaba con su madre por un sendero donde la espirea había formado un túnel sobre sus cabezas. El rostro de la joven que había alzado la mirada hacia él para decir «sí» cuando él le había preguntado, «¿Te casarás conmigo?». El viejo sacerdote que había pronunciado las palabras del Evangelio: «Bienaventurados los mansos». La voz de Mitsu junto a su oído esa noche, diciéndole «No te preocupes, sensei, yo cuidaré de ti». Éstas eran algunas de las melodías buenas y hermosas que había ido escogiendo a lo largo de su vida.

Suguro quiso aspirar esos sonidos de vida. Quiso absorber en su propio cuerpo aquella vida. En algún momento se hizo uno con aquel hombre y fue su boca la que estaba hundida en el vientre de Mitsu. Chupó su vientre. Movié la boca y chupó sus senos, su cuello... y, como había hecho la señora Naruse, intentó traspasar la vida de Mitsu a su propio cuerpo. A su cuerpo viejo, arrugado, lleno de taras. Un cuerpo vacío de vida, ajado como una planta marchita en la que se hubieran cebado los insectos. En un esfuerzo por salvar su cuerpo, se había convertido en la araña que atrapa en su tela a la mariposa y anheló absorber la vitalidad del cuerpo de Mitsu. Su saliva brillaba como el rastro de una babosa sobre el estómago y los pechos de la muchacha. Quiso contaminar aquel cuerpo todavía más. Le invadía la envidia que siente el que se aproxima a la muerte ante aquel en quien rebosa la vida. Esos celos se transformaron en placer y estallaron en llamas mientras su boca recorría el cuerpo, y antes de que supiera qué estaba sucediendo sus manos se cerraron con fuerza en torno

a la garganta de Mitsu. En ese instante escuchó dentro de sí un sonido diferente al que había oído antes.

Estaba sonando. Estaba sonando un timbre de teléfono que le llamaba desde la distancia. Sonaba una y otra y otra vez, persiguiéndole incesantemente, diciendo, «el otro tú», «el otro tú», «el otro tú». El tú que prende fuego a las chozas de mujeres y niños. El tú que lanza piedras al hombre débil, ensangrentado, que arrastra una cruz. El tú que escribe las palabras, «Sensei, a veces me horrorizo de mí misma. Me causo repulsión».

—¡Sensei, me estás haciendo daño! —Mitsu se agitó, con los párpados apretados de dolor—. ¡Basta, sensei!

Era la misma voz que había susurrado «No te preocupes, sensei, yo cuidaré de ti».

Volvió en sí como el que despierta después de haber estado inconsciente. Las gotas de sudor le corrían desde la frente hasta el cuello, recordándole claramente lo que había estado a punto de hacer. Se había dejado arrastrar por un torbellino de impulsos caóticos mucho más complejos que la mera envidia de su joven cuerpo. La fuerza de aquel remolino turbulento había sido intensa, irresistible y absolutamente placentera. ¿Qué le había rescatado de aquella fuerza?

El hombre se puso en pie. Echó una mirada a su espalda y en sus labios apareció una sonrisa condescendiente, burlona. Tenía las mejillas manchadas de saliva, llevaba su escaso cabello veteado de canas muy despeinado y estaba bañado en sudor. Aquélla era la imagen de Suguro que Motoko había pintado. El hombre abandonó el dormitorio.

*

Se adueñó de su cuerpo un completo agotamiento y apoyó la cabeza contra el fondo del armario. Cuando intentó abandonar el lugar en sombras, las piernas le vacilaron y su cabeza golpeó las perchas, derribando un par de ellas. Con las piernas aún inseguras, Suguro irrumpió tambaleándose en la alcoba.

Mitsu estaba tendida en la cama como un cadáver. Suguro desvió la mirada y, como un criminal tratando de ocultar su fechoría, cogió una sábana del suelo y la colocó sobre la muchacha. El suéter y los téjanos descoloridos de Mitsu estaban sobre una silla, perfectamente doblados. El cuidado con que las ropas habían sido recogidas le recordó a la señora Naruse, pero ésta no había regresado y Suguro no tenía idea de dónde podía estar.

Permaneció unos instantes junto a las cortinas corridas de la ventana, sin saber qué hacer. Tenía miedo de dirigirle la palabra a Mitsu. Sin saber cómo reaccionaría

después de lo que le había hecho, aguardó con el corazón agitado y confuso a que la muchacha hiciera algún movimiento.

Por fin, Mitsu abrió los ojos y miró a su alrededor con aire ausente, como si no tuviera idea de lo que había sucedido. Cuando advirtió la presencia de Suguro, pareció reconocerle y le dirigió una sonrisa.

—¿Qué me ha sucedido?

Suguro trató de buscar una respuesta mientras se preguntaba si la muchacha no estaría tratando de sonsacarle. Pero la expresión de Mitsu era demasiado amistosa.

—¿No lo sabes? Bebiste demasiado.

—Me duele la cabeza. ¿Dónde está la señora Naruse?

—No lo sé. Tal vez se ha ido. Por eso he venido a buscarte.

—Gracias, sensei.

—No. Gracias, no. ¿Cómo lo decías en esa jerga tuya?

Mitsu respondió con una sonrisa radiante. Una sonrisa que atormentó a Suguro.

—¿No recuerdas... nada?

—Nada.

—¿No has soñado algo?

—Quizá... No puedo acordarme.

Suguro advirtió que no había señal de saliva en sus mejillas ni en su cuello. Pero estaba seguro de haber visto por la mirilla, gracias a la lente de aumento, aquellas líneas de saliva como rastros de babosas brillando sobre su cuerpo.

¿Había sido una ilusión? No, era imposible. Todo resultaba demasiado claro y vivido en su recuerdo. Ya no podía considerarlo una fantasía, una alucinación, como había hecho en la entrega de premios y en la sala de conferencias.

—Todavía estoy mareada.

—Entonces, duerme un poco más.

Volvió a dormirse casi al instante. El saludable sonido de su respiración. El aliento de una vida joven, de alguien a quien no atormentaban los oscuros sueños que Suguro veía por las noches. Una persona que entraba en la vida, y otra que lo hacía en la muerte. Nunca como en aquel instante, al escuchar esa respiración, había apreciado aquel contraste tan radical.

Se acercó de nuevo a la ventana y abrió las cortinas. La nieve se había acumulado en el alféizar, y la luz de la estancia se reflejaba en los innumerables copos que bailaban ante el cristal.

Media hora más tarde despertó de nuevo a Mitsu y le indicó que se vistiera. Cuando se hubo vuelto de espaldas, la muchacha se puso los pantalones y pasó la cabeza por la abertura del sucio suéter.

Salieron al pasillo desierto y se introdujeron en el decrepito ascensor.

—Me parece que he soñado algo —murmuró Mitsu como si acabara de

recordarlo. Suguro no respondió—. Me parece recordar que veía tu rostro una y otra vez en el sueño. No sé por qué.

El sonido de la máquina de escribir continuaba saliendo de detrás del mostrador de recepción. Adrede, el encargado no se volvió a mirarles mientras Suguro pasaba el brazo en torno a los hombros de la muchacha y la acompañaba al exterior. Suguro había pensado pedirle al hombre que llamara un taxi, pero cambió de parecer cuando vio de espaldas al omnisciente recepcionista.

—Estamos cerca de la avenida principal. Tomaremos el taxi allí —dijo, al tiempo que le ofrecía a Mitsu su bufanda. Ella la rechazó con un gesto de cabeza.

—No la necesito. Soy joven. Cuando un hombre de tu edad pilla un resfriado, se pone como estuviste tú hace poco, sensei.

La nieve caía de los cedros del Himalaya. Avanzaron despacio, procurando no resbalar en la nieve pisada por los neumáticos. Cuando cruzaban la verja, un destello de luz iluminó sus rostros. Decididamente, no eran los faros de ningún taxi.

—¡Sensei! ¡Señor Suguro! —Kobari apareció ante ellos, con una cámara fotográfica en las manos—. ¿Qué está haciendo en este hotel?

Suguro no pudo responder.

—Entonces, usted es... justo lo que yo pensaba. Cuando revele esta foto, lo dejaré todo al descubierto.

Suguro contempló inexpresivamente al periodista, pero pronto recobró el dominio de sí mismo, y apretando más el brazo en torno a Mitsu continuó su camino.

—¿Es a esto a lo que se dedica a escondidas mientras trata de hacerse pasar por un escritor cristiano?

Las duras palabras de Kobari golpearon la cabeza de Suguro como piedras, pero no hizo el menor ademán de volver la cabeza para dar explicaciones o rectificar la situación.

—¿Quién es la chica? ¡Parece muy, muy joven!

Suguro no deseaba que Mitsu escuchara los comentarios sarcásticos de Kobari. Agitó la mano para detener un taxi que se aproximaba. Cuando se abrió la portezuela, empujó a la muchacha al interior del vehículo, sacó dos o tres billetes de la cartera y los dejó en su regazo.

—Vete sola a casa. Yo quiero hablar con ese hombre.

Cuando el taxi se alejó, Suguro se volvió en dirección a Harajuku y echó a andar.

—Voy a escribir sobre usted. Sobre usted y su escándalo, ¿entiende?

Extrañamente, las palabras no provocaron inquietud ni temor en Suguro. Si el periodista quería considerar aquello como un escándalo, a él le daba lo mismo. Lo que había visto por aquella mirilla no era ninguna alucinación, ninguna pesadilla. El impostor que había embadurnado de saliva el cuerpo de Mitsu... Aquel individuo no era ningún desconocido, ningún doble. Era el propio Suguro. Era otra parte de sí

mismo, otro yo diferente al que conocía. Seguro no podía seguir ocultando aquella parte de sí, no podía seguir negando su existencia.

—¿No está avergonzado? Usted ha...

Los gritos de Kobari siguieron oyéndose entre los copos de nieve, pero su voz parecía ahora un silbato sonando débilmente a lo lejos, a través de una densa bruma.

La nieve caía formando remolinos. Mientras caminaba abstraído hacia Sendayaga, los copos salpicaban sus ralos cabellos y su rostro lleno de arrugas, y se desvanecían, fundidos al contacto con la piel. Los automóviles le iluminaban con sus faros y luego pasaban junto a él salpicándole de nieve y barro. ¿Qué lógica iba a aplicar a todo lo que había presenciado? ¿Cómo podría asimilar y entender las emociones que se habían adueñado de él? Su cabeza era todavía un hervidero de ideas confusas.

—Inmundo —dijo en voz alta—. La imagen misma de la inmundicia.

La sonrisa obscena y detestable del hombre y su manera de montar como un animal encima de Mitsu habían sido el compendio de la inmundicia. Aquel hombre... No, aquel hombre no era otro que el propio Suguro. Si el hombre resultaba obsceno y sucio, eran una obscenidad y una suciedad que se ocultaban en lo más profundo de Suguro como un tumor. Durante su larga carrera de escritor, Suguro siempre había considerado que podía encontrarse una promesa de salvación dentro de cada uno de los actos básicos del hombre. Había tenido la certeza de que en cada pecado latía débilmente una energía rejuvenecedora. Ésta era la razón por la que había podido seguir creyendo, aunque fuera de modo incierto, que era cristiano. Sin embargo, después de lo sucedido, tenía que aceptar esa inmundicia como una parte de sí mismo. Tenía que empezar a buscar una prueba de salvación incluso dentro de aquella suciedad.

Pero no tenía la menor idea de cómo hacerlo. No sabía cómo hacer frente a su confusión. Era indudable que dentro de su corazón se ocultaba una oscuridad como jamás había descrito en sus obras. Normalmente esa oscuridad permanecía dormida, pero bajo ciertas condiciones abría de pronto los ojos y empezaba a agitarse.

Al comprenderlo así, se puso a gritar como un loco. A su espalda, un taxi le iluminó con los faros y redujo la marcha brevemente, pero al comprobar que Suguro no se volvía hacia él, el taxista aceleró de nuevo.

Las farolas de la calle iluminaban los copos de nieve que daban vueltas en espiral como enanos bailarines. Suguro advirtió de pronto la presencia de un hombre caminando igual que él a unos cincuenta metros por delante. La espalda hundida del individuo le resultó conocida. Dejó de caminar un instante y contuvo el aliento cuando comprendió que estaba viendo su propia espalda. Era el impostor.

El hombre no se volvió hacia él, sino que continuó caminando a buen paso hacia Sendagaya. Un sinfín de copos blancos iluminados por las farolas se arremolinaba

encima de él. Los pequeños copos de nieve parecían emitir una intensa luz. Esta luz estaba llena de amor y de compasión, y parecía envolver la figura del hombre con una ternura maternal. La figura desapareció.

Suguro tuvo un acceso de vértigo. Escrutó el espacio donde el hombre se había desvanecido en el aire. La luz aumentó de intensidad y empezó a enroscarse en torno a él; dentro de sus rayos, los cristales de nieve despedían un fulgor plateado al rozar su rostro, acariciar sus mejillas y fundirse en sus hombros.

—¡Oh, Señor, ten piedad! —Las palabras escaparon de sus labios—. ¡Ten piedad de nosotros, que vivimos en el desconcierto!

Era una cita aproximada de un verso de Baudelaire. Tal vez no fueran las palabras exactas, pero no importaba. Aquel solo verso describía adecuadamente sus sentimientos en aquel instante.

—A tus ojos, que saben por qué existimos y por qué fuimos creados..., ¿somos monstruos?

Nueve

El hielo enfangado que había resistido en los rincones umbríos hasta un par de días antes, se había fundido por fin bajo el brillante sol. En el salón del apartamento, con el zumbido en los oídos del aspirador que manejaba su esposa, Suguro clasificó el correo que acababa de recibir.

—Desde luego soy una inconsciente. Los días de frío me deprimen hasta llegar a pensar que el tiempo se quedará así para siempre. Pero cuando llega este calor, me olvido completamente de los dolores en las rodillas.

—Tú no tienes ningún problema interno de verdad como yo... Vivirás muchos años.

—¿Te quedarás trabajando aquí todo el día?

—Tengo una reunión del PEN Club por la tarde.

—El PEN Club... —El rostro de la mujer se nubló—. Cuando lo mencionas, no puedo dejar de pensar en el pobre Kano.

—Ya sé a qué te refieres. La última vez que le vi fue a la salida de la reunión ejecutiva...

Las conversaciones con su esposa eran tan inmutables como siempre. Los diálogos entre marido y mujer jamás variaban. Suguro se preguntó cuánto tiempo continuaría la farsa. ¿Cómo le explicaría las cosas a su esposa cuando Kobari colocara su fotografía en alguna revista y todo el asunto fuera del dominio público?

Naturalmente, se había resignado a aquella eventualidad. Y tenía la idea romántica de que finalmente su esposa le perdonaría. Pero le dolía en lo más hondo pensar en la conmoción, la dolorosa herida y el tormento que tendría que soportar la mujer. ¿Qué palabras podría susurrarle entonces?

—El otro día, en la reunión de voluntarias, escuché una historia muy extraña. Tiene que ver con los pacientes de cuidados terminales.

Suguro se puso en tensión pero fingió que seguía repasando la correspondencia. Le preocupaba la posibilidad de que su esposa hubiera hablado con la señora Naruse.

—La enfermera jefe acudió a la reunión y nos contó que varios pacientes del hospital habían empezado a morir y luego habían vuelto a la vida.

—¿Eso es posible?

—La enfermera jefe dijo que todas esas personas habían pasado por experiencias muy similares. Justo antes de la muerte sufrían fuertes dolores, y de pronto se sentían claramente separados de sus cuerpos. Y podían ver a los miembros de su familia reunidos alrededor del cuerpo, llorando, y al médico en la habitación buscando los latidos del corazón.

—No me lo puedo imaginar —replicó Suguro con una sonrisa, sintiéndose bastante estúpido. Ya había oído aquellos relatos muchas veces. Lo más probable era

que aquellos pacientes hubieran confundido sus experiencias reales con visiones imaginarias que habían acudido a sus mentes después de su vuelta a la vida.

—Después de recuperarse, afirmaban que les había envuelto una indescriptible luz naranja. Se sentían abrazados por esa luminosidad. La describían como una luz muy suave.

Suguro guardó silencio. Pensó en la luz que había visto a través de la nieve. Una luz anaranjada. Cuando le había envuelto, había percibido una indescriptible sensación de paz.

No obstante, se resistió a contar su propia experiencia a su esposa.

—Una de las mujeres que volvieron a la vida dijo que mientras estaba dentro de la luz tuvo la certeza de ser amada muy, muy profundamente.

—¿Por quién?

—Por Dios, que mora dentro de la luz.

—¿Viste a la señora Naruse?

—No. Hace mucho que no viene por el hospital.

Suguro escogió las cartas importantes del correo y pasó a su estudio. El pequeño reloj emitía su suave tictac y los lápices y bolígrafos aguardaban pacientemente su llegada. Tomó asiento tras el escritorio. Aquél era el único lugar donde podía destapar el rostro que no había mostrado a ningún otro ser.

Sacó del cajón papel y sobres de cartas con su membrete grabado en relieve y empezó a escribir una nota a la señora Naruse.

Como desapareció usted esa noche sin que yo lo advirtiera, no pude transmitirle mis impresiones de la experiencia. Por esta razón le escribo esta carta. En cierto modo, intento ordenar mis confusos pensamientos transcribiéndolos en papel. Sin ninguna duda, usted deseaba de mí que...

Garabateó unos instantes con su pluma, releyó las frases y rompió el papel. Escribir una carta no era modo de poner orden en el caos de su mente. Cogió otra hoja y se sumergió de nuevo en meditaciones. Necesitaba dar salida a aquellos pensamientos de una forma u otra.

Querido Kano: (En lugar del nombre de la señora Naruse, escribió el de su difunto amigo).

No tengo idea de dónde te encuentras ahora, pero, sea donde sea, pronto me reuniré contigo. Por eso te escribo esta carta que nunca podrá ser echada al correo.

Jamás había imaginado que hacerse viejo fuera de esta manera. Cuando era joven, cuando nos reuníamos en Meguro para charlar, y más tarde en la flor de mi vida, poseía una especie de optimismo interno y creía que cuando fuera un viejo estaría por

fin en la cima de una montaña, contemplando apaciblemente los valles y llanuras bajo la suave luz del sol de la tarde. Cuanto menos, daba por seguro que habría obtenido de mi vida y de mis escritos algo muy similar a la certidumbre.

Pero este invierno, al tiempo que he empezado a oír cada vez más nítidamente las pisadas de la muerte que me ronda, he descubierto por mí mismo qué significa la vejez. Ser viejo no significa estar libre de perplejidades, como afirmaba Confucio; no hay en la vejez nada de sereno ni de dulce. Para mí, al menos, aparece como una serie de imágenes repulsivas, como una pesadilla. Con la muerte mirándome cara a cara, no puedo seguir falseando la realidad, ni tengo dónde escapar.

Al hacerme viejo, he visto cómo empezaban a manifestarse unos aspectos de mi personalidad que nunca había sabido que existieran. Este yo oculto empezó a aparecer en sueños, luego en visiones fantasmales, y finalmente en forma de ese impostor que tanto te preocupaba... Pero no, no era un impostor; empezó a vivir dentro de mí como una parte distinta de mi propio yo. Era mi fantasma viviente, una criatura tan repulsiva que jamás pude mencionarle su existencia a mi esposa... Una criatura que no merecía el encendido elogio que me dedicaste la noche de la entrega de premios.

Hace mucho tiempo leí en alguna parte que en la juventud vivimos a través de nuestro cuerpo, en la madurez lo hacemos a través del intelecto, y en la vejez vivimos a través de nuestras mentes que se disponen para el viaje a la otra vida. Y se dice que cuanto más viejo se hace uno, más sensible se vuelve su mente a las sombras de esa otra vida que se acerca. ¿Significa eso que el repulsivo panorama que se extiende ante mis ojos es parte de mis preparativos, de mi ritual de despedida hasta la vida futura? ¿Cuál es la lección que pretende enseñarme ese reino de obscenidad? No tengo la más ligera idea. Mi única y débil esperanza es que la luz se extienda también a ese reino sombrío.

En vísperas de tu muerte, noté en tus hombros una extraordinaria fatiga. ¿Es posible que, pese a no habérmelo confesado nunca, tú también sintieras esa misma confusión, que te vieras arrojado al mismo abismo de incertidumbre y te debatieras en él? En el velatorio observé sombras de congoja en tu ceño... ¿Qué eran?

Por la tarde acudió al Salón Tokio para asistir a la reunión ejecutiva del PEN Club. A diferencia de Kano, él había faltado a muchas de esas reuniones, pero ahora que su amigo había muerto se sentía en la obligación de asistir en honor del difunto. La reunión ya había empezado, y un escritor extranjero que había asistido a la conferencia internacional en Santiago estaba informando sobre los resultados de la reunión. Resultaba difícil convencerse de que Kano ya no era uno de los directivos que escuchaban el informe.

—En la reunión regional se trató el tema de las matanzas de negros en

Johannesburgo... Lo cierto es que se está arrestando a gente de color.

Mientras escuchaba las observaciones del autor extranjero, Suguro se preguntó qué editorial habría escogido Kobari para publicar la fotografía. Casi podía ver el encabezamiento: «Escritor cristiano con una menor en un hotel». ¿Qué cara pondrían los demás directivos del PEN Club si leían un artículo así en una revista? ¿Fingirían ignorancia, o le instarían a dimitir inmediatamente del comité?

—Se presentó una moción de condena a las torturas y matanzas... Tenemos un gran interés en contar con el apoyo del Japón a dicha moción...

Suguro pensó en la señora Naruse y su marido haciendo el amor. ¿Era él diferente en algo de ellos y de los asesinatos en los que habían participado? Dentro de él ardían las mismas inclinaciones, los mismos anhelos. ¿Quién podía asegurar que no poseía la misma capacidad para participar en una matanza? Incluso los niños más inocentes llevan en su corazón el deseo de atormentar y burlarse de los débiles e indefensos. En diversos lugares del Japón, grupos de chicos habían llegado a linchar a sus compañeros de clase más débiles.

—Señor Suguro, ¿se opone usted a la moción?

La pregunta le sorprendió desprevenido.

—¿Opuesto a qué? —preguntó balbuceando.

—Si está a favor, ¿sería tan amable de levantar la mano?

—Desde luego. —Alzó la mano mientras murmuraba para sí—: Hipócrita. Aún sigues intentando vivir a base de engañar a otros y de mentirte a ti mismo.

Se puso en pie y abandonó el salón, dando a entender que se dirigía al lavabo. Se mojó la cara para refrescarse, y un rostro gris y cansado le devolvió la mirada desde el espejo.

—Últimamente no hemos tenido ninguna de esas llamadas telefónicas.

Su esposa, vestida con un camisón, se había metido ya en la cama y procedía a extender el brazo para apagar la lámpara, pero de pronto le había venido a la memoria el asunto y había hecho el comentario.

—¿Qué llamadas telefónicas?

—Esas llamadas en plena noche.

—Tal vez empiecen otra vez. —Suguro cerró los ojos.

La mujer no replicó, y antes de cinco minutos, su respiración uniforme y cadenciosa le indicó que se había dormido. Su respiración era como el ritmo de un mundo en el que Suguro no podía penetrar. Probablemente, cuando le llegara la hora, la mujer exhalaría su último aliento como si estuviera rindiéndose al sueño.

Como siempre, tuvo considerables dificultades para dormirse. Tras sus párpados danzaban puntos y manchas blancos. Y las manchas se hacían borrosas y se extendían hasta convertirse en una luz. Una luminosidad anaranjada que envolvía la nieve y le

rodeaba también a él con su abrazo... ¿Qué había sido aquello? ¿Acaso era una alucinación el fulgor luminoso que se había formado a partir de los innumerables copos de nieve? Suguro se quedó dormido.

En el sueño se encontraba inclinado sobre su escritorio, trabajando. Su oscuro estudio. El reloj del escritorio con su acompasado tictac. Aquél era su único refugio.

—¡Es cierto! —Suguro podía oír la voz de su esposa, aunque no sabía de dónde salía—. Te gusta más estar ahí dentro que conmigo.

Él se puso en pie y trató de abrir la puerta con la intención de contradecir sus comentarios. Así que, después de todo, la mujer conocía los secretos de su corazón...

—No seas ridícula.

La puerta estaba firmemente cerrada, y aunque la empujó con todas sus fuerzas, la sólida hoja de madera no cedió.

—Puedes quedarte ahí dentro. No estoy enfadada contigo. De veras que no. Al fin y al cabo, estás dentro del vientre de tu madre. Mientras sigas ahí, te podrás sentir tranquilo.

Las palabras de la mujer le hicieron darse cuenta de que la estancia era, en efecto, el útero de su madre. Tal vez lo había sabido siempre. Lo que había tomado por el tictac del reloj resultaba ser el latido de su propio corazón; la habitación estaba a oscuras porque así se encontraba el interior del útero, y su elevada humedad era debida al líquido amniótico. Una vez más se sentía como un niño debatiéndose contra las olas del mar, flotando de espaldas a la deriva con un chaleco salvavidas. Y recordó haber flotado en el fluido amniótico y haber dormido durante mucho, muchísimo tiempo bajo la superficie del líquido lechoso. Deleitándose hasta lo más profundo de su ser en aquellas sensaciones de placer y protección, Suguro volvió a caer dormido y permaneció en ese estado un tiempo indeterminado, hasta que de pronto volvió a oír la voz de su esposa.

—¡Despierta! ¡Despierta, por favor!

Había en su voz un inusitado tono de urgencia, una intensidad como no había captado nunca.

—Ahora vas a nacer. Vas a ser expulsado al mundo exterior.

Su cuerpo todavía seguía invadido por una deliciosa languidez y no deseaba moverse de donde estaba, pero los líquidos de la bolsa empezaban a agitarse en torno a su cuerpo con gran fuerza. La presión del líquido aumentó debido a las contracciones, y le invadió un inexplicable temor a ahogarse.

—¡Despierta y busca la salida! —oyó gritar a su esposa—. Sal afuera. Si te quedas ahí dentro, nacerás muerto.

Tuvo un escalofrío de pánico. Se agitó, defecó, e impregnado en sus propios excrementos impulsó desesperadamente la cabeza hacia la abertura uterina. Incluso en ese instante se debatió entre el deseo de regresar al sueño profundo que había

disfrutado en el claustro materno y la voluntad de vencer aquel impulso tan seductor. Una fuerza le asió por la pierna tratando de arrastrarle de nuevo a su sueño uterino, mientras otra fuerza distinta trataba de arrancarle de allí.

—¿Qué sucede?

Abrió los ojos.

—Estabas gritando. ¿Qué te pasaba?

—No es nada. —Se palpó el cuello, bañado en sudor—. Así que era un sueño...

—Me has asustado. ¿Quieres un poco de agua?

—No, gracias. No.

El sueño persistió vívidamente en su memoria. Revivió dentro de sí las sensaciones de miedo e incertidumbre, y casi creyó alcanzar a ver la luz que penetraba por la abertura natal.

¿Era realmente así el instante de venir al mundo, tal como había descrito Tono? ¿Sentimos realmente ese pánico en el útero? Tal vez alguno de los comentarios de Tono había influido en el contenido del sueño.

El sueño profundo en el seno del líquido amniótico. Un sueño que engendra incomparables sensaciones de paz y de placer. Seguro podía entender plenamente el deseo de regresar a él una vez expulsado. Así se explicaba que se sintiera tan a gusto trabajando día tras día en su oscuro estudio, escuchando el tictac del reloj. Aquella ansia por sumergirse de nuevo en ese sueño, en ese placer, ¿ardía en todos los corazones humanos?

En aquel instante, como en un destello de inspiración, recordó el aspecto del rostro de Motoko. Su boca entreabierta, su lengua agitándose en todas direcciones. La imagen del éxtasis total. Aquella imagen expresaba, no, compendiaba el anhelo de regresar al útero y sumergirse en sus turbios fluidos. ¿Era ésa la razón de que aquella mujer deseara ser salpicada por las gotas de cera, como hubiera querido que la mancharan las aguas uterinas? Y sabiendo que tenía la muerte muy próxima, ¿no estaría también él reviviendo los terrores intrauterinos? ¿Era tal vez la lucha entre el deseo de volver a una apacible somnolencia en el seno materno y el impulso de abandonar éste lo que se ocultaba tras su gesto de intentar estrangular a Mitsu? Primero, cuando salimos del útero; después, cuando nos hacemos viejos y abandonamos este mundo: dos veces experimentamos la muerte...

Pero la luz que él había visto, que parecía darle acogida al salir del útero... La relacionaba con la luminosidad que había envuelto los copos de nieve y también a él mismo. ¿Era aquélla una luz procedente del mundo que quedaba apenas un paso más allá?

Su esposa dejó de hacer punto. Alzó los ojos, estudió su rostro, y finalmente dijo:

—¿Puedo... hacerte una pregunta?

—¿De qué se trata?

—¿Estás seguro de que no hay nada que me hayas ocultado?

—¡Claro que... no!

—Me lo puedes contar. A mi edad, nada puede sorprenderme.

—No sucede nada. No te preocupes más.

La mujer mantuvo los ojos fijos en él, como para llegar hasta lo más profundo de su corazón. A lo largo de los años había aceptado el hecho de que su esposo era novelista. Sabía muy bien hasta dónde podía penetrar en aquella vida y dónde quedaban los límites que no debía traspasar. Aunque no hubiera podido deducir nada concreto de la mirada de su esposo, ya parecía haber captado que algo venía atormentándole durante todo el invierno.

Inesperadamente, a Suguro le dio la impresión de que su esposa había tenido una vida desgraciada. Verdaderamente desgraciada. Hubo de tragar como si fuera un purgante la confesión que sin querer le había subido a la boca. Contar a la mujer el trance por el que había pasado no le solucionaría nada. Era una situación complicada sobre la que ella no podía hacer nada, un problema espinoso que se le había planteado y que debía afrontar no sólo como escritor sino como ser humano. Si la fotografía llegaba a publicarse, ella se enteraría de todo. En tal caso, ¿qué explicación podría ofrecerle? Su mente se cubrió de negras sombras al pensar en ello.

Recibió una llamada de Kurimoto.

—¿Tiene algún momento libre hoy?

—¿Se trata del original?

—No. —En la voz de Kurimoto había cierta tensión—. Al director general le gustaría verle inmediatamente. ¿A qué hora podríamos concertar la cita?

—¿El director general? —Suguro intuyó el motivo de la entrevista—. A cualquier hora. Tengo una cita cerca de la editorial, así que me dejaré caer por allí.

Colgó el teléfono pensando en el enorme corpachón del director general y en su ancho rostro. El ahora jefe máximo de la editorial había sido profesor auxiliar en la facultad de Medicina de una universidad, pero cuando su suegro —un magnate del mundo editorial— sufrió una apoplejía fulminante, el hombre había asumido el mando de la empresa en un ramo que apenas conocía. Kurimoto y los demás empleados jóvenes de la empresa sentían un respeto considerable por él.

Durante las dos semanas anteriores, Suguro se había preparado para aquel encuentro, y cuando colgó el teléfono notó la cabeza extrañamente tranquila. Se cambió de ropa y llamó por teléfono para pedir un taxi.

Era evidente que en recepción tenían órdenes concretas: una de las secretarias salió a su encuentro, le dedicó una grácil reverencia y le acompañó hasta el ascensor. Después le condujo hasta una espaciosa sala, hizo un nuevo saludo con la cabeza y se

retiró.

Suguro tomó asiento en el sofá y contempló un gran Rouault colgado de la pared. Podía ser una aldea de los tiempos bíblicos, o tal vez una escena rural en Francia. Tres o cuatro campesinas con la cabeza cubierta con pañuelos avanzaban por un camino flanqueado a ambos lados por chozas miserables de estuco desprendido. Era un Rouault típico, con el sol vespertino poniéndose en el horizonte. El primer vistazo le bastó para apreciar que las mujeres y las chozas representaban la vida humana y que el sol simbolizaba la gracia de Dios que era derramada sobre ellas. Bienaventurados los mansos, porque ellos... Suguro vio en el cuadro el mundo del viejo sacerdote y de su esposa; aquel otro mundo que había contemplado a través de la mirilla quedaba muy lejos. Tal vez los rayos del sol poniente iluminaran a aquellas humildes campesinas, pero ¿bañarían también con su luz a la señora Naruse o a él mismo?

Dieron unos golpecitos a la puerta y el director general entró en la sala acompañado de Hoshii, un alto directivo. El director general hizo un gesto a Suguro para que no se levantara y tomó asiento frente a él. Hoshii se sentó respetuosamente al lado de su jefe.

—Lamento haberle pedido que viniera en un día tan frío.

Con una sonrisa, el director general estuvo comentando la crisis del mundo editorial hasta que una mujer trajo té para todos y volvió a marcharse. Pero cuando los tres quedaron a solas, el hombre abordó enseguida la cuestión.

—Para ser sincero, la razón de que le haya pedido que viniera...

Era exactamente la que Suguro había imaginado.

—Ese periodista vino con una foto de usted, sensei..., y dijo que quería hacer un artículo. Primero le recibió Hoshii, pero ante la situación planteada, él vino a consultarme.

Entrecruzó sus gruesas manos sobre el regazo y bajó la vista a propósito para no tener que observar la turbación de Suguro. Sin embargo, éste escuchó sus comentarios con una actitud de resignación parecida a la que había exhibido muchos años antes, al ser informado de que necesitaba una delicada intervención quirúrgica.

—Nuestra firma —continuó el director general— ha publicado bastantes de sus obras, y dado que una fotografía así podría perjudicar su imagen y repercutir negativamente en nosotros, he procedido a comprar la fotografía y el negativo al precio que ese hombre nos ha exigido.

Sin saber qué otra respuesta dar, Suguro se limitó a asentir con la cabeza.

—También he obtenido de él la promesa de que no llevaría el artículo a ningún otro editor. Luego hemos procedido a quemar la fotografía y el negativo.

Aquí, el director general hizo una pausa y se frotó las manos. Parecía estar buscando las palabras siguientes.

—Creo que esto da por zanjado el asunto.

—Gracias.

—Aparte de Hoshii y de mí, nadie más sabe una palabra de este asunto. Ni siquiera Kurimoto.

—Muy bien. Lamento mucho... todo el problema —dijo Suguro, haciendo una profunda reverencia.

—Cualquier ridículo rumor puede causar un montón de problemas —dijo el director general dando por concluido el tema. Tras un par de minutos de charla intrascendente, se puso en pie y añadió—: Así pues, demos por olvidado el asunto.

Con gran amabilidad, el hombre estaba haciendo todo lo posible para que Suguro no se sintiera más incómodo.

Los dos directivos acompañaron a Suguro hasta el ascensor. Al llegar a la puerta, Hoshii le dirigió las últimas palabras:

—No deje que nada de esto le perturbe.

En el exterior hacía frío. Aunque la primavera estaba a la vuelta de la esquina, el cielo aparecía cubierto y plomizo; era una tarde deslucida que helaba los huesos. Pensó en el dolor de articulaciones que debía padecer su esposa. Hileras de automóviles lanzando sus gases por los tubos de escape, árboles a lo largo del paseo con sus brotes ocultos todavía, ventas de estufas rebajadas eléctricas y a queroseno. Todo volvía a la normalidad. Suguro no había imaginado siquiera que las cosas fueran a terminar de aquella manera, pero a pesar de todo no tenía la menor sensación de haberse olvidado. La foto y el negativo habían sido reducidos a cenizas, pero aquel hombre no había desaparecido con ellos entre las llamas. Continuaba viviendo dentro de él. Con su sonrisa burlona.

Hacía mucho que aquel hombre había dejado atrás el límite de los «pecados» triviales sobre los cuales había desarrollado Suguro su carrera de escritor. Existían límites al pecado y su potencial energía salvadora. En cambio no había límite a los impulsos que Suguro, fundido con aquel hombre, había experimentado en el hotel. Con una rabia que había surgido sin freno alguno, lanzándole hacia un destino inexorable, Suguro había violado el cuerpo de Mitsu e incluso había tratado de estranglarla. Las imágenes permanecían vivas en su recuerdo.

Al pasar ante una floristería, las matas de espirea y de forsythia que anunciaban la cercanía de la primavera adornaban su interior e impregnaban la calle de un aroma dulzón. Tras la gran cristalera de un salón de té contiguo, observó un alegre grupo de tres o cuatro mujeres jóvenes en torno a una mesa. Una de ellas se fijó en Suguro y señaló su presencia a la que se sentaba a su lado. Incluso sabiendo que era un monstruo, Suguro les devolvió la sonrisa.

Domingo.

Al ser el primero después de Pascua, la iglesia estaba más concurrida de lo habitual. Detrás del altar, el hombre demacrado abría los brazos de par en par, con la cabeza caída hacia adelante. Incapaz de resistir y empapado en sangre, había arrastrado sus fatigadas piernas hasta el lugar de la ejecución. A lo largo del recorrido, las turbas se habían burlado de él, le habían tirado piedras y se habían complacido con sus padecimientos. Suguro no había prestado atención a aquella muchedumbre hasta entonces, pero ya no podía sentirse seguro de no haber participado también él, de haber estado presente en la lapidación de aquel hombre y en las burlas ante sus agonías.

Por la tarde pasó por el estudio y luego fue al parque Yoyogi en busca de Mitsu. Los mismos grupos de muchachas con faldas coreanas de la vez anterior estaban en círculos, bailando. Muchachos con gafas de sol y cabellos teñidos de rubio y con peinados estrafalarios se pavoneaban paseando arriba y abajo por la calle. Los mirones eran tan numerosos que parte de ellos se había congregado en el paso elevado para peatones para contemplar sus extrañas evoluciones. Anduvo entre la multitud y se abrió paso entre los tenderetes callejeros, pero no pudo localizar a Mitsu por ninguna parte.

Se le ocurrió que tal vez estuviera en el hospital. Ir hasta allí caminando le pareció un esfuerzo excesivo, cosa de la edad tal vez, y cogió un taxi en la estación. Siguió una ruta sinuosa, y finalmente se apeó cerca del hospital.

Como era domingo, no había pacientes ni visitantes delante de la farmacia ni en la sala de espera. Se sentó unos instantes en una silla, contemplando el frío sol invernal con aire ausente. Escuchó un grito infantil. Pensó que tal vez el sonido venía del ala de pediatría, pero estaba en otra planta.

Una enfermera de mediana edad con gafas entró en el vestíbulo y se detuvo, contemplando a Suguro con mirada inquisitiva.

—¿No es usted el señor Suguro? —preguntó.

—Sí.

—¿Ha venido a ver a alguien? Soy la enfermera jefe, señorita Fujita.

—Oh, ¿cómo está usted? —respondió apresuradamente—. Mi esposa está en su clase de voluntarias...

—Y muestra un gran entusiasmo —sonrió la enfermera—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No. Sólo me estaba preguntando si por casualidad se encontraría hoy aquí una muchacha llamada Morita Mitsu.

—Ah, Mit-chan... No sé si habrá venido. —La enfermera jefe parecía conocer muy bien a la muchacha—. Según tengo entendido, trabajó para usted algún tiempo. ¿Quiere que mire en la sala de enfermeras de medicina interna?

—No, gracias, iré yo mismo.

La enfermera pulsó el botón de llamada del ascensor.

—Quisiera hacerle una pregunta que le parecerá un poco extraña... —Suguro intentó disimular la incomodidad que sentía mientras subían juntos en el ascensor—. El otro día mi esposa me contó que usted les había hablado en clase sobre algunos pacientes que habían regresado de la muerte. ¿Todas las personas que han perdido la conciencia pasan por la misma experiencia?

La mujer le sonrió perpleja.

—¿De veras que su esposa le comentó eso? Sólo era una conversación intrascendente para relajarnos.

El ascensor se detuvo en la tercera planta. El gemido de los engranajes le recordó el ascensor del hotel.

—¿Son ciertas esas historias?

—Probablemente usted sabrá más que yo de eso, sensei. Pero es lo que dicen los pacientes.

—Eso de que estaban rodeados de luz, ¿es cierto?

—Bueno... —La enfermera parecía confundida—. En realidad, no sé si es verdad o no.

—¿Cómo está la señora Naruse?

—Hace tiempo que no viene por aquí.

Hizo averiguaciones con una enfermera joven que atendía la planta, pero Mitsu no había acudido ese día.

Después de dar las gracias, descendió las escaleras. Volvió a sentarse en una silla de la sala de espera y recordó a la señora Naruse ayudando amorosamente a la rehabilitación de un niño y contándoles cuentos a los pequeños internados.

En la pared había un cartel que anunciaba cursos de formación para futuras enfermeras. Suguro pensó lo bien que le iría a Mitsu un empleo así, y que le gustaría ayudarla si a ella le interesaba.

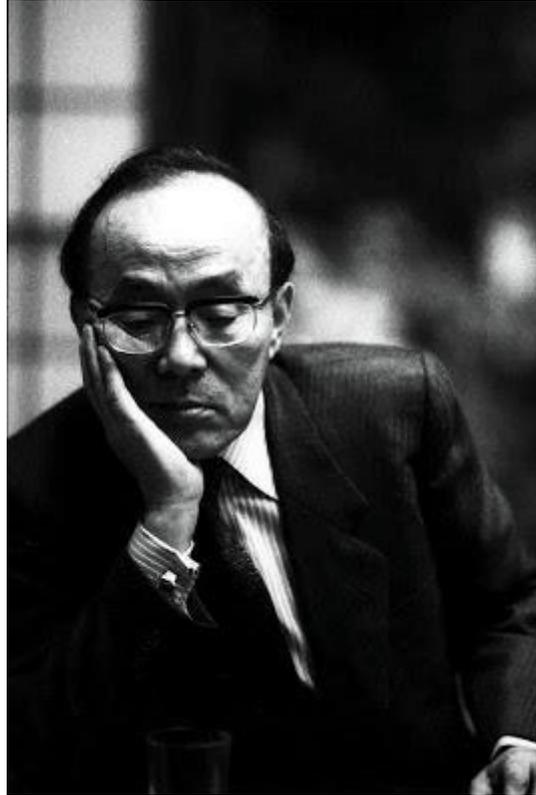
Sugirió la cuestión a su esposa esa misma noche.

—Me parece estupendo —respondió ella desde la otra cama—. Es una idea maravillosa. El trabajo ideal para la personalidad de Mitsu. Pero me pregunto si la señora Naruse accederá.

—No creo que ponga dificultades.

Suguro apagó la luz de la mesilla de noche.

En plena noche, le despertó el timbre de un teléfono que sonaba en la distancia. Repiqueteaba con insistencia. Apremiándole. Su esposa, con los ojos muy abiertos, también lo escuchó.



SHUSAKU ENDO nació en Tokio en el año 1923. Después de graduarse en literatura francesa en la Universidad de Kio, estudió durante varios años en Lyon, becado por el gobierno francés. Sus libros han sido traducidos al inglés, francés, alemán y sueco, entre otras lenguas, y han obtenido en Japón los más importantes premios: el Akutagawa, el Mainichi, el Sincho, el Tanizaki y el Noma. En 1981 fue elegido miembro de la Academia de Artes japonesa.

Nota

[1] Cristianos *kakure*: Cristianos «ocultos» que practicaban clandestinamente su fe durante la prohibición del cristianismo en Japón, entre 1637 y 1873. (*N. del t.*) <<